

Tomás Ramos Orea

AMOR SE DICE
OBITCHAM
EN BÚLGARO

(Rotos y descosidos
en el Telón de Acero)

Madrid
2007

Para Juan Nieto,
maestro en diplomacia,
artífice en amistad.

Nos encontramos ante un libro de aventuras, de viajes, de reflexión. Un testimonio personal, apasionado y lúcido sobre la Europa del Este durante los años en que aún no resonaban aires de libertad en aquella parte del mundo.

El autor, con pulso firme y claras intenciones de levantar acta sobre una época ya desaparecida, con todos sus problemas y contradicciones puestas de manifiesto, narra con amenidad y rigor inusuales un largo viaje por Bulgaria, Turquía y la tenebrosa Bucarest de Ceacescu. El mercado negro de divisas, los pequeños fraudes de las agencias de viajes, la partida de ajedrez con rusos siberianos tan hábiles como implacables, la competentísima figura del canciller Sobrino y la órbita providencial de la delegación diplomática española... forman el entramado paisajístico de un relato conmovedor donde, por encima de todo, como idea rectora, surge la necesidad del amor, del afecto, la búsqueda de la raíz humana de los sentimientos, al tiempo que la novela nos descubre unos ámbitos y un mundo que, en aquellos años, eran una absoluta incógnita para los españoles.

AMOR SE DICE ***OBITCHAM*** EN BÚLGARO.
(ROTOS Y DESCOSIDOS EN EL TELÓN DE ACERO)

8 de septiembre

Se nos aseguró que en el aeropuerto de Barajas habría cartelones visibles de "Vacaciones en Bulgaria" para guiar al viajero. Y al entrar en el gran pasillo donde las compañías tienen sus *stands* de expedición de billetes y facturación de equipajes, no fue capaz nadie de ver cartel alguno. Tuvimos que ponernos a preguntar como estúpidos. Nadie sabía nada de tal viaje. Nadie sabía nada de lo que estábamos preguntando. Por fin, entre unos cuantos que nos identificamos como miembros del grupo quedamos en explorar todo el pasillo metro a metro. Uno de nosotros dio con ello y avisó a los demás. Los muy listos habían colocado un cartelito diminuto encima de uno de los mostradores...

En Barajas se nos canjea el boleto de la agencia por el billete para Barcelona. Y entregamos el equipaje creyendo, lógicamente, que hasta Varna no debemos recogerlo.

Pero en Barcelona tampoco había reserva de *stand* ni sitio fijado de antemano para los de la expedición a Bulgaria. En el aeropuerto hacía calor y la fila de gente se espesaba cada vez más. Los equipajes, por el suelo. Cada cual, como podía, los iba empujando hacia adelante. Para colmo, un empleado de Iberia, muy seriecito y muy gótico, nos decía que él así no podía hacer nada..., que nos pusiéramos en cola... Bueno. Allí tuvimos que esperar, sufriendo patadas, empujones y las cosas típicas del caso.

Monti se acercó cabreado hasta nosotros, barbotando insultos. Menos mal que a mí no me pillaba de sorpresa. Estas excursiones en grupo le suelen reservar a uno trucos de chalán., y

no hay más que aguantarse o no ir. Se lo advertí a Monti y me llamó cenizo. Le advertí que era la primera vez en mi vida que iba a un viaje en grupo, y que los tenía cierta prevención. Lo menos caro es casi siempre mucho más caro, y estos de la agencia Cerva ya nos habían hecho la segunda charranada sin llegar a salir del aeropuerto de Barcelona. Si Monti estaba irritado, más lo estaba yo.

Embrollado en una cola de cinco o seis ramales y sin esperanza de que aquello se arreglara.

A todo esto nos vamos acercando trabajosamente al frente. El de Iberia que verifica y nos entrega los billetes, al parecer definitivos para el vuelo directo a Varna, se cree además el soberano del aeropuerto. Con el equipaje a rastras, en el estilo en que ya he explicado, recogemos el nuevo billete de avión. Y desde allí, siempre con el equipaje por el suelo, de nuevo hacia otro stand donde, al facturarlos, lo soltamos de una vez a la presentación del billete que nos acababan de dar. ¿Pero es que todo esto no se podía haber resuelto de cualquier manera menos armando este tinglado? Debo aclarar que toda mi impedimenta la llevo en la mano, pero que me he hecho cargo del equipaje pesado de Monti, quien por su parte ya ha comenzado el abordaje a una fondona de la excursión. Nos llaman al hall de salida...

–Mira, te voy a presentar a Cata–, me dice Monti con aire satisfecho. La tal Cata es una jamona parlanchina y simpática que, según las ya documentadas referencias de Monti, trabaja en Madrid en el Ministerio de Comercio... Ahora, los funcionarios de turno, después de sacarnos del pasillo del aeropuerto donde no se estaba del todo mal, nos hacen esperar una hora y cuarto en el hall

internacional, sin aire acondicionado y con un ambiente insoportable por el calor y la masa de gente que se iba acumulando. Desde luego, la cosa se pone clara: nos va a tocar lidiar con una caterva de gentuza sin escrúpulos...

Bueno, ya estamos en la calle, sobre la pista, andando hacia el avión, allí, surto a unos 150 metros. En el lomo se lee Balkan Airlines, y el aparato es un modelo Tupolev ruso. Subimos, nos acomodamos y empiezo a darme cuenta de que estoy de malísima leche.. El madrugón para coger el primer vuelo en Barajas; luego el follón del aeropuerto de Barcelona y la hora y cuarto de retraso y calvario que nos han regalado... Pero ahora pasa ya de media hora, asimismo, la que llevamos en el avión y no se ven señales de que la cosa se ponga en marcha. ¿Cuál puede ser el motivo del retraso? Vamos llenos hasta los topes, unas ciento sesenta y tantas plazas. La mezcla de gente es fenomenal: parejas de viejo y vieja y algunas otras jóvenes; viejos sueltos y solteronas sueltas; algún grupito de chavalas y no tan chavalas. O sea, lo normal en estos casos. La gente se lanza por ahí al tuntún, a aliviar frustraciones y a dar envidia a la amiga de oficina.

Mi caso tiene de todo. La verdad es que Monti y yo hemos venido a este viaje de pura chiripa. Monti, porque desde que se quedó viudo se está sacando la espina y se enrola en cualquier cosa que se celebre. El hombre quiere ganar la carrera a su propia sombra. Yo, porque tenía deseos de seguir conociendo países del Este, y la primera ocasión que se presenta para Bulgaria es precisamente la de ahora. Los dos, porque llevábamos varios años hablando de hacer un viaje juntos. Monti, ya es hora de decirlo,

más que amigo mío-que lo es- es amigo de mi padre. Monti es industrial próspero, sin hijos; rechoncho, con tripa y con voz algo cascarrrosa; pero según él con la picha más leal y más guerrera del mundo. 64 años, y en el fondo, atractivo para cualquier viuda de buen ver o para ese tipo tan abundante de solterona desesperanzada...

Ya llevamos una hora más de espera dentro del avión, y se está remachando el clavo. Preguntamos a uno y a otro que si saben algo. El calor es sofocante. La cabronada escapa a toda previsión. En esto, y desde la entrada delantera, llega corriendo toda agitada una chavala jovencita, rubia, así como medio drogada... por algo que no acierto ni a sospechar. Se nos informa que la muy imbécil se había dejado el pasaporte en casa y que se dio cuenta al ir a pasar el control, y que lo mandó pedir a su casa por teléfono... Ésa, ésa ha sido la causa de la demora. Cualquier comentario se transforma inevitablemente en blasfemia.

El avión empieza a moverse y las cosas, forzosamente, parecen presentarse más risueñas. En este vuelo hay muy pocas formalidades porque es un viaje "barato" y no da para azafatas profesionales guapas. Con todo, uno de uniforme nos pasa la consabida bandeja de caramelos. Se escuchan las primeras bobadas a cargo de las mentes provincianas que llenan estos viajes:

—Ahí va, mira, si es un ruso—, y sandeces por el estilo. Pero ahora esto va en serio. El avión acelera motores y yo me aseguro el cinturón, con el barullo de cosas que se me agolpan en la cabeza cada vez que despego. Arrancamos, sprintamos, más, más... despegamos, en efecto. La maniobra se hace sin más

complicaciones. Ya estamos bien en el aire. Subimos. Subimos. Cambian los ruidos de los reactores. Zommmmmmm..., ese es el taponazo que hace el tren de aterrizaje al guardarse. La consiguiente aprensión. Ya me lo han dicho: es ley de vuelo el tener mucho más miedo a medida que se van acumulando horas. Y desde luego, voy hecho trizas de miedo. La clave está en lo que ya sabemos muchos: que se percibe que está uno a merced de lo que quieran y puedan hacer los pilotos. Y eso de ir sentado pasivamente como un fardo confiando en los demás mina el humor del más pintado... El avión acaba por enderezarse y todo va cobrando un perfil de normalidad, siquiera provisional. Monti está de cháchara con Cata. Yo me dedico a echar algún vistazo que otro a mi alrededor y a tratar de distinguir las caras que he podido ver durante la espera de los billetes en Barcelona. Sí, ahora recuerdo: ese grupito de tres chavalas me pareció en principio lo más prometedor. La más rubia me sonríe. Menos da una piedra. Una empleada de Cerva que viene de guía nos dice unas cuantas cosas por el altavoz: Bienvenidas, parabienes. Es un poco tonta y nada bonita: ancha de culo, lisa de tetas y con cara de pan. También nos anuncia el desayuno que inmediatamente se empieza a servir. Como va sentada cerca de nosotros, charlamos brevemente sobre lo que le parecía el combinado de uvas, bollo, queso, café y otras chucherías. Nos dice que las uvas son auténticas búlgaras, y que con el queso saben a beso. Pues muy bien: "Uvas con queso saben a beso", lo repito a Monti, quien, con cara de vicioso, se lo recalca a Cata.

El vuelo es una realidad absoluta. Se va venciendo la

repugnancia al olor a tapizado, típico de todo avión; y se va venciendo el rastro de mala leche que los oportunistas de la agencia nos han hecho pasar con el madrugón en Madrid y las cabronadas de Barcelona. Por el pasillo, y de camino para orinar y lavarme la boca después del desayuno, me voy fijando otra vez. Lo que más abunda son petardos. Algunas salpicaduras de rostros jóvenes, busconcillas de aventuras pero, entiéndase, sin vulnerar el código atávico de su mentalidad mema. Me lavo como puedo en la estrechez del cuartito. La sensación de pegajosidad me acompaña siempre que viajo en avión. Sube uno limpio y al cabo de un par de horas se nota el desasosiego. Por eso, las visitas a los servicios han de ser lo más concienzudas posibles. Y así salgo yo entonces de uno de ellos, con higiene por lo menos para otras dos horas más.

Llevamos un buen tramo de vuelo y la llegada a Varna está prevista para eso de las cuatro de la tarde locales. De Bulgaria no parece saber nadie nada. El anuncio del viaje, flamantemente publicado en folleto por los de Cerva, era quizá todo. Y en realidad, ¿qué importa? Una de mis costumbres es leerme lo que tengo a mano en casa sobre el país que estoy para visitar. Sobre Bulgaria pude enterarme de lo normal: la información pictórico-romántica de la geografía Gallach y algún otro libro con datos más actuales. Por supuesto, el cuché propagandístico y chillón de los de Cerva venía más o menos a decir lo consabido: que todo el monte de Bulgaria era orégano; las comidas, sugestivas y muy afines al paladar español; los precios de las cosas, asequibles..., y demás lindezas aproximadamente rigurosas y que, sin embargo, no dejan de prender en el ánimo de cualquier mentalidad proclive al

exotismo como la mía.

Pero seguimos volando. Ya sólo falta una hora para aterrizar. El avión no puede portarse mejor. Me consuelo pensando que estos pilotos búlgaros o soviéticos son unos tíos responsables, y que una irregularidad técnica en cualquier orden de cosas en estos países socialistas acarrea un castigo ejemplar como para no tener ganas de reincidir... Nuestra guía nos anuncia la cercanía de Varna. Tengo ganas de ver, en cantidad considerable, la cara de estos búlgaros. Pegamos un bajonazo. El avión ejecuta la serie de maniobras no por sabidas menos escalofriantes: ruidos, rugidos, meneos de las alas. El pánico que se siente se resiste a ser expresado. Es miedo, pánico de la mejor ley. Bajamos, bajamos....

–Mira, Monti... Ya nada. Ya lo hemos pasado...– Bajamos. Se ven casas, campos. Lo que casi siempre ocurre es que no se ve la pista hasta no estar encima de ella, y esta vez no es excepción. Ya estamos enfilados. El miedo y la esperanza son grandes. Se nota el golpetazo de las ruedas en el suelo y damos por terminado el trance. Ya se puede mirar mientras rodamos.

–Arrea, si esto es una birria de aeropuerto–, pensamos, aunque sólo decimos que nos parece pequeño y rústico. Paro los motores. Venga, a salir. Monti parece que mata el miedo diciendo chorreces que a Cata no le caen del todo mal. El olor a humanidad hacinada empieza a disiparse. Comenzamos a apearnos. Ya puedo ver algunas caras más de cerca. Luego, a muchas de esas caras tan sólo me uniría el leve eslabón de esa primera mirada cambiada, de un guiño estúpido de complicidad pretendida; en suma, que somos imbéciles por dejar que nuestro sentido se agolpe en circunstancias

tan poco significativas y que no importan nada, que no quieren decir nada. Bueno, ahora puedo fijarme en el material que viene con nosotros. La mayoría...pschh.. De súbito, algún atisbo, alguna lucecita. Aquella rubita que deja ver un cachito de sostén blanco por el escote tiene cara de calientapollas.. Lo que digo: la mayoría, pedorras provincianas, con pretensiones de lo contrario, que es lo que más me jode, que me intenten dar gato por liebre. Algunos gestos, algunos ademanes.. y nada más.

Cata, que parece aceptar pacientemente los galanteos de Monti, es una rellenita culona, y con cara tirando a mofletuda (no puedo omitir ahora que más tarde nos demostraría ser una gran chica, servicial y sin melindres). Miro hacia todos los lados mientras nos encaminamos hacia el área de recepción e intervención de documentos. Todo es modesto, hasta ramplón. A expensas del listo de turno se oye que tanto este aeropuerto como el de Sofía fueron construidos por los alemanes durante la segunda guerra mundial. Se pasa desde la pista a la sala de espera, bajo un techo de uralita. Las tirantas y los travesaños de hierro que sostienen la pasarela están carcomidos, despintados. Todo muy ramplón, como digo, aunque en este caso no se hace antipático.

—¿Qué hay, Cata, qué tal el viaje?

—Yo, bien. Oye, qué paleta es todo esto, eh..!

—Pues sí..—. La verdad es que no se dialoga, sino que se dicen tontadas volanderas.

La sala de espera está pelada. Busco con afán un sitio donde asearme y lo encuentro a duras penas. Me saco la cola hecha un churrito pequeño y caliente. El orín echa humo. Me la sacudo

bien. No me gusta el goteo. A lo que no me atrevo es a lavármela, no vaya a ser que pase algún funcionario de estos, me vea, se asuste y tengamos alguna fricción diplomática. Después de los viajes, sentado durante horas, se quedan los huevos constreñidos, reventantes, exigiendo esparcimiento. Salgo de los lavabos y me reúno con el grupo. Ya tenemos la primera novedad, y es la llegada de cuatro guías turísticos: dos de las chicas, Renata y Vilma, hablan español. La otra (luego me enteraré de que se llama Estrellita) no parece hablar mucho. El muchacho se llama Yuri. Renata está escurrida y sin embargo tiene algo: tal vez ser la primera búlgara en ofrecer cierta conexión al fenómeno de mi presencia allí. Tiene poco pecho y una cara algo así como de raspa. La que dice llamarse Vilma es algo mayor, pero aún joven. No está mal. La que está más buena de todas es Estrellita, cortita pero potente, con dos tetas bien colocadas bajo un jersey de punto blanco, y con falda ajustada.

Precisamente es Estrellita la que empieza a darnos los vales para la alimentación. Se trata de que en el precio ya satisfecho por el viaje en el punto de origen está incluida la comida, claro. Pero este derecho a la comida se expresa en vales, en la cantidad que corresponda a las dos categorías de hotel de entre las que el viajero haya elegido. Para el grupo español, acostumbrado a comer más y mejor que el ciudadano medio búlgaro, los vales eran insuficientes y venían a cubrir aproximadamente la mitad de las consumiciones reales. Por supuesto, que se podía pagar también con levas, que así se llama la unidad monetaria búlgara, equivalente a unas 29 pesetas.

Nada parecía indicar que aquella contingencia de la

entrega de los bonos de comida pudiera acarrear un contratiempo tan insospechado como monstruoso. Se trató ni más ni menos de que los ciento sesenta y tantos excursionistas, uno a uno, fuimos pasando por un, llamémoslo, mostrador rústico donde la camarada Estrellita había instalado su oficina. La entrega de los bonos a cada viajero, en la cantidad exacta, se efectuaba después de la comprobación minuciosa del billete y del tipo de alojamiento que cada cual hubiere elegido. Esto, dicho así, llena unas cuantas líneas más o menos elocuentes. Pero la espera de más de cuatro horas que nos tocó soportar allí fue algo difícilmente olvidable.

Naturalmente que hasta que todos y cada uno de los viajeros estuvimos en posesión de los bonos, nadie emprendió la marcha hacia nuestro destino final, Albena, a unos veinte kilómetros al Norte de Varna, y en la misma costa. Y esto se hizo sobre las 9:00 pm. Estábamos hasta los cojones de esperar. Yo merodeé mil veces por los alrededores de las dependencias donde nos habían concentrado. Era una especie de sala de espera destartalada. Oriné varias veces, tuve ocasión de mirar a mis compañeros de viaje y de formar juicio sobre algunos de ellos. La pareja del chico cuarentón y semi calvo con la chica alta y bien plantada me cayó simpática. Más tarde tendría oportunidad de cambiar con ellos diversos comentarios. Pululaban por allí mujeres de la limpieza, vestidas de gris, muy modestamente. Según se nos asegura, pertenecíamos a la primera remesa de expediciones de españoles que iban de veraneo a Bulgaria, desde las recientemente estrenadas relaciones de apertura diplomática hacia el Este.

En estos casos irritantes de espera sin previo aviso yo me

suelo poner echando hostias. Mi sentido de la armonía percibe tal contravención de las más elementales normas de convivencia, que me siento inconsolable, frustrado... No consiguió Monti aplacarme con consideraciones de compensaciones futuras. El aeropuerto parecía en una total tranquilidad. No tuvimos evidencia de ningún otro vuelo, después del nuestro. Funcionarios y funcionarias se paseaban por aquellas dependencias de vez en cuando, y nada más. Nosotros, los turistas, cada cual matando el tiempo como podía, junto a los autobuses que esperaban, surtos, en el aparcamiento; o en corrillos, comentando tal o cual cosa. Esperando todos que Estrellita fuera verificando el papeleo que le habían encomendado.

Así fui llenando las cuatro horas y media de no hacer nada en aquel destartado aeródromo de Varna. Por allí merodeaban, asimismo, las otras dos guías oficiales búlgaras que nos habían recibido, y el simpático y avisado Yuri. Los tres atendían intermitentemente consultas sobre tal o cual aspecto técnico, siempre desconocido para nosotros (Yuri no hablaba español, pero sí francés). Y mientras tanto, Estrellita seguía impertérrita su labor de distribución de los vales. Estrellita tenía cara de cachonda, si bien denotando una rígida disciplina y un vigor ejemplar en el cumplimiento de su deber. No parecía propensa al soborno ni a la broma, sino que ejecutaba sus funciones con incansable profesionalidad.

Yo me aburría atrocemente. Vaya comienzo de viaje! Mi castigo por ir en grupo me había llegado tarde, pero me había golpeado más fuerte. Hasta hice pinitos de cante por flamenquerías y por bolerías junto al mostrador de expedición de los funestos

vales de comida. Vilma asintió plenamente a mis arranques, pero Estrellita sólo concedió una sonrisa de cortesía que venía a decir: cantes o llores, te vas a joder, amigo... Y así fue. Hasta las nueve de la noche, como dije, tuvimos que esperar.

–Hala, que nos vamos. Venga, Monti. Hala, Cata. Coged buen sitio en el autocar, que salimos.–

Era medio de noche. El pequeño tour que se nos concedió al atravesar Varna en dirección a Albena, al Norte, nos hizo percatar de la buena pinta de Varna: amplias avenidas, enormes zonas verdes, pocos coches... Todo invitaba al paseo. Varna, en efecto tenía muy buena pinta. Luego, días más tarde, lo confirmaríamos cumplidamente al visitarla con tiempo.

Los tres autobuses renqueaban a buen paso. En el autocar en que nosotros íbamos, Yuri, en francés nos fue explicando lo más saliente de las cosas que se podían ver. Monti, Cata y yo caímos en el autocar de Yuri, a quien se le entendía perfectamente. Entre Albena y Varna se encontraba un lugar mucho más atractivo y turístico que el nuestro: Arenas Doradas. De todo ello tendríamos cumplida ocasión de enterarnos más tarde, cuando las averiguaciones de unos y de otros fueron informando al resto del grupo, con opiniones para todos los gustos, sobre los descubrimientos y la calidad de las cosas descubiertas o sospechadas. Pero no anticipemos el relato.

Seguía el autobús avanzando por la carretera costera. A la derecha, el mar y luces correspondientes a otros tantos puntos turísticos. Junto a Arenas Doradas estaba otra estación veraniega, Panorama, con parada de autobús obligatoria. ¡Venga, joder, a ver

cuándo hostias llegamos; Llevamos ya más de quince horas y media de paliza, sin dejar de trajinar. Estoy reventado. Y hay que lavarse, cambiarse de ropa y salir a cenar y a echar un vistazo. Parece que llegamos porque Yuri nos está dando instrucciones especiales: un autobús, allí. El otro, allá. Y el otro, el nuestro, algo más lejos...

El hotel que nos ha correspondido está en lo alto de un terraplén. A los pies, el mar a cuyas playas se desciende por una serie de escalinatas que pudimos ver un momento. Entrega de llaves y distribución de habitaciones. No hay tiempo que perder. Como se puede uno esperar de los oficios de estos agentes intermediarios que pactan una cosa en España y cumplen otra en la parte que sea, a nosotros, turistas un poco de segunda, nos dan alojamiento en unas unidades anejas al edificio del hotel propiamente dicho, como casetas individuales o bungalows que están a unos cuantos metros del vestíbulo general. También se baja a ellas por rampas y escalones de piedra y tierra. Bueno, pues a tomar posesión de las habitaciones.

–Monti, dentro de media hora, aquí en mi cuarto, si te parece.

Monti accede y se va a su bungalow, a tan sólo unos cuantos pasos. A la media hora en punto está de vuelta, vestido, perfumado. Dejamos la llave en recepción y nos vamos a cenar. Son las 10:30 pm. En la terraza de un hotel de al lado (el nuestro no tiene restaurante, sino nada más que una cafetería) vemos gente y oímos música. Se ven mesas y movimiento. Hasta allá nos enderezamos. Reina algo de confusión. Nos sentamos en un sitio

con toda nuestra buena fe, y al ver que no nos hacen caso provocamos la atención de un camarero que nos gesticula desorbitadamente. Parece que quiere decir que ese sector de mesas está cerrado y que nos debemos sentar en otro sitio. Venga. Nos sentamos en otro sitio y yo limpio el mantel. Viene el mismo camarero y nos da la carta. La música de una orquestina sigue tocando. Aquello me gusta. La impresión es positiva y la cosa parece que quiere empezar a marchar.

A todo esto, el menú está en búlgaro y en alemán. Desde ahora se me hace claro que el alemán, después del búlgaro, es la primera lengua subsidiaria del país. Yo con mi flamante curso básico de alemán, sudado y aprobado en el Goethe Institut ese mismo verano, me siento protegido. La música ha dejado de tocar. Son las 10:45 pm. Pedimos un plato de carne y una botella de vino del país que nos traen con prontitud, además de pan. Comemos con avidez y con alegría. Y ocurrió entonces que estando así comiendo vemos venir hacia nuestra mesa a dos chicas del grupo que se encaminaban ya a la salida, y al reconocernos se paran un ratito a charlar. Son Elvira y Juani, dos gallegas a quienes ahora recuerdo algo mejor. Claro, las vi en Barcelona, y también esa misma tarde en el aeropuerto de Varna. Elvira es muy sonriente y tiene una abundantísima y negrísima mata de pelo. Sugestiva, atrayente de pura simpatía. Juani es más reservada.

–Ahí va, mira quién viene..–, dice Monti.

–Hombre, si sois vosotras–, continuó yo, –Venga, sentaros un ratito con nosotros y contarnos cosas.

Se sientan y nos dicen que están en el mismo hotel que

nosotros, en tal y tal habitación. Elvira es exultante, comunicativa. Mi corazón ya especula con la presa de su intimidad... Se van porque tienen a medio deshacer el equipaje. Monti y yo nos comemos el plato de carne, el pan.. nos tomamos el vino, que está riquísimo, y aún nos da tiempo a pedir fruta de postre. Pagamos y, efectivamente, lo que la organización del viaje ha asignado estimativamente como compensación para una comida es algo inferior a lo que se come uno. De cualquier forma no es caro. Y esa primera cena, por hambre o por las ganas de poseer a Elvira que me entraron, me supo enérgica, sabrosa. Damos una vuelta para orientarnos y nos vamos pronto a la cama, rendidos, yo por lo menos, por el viaje y por tanta idea como abrume mi mente. El recuerdo de Elvira me espolea y me encorajina. Creo que la he hecho una buena impresión y mi alma se engolosina, entre impaciente y disciplinada, con el desenlace que yo mismo me ilusiono en predecir. Por lo pronto ya tengo yunque donde templarme; ya tengo acicate que me despega del resto, de aquellos que se mueven en aguas neutrales.

Duermo mal. Mi habitación tiene todo el frente orientado a la playa, a modo de ventana-terraza. La cortina que cubre la abertura no impide que entre la claridad, y mi cerebro, rebosante de impresiones, hubiera necesitado una oscuridad completa que mi habitación está muy lejos de proporcionarme. Duermo mal. Extraño la cama, la longitud geográfica, todo. La gravidez mental me acosa. El enjambre de vivencias que enconan mi perceptibilidad me reta a una lucha cruenta para poner en orden el caos y aplacar los tumultos.

9 de septiembre

Me levanto sin haber descansado plenamente. La claridad es insorpotable. Por lo demás, la habitación puede pasar: muy funcional, muy modesta. Me fijo con atención en los detalles. La alcachofa de la ducha está en lo alto, y como el alicatado sólo cubre un poco de pared, el agua lo pone todo perdido. Todo es rústico. El piso de la ducha es de piedra de fregadero. Más tarde comprobaríamos que también el lavabo del Hotel Dorostor, el más lujoso de toda la urbanización, era de piedra de fregadero moteada. El rollo de papel higiénico no está sujeto a ningún gancho especial sino a un control de cañería que sale de la pared. Es algo curioso, insólito, ya que no veo ni la conveniencia ni la inconveniencia de que el cilindro hueco de cartón que sostiene el rollo se incruste en esa protuberancia puesta a propósito, con la absoluta exigencia de que todas las medidas de los rollos sean idénticas en su fabricación. La pintura se descascarilla en las paredes. El yeso mancha. No hay teléfono en los cuartos, claro. Las lámparas de mesilla son elementales pero ingeniosas: una plancha de base, una varilla vertical con un brazo perpendicular en lo alto, y un tronco de embudo-pirámide giratorio, de chapa, con bombilla dentro. Enchufes normales. Desde luego que la ducha salpica y horada el yeso de la pared.

Esa primera mañana me tengo que duchar y afeitarme con agua más bien fría. El cabreo por no tener agua caliente es impresionante. Pero hay que moverse. Las actividades iniciales se

van a programar y tal vez convenga coger una buena información por adelantado. De momento ya se nos anuncia una comida típica en una bodega o cueva de uno de los restaurantes cercanos a nuestro hotel. Se trata de que veamos algunas muestras elementales del folklore búlgaro...

Allá vamos después. Ocupamos las mesas alrededor de una pequeña extensión vacía, donde los bailarines búlgaros desarrollarán sus primores. Vilma y Renata, con el grupo, explican por el micrófono el carácter popular de la comida. El vino que nos están sirviendo es una especie de caldo con sabor a aguardiente raro que no hago más que probar y no quiero más. Es una guarrería de matarratas. Lo que ponen de comida está bien y me limito a comérmelo. Ahora empiezan los juegos: unos cuantos búlgaros con trajes vistosos hacen toda suerte de cabriolas en el espacio dispuesto para tal efecto entre las mesas, y hasta invitan a alguna turista a participar. La música es estridente pero llena de motivos, de íntima añoranza, casi toda igual, que agobia, que llena, que calma, pero que no desagrada nunca. La danza del pañuelo acaba con que el bailarín aplica dos besos entusiastas en las mejillas de la turista invitada que ha colaborado en el baile. Sin duda que esa primera práctica del folklore prende positivamente en el ánimo de los forasteros. Las chicas españolas, oigo a las más memas de mi alrededor, deben pensar que un beso así también contiene esencias intransferibles de intimidad y comentan lo "lanzados" que les están empezando a parecer los búlgaros.

Aquel rato de algarabía me anima y me entristece al tiempo. Mi alma se conduele con todo rastro de dolor universal y se

alegra con la alegría de los otros y esos quehaceres que tan generosamente se endosa no dejan de agotarme. Mi sensibilidad acoge demasiadas criaturas en su recinto, y en momentos de desfallecimiento el pesar se agiganta. Aquella comida folklórica me dejó triste, con ganas de amar insatisfechas. Se lo dije a Monti y el muy mariconazo se reía. No vi a Elvira en la fiesta. Más tarde supe que ni ella ni su amiga fueron. Algunos otros rostros se me grabaron. Con otras varias chicas cambié sonrisas. Pero no pasó de ahí.

Salimos a dar una vuelta, a explorar la playa. A veces no hay cosa que menos me interese que el mar. Alguien ya habló de bañarse. Los que habían elegido acomodo un poco más caro estaban allá abajo, en el Hotel Dorostor, en el centro de la urbanización. Albena parece una ciudad hecha a toda prisa. La construcción, aunque vanguardista, es rústica. Los trozos de piedra se medio despegan y algunos firmes de las escalinatas ceden. El caso es que es una ciudad casi nueva pero todo parece en estado incipiente de decrepitud, con grietas, rajadas y comienzos de descomposición. Y ya digo que la ciudad de Albena se había levantado completamente hacía bien poco, como algo entre otras muchas cosas que los arquitectos búlgaros ofrecían de ejemplo al mundo.

La verdad es que impresiona la simbiosis de modernidad y modestia que revestía la ejecución de todo aquel plan urbanístico. Los hoteles, o bien se encontraban en la planicie de la playa o encima de la ladera, como el nuestro. La rampa o cuesta engañosamente escondía ciento cincuenta y tantos escalones hasta

la línea de playa y que Monti pacientemente contó para mérito suyo y para estímulo de sus 64 años. Merodeamos por allí, captando lo más llamativo. Por todas partes se respira ambiente de confianza y tranquilidad. Muchos turistas checos y alemanes de la DDR. Por eso el alemán es el idioma turístico subsidiario en Bulgaria. Aquí sí que puedo medir lo que aprendí en el Goethe Institut, y que debí haber repasado en casa. Hace calor pegajoso. Monti va hecho un dandy: se había llevado un variado muestrario de pañuelos y camisas, y por lo menos tres trajes. Yo iba más de trapillo, más funcional o "casual", como dirían los angloparlantes. Regresamos al hotel: yo a tumbarme la siesta. Quedamos para por la noche, a ver si descubrimos algo de interés. Pero no recuerdo cómo se nos fue aquel día..

10 de septiembre

Hoy tenemos una excursión a cenar y baile después amenizado con música búlgara. Como no es cosa de perderse nada, nos hemos apuntado. El hall del Dorostor es desde ahora y hasta nueva orden el sitio de reunión para inscribirse quienes deseen participar en todas las excursiones extras que se celebren. Yuri, Vilma y Renata nos apuntan, previo pago. Pero parece una cosa generalmente aceptada. Casi todo el grupo en masa de españoles se apunta. Estando yo allí en el hall del Dorostor llevando a cabo mi inscripción se me acerca una chica bastante mayorcita pero, por la forma de venir a mí, colijo que todavía con pretensiones...

—Tú eres Manuel, Manolo, ¿no?

–Sí, ¿y tú?

–Yo me llamo Antoñita. Es que os he oído hablar antes y me han hecho mucha gracia tus expresiones... ¿De dónde eres? ¿Vienes solo?

–No, vengo con éste. Oye, Monti, mira, ésta es Antoñita... Venimos juntos aunque separados. Somos de Alcalá de Henares...

–!Huyyyy.. qué bien; Yo vengo sola, de Valladolid. Nos hemos tenido que haber visto antes de ayer en Barajas... ¿Vais a la cena?... ¿Puedo ir con vosotros?...

–Sí, hombre.

Antoñita es bastante mayor. Desde luego que no cumple los 45. Lleva amplias gafas de sol. Viste juvenilmente y las tetas la abultan. Vamos a la fiesta, algo así como un churrasco campero a la búlgara amenizado por los ya clásicos bailarines vestidos en trajes típicos. La cena es un éxito. Nos sientan en unas mesas grandes de madera, de esas de tableros corridos. La comida es excelente, muy buena: un filete de carne asada a la brasa, sabrosa y rica, y todo el vino que uno quiera beber. Antoñita se está enamorando de mí. Es lo lógico. La estoy dedicando elogios, bobadas, canturreos. El vino hace su efecto. La gente canta e intenta sobrepujar a los otros grupos étnicos. Unos checos se acercan a nuestra mesa y cambiamos un barboteo de palabras medio beodas. Ahora viene el baile. Después de las cosas típicas suyas, los músicos interpretan melodías más internacionales: boleros, ritmos variados.

Antoñita me pide que baile con ella. La hago saber mi limitada condición de bailarín. A mí me gusta charlar, ver, mirar,

pero no bailar en el sentido técnico de la palabra. Y sin embargo bailamos. Desde luego es bastante mayor. Los cuarenta y cinco no los cumple, ni mucho menos. Pero no se puede torcer el rumbo de las cosas. Bailamos. La agarro con firmeza y al tiempo con tierno despego. Sus defensas se han abierto de par en par. Me dice mil cosas: que yo debo tener mucho éxito con las mujeres porque soy muy simpático y porque aunque no soy guapo, guapo en esa acepción vulgar del término, me acompaña una gran personalidad. La aprieto un poco más y hago que el pastel de las tetas se me pegue a mi camisa con determinación. Aun a mi pesar, se me pone gorda. Sin miramientos suelto de vez en cuando la mano y me la levanto hacia arriba para evitar que haga un bulto demasiado escandaloso. Antoñita lo sabe y está satisfecha. Tocan "Spanish Eyes" y me pongo irremediamente nostálgico, no por ella sino por las mujeres que han sido y siguen siendo la mejor sustentación de mi vida, mi esencial e irrevocable *raison d'être*. Vuela mi memoria y se remonta agónica por épocas y continentes. Pero la sola mención de otros nombres traería a este relato un acerbo de pena innecesaria, lo haría salir de madre. Yo no la dedico, no puedo dedicarle a Antoñita nada de este acopio personal de substancia mística que mi alma ha ido alquitarando. A Antoñita le dedico las cuatro banalidades joviales para consumo momentáneo...

Se me está corriendo de gusto. Brilla, reluce su gesto. Toda ella es una expresión jubilosa porque se halla en los brazos míos y yo la estoy regalando los restos de intimidad sobrantes de otras depositarias. Canto "Spanish Eyes", lo coreo con unas parejas británicas con las que coincido en la pista. "Spanish Eyes" me

vuelve melancólico, galante, de toque agraciado y de frase convincente. La fiesta acaba y los autobuses nos recogen. Es hora de irse al hotel. Esta especie de casa de campo donde se ha celebrado la cena está sólo a unos cuantos kilómetros de nuestros hoteles. Entre Antoñita y yo se ha confirmado nuestro indiscutible destino de una tarde: juntos nos encontramos en el autobús de vuelta y todo lo que me dice suena a urgente proposición. Se me pone de nuevo cachonda, aunque un poco resentida del recalentamiento anterior. Voy a ver si la consuelo, pienso. Esta mema no sé si sabe que esas ansias irreales de apasionamiento diluido reciben su confirmación única en ese golpe insustituible del orgasmo ante el que todas las cosas aparecen con sus nombres y exentas de caretas.

Llegamos a los hoteles. Pero antes de subirnos en los autobuses le he informado apresuradamente a Monti de que me he dejado "cazar" por esta prójima, a ver si consigo que me la chupe o por lo menos... lo que sea. La gente se va apeando en sus puntos respectivos. Antoñita también vive en nuestro hotel pero en el edificio principal. Se sube por una escalera exterior y se recorre gran parte de un pasillo voladizo. Me pide que la acompañe, y así lo hago. Va como nerviosa. Entramos en su habitación, cierro la puerta por dentro y nos sentamos en la cama. Inicio un acercamiento buscando con rápida manipulación los broches o cremalleras del vestido, para una fase preparatoria de tanteo. Accede hasta cierto punto. Hasta el punto de poder yo descubrir una máquina de corsés y de prendas anticuadas con las que pretende mantener su mercancía en el mercado. Es sencilla,

disparatadamente horrible el aparato: una faja rígida desde el culo hasta casi el cuello, y de color azul, que la mantiene erguida a la fuerza y la levanta las tetas, sin permitir liberarlas de aquella cárcel incalificable. Ni siquiera consiente, a instancias mías, a acariciarme con la mano, a aliviarme...

—¿Es esto para lo que has querido que venga? —, la pregunto sin poder disimular el cabreo.

Me contesta una sarta de tonterías y me hace saber que "eso", lo último, sólo lo concederá a aquel hombre que vea en ella a la única mujer elegida. La miro con estupor, con miedo, y la veo fatalmente vieja. Y la impresión que causa en mi alma esta escena de Antoñita y yo, los dos a medio recostar en la cama, es inolvidable. El grado de demencia de esta criatura es inconcebible, aterradora. El desfase de sus ideas es monstruoso. Me habla del amor.. bueno, no.. del amor, no sé. Me habla de casarse con traje blanco, de tener hijos... La miro de cerca.. Se ha quitado ya las gafas.... El maquillaje se la está viniendo abajo y su cara parece una castaña pilonga... Ahora me fijo en que la papada se la cae irremisiblemente, balanceante, morcillosa... Arrugas, arrugas de pura vejez... Pero, ¿es posible que aún queden especímenes de este calibre? Son ya más de las dos de la mañana y yo perdiendo el tiempo con esta tontopáusica que habla como una jovencita colegiala de amor, de intimidades reservadas y de príncipes azules. ¿Es posible que haya cultura o tradición o criterio en la tierra capaz de provocar la germinación de mentalidades así?... Antoñita me sigue contando tonterías, como si las creyera el mejor bálsamo para despejarme de la cenorra de unas horas antes, abusando de mi

paciencia y de mi cortesía. A veces me asaltan ganas vehementes de darla de hostias, a ver si así asimila lo poco de sensatez a que pueda ser acreedora en lo que la quede de vida. Abrumado de necesidad, me despido lacónicamente y me voy a mi cuarto. Al día siguiente

11 de septiembre

se lo cuento a Monti y el hombre se parte de risa y de pasmo..

–La muy jilipollas, pensar en príncipes azules a estas alturas!

Pasamos el día de merodeo. Yo no me quiero bañar en el mar. Me compro un diccionario inglés-búlgaro por 50 pesetas, y me dispongo a hacer los primeros pinitos con la lengua. En el Hotel Dorostor encuentro a Vilma y a Renata y las pido que me escriban el alfabeto búlgaro, en caracteres cirílicos, ya se sabe, y su correspondencia en sonidos españoles. Ya lo tengo. Ahora con mucha paciencia hay que desentrañar el jeroglífico de cada letra y recordar el dibujo. La primera prueba no se hace esperar. Voy a mi cabina mientras que la doméstica está limpiando. Es una chica muy rústica, con vello largo en las piernas y sin trazas, por supuesto, de sofisticación. Pero he oído hablar de que en Bulgaria no hay analfabetismo y quiero empezar a comprobarlo. Con la mejor de mis sonrisas le digo a la chica de la limpieza "buenos días" acompañando las palabras con la señalización en la columna del diccionario para demostrar que no me refiero a ninguna herejía. El

efecto es simpático: la muchacha se acerca al libro que sostengo en las manos y leyendo la línea que yo señalo con mi dedo índice derecho, pronuncia con perfecta desenvoltura y complacencia la expresión "buenos días" que yo tan tímidamente esbozara. Por la limpieza que ejecuta con agrado y diligencia la doy una módica propina de una leva (=29 pts., ya lo dije). La chica lo rehúsa al principio con determinación y gesto huidizo hasta que mi gesto tranquilizador la hace aceptarlo con expresivas muestras de reconocimiento. En días sucesivos tendría otras ocasiones de hacer la misma prueba de la lectura con otras empleadas de la limpieza. Y el resultado, idéntico: en Bulgaria me atrevería a asegurar que no hay ni un solo analfabeto.

Me voy dando cuenta de que el grupo de españoles somos los más rumbosos, con mucho, de todo el elemento turístico de por allí. Entre nosotros el más modesto se permite unos alardes que deja alobados a los demás grupos. Los checos, los yugoslavos, los alemanes del Este, polacos, etc., que forman el 90 % de la población veraniega (o por lo menos, vacacional) vienen con sus precios ajustados y con sus gastos hilvanados al detalle, y nada más corrupto para sus credos mentales –al menos en teoría– que nuestra propina proverbial.

Me reúno con Monti y le cuento la experiencia de la alfabetización . Cata se ha ofrecido a plancharnos lo que nos haga falta. Nos vamos a comer, y en el paseo nos encontramos con don Arturo, un empleado de Banco, solterón y aficionado a decir palabras en algunos idiomas porque el hombre no alcanza a más y así se entretiene. Se une a nosotros y comentamos lo baratos que

andan los libros en Bulgaria; bueno, queremos decir, lo abusivamente caros que andan por España. Acaba de comprarse una gramática rusa y yo le menciono mi diccionario búlgaro: al cambio cada libro ha salido por unas 50 pts. Seguimos comprobando que los bonos teóricamente asignados para cada comida son insuficientes porque a nosotros nos gusta acompañarla de un buen vino. Hemos descubierto tres o cuatro clases, tintos y blancos, que oscilan en calidad y gusto entre, digamos, el Paternina para el tinto, y cualquier otro Rioja bueno y seco para el blanco. Llevamos nada más que tres días y ya se van corriendo las voces sobre restaurantes mejores y peores y cosas así. A las cinco tenemos reunión con los guías porque mañana

12 de septiembre

hay programada una excursión llamada "Robinson". Nos apuntamos prácticamente las dos terceras partes del grupo, y resulta ser la primera gran putada que nos hace la organización desde nuestra llegada a Albena, con el consiguiente berrinche de muchos. Se trata de ir a una localidad costera donde hay una cabaña, supuestamente la guarida de Robinson. Nos levantan inmisericordemente a las seis de la mañana; nos meten en dos autobuses, llegamos y nos dejan allí en medio de una playa sucia. A todo esto, el personaje Robinson, un muchacho búlgaro que se dedica a eso..., a hacer el payaso durante el verano, aparece vestido de Robinson, juega a caníbales y a hombre blanco con alguien del

grupo que de antemano se ha prestado voluntario al simulacro., y ahí acaba la fiesta que justifique llamar "Robinson" a la excursión del día: una de las peripecias más decepcionantes, si no la que más, de la imaginación de los búlgaros y de la idea que pudieran tener de amenizar a un grupo de raciales hispánicos con bastante más sofisticación que la que proporciona un paseo a tirar piedras a la orilla del mar... a las 8:30 am.

Luego, eso sí, nos dan de comer, que bien lo hemos pagado. La carne asada, que ya hemos saboreado, excepcional. El vino, muy bueno. Ahora bien, nada justifica que para darnos de comer a las dos de la tarde nos hayan levantado a las seis de la mañana, nos hayan metido en los autobuses para un viaje de hora y media , y nos hayan dejado por allí vagando y haciendo el jilipollas junto a un remedo pantanoso de playa mientras que el guasón aventajado de mozalbete que hacía el papel de Robinson enseñaba sus habilidades. Es el primer gran fracaso en los cuatro días que llevamos de estancia en Albena, casi, y yo estoy ya abiertamente cagándome en la madre que parió a los organizadores. Estoy rendido, y después de comer y hasta la hora de ser recogidos por los autobuses me tumbo por ahí en la hierba, aquejado de una laboriosísima digestión y de una leche infame.

Aparece Antoñita, solícita, maternal. La recibo con una cascada de palabrotas. Pero su amor hacia mí, quiero decir, su fetichismo, es capaz de superar estos despliegues míos de asustabeatas.

—¿Estás enfadado conmigo, Manolo?

—No digas jilipollecitas, Antoñita. ¿Por qué lo iba a estar?

–Por lo de antesdeayer. ¿Sabes, Manolo...? Yo soy muy femenina y muy sensitiva..., y no quiero que me traten como a una cualquiera...

–Bueno, ¿y quién te dice lo contrario? Ayer me volví a acostar tarde, y estos hijos de puta hoy nos han levantado a las seis. No puedo más...

–¿Quieres que te haga algo...Te importa que me esté contigo?

Antoñita está vestida más juvenilmente, si cabe, que la vez anterior, pero me es irrediblemente tediosa.

–¿Sabes cuántos años tengo?–, me pregunta de pronto.

–Unos 38 –, digo yo, en parte por cortesía y en parte porque no sé qué decir.

–Pues tengo cuarenta y siete...–

En realidad, tanto da 38 años trabajados o mordidos por el infortunio, como 47 de señoritinga ignorante y celosa guardadora de un virgo apolillado. Me sigue contando que trabaja en el Banco Pastor de Valladolid, y que ha llegado a ser primera secretaria del Director. Mi alma no puede por menos de afligirse ante tanta estupidez. Estoy tumbado sobre la hierba, y a menos de medio metro de mí Antoñita desgranándome el rosario de acontecimientos que han llenado de bobería sus 47 años. Es vieja, qué cojones. No reconocerlo es falta de objetividad y ganas de engañarse. Pero según parece y a tenor de todos los indicios, yo he sido el elegido. En mí resulta que ha visto su hombre. Y en cuanto a gusto, no anda del todo descaminada: 35 años, saludable, buen conversador y sin estrecheces perentorias vitales. Esta mujer está loca de remate, qué

le voy a hacer. Como no me la voy a poder quitar de encima –pienso– lo mejor es no hacer nada. Al menos así habré sido instrumento de ilusión de una demente.

La masa de excursionistas se empieza a poner en pie. Nos llaman a todos bajo la supuesta razón de que nos marchamos. Y ahora nos juegan la putada que me impulsó a despotricar abiertamente sobre los responsables de organizar la excursión: Resulta que nos han traído en dos autobuses, pero uno de ellos ha desaparecido. Así que queda sólo uno que se llena con la primera remesa de viajeros que se aprestan a subir. Los demás, la otra mitad, esperamos de pie bajo el engaño de que el segundo autobús "está a punto de llegar". Mentira asquerosa. Hasta pasadas dos horas y media no regresa a toda prisa el único autobús disponible, y entre tanto nos han sacado de nuestras casillas con la mayor y más desvergonzada de las desconsideraciones. Mi paciencia se agota y opto por cagarme en la puta madre que parió a los inventores de la jugada, delante de la guía española –delegada o mandada de Cerva– que no levanta la voz ni siquiera intenta abortar mi justificada indignación. Las frases resuenan un poco duras en las orejas de los que me rodean pero la reacción efectiva es de apoyo a mi explosión de cabreo.

Este incidente sería el comienzo de una serie interminable de ellos como se irá viendo en su lugar oportuno. Llegamos al hotel. Estoy reventado, maldiciéndome por haberme enganchado en un viaje de grupo. Son las siete de la tarde; no, son ya casi las ocho... Es el primer viaje en grupo que he hecho en mi vida y la cosa huele a que voy a experimentar todas las

irregularidades y todas las cabronadas que surjan. No he visto a Elvira y la estoy deseando más vehementemente que nunca. He hablado con ella lo preciso para poner la primera piedra de mutua atracción. Añoro su disponibilidad para la compañía, sus recursos convivenciales. ¿Dónde estará?

Monti se encuentra de mejor humor. Se lo traga todo como le va viniendo. Excepto español, no habla ni una palabra de ningún otro idioma, y el muy cachondo se jacta de entenderse mejor que nadie a base de piruetas con las manos, y de dibujos que está siempre presto a ejecutar. Cuanto más respeto sus procedimientos menos los comparto. En el vestíbulo de nuestro hotel Aurora hay un anuncio en una pizarra portátil sobre una de las excursiones grandes y optativas, claro, que ya venía anunciada en el primer folleto de la agencia Cerva: visita a Estambul, de tres días. Y es que Varna está admirablemente situada para arrancar a varios otros puntos de interés, bien en el marco geográfico del Mar Negro; o tierra adentro, hacia Rumania, URSS, etc. Hay que reunirse al día siguiente en el Dorostor para formalizar la inscripción.

A partir de ahora, y siempre en aumento, se suceden los tropiezos con la organización. Porque tanto las chicas Vilma y Renata, como Yuri, se hacen los tontos quizá por ser, por el contrario, demasiado listos y verse obligados a llevar a cabo concienzudamente el cometido que se les ha impuesto desde arriba. El caso es que las consultas más elementales quedan sin respuesta. Se empieza a percibir lo que significa un sistema de disciplina y de orden, aplicado sin miramientos y usando de todas las añagazas y

mentiras con el fin de que el plan perseguido no se distraiga ni un pelo de la diana a que apunta. Es sólo una sospecha de lo que más tarde, como se revelará, cobraría una virulencia tal, como para hacer de mi viaje a Bulgaria, en ciertos aspectos, la más nefasta y macabra de mis experiencias. El detalle técnico que ocasionó la intensificación de mi repulsa y de mi puesta en guardia para todo lo sucesivo fue que, al tiempo de organizarse el viaje a Estambul había otro a Beirut. Por mi parte, todo mi interés se dirigía a poder conjugar los dos viajes, cosa perfectamente factible con que sólo uno de los dos se repitiera. Nada más. Me informé a fondo respecto de la cuestión con Vilma, Renata y Yuri, y la respuesta fue siempre la misma: Que las dos excursiones coincidían y que, en todo caso, la de Estambul no se repetiría, y la otra tal vez sí. En aquellos ratos en que malgasté mi buena fe, no era posible que se me hiciera evidente, ni a mí ni a nadie, que lo que la organización quería a toda costa era arrastrar al mayor número de personas a la excursión de Estambul, como fatalmente ocurrió. Así que, muy disgustado por la falta de flexibilidad en la elección de fechas,

13 de septiembre

me apunto para la excursión a Estambul al día siguiente. También lo hicieron Monti, Cata, Antoñita y otros muchos conocidos más o menos de vista. Los precios, sin saber lo que íbamos a recibir a cambio, parecían algo caros. Luego resultarían sanguinarios y de pura estafa. Ya en vena de irregularidades, a última hora y con el viaje pagado, nos comunican que el transporte

de 10 horas de duración, en barco, no es factible, y que tendremos que desplazarnos en autobús. A mí personalísimamente el barco me suele marear a morir; de manera que no ví en la medida adoptada nada perjudicial, sobre todo dando por hecho que vendríamos a tardar lo mismo...

A las seis de la mañana del día siguiente

14 de septiembre

hay que arrancar. Estos prójimos todo lo arreglan con madrugones inmisericordes. La expedición la componemos un autobús grande, de unas sesenta plazas, y una furgoneta VW en la que nos acomodamos nueve, incluido el conductor Adrian. Antoñita viene conmigo, por deseo forcejeado propio. A Elvira no la he visto. No viene a esta excursión. Los otros ocupantes de la furgoneta son tres parejas de matrimonios jóvenes catalanes que hacen gala de resistencia y de buen humor. El trayecto de poco más de 400 kms. comienza a presentar características macabras. Son las 9:30 am. y, aún con mucha carretera por delante antes de salir de Bulgaria, paramos a desayunar en una especie de ventorro-kiosko. La media horaria no es superior a los 35 kms./h. La carretera, estrecha y sinuosa, es un verdadero calvario. Esta primera parada se acompaña de varios tanteos, idas, vueltas al mismo sitio, retrocesos, puestas de acuerdo entre los chóferes y un guía que va en el autobús grande. Ni Yuri, ni Vilma ni Renata vienen con nosotros. Insólito, pero así es. Nadie sabe por donde se anda. Poco a poco se nos va evidenciando lo descabellado de la aventura. El "guía" es un

pobre diablo que habla malamente cuatro palabras de inglés peor enhebradas; y además está atontado, naufragando en todo el tinglado aquel. Inconcebible pero cierto. Nos tiramos una hora justa de idas y vueltas antes de parar por fin a las 10:30 am. exactamente en el mismo sitio donde por primera vez pasamos...

Aun los más flemáticos empiezan a ponerse nerviosos. La máquina de los desaciertos se arranca, y relatar con detalle la cadena de desacatos a la honradez y al discernimiento es una verdadera masturbación letal... El viaje dura ni más ni menos que diez y ocho horas justas, inacabables pero acabadas. ¡Diez y ocho horas...! Qué pronto y que económicamente quedan dichas en una frase; Me resisto a trasladar a mis lectores, ni siquiera intentarlo, el formidable complejo de recursos de los que, en circunstancias límite, puede echar mano la resistencia mental y física de alguien como yo para no volatilizarme después de semejante paliza. Diez y ocho horas de autobús, descontando de ellas dos horas para el desayuno y la comida en ruta, y otra media hora de detención en la frontera. En avión hubiera sido poco más de tres cuartos de hora. En barco, diez ...

Estambul a las doce de la noche se nos aparece más bien como un inmenso sudario a donde hemos estado deseando llegar durante las últimas horas y con el que nos queremos cubrir para enterrarnos del todo. Para colmo, el hotel que tenemos reservado es de película de terror. Unos sabuesos turcos, malcarados y malolientes, nos dan la bienvenida y nos distribuyen al buen tuntún en unas habitaciones de donde la mitad del grupo bajan despavoridos protestando rojos de indignación. La que nos toca a

Monti y a mí, que necesariamente hemos formado equipo, no es excepción: raída, sórdida, con los elementos del cuarto de baño enmohecidos y churretosos de la pringue de los inveterados meados que no han fregado nadie desde nunca... Ruidos a montones. A mí no me dan miedo las cucarachas, y por eso su presencia comanditaria no me desafora. Pero apunto el dato.

Bajamos al hall donde se está formando un comienzo de motín, con protestas subidas de tono. Los secuaces turcos sólo hablan alemán como lengua turística, y yo trato de conllevar hacia ellos lo más esencial de nuestro estado de ánimo. El guía búlgaro, el de las cuatro palabras mal sabidas en inglés, ha desaparecido. Entre tanto, nos está esperando la cena que debe llevar servida cuatro o cinco horas. Lo llamo cena por llamarlo de alguna manera. El comedor no puede ser más deslustrado, pero tenemos un hambre tal que nos determinamos por comer lo que sea, antes de optar también por lo que sea. Así que nos sentamos a cenar unas porquerías de pescados casi crudos, como entremés; y unas pelotillas de carne de no se sabe qué. Las bebidas, aparte. La botella de vino peleón, a cuarenta duros...

La agitación sube y, como siempre, surgen los primeros jilipollas arreglatodo que, sin saber de lo que va la cosa, aconsejan paciencia, tal vez porque a ellos no les importe dormir o no dormir; o tal vez porque, de puro guarros, lo mismo les da lavarse que no lavarse. Surge sobre todo un perfecto imbécil de nuestro grupo (acaso, como diría mi amigo Wences, un "tarzán de oficina" frustrado) cuyo decálogo de educación y de ética parece haberlo aprendido a plazos. Aboga por la calma, y que al día siguiente

parlamentaríamos con las autoridades. Pero el muy majadero no parece entender que nuestro problema, el problema de todos aquellos que nos encontramos con problemas –y aun de otros viajeros futuros a quienes, por solidaridad, debemos proteger– es obvio y perfectamente claro: que se nos ha falseado en Albena la información sobre el viaje a Estambul; que se nos ha engañado tanto en lo que respecta al medio de transporte, como en lo que respecta a la supuesta incompatibilidad con el vuelo a Beirut (que después comprobaría yo con más detalle); que nos hemos tirado diez y ocho horas macabras de viaje por carretera y que yo al menos me encuentro destrozado; que todos los indicios respecto a la competencia de los responsables del viaje nos hacen ver que estamos ante un caso de maldad impune; que al llegar a Estambul deshechos de cansancio, de hambre y de suciedad nos encontramos con un garito siniestro de hotel regentado por unos turcos facinerosos que no quieren saber nada de nada... Me cago en sus muertos! Y todavía este hijo de puta se pone a hacer de profeta mediador. Me conozco muy bien la calaña de estos fulanos: se querellan por cualquier detalle insignificante que, conforme al enteco código de su aburguesada conciencia consumista y cavernícola, vulnera lo más sagrado de su ignorante y mostrenca vida; y por otra parte consideran de suprema elegancia el salir en defensa de cosas indefendibles... El grandísimo jilipollas...!

Cenamos como podemos y rápidamente surgen grupos de sugeridores. Es la una y media de la madrugada. Alguien propone llamar al cónsul español y yo me presto a hacer la llamada. Pido la guía telefónica ante las caras hoscas de los del hotel, y

marco un número. Expreso las primeras razones en alemán, idioma asimismo subsidiario en Turquía. La voz que sale es indudablemente de una cinta magnetofónica recoge-recados, y la maniobra, aunque de alto valor psicológico, no puede prosperar. El cabreo es impresionante, si bien en el fondo de nuestras convicciones tenemos algo muy seguro: que no se puede hacer nada y que estamos a merced de estos cabrones; que nos han engañado y que impunemente nos podrían apuñalar si así les diera la gana. A las dos de la mañana nos acomodamos Monti y yo en la habitación infecta de mierda. Monti no hace ascos a nada y se pone a roncar estrepitosamente, mientras que yo me paso la noche en vela, amortajado en un verdadero sudario de presagios, de añoranzas y de borbotones de despecho.

Los dos días (y tres noches) en Estambul se consumen en plan turístico: visita al Top-Kapi, viajecito por el Bósforo, y otras cuantas pamplinas. El precio de las excursiones facultativas, exorbitante. La cena de las odaliscas, un robo por tratarse de la típica maniobra de que en algo ya pagado de antemano se encuentre uno con botellitas de vino sobre la mesa puestas sin consultar con nadie y al precio extra de cien pts. cada una. Claro que al primer detalle de bandolerismo que ocurrió la misma noche de nuestra llegada al hotel algunos nos aprendimos la lección y desde entonces compramos botellas de vino en una tienda de al lado por la tercera parte del precio. La comida en el restaurante supuestamente italiano, lo mismo: todo pagado excepto las bebidas que eran extras, a 300 pts. una botella de vino peleón, y a 60 pts., la botellita de cerveza, extremos que en mi caso y en el de mis amigos

quedaron resueltos por ir debidamente pertrechados de bebidas compradas en la tienda. Naturalmente que los camareros ni rechistaron: tan reconocido tenían ellos mismos el ladroncio de la empresa. Los trucos de las odaliscas, pasados de moda y cargantes: colocarse entre las tetas, como reclamo, un billete de dinero de abultada denominación para pretender dar la pauta y servir de cebo al espectador. Un viejete de nuestro grupo, muy despejado él por cierto, dijo con el mejor humor que tanto las tetas de la moza como el billete de banco de reclamo eran todo el capital social de la empresa.

Yo decliné la excursión a los cabarets –500 pts.--. Luego me contaron todos que había sido una estafa, por el esmirriado espectáculo y por el agua de Carabaña que les habían enseñado en vez del prometido champagne. Y casi me alegré, por panolis. ¿A quién se le ocurre semejante despropósito? A todo esto, en el hotel nos siguen tomando el pelo en cuanto a lo de mejorar el servicio. Las pocas comidas que hacemos allí son pésimas. La suciedad de las habitaciones sigue a punta de pala. Las tazas y los asientos de toilette continúan apestando, y lo mismo las tapas, con las típicas salpicaduras de meada sobre meada, ya hechas cuerpo con el material. Las cucarachas merodean con toda libertad por allí. La sordidez no puede ser más completa. Ya digo que decliné un par de excursiones extra, organizadas, y resolví andarme un buen trozo de Estambul y sacar mis propias conclusiones. La guía que enlaza con nosotros allí es una italiana, casada con turco, que habla el español a la perfección y que inexorablemente se lleva el aluvión de quejas.

Estambul es una de las tantas ciudades para visitar

durante el tiempo que sea, y no los dos días y las tres noches que nosotros la dedicamos, descontando, además, la primera por el estado de extenuamiento en que nos encontrábamos. No he visto tanta mierda en mi vida por las calles, acaso con excepción de Granada. Es corrientísimo ver a ciertos viejos cuya tienda o instalación consiste en un peso, de esos como de baño, y cobrar unas perras al viandante que quiera pesarse.

Visité el Gran Bazar, pero no compré nada. Dentro de allí, me colé en la sección de libros de viejo, buscando cosas de arte para mi amigo Ramón, el doctor boticario, y husmeé alguna cosilla curiosa. Desistí de procurarme putas porque no me fiaba de los del hotel ni mucho menos de los majaderos picha-frías que iban en el grupo. Con todo, las cosas parecieron mejorar en el curso de los dos días, porque la naturaleza encuentra resortes insospechados. Mis merodeos por la ciudad me llevaron a un mismo Banco un par de veces para cambiar dinero: a la Oficina de Correos donde observé un sistema original de humedecer los sellos, a saber: un cilindro de bronce, parecido a una piedra de afilar, girando sobre un eje central y sumergido en su mitad inferior en un platillo con agua.

En una especie de galería comercial de cerca de nuestro hotel me metí a orinar y jamás he comprobado un hedor a urea tan impresionante como aquel; sencillamente mareaba. La basura, ya digo que por las calles, a medio verter, a medio recoger, exactamente igual que en Granada. Gatos y perros sueltos por todas partes. La ciudad, llena de cuevas. Hay dos tipos de taxis: los normales, y los llamados "Dolmus". Estos últimos se llenan con distintos pasajeros que van alcanzando sus puntos de destino por

riguroso orden de subida. Si el destino de un pasajero que ha subido después se encuentra en la misma dirección de otro que haya subido antes, eso sale ganando. Si no, el paseo es fenomenal, y por el mismo precio. De esta forma los taxis que trabajan bajo esta modalidad están prácticamente en marcha todo el día, tranviando arriba y abajo. El sistema, pensaba yo, apela únicamente a las exigencias de soledad o de compañía del cliente.

En estas idas y vueltas pude ver una y otra vez el Bósforo. Allí, se nos ha dicho, está la legendaria torreta desde donde Hero indicaba el camino de las aguas a Leandro, según la fábula. Muchos nombres vienen a mi cabeza: Poe y su bellissimo poema "To Helen"; Byron y su "Bride of Abydos" y la propia proeza del poeta de nadarse idéntico trozo de mar para lograr una plena identificación con la materia mítica de su poema. La construcción del gran puente sobre el Bósforo se retrasa. Leímos en el *Reader's Digest* que debía estar a punto para este año de 1972, y todavía hay trabajo para largo, porque sólo se ven puestos los pilares.

Hay que regresar a Varna. Haciendo balance, las cinco mil y pico pesetas que hemos pagado por este viaje a Estambul, sin contar extras, me parecen excesivas. Salimos el día

17 de septiembre

a las ocho de la mañana. En este viaje de vuelta sólo empleamos 14 horas, cuatro menos que la vez anterior, y –véase lo

curioso que resultan las reacciones de la condición humana— para mis adentros yo me refería a Bulgaria como "a casa", en oposición a la pesadilla de Estambul. Volvemos los mismos en la furgoneta VW. La tonta de Antoñita no parece haber quedado afectada por la aventura. Se limita a hacerme arrumacos maternales. Menos mal que en Estambul no hemos coincidido.

Descubro un escondrijo para tumbarme en la parte de atrás del vehículo, donde van las maletas, y, aunque me apoyo en la tabla, logro así distraer más de la mitad del viaje. Hacemos la comida del mediodía ya en Bulgaria, a eso de las dos y media; pero los muy cabrones nos escamotean la cena y aprietan el paso todo lo que pueden con el fin de llegar a Albena a una hora en que todavía estén los restaurantes abiertos y podamos cenar por nuestra cuenta, sin más graves recriminaciones. Y en efecto, llegamos a Albena a eso de las diez de la noche, reventados. Yo por lo menos, con ganas de lavarme y de comer algo. Al día siguiente

18 de septiembre

charlamos con unos y con otros. Los acontecimientos empiezan a enrarecerse y a adensarse. Han pasado ya diez días de vacaciones y una buena parte de la gente se está hartando. Antoñita nos habla de un grupo con el que ha tenido ocasión de cambiar impresiones. Entre ellos se encuentran varios tipos de fino discernimiento y acusada personalidad. Uno de ellos, un tal Ignacio, abogado, es, según Antoñita, el portavoz culto y exquisito de los puntos de vista del grupo. Tengo ganas de conocerle, de

tanto como me lo pondera. Esa misma tarde en el Dorostor, durante la sobremesa, tengo ocasión de comprobar concienzudamente lo cabrones que han sido respecto a la información sobre el viaje a Beirut. Por las razones que fueren, no lo han querido anunciar, y al único efectuado han ido tan sólo cuatro personas: Elvira y Juani; Montserrat –una chica espigada y morena a quien me presentan allí mismo–, y otra señora desconocida. Y el caso es que sigo sin ver a Elvira y a Juani. Pero no hay duda. Por las referencias que me da Montserrat (a partir de ahora, Monse), han sido ellas las viajeras. ¡Qué listas han resultado...!

Inmediatamente surge un chispazo de simpática confabulación entre Monse y yo. Me pormenoriza su viaje: estupendo, un éxito en todo. Y estos hijos de puta sin soltar prenda. Las cosas se están aclarando a pasos agigantados y también, como por ensalmo, se van cayendo las caretas. Por todas partes salen ahora elementos desconocidos que se dan a conocer, y entre todos vamos aunando y canalizando nuestras quejas. Nos enteramos de un verdadero montón de detalles que nos abruman, cabrean y encrespan. La última historia macabra que se nos cuenta, para que rebose nuestra indignación, es lo referente al robo de los sellos en la correspondencia ya pagada. La forma de relatarlo de la señora catalana joven es muy pintoresca y llena de gracejo; que entregó en la recepción del Hotel Dorostor unas cartas cuyo franqueo había pagado inmediatamente antes al chico-conserje encargado allí; y que al requerirlas minutos más tarde para la comprobación de ciertos detalles de las señas vió que el muchacho había despegado cuidadosamente los sellos, quedándose paralizada y sin poder gritar

de puro pasmo. Fue corriendo a su marido y la que se organizó fue de órdago. Claro que ante un caso así, es tan grande el estupor que se origina que queda muy poco margen para la acción... El corrillo de excursionistas que escuchaba con avidez el relato de la chica catalana vociferaba destempladamente las soluciones que se podían haber ensayado: haberle pegado un cenicerazo al recepcionista; haberle roto la cara de un bofetón.....

Desde luego que es una excepción de mala suerte. Porque la verdad es que ninguno ignora que esta gente búlgara, en general, es honrada y pacífica. Son bastante brutos en lo que a espontaneidad e improvisación se refiere, pero nos han parecido normalmente fiables. Hasta la más excepcional de las irregularidades ha ido a chocar con nosotros !! En mi interior, una tormenta rugidora de mala leche me iba ensombreciendo el ánimo. Las cosas se estaban poniendo francamente mal y no quedaba más camino que el rompimiento en palabras y en obras. Al calor del corrillo formado en torno al relato de la catalana los careos eran cada vez más frecuentes y las excepciones se iban convirtiendo en regla... Hijos de la grandísima puta...! Resulta que también se cebaron en el grupo español para imponer tarifas telefónicas arbitrarias. Las cosas continuaban saliendo en ristras, como los ajos, y una confesión llevaba irremediabilmente a otra. No se concibe una cadena de cabronadas perpetradas tan concienzudamente. A ver si estos tíos nos han tomado como la piedra de toque del estoicismo y de la paciencia...! Lo que digo: un caso de mala suerte, de excepcional mala suerte.

Por primera vez hay un atisbo de unión y de fuerza entre casi todo el grupo de ciento sesenta y pico de españoles que componemos la expedición, los cuales hasta ahora, y bien a la vista está, hemos estado haciendo el canelo, dejando que nuestras quejas respecto a horarios y programas sin cumplir, precios y reservas sin respetar, etc., se pierdan en la desatención. No puedo por menos de sentirme inflamado y con ganas de acción. Acción dentro de lo permisible, pero acción a fin de cuentas. En una de estas sesiones me presentan a Ignacio, el abogado tan entusiásticamente ponderado por Antoñita. Y en efecto, estoy de acuerdo con ella. Es un varón de unos 45 años, de elocuentísima dicción y mesurado juicio, que impregna todas sus opiniones de una armónica y equilibrada cortesía cordial sin perder por ello el tino crítico. Forma parte de otro grupo, sobresaliente en su aspecto y al parecer en sus posibilidades de todo tipo, en el que se encuentran otras dos parejas jóvenes.

Es sorprendente, emocionante el escucharnos los unos a los otros y desgranar, mutuamente calcadas, todas las historias de nuestros cabreos y de las putadas de que estamos siendo objeto. Jamás se había operado una comunión de pensamiento más grata, más ajustada, que entre estas nuestras dos principales fracciones, hasta ese momento desconocidos los unos de los otros por esos pequeños detalles de la no coincidencia de hotel, etc. Hasta la medida que yo había tomado, de hacer una relación lo más exhaustiva posible de los extremos de nuestro disgusto, también y como milagrosamente, se había correspondido con la misma iniciativa por parte de estos amigos de Ignacio; sobre todo, por la

mujer de uno de ellos que, laboriosa y agudamente, había garbosamente esbozado por escrito una relación de reclamaciones. El efecto es eléctrico. La coincidencia es demasiada como para no advertir que estamos todos ante un caso objetivo de mala fe de esta gente. Según lo vamos entendiendo (y después de sopesar el hecho de que somos, por suerte o más bien por desgracia, una de las primeras remesas de españoles que visita Bulgaria), nos ha tocado servir de cabeza de turco, con el agravante de que esta canalla cuenta a favor suyo con el factor de poder lanzar a los cuatro vientos el infundio de que nosotros sin duda formamos una expedición difícil, de gente sofisticada (?), y así salirse con la suya y quedarse tan frescos.

Pero la cosa ya está hilvanada y en marcha. Nos apalabramos para confeccionar un informe definitivo sobre los extremos de nuestras quejas. Monti no da crédito a sus ojos. Dice que nos hemos vuelto locos, y así debe ser: o que nosotros estamos locos; o que él está todavía más loco al no considerarse afectado por cosas de capital importancia. Un nuevo rumor viene a enconar la atmósfera ya tensa y es el de que las fechas de regreso a España no van a ser como originalmente se habían fijado. El colmo. Ahora es evidente que nuestro grupo hace de paquete, moviéndose de un lado para otro a gusto de las conveniencias de los organizadores que se saltan a la torera todas las condiciones pactadas. Las vacaciones fijadas en España eran de dos o de tres semanas, con la opción expresa de poder cambiar de una modalidad a otra en cualquier sentido. Ahora bien, la modalidad que la gente empieza a elegir, un poco presa del pánico, es la de querer adelantar el

regreso. Según las reglas que se nos especificaron en España la cosa es perfectamente factible y no implica problemas de ningún tipo. ¿La realidad? Ya lo veremos a su debido tiempo. Por lo pronto, las quejas van haciéndose sentir. Yuri, Vilma y Renata están mosqueados. Pasan en volandas junto a los grupos de nuestra expedición que vociferan y vomitan amenazas. Pero ellos tienen la lección muy bien aprendida de no hacernos caso. Las consignas (que comportan toda una actitud y toda una filosofía) son más tangibles y más importantes que todas las quejas juntas de un continente de turistas inermes. Yo estoy abrumado.

Y lo grande del caso es que el país es interesante en las manifestaciones que se nos han podido hacer accesibles. Es un buen país para el turista: nuevo, poco trillado por sofisticaciones superfluas. Y la esencia convivencial se da en proporción positiva, como para que el visitante la capte y al tiempo no se sienta agobiado por su realidad.

La vorágine desencadenada dentro del grupo de los españoles va siendo leyenda. Atención...! Alguien confirma la especie de que un delegado de Cervia está ahora en Bulgaria y se va a personar en Albena al día siguiente para puntualizar con nosotros. La cosa arroja ciertas esperanzas de reivindicación y parece abrirse un camino razonable al arreglo. Pero yo no dejo de sentirme confuso, irritado. Me encuentro a Antoñita y a Monse. Me dicen que han estado en Varna y que les ha gustado mucho. Efectivamente, con tanto trasiego de estúpidas excursiones todavía Monti y yo no hemos dedicado ni una visita a Varna. Y es lo que primero debería hacer la gente. Por otra parte, las experiencias

pasadas han dividido las opiniones del grupo. Ahora se están anunciando los primeros tours de Bulgaria, con duración de seis días, y los partidismos se desatan. Yo execro de todo corazón a los imbéciles que se prestan a hacer de conejos de india en semejante lance. Y así lo digo, y así se lo expreso a todo aquel con quien tengo ocasión de comentar el giro siniestro que están dando los acontecimientos en los últimos días. Con este atajo de indeseables no voy a ningún sitio. Al día siguiente, y ya estamos en el

21 de septiembre

viene, como se había rumoreado, el delegado general de Cerva. Es un tipo con cara de pajarraco, el tal Salert, y que con aire circunspecto se entrevista con unos cuantos de nosotros, yo entre ellos, en un rincón aparte del amplio vestíbulo del Hotel Dorostor, mientras que una buena cantidad de viajeros esperan a prudencial distancia el resultado de nuestras propuestas, o lo que sea. Ignacio es el portavoz, y con atinado y mesurado juicio expone las irregularidades que han ido sobreviniendo a la expedición. El carapájaro esgrime una postura de aparente comprensión, y a base de bien adobadas promesas (entre las que intercala vehementes súplicas de que creamos lo que nos dice), nos embauca bellacamente. Ahora se trata nada menos de que, por lo pronto, la vuelta estipulada para el 29 de septiembre (para los que originalmente optamos por las tres semanas) tiene necesariamente que retrasarse hasta el 1 de octubre, porque los cambalaches de la organización han dispuesto del único aparato (contratado para

nuestro uso preferencial) para otros usos de la conveniencia de la agencia.

Me empieza a parecer que indignarse a tope es perder la capacidad de indignarse, porque cada día encierra la ocasión de una mayor indignación y de una más completa evidencia de que estamos en manos de una banda de forajidos encanallados que cometerán cualesquiera tropelías que les convenga con tal de sacar adelante sus planes. Ahora resulta también que la supuesta promesa de poder regresar a España al término de las dos primeras semanas de estancia tampoco es factible, pues el avión que sea ha recogido viajeros de no sé donde y tiene su viaje cubierto. La combinación a seguir para los que quieran largarse es algo que escapa ya de mis convolutos mentales.

Por mi parte, y así se lo expuse a mis compañeros de negociaciones, yo habría optado por haberle inflado a hostias al cara-pájaro del Salert, y luego tal vez las cosas hubieran ido por mejor camino. Quizás influyó en nuestro ánimo la postura de tolerancia –basada en las promesas de aquel irresponsable– de Ignacio. Como última muestra de nuestro deseo de arreglar las cosas por la vía amistosa y parlamentaria, nos fiamos de la palabra de Salert, cuya cara no dejaría de reconocer entre un millón. La cosa está resuelta por las buenas. Los que hubieran deseado marcharse al término de las dos semanas, se tienen que joder y aguantar, y en el mejor de los casos fiarse de aquel chambón, a que les mandaran un aparato lo antes posible. Por supuesto, el chambón incumplió los términos pactados. Por otra parte, los que nos

decidimos por las tres semanas originales veíamos nuestra excursión alargada obligatoriamente en dos días más. A mí me empiezan a dar vahidos de cabreo. Me estoy cagando, a pleno rendimiento, en los muertos de toda esta caterva de bandoleros.

Antoñita nos presenta a Julio, un madrileño periodista y locutor de radio, en quien sólo había yo reparado de vista. Es una buena persona. Nos habla de sus impresiones. Resulta que la noche anterior (según él) mientras tomaba una copa en un bar de allí cerca de nuestro hotel Aurora, uno de los barmen le ofreció putas y cambio de dinero (lo que fuera: marcos; dólares preferiblemente) a tipo de mercado negro, o sea, con sensible ventaja para el turista. Por escrúpulos hacia Antoñita no le hago a Julio las preguntas que hubiera querido. Desde luego que este Julio, casado, grandote y parlanchín es un poco el tipo picha-fría a quien, como el casto José, le ocurren las cosas así como si nada: las cosas que a otros como yo deseáramos fervientemente que nos ocurrieran.

De todas formas, esa misma noche me escapo yo solo al bar en cuestión. Es un pequeño establecimiento donde se respira un ambientillo que, siquiera de lejos, puede parangonarse con algunas de nuestras discotecas, whisquerías o así llamados bares americanos. Un par de camareros, de paisano, detrás del mostrador, con aire indolente, tranquilo, como de quien no espera nada extraordinario. Otro cliente, semirecostado entre la silla y la repisa de la ventana que da a la calle. Y una pareja de chico y chica, sentados en sendos taburetes y apoyados en la barra. Se escucha música de máquina de discos. El aspecto, como digo, se parece, en lo barato y en lo modesto, a cualquier barucho de ciudad con

pretensiones de ambiente atractivo, y con tufillo de clandestinidad en lo que respecta a la atmósfera que se ofrece. Lo cual, para Bulgaria, no dudo que sería un módulo avanzado en sus instituciones socialistas.

Conque eso veo al entrar. Eran las 12 de la noche. Paso con cierta cautela, sin saber elegir el porte, ni el gesto, ni la pose (por simple que pueda ser) adecuada al cometido que me envía allí. Menos mal que son discretos y rápidamente advierten que no pretendo arrojar atención sobre mí. No me achuchan, ni me preguntan nada. Se lo agradezco: es un detalle de los que cuentan. Miro de un golpe todo lo que hay. Niveló a tenor de situación mis humores y me encuentro cada vez más pertrechado de una suficiente dosis de armonía. Avanzo sin detenerme hasta el extremo más lejano del mostrador, que está vacío, pero no reclamo la asistencia de nadie. Percibo que todo adquiere un ritmo normal. Miro distraídamente a cualquier lado. Por fin se me acerca uno de los dos barmen. Me empiezo a expresar en alemán:

–Können Sie ein Mädchen zu meinem Zimmer....?

Intento transcribir fielmente la frase de tanteo que aventuro, sin permitir que se me revele totalmente mi intención, ni tampoco balbucear tan escasamente como para que ni sospechen siquiera adonde apunto. Me entienden, efectivamente. Apuntalo mi disponibilidad para el diálogo, preguntando cortésmente si habla inglés mi interlocutor. Me dice que muy poco... que no... Desde luego, desecho la idea de agenciarme una chavala para follar. Lo que el barman me dice sobre el respecto, aunque impreciso, me basta para saber que Julio ha encontrado el típico esquema de

"hobby" hispánico: relatarnos cosas a lo macho; macho él, que desestima el regalo de tirarse a una búlgara. En fin, otro fantasmón que practica el deporte nacional de contar batallas...

Descartado el tema de las chavalas, le pregunto por el cambio de dinero. Su respuesta es ahora más explícita: se va adentro a buscar a su compañero que anda por allí y me lo trae. Habla un poco de alemán. Le enseño un billete de \$20 canadienses y le pregunto que cuánto..., y que lo apunte en un papel.. El cambio, aunque no tan estimulante como me habían hecho imaginar, supone un supervalor del 35 % de lo oficial. Coge mi billete, entra y regresa con el dinero búlgaro en un puñado de billetes que me entrega con discreción. Ni siquiera pido nada de beber. Mi operación se ha cumplido a medias, y al menos no doy el día por perdido. Supongo que esta "oficina" de cambio funcionará tantas veces como uno quiera, y me voy a la cama un poco aplacado por haber descubierto una modalidad distinta de la rutina y de la mala leche imperante en las últimas jornadas. Al día siguiente,

22 de septiembre

nos vamos a Varna nada menos que Monti, Julio, Antoñita, Monse y yo. La visita es convencional, sin ninguna pretensión en concreto. Nos paseamos por las calles. Varna es una magnífica ciudad, con amplísimos espacios verdes y con una visión de futuro en cuanto a la urbanización. Abunda la minifalda y el

sujetador visible bajo la blusa de transparencias. A mí me sigue fascinando la ocupación de ver los precios de miles de artículos en los escaparates. Es más, insisto en que una formación cívica, y hasta ética, se obtiene de la comprobación de los precios de las cosas en muchos países. Ignoro si se habrá reparado en la fértil y sustanciosísima asignatura que es la de asociar automáticamente lo que cuesta un libro en cinco países conocidos, visitados recientemente, y perteneciendo a bloques ideológicos distintos.

Las tiendas de Bulgaria tienen lo que todas las tiendas del mundo: cosas. El curioso normal, como yo, se fija en las cosas normales: radios, libros, electrodomésticos, chismes deportivos, ropas, alimentos, etc. En general, España se ha puesto muy a la cabeza de los precios conforme a nuestro nivel económico. Lo voy comprobando con una mortificante evidencia. Esto, esto.. y aquello de allá.. está casi todo más asequible que en España, tirando los niveles y los ajustes oportunos de standard de vida, de capacidad adquisitiva y demás consideraciones. Lo más atractivo son los libros: le compro uno precioso en cuché, sobre arte búlgaro, a mi amigo Ramón, el doctor boticario, por el equivalente a sesenta duros. Las postales, algo caras, salen a 3 pts.

Observo la previsión de las autoridades responsables al disponer una rampa lisa, suave, en los tramos de escaleras de los pasos subterráneos de peatones, y en su mismo centro, para que los cochecitos de niño puedan discurrir. Cosas de ese estilo, de praxis elemental y rústica, son las que convencen de estos países donde la sofisticación postiza y adquirida por simple plagio no tiene lugar, y sí un ejercicio de las facultades naturales de técnica inventiva que

concurrer en el individuo por original principio.

Vagabundeamos viendo cosas. Ya hemos podido comprobar que la mayoría de la gente en centros oficiales habla otro idioma, casi siempre el alemán, o el ruso, que es bastante parecido al búlgaro. La ciudad está limpia; hay pocos coches; y cuenta con magníficas extensiones de zonas verdes: justamente las tres condiciones que determinan el acercamiento o el alejamiento de una ciudad respecto de nuestro ideal.

Antoñita está algo más recatada. Quizá esté pensando en la cruenta batalla que tuvo que librar para que su virginitad de 47 primaveras no cayera ante los avances de un varón advenedizo cuyas únicas pretensiones esgrimidas eran su hombría, su salud y su buena fe. No faltaría más. Católicas y consecuentes hembras tiene España para atajar tales intentos de desmadre a cargo de los iconoclastas de turno. Antoñita va callada, si bien de vez en cuando se permite sobrecargar el volumen de la conversación con alguna inoportuna ocurrencia. A quien sí que siento algo más cercana a mi mundo referencial es a Monse. Ahora tenemos ocasión de hablar algo, y así voy hilvanando algunos cabos sobre su persona e intimidad. Tiene 33 años. Alta, esbelta, enseña de continuo un gesto como de apagada tristeza. Se la ve siempre bastante limpia. Algo reticente, como de vuelta de muchas cosas, supongo que por alguna mala andadura pasada a la que estúpidamente se empeñaría en otorgar rango universal. Desde luego que Monse se fija en mí. Somos por necesidad biológica los dos elementos cuyas realidades son capaces de consorcio. Me cuenta cosas de su vida: es de Barcelona donde vive con sus padres, y donde trabaja en una

empresa de capital francés, idioma en el que se maneja muy bien. Además se pasó tres años –me dice– en Suiza, ensayando un esquema de vida independiente. Desde luego que su máxima ilusión es casarse, síndrome que trasluce por debajo de sus modos de pronunciamiento y de expresión sobre muchos asuntos. Monse y yo vamos a constituir un nódulo de consorcio dentro del marco tan proverbialmente endeble de un viaje de excursión en grupo.

Varna sigue pasando ante nosotros, y nosotros por ella. Nos seguimos enterando de muchas cosas como, por ejemplo, de que los autobuses urbanos no llevan cobrador, ni tampoco el conductor se encarga de los billetes. Al subirnos en uno observamos que cada viajero saca del bolsillo su billete, comprado de antemano no sabemos dónde, y se lo autopica él mismo en un dispositivo que a tal efecto está instalado en el autobús. Y repárese bien en esto: ni un solo pasajero falla de entre los que hemos observado. Nuestra honradez llega casi hasta el forcejeo en nuestra voluntad de enterarnos de dónde se sacan previamente los billetes. Aquí debo decir, mitad compungido, mitad embromado, que el talante de cerrojo de estas buenas y sencillas gentes búlgaras no permitió que nuestro conocimiento sobre el particular hiciese ningún progreso. Me pareció como si a ciertas preguntas que nosotros les hacíamos se creyesen estar en presencia de enemigos públicos execrados cuya cabeza estuviera puesta a precio. El caso es que, motivos así de inocentes como el de enterarse de una norma de civismo tan elemental quedaban deplorablemente congelados en la obstinación, miedo, pasmo o lo que fuera de estos ciudadanos, que impedía el brote de la comunicación. Nosotros, claro, después

de un ejercicio ejemplar de nuestra voluntad de colaboración con el orden legalmente constituido terminamos por no hacer más caso del asunto, y en dos o tres recorridos más que efectuamos en autobús, ni nos preocupamos de los billetes. Creo que las autoridades búlgaras, en vista de nuestro desasosiego especial por tratar de no incurrir en fraude a la ley, nos hubieran pasado por alto (hasta tal vez con mención positiva) nuestro inevitable y real fraude de ley. Este aspecto tarugo y cerrojo del búlgaro de la calle tan pronto nos hacía reír como nos sumía en la más lamentable de las frustraciones. Pensábamos que la culpa era nuestra por no preguntarles, lo que fuera, precisamente de la forma en que ellos lo pudieran entender, y no de otra, y no de otra...

Recuerdo otro caso respecto a la parada de los autobuses interurbanos en el punto llamado Panorama, a mitad de camino entre Varna y Albena. Puesto que esta parada en Panorama incumbía a la subida y bajada de viajeros para Arenas Doradas y dependencias turísticas de cercanías, nosotros, viviendo en Albena encontrábamos interesante conocer tanto el horario desde la terminal de Varna, como el horario que regía exclusivamente para las localidades Panorama-Albena. Difícilmente me desaparecerá de la memoria la maraña que se originó entre un funcionario del servicio de autobuses, Monti y yo por intentar simplemente enterarnos del modestísimo extremo de las horas de los autobuses entre los dos puntos. Ni aun Monti con sus gráficos-panacea tuvo éxito. ¡Qué cerrados eran estos búlgaros, o qué borricos éramos nosotros por preguntarle ciertas cosas tal vez, como digo, de la única manera en que no sabían entendernos...¡

Seguía pasando Varna ante nuestros ojos. El calor, algo húmedo, no era del todo insoportable. Regresamos a Albena y nos encontramos con Cata y con don Arturo. Cata se ofrece a plancharme mis dos pares de pantalones y yo accedo agradecido. Y en otro orden de cosas, Monti y yo decidimos ir a Rumania. Nos enteramos de que no hay más que sacar un billete de tren con un día de antelación, si es posible, en Varna, y ya está. El razonamiento de Monti es bien simple y bien elocuente: "Ya que estamos aquí y podemos, ¿por qué no extender nuestro conocimiento a otro país que, además, está al lado?" El proyecto de viaje a Rumania reverdece un tanto mis inquietudes que, debo confesar, se habían marchitado un poco con tantísima cabronada como estábamos soportando con motivo de los bellacos de la agencia.

Sigo sin ver a Elvira. Aunque ahora, con la aparición en firme de Monse, la desvinculación de Elvira me parece más acorde con la naturaleza necesaria de las cosas, y no intento rebelarme contra los designios de lo inescrutable. Cata y don Arturo nos cuentan mil chismorreos: según parece, la excursión del primer tour de Bulgaria ha sido un éxito... Les suplico que se callen..., que cualquier cosa que me digan sobre el particular no podré por menos de verlo como una taimada maniobra de nuestros guías por dejar correr una capa de aceite para controlar y compensar las faenas que ya se nos han hecho y que han originado nuestra desconfianza y nuestro resentimiento. También nos dicen haber descubierto el mejor restaurante de toda la urbanización. Y probamos a cenar allí.

Efectivamente, el salón es suntuoso. No es, sin embargo, extraño que no hubiéramos reparado en él, quiero decir en el edificio entero, porque se encuentra a media distancia entre la línea de playa y el comienzo de la ladera, pero hacia la parte más alejada de nuestro hotel. El salón, repito, es suntuoso. Ocupamos una mesa redonda, justo para nosotros seis. A un maître altamente ceremonioso, vestido de impecable chaqué, y que inicia todas sus frases con un..."Monsieur..." etiquetero, se une la figura del camarero que nos atiende en esta ocasión y que nos seguiría atendiendo en adelante, un hombrón sonriente con cabeza de buque que nos lleva muy bien el aire y que se regocija con nuestras ocurrencias y con nuestros detalles de personas acostumbradas a comer bien: la liturgia de probar el vino le hace gracia. Por cierto que un día nos trajo, accidentalmente, una botella de vino agrio. Se lo dimos a paladear a dos de los maîtres y los dos sancionaron lo mismo que nosotros: que el vino estaba algo deteriorado. A partir de ese día nuestro amigo cabeza-buque, como cariñosamente le apodamos, se esmeró con exquisita diligencia en servirnos y en asegurarse que probáramos el vino por lo menos dos de nosotros y otorgáramos nuestro beneplácito...

Por supuesto que nuestras propinas eran las más generosas de..., me atrevería a decir..., todos los comensales. Y además, se la dábamos con tacto y cortesía, como suplicándole nosotros a él que viera en ello un mutuo reconocimiento entre la competencia de él como camarero y nosotros como clientes. Los días que estuvimos en Albena fuimos ya casi siempre a este restaurante. Solíamos ir todos juntos y también casi siempre

ocupábamos la misma mesa redonda grande para la comida de entre las dos y media y las tres de la tarde: las tres chicas Cata, Antoñita y Monse; y los tres varones: don Arturo, Monti y yo. Así que desde la primera cena y estreno consiguiente del restaurante todo resulta satisfactorio. Queda puesta la primera piedra de una cordialísima comunicación para las veces sucesivas entre el maître y nosotros; y asimismo entre el camarero cabeza-buque y nosotros. El maître ya he dicho que, vestido de chaqué impecable, nos capta plenamente después de una primera sesión. A partir de entonces, al vernos aparecer enarbola ya la lista de vinos y hace las rigurosas inclinaciones de parabién por la (tal se nos antoja a nosotros!) clientela de su agrado.

Después de la excursión maldita a Estambul, la vida que estamos llevando es de perfecta tranquilidad excepto por los berrenchines que han azotado nuestros espíritus por los motivos ya referidos. El recalar ahora en este restaurante, con su superior servicio y su mejor calidad y variedad, supone indefectiblemente un imparable aumento de peso. Nuestro amigo el cabeza-buque tiene un enorme cogote lustroso y reventón. Viste de pantalón negro y chaqueta blanca tirando a hueso, y aunque no habla francés (como el maître) ni al parecer nada más que unas cuantas palabras de batalla culinaria en alemán, nos empieza a coger el tino y a regocijarse de nuestras comidas en el área de salón bajo su dominio jurisdiccional. Vuelvo a apuntar lo de que –huelga recordarlo– nuestras propinas eran espléndidas a nivel de país socialista...

Pues bien, en aquella primera cena (con la que desde

hace una página y media sostengo mi relato), en aquella primera cena, digo, me senté al lado de Monse y nos estuvimos cogiendo las manos por debajo de la mesa. También nos dimos pataditas. No pude evitar que se me pusiera tiesa. Vislumbré una posibilidad de tirármela, y así el alma mía dio pábulo a un programa halagüeño. Para no desaprovechar este estado de leve euforia decidimos ir a tomar una copa al 'Arabella', un barco vaciado y surto en la playa, y que viene habilitándose para boite de fiesta. Don Arturo y Cata se van al hotel. Quedamos Antoñita, Monse, Monti y yo. Antes de llegar al otro extremo de la playa, justo a los pies del hotel Aurora, y donde, como digo, se halla anclado en seco el 'Arabella', hay un paseo de unos 600 metros. El mar está mansurrón y apenas si se nota la dejada de las olitas... Monse y yo vamos juntos. A Monti le he encomendado el petardo de Antoñita. Nada más obvio que el hecho de no haber elección entre una y otra. No obstante, Antoñita aprovecha cualquier ocasión que la permitimos de hablar para lanzarnos alguna versión o matización de su peculiarísimo mundo íntimo, y que pivota (no se olvide esto nunca!) en la creencia de que a sus 47 años y a sus miles de arrugas ha de corresponder necesariamente la contrapartida de un príncipe azul, preferiblemente de bastante menos edad que ella. Por cierto, ¿he dejado ya dicho que yo encarnaba al milímetro tan peregrina y quimérica fantasmagoría?

Llegamos al 'Arabella'. Trepamos a bordo. Hay una minúscula cubierta y un castillito de popa que sirve como de terraza para los que quieran salir del antro. Descendemos: típico tugurio, con adornos al caso, bancos rústicos, redes colgando de aquí y de

allá, motivos marineros y demás chismes que proporcionan un ambiente de barco. No está mal, no. Para mí, claro, sobra de humo y falta de respiración. Nada más bajar vemos sentado a una mesa a un personajillo misterioso a quien Monti y yo hemos decidido llamar El Comisario. Se trata de un tipo a quien por medio de un par de excursionistas de nuestro grupo, de Barcelona, y que han desaparecido sin dejar rastro, conocimos en un restaurante que Monti y yo solíamos frecuentar al principio. El misterio sobre el tal personaje, al que creíamos comisario o algún cargo de importancia, queda aclarado al comprobar que se trataba de un pobre diablo que pintaba muy poquito... Ahora recuerdo algo más lúcidamente la forma que tuvimos de trabar conocimiento con este tipo..., sí, ahora lo voy deshilvanando de la memoria...

Un buen día, en la terraza de uno de los restaurantes cercanos al hotel Aurora, y por la mañana, nos encontramos desayunando locuazmente a un matrimonio español junto con estos dos catalanes a los que me he referido antes: el uno, viejo, de unos sesenta y pico de años; el otro, joven, de unos treinta. Los dos parecían haberse entendido perfectamente, supongo que debido a una amistad que venía de lejos; y mantenían, yo diría, un tipo de compañerismo tan sólido como el que existía entre Monti y yo. Nos vimos en aquella terraza mientras ellos desayunaban, y por esas cosas espontáneas que se resisten a la mentalización nos enredamos en una charla, una vez que superamos una brevísima y mutua presentación. El viejo era un tipo raro, como de indiano venido a menos. Decía disponer de un pequeño negocio en Barcelona, pero que lo había liquidado o que estaba en vías de liquidarlo; que se

había enganchado a esta excursión de Bulgaria, lo mismo que podría haberse ido a hacer penitencia a lo alto del Montseny. Un tipo raro. El joven era un parlanchín inaguantable; en opinión de Monti, un bocazas... Lo primero que nos participó es que se estaba follando a una camarera de aquel restaurante que nosotros comenzábamos a frecuentar por aquellos días. Aunque comunicativo, era verdaderamente insufrible.

Para no desairarles les acompañamos esa misma tarde al comedor del hotel en cuestión, cerca del nuestro. Allí los dos, cada uno en su estilo, nos desataron su madeja de confianzas. El joven se estaba follando a un verdadero pellejo de criatura, de tetas caídas y de cara sucia y antiquísima, que efectivamente trabajaba en los servicios domésticos del restaurante, en calidad de lo que fuera, como pudimos ver. Por el contrario, el viejo pretendía sostener parlamentaciones amorosas con otra camarerilla joven, también de allí, y a la que había propuesto llevar con él a Barcelona. La chica no parecía haberse decidido a tal lance, si bien (siempre según nuestro don Quijote) no dejaba de sentirse halagada por la proposición...

Y así nos fueron desgranando sus hallazgos y sus logros. El joven, condescendiente él, macho él, se confesaba cansado de follarse a la tal prójima (y quién no...!), y por conveniencia de no poner en peligro su integridad de conciencia y de sentimientos, había decidido heroicamente marcharse en la primera ocasión que tuviera el grupo de coger el avión de las tan debatidas dos semanas de vacaciones. Ahora bien, en plan generoso me cedía a mí precisamente su conquista, y me aseguraba sumisión y fidelidad

por parte de la búlgara. Y resulta que en uno de esos días en que nos juntamos con los catalanes a comer habíamos conocido también al Comisario, quien, por su manera de hablar y de gesticular nos hizo pensar que se trataba de un pez algo gordo. Bueno, lo mismo que al español le sorprende que los búlgaros para decir que sí muevan la cabeza de un lado a otro y nos creamos que dicen que no, pues así nos debieron parecer los ademanes del Comisario, que los tomamos como de pez gordo y correspondían a un pobre diablo. No le encuentro otra explicación a nuestra manera de captar las cosas. ¿Cómo le conocimos? Casi ni lo sé: creo que fue por los oficios de una de las novias de nuestros paisanos, las cuales de vez en cuando se acercaban a él para musitar, quién sabe, algún principio de filosofía marxista...

Como digo, los catalanes desaparecieron, seguramente escapados con la primera partida de vuelta, huyendo de la quema, y desde luego, muy inconsecuentemente, con los blasones y las fanfarrias a que se habían hecho acreedores en Albena. Así que se esfumaron los dos catalanes y con ellos una nube de tonterías y de histrionismos hispánicos que habían fabricado con sus anticipadas tontopausias mentales. Por nuestra parte, Monti y yo, al descubrir otros sitios más novedosos dejamos definitivamente de frecuentar el restaurante de las novias de nuestros amigos. Y ahora que acabamos de bajar a la bodega del 'Arabella', he aquí que nos topamos de nuevo con El Comisario quien muy ceremoniosamente nos saluda y nos invita a sentarnos en su mesa. Hay sitio para todos. Acompaña al Comisario un hombre de buen porte a quien nos presenta como su hermano. Es en realidad guía de turismo que

va y viene a Rusia y que explica literatura rusa en un colegio de Bulgaria. Habla algo de francés, como yo, y nos solazamos soltando por turno discrecional ciertas andanadas de cultura literaria en las menciones de los grandes escritores rusos. Se llama Boris. Y Boris es, además, un gran cantarín. Pedimos unos vasos de algo, y para mi sorpresa y halago se levanta Boris, coge el micro y la emprende a cantar "Ojos negros" en búlgaro, bastante bien conjuntado con la orquestina.

Mis necesidades cosmo fisiológicas no me permiten deslices sentimentales, ni añoranzas sensibleras al escuchar melodía alguna. Pero hay algo en ciertas secuencias de la música eslava que se clava amorosamente en mi alma y me tritura despiadadamente todos los reductos de neutralidad. Y es que hay músicas que le impulsan a uno a hacerse de un bando. Mientras estuve en Alemania con el Goethe Institut ese mismo año tuve ocasión de conocer a un negrito ibo que había estudiado en Bulgaria y que, consecuentemente, hablaba búlgaro. Por él pude captar el cuerpo fonético de algunas palabras búlgaras y la asociación múltiple de materia-forma que llevaba consigo su contemplación. La palabra *amor* viene a ser en búlgaro *obitcham*. Pues bien, en las canciones que las orquestinas diversas de la playa de Albena lanzaban por la noche para atracción y desvío de los turistas, cuandoquiera que percibía la palabra *obitcham* así mi alma se impregnaba quejumbrosamente de mensajes inexplicables, de nostalgias de cosas, de raptos desconocidos. *Obitcham, obitcham* decía, cantaba de vez en cuando Boris, y yo, sin entender, lo entendía por completo.

Cantó, se le aplaudió mucho, y se volvió a la mesa. Monti saca a bailar a Antoñita. Y ahora llega Nina. Digo Nina porque nuestro amigo el culto y multifacético guía-profesor-cantante que habla francés, Boris en una palabra, la saluda y la hace sentar en nuestra mesa. Nina es rusa, saludable, lleva botines típicos y por mejillas parece transportar dos pomas encarnadas. Invito a bailar a Monse. Comienza el lento proceso de pacto somático y mental. Palpo con extremo cuidado la planicie de su espalda hasta detectar la franja de sostén. Es como una señal. Pegamos las caras. Abandona decididamente su brazo izquierdo encima de mi hombro, hasta rodear mi cuello. Siento una violenta, disparatada erección. Ella lo percibe. Suavemente tanteo con una basculación de mi pecho la zona de fricción de sus tetas para conseguir algún estímulo sobre los pezones, guiado todo pacientemente por los bandazos controlados pero autoritarios de mi mano derecha. Según la orquesta lo permite congelo los momentos de pausa musical imponiendo un adentramiento de mi vientre en el suyo, con la consiguiente frotación. Tiene que saberlo. Estoy fuera de mí. La picha se me ha disparado hacia adelante y no hay razón para ocultarlo. Para enconar más el estado latente la beso el cuello y prolongo el contacto con una leve mordida en la retirada de mi boca. Tengo los huevos que me revientan. Ah, sí, ella está conmigo, decididamente conmigo, no hay duda. Participamos, celebramos juntos los sagrados ritos del noviciado, de la iniciación, del presupuesto. Nuestras piernas se citan, se revocan, se vuelven a contractuar. No hay duda de que me la está notando, de que se está gozando en mi magnífica erección. Cede la música el ritmo

propicio a estos preludios de intimidad devoradora por otros compases más bullangueros. Nos sentamos. Pero los dos vamos tocados de ala. Como me lo temía, al retirarse encogida, mi erección ha dejado un rastro de moco de semen.

Ya en vena de sociabilidad charlo más y más enardecidamente en mi paupérrimo francés con Boris, sobre Tolstoi, Dostoievski y algún otro grande de las letras eslavas. Mi francés se recrece al contacto de las nobles realidades que quiere comunicar. Los recursos exiguos de mi aprendizaje de colegial, de mis cortos viajes a Francia, de mis lecciones con mi muy querido Mr. Llamas... se potencian ahora trabadamente. Surgen hasta bellos juicios, reproducción fiel de otras tantas frases aprendidas en su cuño original de libros tan proverbialmente trillados como el Assimil. A los ritmos de una melodía eslava, mitad polka, mitad bayón, mitad lo que se quiera, engancho a Nina y me encuentro en la pista evolucionando endemoniadamente. Es una pena que no haya tiempo para conversaciones preparatorias ni anteproyectos de sondeo anímico. Porque es el caso que me hubiera encantado tirármela. Nina está allí, reluciente, girando y moviéndose, y yo estoy maniatado con Monse allí también, a la que me contrae un conato de promesa entendida por ella en su medida justa. Sí, me comprime la situación tan endeble, en tiempo y en anclaje, en que me encuentro. Tengo que desistir de cualquier módulo futuro para con Nina. Como cifra y compendio de todo mi entusiasmo (que por desgracia no puede prosperar), la estampo un beso en el cuello al final de nuestro baile. Ella lo acepta sin pretender escudriñar en las implicaciones que lo han motivado.

Se va haciendo tarde. Monti vuelve a bailar con Antoñita y desde luego que si esta loca criatura estuviera con los pies en la tierra vería en Monti, y no en mí, repito, no en mí, la personificación objeto de su acelerada memez respecto del hombre que la realizara. Monti, 64 años; ella, 47. Monti, viudo y con suficiente dinero como para no tener ocasión de gastárselo sensatamente (o sea, sin dilapidarlo o destruirlo) en lo que probablemente le quede de vida... mínimamente activa. Pero no. Antoñita hace gala de una contumacia a prueba de universal sensatez, y terca, se pronuncia sobre los temas que ya sabemos de la manera que no ignoramos.

Se va haciendo tarde. En el camino de regreso las posiciones parecen haber quedado aclaradas definitivamente. Monse y yo vamos juntos sin más intermediarios. Al llegar al hotel, mis ojos y mi expresión toda están suplicantes, saturados de urgencias, de tristísimo y anhelante apremio. Pero hay una trama y urdimbre íntimas en la conformación de las cosas que me declara que no puede ser..., que no puede ser... todavía! El momento no está maduro. Nada más. Las chicas se van por su lado cada una, y Monti y yo por el nuestro. Hacemos un poco de tertulia ante la puerta de mi cabina. Le hablo de Monse, y al muy cabezota no se le ocurre majadería de menor calibre que la de sugerirme que me case con ella...(!?) Desde luego que yo ya sabía que los años perturban el cromosoma de recto juicio de los que se llaman personas. Y Monti acaba de espetarme una solemne parida... !Que el cielo le perdone...!

Ya en mi cuarto no puede parar, no puedo evitar pensar

en Monse. Es tontería luchar con la tentación de este tipo. Pero no me podrán imputar los espíritus que no presenté batalla en toda la regla. La tengo tiesa, rabiosa. Los ramalazos de encono se agolpan, luego ceden, arrecian de nuevo, se contraen. Pienso en aquella vez en que me tocó recitar "El dos de mayo" en el colegio. Para ayudarme a sacudir físicamente las ideas que me empujan a representarme celebrando un coito con Monse sacudo la cabeza de un lado a otro de la almohada, la vuelvo a sacudir violentamente. Pero ni a tiros. Lo único que hago es violentarme, exasperarme. Me levanto y me saco la polla. La miro con curiosidad profunda, con un respeto ungido de sorpresa, de advenimiento. Me la cojo con la mano derecha y me pongo dolida, alegre, morosamente a desnudar a Monse.... Van cayendo la blusa y la falda. Los mohines de su cara se tornan rugidos de urgencia, de cesación de todo, de abandono, de entrega activa. La muerdo suave en los labios. Retengo, retraso agónicamente el desabrochado del sujetador, pero también se desprende. Sólo la braga..., sólo la braga queda como obstáculo para que mi entrada se celebre. Oh, sí... Monse... Gesticulo, muevo la cabeza, musito palabras ininteligibles. La ola de calor comienza a discurrir. Estoy encima de Monse, aceptado, impuesto, inevitablemente cierto... No, no me da tiempo a merodearla los pezones, no me da tiempo a ensayar lamidas, no me da tiempo... El fluido de mente y dolor, de semen y flujo psíquico aunado, retador, diabólico, endiosante está a las puertas... Le ayudo en un último espasmo, aferrando más vigorosamente si cabe el glande con los dedos anular y pulgar, frotando, pensando, frotando... No, no... Me retuerzo en asqueroso éxtasis, con castañeteo de dientes, con

estertores de hombre-cadáver... El semen se dispara, describe una incierta parábola, y cae con sonido plofff en el lavabo. Lo ayudo escurriéndome la picha con el mayor cariño que una criatura pueda poner en cometido humano posible. Ya está, sí, ya está todo. Vacío absoluto. Plenitud de vacío. Liberación anestésica... Triunfo de la llamada abisal de la carne con el alma... Monse, Monse... a tí te he dedicado la vehemente descarga de mis espermatozoos, en un festival privado y sin sentido... ¿Por qué, por qué? El cansancio me doblega. Me lavo cuidadosamente. Hago un esfuerzo por mear y dejo así limpio el canal de la uretra. Me acuesto aplacado, remoto, pensativo. Al día siguiente

23 de septiembre

nos vamos Monti y yo a Varna a sacar los billetes para Rumania. Salimos de Albena por la tarde, después de comer, y damos sin dificultades con la oficina que se encarga de despachar los billetes de ferrocarril. Allí me explico en alemán y gestionamos el asunto sin pegas. Los billetes son para el día siguiente, a las 10:30 am. Su precio es módico, como correspondería en España a un tren de segunda. No tenemos nada más que hacer. Estamos contentos de nuestra decisión de dar una vuelta por Bucarest, único sitio que parece conveniente visitar en un primer intento de aproximación a Rumania. Las otras ciudades sobresalientes quedan fuera de la línea directa de tren y no compensan la molestia de tener que averiguar enlaces y combinaciones complicadas de transporte. Estamos, más que nada, contentos porque nos demostramos a

nosotros mismos que sin el concurso de nuestros guías se puede uno mover con solvencia y con espontaneidad. De haberlo sabido, nos hubiéramos enganchado a otros grupos de turistas de diversas nacionalidades, cuyas organizaciones les ponían en bandeja viajes a El Líbano, Egipto, Moscú, etc. Estaba ahora dramáticamente claro que los mangantes de Cerva en conjunción aquí con los búlgaros nos habían tomado como grupo experimental, con derecho a todo género de tropelías.

Las cosas se iban descubriendo en irritante progresión: En la misma Albena funcionaba una especie de agencia turística coordinadora y general para todos los servicios de los veraneantes de la localidad, cosa que nosotros descubrimos ya en la segunda mitad de nuestra estancia. Los piratas de los guías debían de tener la recomendación de apartarnos al grupo de españoles de cualquier oportunidad de opción o de mejoramiento de las condiciones a que parecíamos estar castigados por original contrato. Las cosas se aclaraban del todo, pero no había lugar para mejorarlas por la imposibilidad de desdoblar el tiempo.

Bien. Con los billetes en el bolsillo, nos dedicamos de nuevo a corretear algunos puntos de Varna. Hasta nos sentamos en una terraza a tomar un refresco: también el encanto de ver pasar gente se clava en mi ánimo y me atestigua las esencias persistentes de los momentos felices. La luz se madura y se comba, anaranjándose, por detrás de los edificios altos. Nos vamos andando al autobús.

Ya en Albena, encontramos a Cata y a don Arturo y nos

dicen que les han recomendado un sitio, una especie de barraca en la misma playa, para comer pescado exquisito. Quedamos en ir allí esa misma noche, y nada especial hubiera motivado mi detención en este pasaje si no fuera porque durante la cena se vio el alma mía inundada por mil turbulentas añoranzas que, viniendo de todos los puntos de la Rosa de los Vientos, se daban cita en tropel allí, en el pensamiento mío, en mi voluntad de pensar y en mi determinación de vida. Una orquestina llenaba mi mundo más inmediato con las notas de una canción búlgara que, aun sin recordar ahora, me era muy conocida entonces. Esa palabra mágica *obitcham*, amor, salpicaba de un sentido que yo me iba creando, el espacio vacante de la canción. Dichosa y fatal melodía que me estrujaba el ánimo con un concierto de referencias, memorias, y definitivamente, ay!, me dejaba empapado en una tristeza que me era imposible razonar... *Obitcham, obitcham...*, sí, no entendía más que eso, y me sobraba. Divina levadura la de las palabras que hacen fermentar la esencia subyacente como poso de nuestro tiempo, de nuestra historia; en una palabra, de nuestra vida. Terminé abrumado, vencido por el peso de mis propias elucubraciones. Dimos una vuelta por la playa. El mar, mansurrón. De vez en cuando, algún retazo de conversaciones en idiomas extranjeros. Viejos, parejas, grupos de mujeres mayores subiendo las escaleras de piedra conducentes a los hoteles de encima de la ladera. No sé si he dicho que el nuestro se llamaba Aurora.

24 de septiembre

En parte para librarme de la tortura que mis propios recuerdos y asociaciones traían a mi alma; en parte..., porque ya había hecho la idea; y tal vez más que nada, porque era lo más deseable, el viaje a Bucarest me impulsó hacia adelante mi aletargada pasión por la aventura, mi búsqueda del más allá, y mi irrestañable vocación romántica. Así que cogimos el autobús hasta Varna y a continuación otro autobús urbano que nos lleva a la estación de ferrocarril por el ya proverbial sistema gratis que quedó justificado en su momento.

El trayecto en tren constaba de dos tramos básicos: hasta Ruse, junto al Danubio y formando ya frontera con Rumanía; y desde Ruse a Bucarest. En total, unas siete horas de viaje, contando la parada de casi una hora en Ruse. Nos metemos en un departamento y nadie nos molesta. Y yo me recreo en esa gran lección de geografía viva que ofrece el paisaje visto desde el tren. Bulgaria –me doy cuenta– es un país rico y bien cuidado. Su campiña es un calco de la francesa: trozos y trozos de tierra bien marcados y bien cultivados. Las viñas son una delicia. Están apuntaladas y conducidas convenientemente por un perfecto entramado de alambres y de andamios. Desde luego que nada tiene aspecto de lujo frívolo o caprichoso. Se percibe que la agricultura está estupendamente organizada y que ha alcanzado un alto nivel de industrialización... ¡Qué bonito es Bulgaria!, me voy diciendo: allá los maizales, como inmensos ejércitos de soldaditos verdes con penacho. Y más vides, y siempre árboles frutales. Para que luego digan...! Si resulta que es verdad, que lo que vamos leyendo aquí sobre la economía y sobre la no existencia de analfabetismo en

Bulgaria,... es verdad. Casi me empiezan a convencer estos búlgaros. Sobre todo, cuando uno viene de un lugar donde la contemplación del campo es impresionante por la depauperación que le caracteriza. En Bulgaria, sin llegar al verde lujurioso de Gran Bretaña, impera un tono muy aceptable de verde suave, sana evidencia de que la tierra, el humus, lanza hacia arriba esencias vivificadoras que se transforman en un jovial colorido.

Así vamos discurriendo a través de los campos búlgaros. Mi alma no puede por menos de empañarse en nostalgias adivinadas ante la visión de la tierra. La tierra, en latitudes ajenas a nuestro normal entorno, cobra una vigencia personalizante, nos arrastra a la asociación fantasmal y caprichosa de nombres y realidades, de rostros de mujer y esbozos de ideas que no hacen sino enconar el desasosiego que anida en las simas de todo romántico. El paisaje de Bulgaria me impulsa a traducirlo en palabras exóticas, aunque hogareñas. Es curioso y enormemente sugeridor la realidad tremenda de que cuando veníamos de Turquía, y con la paliza encima que supuso nuestra cadena de penalidades, sintiera yo a Bulgaria como nuestra casa. Entre Turquía y Bulgaria se había operado esa maravillosa captación de intimidad y cordialidad a favor de Bulgaria por parte del espíritu mío... Y es que la tierra acoge, enmarca todas las manifestaciones del ser; orquesta triunfal o penosamente la realización que en cada momento el talante de cada uno esté en trance de concebir.

Ahora, mientras mi mente vaga correteando entre tanta vid, tanto maizal, tantísimos frutales..., recuerdo el bellísimo impacto que dejó en mi conciencia una envidiable criatura, atleta de

salto de longitud, búlgara, en la Olimpiada de Munich. Todavía estaban claros y presentes los elogios a su encanto que yo la dediqué en una de esas noches tórridas de Alcalá de Henares cuando en los veladores de la cafetería GU-FA arrastrábamos un grupo de románticos incurables nuestros vagabundeos líricos por muchos nombres de mujer, muchas fechas inexistentes. Sí, claramente recuerdo a aquella atleta que en lo inaccesible de su realidad –ella, saltando en Munich; yo, frente al televisor en mi casa– me dictó los más elocuentes preceptos que un hombre puede escuchar para que sus resortes se pongan en marcha, rumbo siempre al ideal.

Bulgaria había de esta manera quebrantado mi neutralidad, haciéndome tomar partido por la impoluta belleza de una muchacha desconocida que en inspiradísimas vulneraciones de las leyes de la gravedad se desvelaba en ganar laureles para su país. Y le cupo el acierto de describir mi estado de ánimo al fino, culto y generoso amigo Vicente Alberto Serrano en una semblanza sobre mi personalidad y sobre mis escritos. Allí, entre noticia y noticia de patrón técnico respecto a tal o cual cosa que escribiera o traduje, allí, digo, relampagueó oportuna la feliz captación suya de maduro prosista, de mi irrevocable destino romántico. Y con precisión no menos admirable –por lo breve– puntualizó que en una de esas charlas morosas de después de cenar, en los veladores de la plaza, y en tanto que nuestro padre Cervantes bondadosamente nos perdonaba nuestra osadía de jóvenes, yo me referí con encendido afán a una mujer búlgara, atleta para más señas, por la obtención de cuya sonrisa, de una sola palabra suya a mí, y sólo a mí dirigida,

estaba dispuesto a emprender un viaje a Bulgaria. Quede aquí, pues, constancia de aquel finísimo gesto de precisada auscultación de mi marejada pasional a cargo del escritor Vicente Alberto Serrano.

Pero el tren no dejaba de avanzar, ajeno a los pensamientos míos. A lo lejos se ve un río enorme: es el Danubio. Después del gigantesco puente de hierro estamos en Ruse. Hay parada obligatoria de cerca de una hora, y aprovechamos para bajar. Son las 2:30 pm., y es hora de comer. Preguntamos sobre el particular. Según parece, lo mejor es quedarse en el restaurante de la estación. No se conoce de ningún otro en los alrededores, y además no tenemos tiempo de hacer más averiguaciones ni sondeos respecto a los establecimientos del centro de la ciudad.

Todo el enorme recinto está algo destartado, pero cumple perfectamente su misión. Las cosas están en su sitio. Las ventanillas funcionan. Una vez más compruebo que el alemán es el idioma supletorio en Bulgaria: casi todos los funcionarios públicos se defienden en él. Damos con el restaurante. Es en extremo pintoresco, lo mismo que una habitación consigna, de techos altos, con mesas y sillas rústicas. Indago por encima el tipo de cosas que se pueden pedir allí, y me indican que lo disponible es lo que se ve en una especie de buffet, también rústico, controlado desde detrás por una mujer decidida y regordeta. He aquí –me digo– una comida típica y saludable. El único plato del día eran judías que se servían de un perolo tipo rancho de un cuartel; y luego un pedazo de carne con ensalada. También había cerveza y vino. Pan y postre.

Mucha enjundia, en el sentido en que uno lo quiera

tomar, ha de tener un plato de judías para constituir algo gratamente recordable para el que esto escribe, caminante, peregrino y romero por más de cuarenta países. Pues bien, aquel plato de judías me supo plenariamente por la maravillosa adecuación entre la honradez de su realidad, mi disposición de ánimo y mi franco apetito. A Monti no le hizo tanta gracia. Sentados en una mesa como de tasca, teniendo por vecinos limítrofes unas partidas de campesinos patanes, con caras de buenas personas, confieso que transformé aquella modesta comida en un opíparo festín por obra y por gracia de mi beatífico talante hacia el mundo y sus manifestaciones.

De nuevo, al tren. Pero ya no estamos solos. Desde Ruse hasta Bucarest llevamos el departamento lleno de rumanos con los que rápidamente intimamos lo bastante como para no dejar de hablar. La charla no puede ser más sugestiva. No sé bien por qué trivial motivo, el caso es que nuestros deseos de comunicación se hicieron cada vez más vehementes y más sinceros. Supongo que la cosa empezaría por el punto de pintoresquismo que supone el hablar idiomas diferentes, aunque no tanto en este caso. Sí, creo que la cosa empezó así. Luego vino el aluvión de preguntas, de curiosidades, de comprobaciones, de contradicciones, de asentimientos... Resulta que nuestros amigos formaban parte de un equipo de lucha grecorromana. Mirándoles bien, efectivamente que eran unos tallos impresionantes, macizos, con músculos desarrollados. Venían deportivamente hablando de cosas. Y ya se sabe que lo más socorrido en estos casos es empezar a jugar con los idiomas. El tema encontraba en ellos pura curiosidad; en

mí, frenesí de iniciado. Pues claro que el rumano y el castellano son lenguas fraternas, hombre...! A partir de ahí, todo fue de corrido. ¿Que cómo se dice tarará en castellano..? Pues tarará en rumano se dice tararó; o sea, casi lo mismo...

Seguía, seguía el tren ajeno a nuestro esparcimiento. Rumania es bastante más grande que Bulgaria, pero menos verde. Su tono es más grisáceo; nunca ralo ni desapacible como el español. La piel percibe unas presiones especialísimas cuando se está por primera vez en un país extranjero. Y eso que Rumania me está pareciendo que tiene poco de foraneidad. Todo lo más, podría compararlo a la diferencia entre estar en mi casa o estar en Burgos...

La conversación se dispara en mil direcciones. También nos resultan algo patrioterrosos estos prójimos. Cuando les contamos que somos turistas españoles y que estamos pasando unas vacaciones en Albena, los comentarios son para todos los gustos. La nota predominante es que Bulgaria no está mal, pero que el nivel de vida es más alto en Rumania (!) Y la verdad es que de todos los indicios que llevamos homologados ninguno nos hace ver las cosas en ese sentido. Más bien pensamos que los dos países van muy a la par en cuanto a desarrollo y a instituciones, y que los comentarios de nuestros compañeros se tratan de una fanfarria chauvinista.

Un acontecimiento casi dramático vino a hacernos sospechar que, muy al contrario de como nos pintaban las cosas estos fulanos, en Bulgaria hubiera dicho yo que se respiraba mayor flexibilidad y mayor tolerancia; o, tal vez, mejor estilo de

convivencia. Ocurría que estos muchachos venían de competir de no sé dónde en Bulgaria. Y entre las chucherías de regalo que traían, uno de ellos nos enseñaba satisfecho una bonita radio de transistores –normal, en mi opinión– comprada, según él, en Bulgaria. La cosa quedó así, comentada sin más, aunque ya en mi subconsciente me atizaba el siguiente razonamiento sobre el particular: ¿Cómo es posible que merezca la pena traerse un chisme así de Bulgaria, si Rumania goza de un más elevado nivel de vida? Y obsérvese que mis razonamientos se nutrían naturalmente de la gama de consideraciones más o menos concretas, más o menos significativas de nuestros amigos, por las que de todas formas nos querían hacer ver que Rumania era algo más moderno..., más aperturista, más europeo... más lo que sea, pero que de manera burda podría sintetizarse por ... "mejor". Tampoco hay que olvidar que cuanto menos desarrollado esté un país, más subido debe ser el precio para esta típica clase de cachivaches electrónicos, etc.

Bien. Pues he aquí que con estas premisas de optimismo y de amplitud de convivencia, llega un interventor-aduanero de tren, rumano. Su función con Monti y conmigo no le llevó ni un minuto: enseñarle los pasaportes, señalarle el ligero equipaje que teníamos, y pronunciar la palabra 'turistas' fue más que sobrado para que se desentendiera de nuestra incumbencia. Pero he aquí también que en un (según parecía) normalísimo ejercicio de rutina de sus obligaciones oficiales indaga risueñamente sobre lo que nuestros compañeros traían... Bueno, seré breve. Ignoro si medio sospechó que éstos quisieran camuflar el aparato de radio. Creo que ése fue el punto álgido para el recto enjuiciamiento del asunto.

Ignoro si se cambiaron algunos términos de cachondeo... El caso es que el aduanero potenció y multiplicó tan extraordinariamente las atribuciones que le confería su cargo, que poco faltó para que no se llevaran a la cárcel a nuestros luchadores por un supuesto delito de contrabando con encubrimiento. En mi vida he visto una aplicación más extremosa de la ley, ni con más rigor ni con más saña! La cosa terminó por las buenas, y después de que mediara el entrenador del equipo y no sé quién más que también aparecía en escena,... la cosa terminó, digo, por hacerles pagar a nuestros buenos amigos el equivalente justo al valor de la radio.

Monti y yo no dábamos crédito. !Conque Rumania es un país aperturista y flexible...! La puta que los parió...! Y Monti sancionó muy acertadamente que el equipo de luchadores más bien parecía una partida de párvulos acojonados ante la férula del maestro. Después del multazo que se les impuso, se quedaron todos un tanto mohínos, sobando los billetes que habían quedado de la apresurada colecta que habían tenido que organizar.

La cosa del dinero nos abrió un nuevo cauce para la charla. La traducción del valor respectivo de la moneda búlgara, española y rumana nos entretuvo un buen rato. Pero no es mi intención extenderme en este detalle sino en algo más sensacionalmente significativo. Y ello fue que en el proceso de intercambiarnos algunos billetes rumanos y españoles para la mutua e inocente inspección, tuvo que colocarse Monti convenientemente el fajo de billetes de mil pesetas que llevaba encima en lo que él llamaba "bolsillo ganadero" del pantalón. ¿Cuánto dinero transportaba encima de él? Creo que unas 25.000

pts., billete sobre billete. Cuando aquellos prójimos vinieron en conocimiento de aquella fabulosa cantidad de dinero que un hombrecillo como Monti paseaba desenfadadamente, comenzaron a mirarnos en una disposición distinta de la de hasta entonces. Imagino que era respeto, pasmo, envidia, o lo que sea, si se toman todas esas cosas juntas. Y además era inequívoco que este tipo de dinero que se transportaba así, encima de uno, era dinero fungible, machacable ante la mínima provocación de cualquier realidad que lo mereciera: persona o cosa obtenible. Era, en definitiva, dinero para gastar y no para regresarlo a casa. Era, casi mejor dicho, un dinero sobrante que se dedicaba a gastos de vacaciones... Ante el impacto que les produjo el tesoro de Monti, me guardé yo muy bien de acrecentar su enconada sorpresa dándoles noticia de lo que yo llevaba conmigo, que era algo superior, en divisa variada, a lo de Monti.

Así se fue agotando el último tramo del viaje, y llegamos a Bucarest. Nos despedimos de nuestros amigos párvulos de circunstancia, y nos quedamos solos. Ya en Varna nos habían recomendado ponernos en contacto con la Oficina de Turismo Estatal de la misma estación para asegurarnos el hotel. Desde luego que la época, bien entrada la segunda quincena de septiembre, no preludiaba carencia de acomodo. Pero de todas formas seguimos la sugerencia y fuimos a la Oficina de Turismo de la estación. Allí se hablaba inglés con soltura y la gestión duró poco. Nos fiamos de la palabra de la funcionaria al recomendarnos el Hotel Ambassador, en el mismo centro de Bucarest. Hice un gran hincapié en que queríamos dos habitaciones independientes, bien contiguas, o bien

comunicadas por dentro. Lo recalqué machaconamente con la convicción de que no era posible ni oportuno que le fueran conocidas a la funcionaria las razones imperiosas que me empujaban a ser tan tajante en mis instrucciones, a saber: que Monti ronca estrepitosamente por las noches, y que es capaz de desahuciar los mejores deseos de un buen amigo como yo.

La modalidad es que en estas oficinas estatales de turismo se deja ya pagada la habitación, lo cual no deja de ser una circunstancia de error a medias que conviene desbrozar con vistas a futuras incursiones. Radica todo en la posibilidad que tiene el turista portador de divisa fuerte (marco, franco, dólar, etc.) de adquirir en estos países moneda nacional en el mercado negro a un cambio mucho más ventajoso. Naturalmente que, acabados de bajar del tren de Bulgaria, no es muy probable encontrarse con intermediarios de cambio inmediatamente. Por otra parte, la conveniencia (y no me chocaría que hasta la obligación legal) de dejar reservado y asegurado el hotel nada más llegar, creo que es indiscutible. Además, al hacer la reserva de habitación y pagarla le suelen preguntar a uno los días que piensa quedarse en el sitio en cuestión, con el fin de determinar en lo posible, y de antemano, los gastos mínimos que va a efectuar, y en consecuencia, de hacerle obtener la cantidad suficiente de moneda nacional a efectos de cubrir, por lo menos, estos gastos.

Sabido es que el dinero de estos países socialistas vale para muy poco fuera de sus fronteras. Si acaso, para usarlo en otro país socialista vecino. Pero nada más. Y a veces ni para eso.

También es sabido que la imposición por las autoridades a los turistas o extranjeros recién llegados a un país socialista, de cambiar su dinero-divisa en cantidades equivalentes al producto del mínimo estipulado para vivir un día, por los días que pretenda quedarse, es una costumbre generalizada. Supone control de moneda, y una cierta garantía de que el recién llegado no vaya a vivir a expensas del Estado o de otra persona, mientras resida en el país. Claro que obtener el mejor partido de estos extremos no siempre es factible. En cualquier caso se impone un criterio medio, de cautela, consistente en cambiar en el punto de llegada lo estrictamente necesario sin más; es decir, lo que cubre el gasto de las habitaciones. Creo que con este primer control las autoridades se dan por satisfechas y no es probable que interfieran en la conducta del turista si éste decidiera prorrogar su estancia y, a partir de entonces, abonara la habitación en el mismo hotel con dinero nacional resultante de cambalacheo en el mercado negro. Teóricamente, y en plan exhaustivo, las autoridades le pueden preguntar a uno algo parecido a esto: "Si no tiene Vd. recibo de cambio oficial, explíquenos de dónde ha sacado el dinero para prorrogar la estancia".

Repito que todo esto es fruto de una reflexión analítica, de laboratorio. La única cosa cierta es que estas irregularidades se toleran hasta cierto punto, y que es muy recomendable conservar todos los recibos o facturas que tengan que ver con cambio de dinero en tales países, donde normalmente se mima al turista debido a las directrices trazadas por unos gobiernos ávidos de divisas y de vientos de renovación y apertura, se diga lo que se

diga. Veremos lo que le dura al turista esta Edad de Oro. Por supuesto que es evidente, digo, que estos estados socialistas, por lo menos el rumano, toleran el mercado negro porque ya se cobran ellos por adelantado un importante beneficio con la satisfacción exigida en divisa por la estancia de esos primeros días acordados. Eso no dejó de llamarme la atención al reservar las habitaciones. Pensaba yo que Bucarest no podía ni debía ser Madrid, ni París, ni Estocolmo..., en cuanto a precios. Y la verdad es que mil pesetas por noche y por habitación (por muchas cuatro estrellas que tuviera el Ambassador) me pareció caro. Con todo, solté la billetada de \$ y me prometí aplicarme en lo sucesivo.

Eran ya las 6:30 pm. Ligeros de equipaje, cogimos un taxi y... al Ambassador! En el plano de la ciudad que nos han regalado en la agencia vemos que el hotel está en el mismo centro de Bucarest. La cosa marcha. Amplias avenidas. Tráfico razonable. Llegamos, le pagamos al taxista y nos bajamos. En recepción hablan francés e inglés. Presentamos nuestra factura de reserva y pago, y nos dan la llave. Echo un vistazo rápido. El hall es típico de hotel suntuoso, no ultra moderno, pero grande: de techos altos, de sofás mullidos, de amplios espacios. Son las 7:00 pm. Subimos con un mozo a las *habitaciones* –pienso–..., y ya tengo encima el primer cabreo... Estos hijos de puta no nos han dado *dos* habitaciones-dormitorio como me desgañité en puntualizar, sino un dormitorio con dos camas, y una habitación seguida, tipo suite recibidor, o estancia-comedor, o lo que fuera... !Me cago en sus muertos...¡

Me bajo hecho un basilisco y barboto en recepción mis

justificadísimas quejas... Bueno. Seré asimismo breve. En una palabra, o no me hacen ni caso a mala fe; o en realidad la cosa no debe dar más de sí. El caso es que *me aseguran* que no se puede hacer nada. Subí esta vez por la escalera masturbándome, en puro paroxismo masoquista de auto-castigo, calculando lo que serían dos noches (pues dos noches eran las que íbamos a pasar allí) con el monstruo roncadador de Monti al lado... Lo que dura el subir las escaleras es lo que me concedo de reflexión. No es cosa de que estos rumanos me torpedeen las vacaciones con un detalle así. Le cuento a Monti el resultado de mis reclamaciones. A él le da igual, nos ha jodido... claro; Yo a él no le perturbo con mi sueño lo más mínimo. Pero él a mí me aniquila...

Y puesto en la vena de grandes soluciones, inflamado en determinación de defenderme contra aquella irregularidad; asistido por toda la razón y por toda la justicia de que el mundo pueda hacer acopio, tras unos tanteos aquí y allá, le digo a Monti que he decidido desmontar una cama de su sitio, y llevármela a la otra habitación... Se me echa a reír. Pero no le dura. Cuando me ve con la primera pieza de la cama en las manos se da cuenta de que la cosa va en serio...

–Venga, hostias, ábreme esa puerta y échame una mano.

Monti asiente, ante la evidencia de mis intenciones. La operación es menos complicada de lo que parece. Después de desvisagrar el chasis entero de la cabecera, la cama queda suelta. La pasamos ladeada por la puerta y la instalamos sin más. Son las 9:00 pm. Lo que sigue es obvio: Un baño, lavado de cabeza, limpieza de dientes, enjuague intenso de boca, repaso detallado de

genitales. Me pongo camisa limpia, calzoncillos limpios, zapatos sin calcetines. Bajamos a comer algo. Son ya casi las 10:00 pm.

De aquí en adelante mi relato tiene que cobrar forzosamente un *tempo* de peripecia, de apasionada tensión. Allí, a la salida del mismo hall del hotel, y en su acera, sentimos en el aire un enjambre de sugestivos presagios. En efecto, la zona era por demás cualificada. La cafetería del hotel también tenía puerta a la calle, a la derecha del acceso al hall principal. Atónitos y halagados comenzamos a precisar el sentido de aquella bulla de entradas y salidas de la cafetería. Chicos y chicas, seguimos observando, parecen tomar esta pequeña área como punto de reunión. Estoy oyendo hablar en italiano. Monti y yo permanecemos quietos allí, viendo cosas y tomando notas... Evidentemente se trata de un punto neurálgico de encuentro con niñas de alterne. Los signos se hacen cada vez más traducibles. Bajadas de taxis, recogidas de taxis, despliegue a discreción de ese borbotón de señales inequívocas. Nosotros seguimos mirando y charlando. Nos asomamos a la cafetería y confirmamos lo supuesto: es un sitio de cita y de moneo. Los tipos y tipas entran, salen, merodean. Pero más que nada me refiero a muchachos con pinta de extranjeros cuando hablo de los tipos, y además son los menos numerosos. Otros, como de aspecto normal, parecen rumanos que están de comparsa. La cosa va cobrando forma y explicación. Las verdaderas protagonistas son las chavalas: entran, salen, se sientan, se levantan... con una estupenda naturalidad..., la naturalidad, claro, de quien tiene eso por oficio.

Nos da la impresión de que quienes únicamente se

acuestan con las niñas son los extranjeros. Los nativos, vamos coligiendo, o no tienen dinero, o simplemente sirven de alcahuetes para sacar su parte en el asunto. Bien. La cosa está clara. Estamos en el centro de reunión de los ligues de Bucarest (al día siguiente, como se verá en su momento, nos lo confirman de manera oficial)... y hay que actuar. A la primera oportunidad que tengo de abordar a dos chicas que se paran allí en la calle un momento les pregunto en francés una tontería. La gestión zozobra entre meter la pata por mentecato..., o, si me ando con demasiadas florituras, lograr estúpidamente que no me entiendan cuando se trata de preguntarlas algo tan sencillo como que si se vienen a follar con nosotros...

–Excusez moi, mademoiselles... Voudriez-vous aller coucher avec nous...?

Sobran explicaciones. Mi acento, mis escrúpulos; y sobre todo, mi estar allí declaraban seguramente que me hospedaba en el Ambassador. Mi frase balbuciente era casi de lujo. No sé si añadí alguna cosa perfectamente inútil, de esas que pretenden asegurar que las intenciones que le mueven a uno no se dirigen contra la legalidad del Estado, sino simplemente a pretender acostarse en regla con una chavala...

Las chavalas se ríen, aceptan profesionalmente mi pregunta; y una de ellas, quitándose el cigarrillo de la boca, habla por las dos...

–Tu veux dormir avec nous, ne-c'est-pas? Bon, mais....

Aseguro que mi francés hablado es elemental, aunque suficiente para todo este tipo de transacciones de turista. Ahora

bien, mi francés escrito es lamentablemente insuficiente. Desisto, pues, de intentar transcribir en los términos originales el inocentísimo contenido de nuestra conversación.

Me dicen que sí, que aceptan encantadas, pero que el único sitio donde pueden ellas follar es un camping...! Ya. Todo mi enardecimiento ante el prospecto inmediato de una sesión íntegra e intensa se arruga inapelablemente. No. Camping, no... A las chicas no se lo digo así, pero a Monti se lo cuento todo. Además de que yo necesito unas mínimas condiciones de higiene, aunque sean a base de agua fría, el camping me da miedo: miedo de que me roben; de que me apaleen, yo qué pollas sé..., y tengamos un verdadero disgusto. Monti está de acuerdo conmigo. Vete a saber, le digo, el tipo de polvo que se podrá echar a estilo gitano dentro de una tienda, o de pie apoyado en un árbol... Es una pena, porque estoy francamente engolosinado con las chavalas estas. Sobre todo con una. Y por razones que desconozco y que no era lugar de tratar, estas chicas no pueden o no quieren subir al hotel. En fin, declino con mi mejor cortesía y la cosa no pasa de ahí. Tan amigos.

Estos 25-30 minutos que llevamos de ojeo han sido, huelga decirlo, maravillosos y tantalizantes. Yo tengo ganas, muchas ganas de follar. Estoy con calentura, la típica calentura del espíritu que exige prontamente el objeto fin de su realización. Y Bucarest me parece providencial. Aquí las chicas, saco la conclusión, se meten a mercenarias desde jovencitas. Hay verdaderas monadas. Unas, solas, fugaces, que entran, salen, cuchichean con alguien; otras, en grupo que rápidamente se dispersan, y vuelven. Empiezo a controlar caras. La vorágine de mi

cerebro por imbricar gestos, figuras, identidades en síntesis..., es abrasadora. Llevamos así ya casi una hora, sin movernos de un área pequeña de acera. Son más de las 11:00 pm. Estoy algo cansado, pero el encandilamiento continúa...

Absorto como estaba, y sin dar punto de reposo a mi cerebro, me pega un codazo Monti y me dice que un tipo que merodeaba por allí le ha dicho que si queríamos cambiar dinero. Efectivamente, se trata de un intermediario de mercado negro. Nos ve juntos, nos vuelve a hacer señas y nos vamos hacia él, algo separados de la entrada del hotel Ambassador. Nos habla en italiano y le decimos que somos españoles. El hombre parece muy profesional. El cambio que nos propone es un 40% más ventajoso que el oficial. No dudamos. Ni regateamos. Ponemos en sus manos un billete de \$20 canadienses y otro de 50 marcos alemanes. No hago más que cogerle el dinero rumano, cuando... me vuelve a poner en la mano mi propio dinero y, sin recoger el suyo que ya también me había entregado..., hace una convulsión, pega un solo respingo separándose de nosotros, y un ahogado susurro....!Policía..., policía...! El susto es morrocotudo. Monti y yo nos quedamos parados, petrificados, amparados subconscientemente en ese limbo de inmunidad impune que asiste al turista por principio. Pasan unos cuantos, pocos segundos, dolorosos, intensos, taladrantes. Y otra vez observamos que nuestro amigo se nos aproxima, con un esbozo de sonrisa, como para tranquilizarnos.

–!Huuuuuyyy..., la hostia..!, le digo a Monti, – con otra de éstas liquidamos.

El tipo nos da a entender que la alarma había sido falsa. Le entregamos de nuevo los dólares y los marcos y nos alejamos definitivamente de él, otra vez hacia el Ambassador. !Uuuuuhhhffff, qué susto..! Compruebo en un momento la cantidad entregada y es correcta. Este incidente me dio que pensar entonces y luego en la rigidez que, según todos los indicios, parece imperar respecto a tales transgresiones monetarias perpetradas por nativos. Más tarde se me aseguraría que si en realidad la policía le coge a uno con las manos en la masa, al turista no le pasa nada.

Bueno. Son las 11:30 pm. Monti se va a la cama. No quiere esperar más. Acordamos que no cierre con llave..., y... hasta mañana. Me quedo solo. Es en estos casos donde la solidaridad con uno mismo tiene ocasión de probar su temple. Solo, excepto con mi misma compañía. No hay momentos como éstos para el examen de conciencia y para la síntesis. Y para el perdón comprensivo de quienes no nos quieren bien. Los puentes de la memoria van enlazando continentes de sucesos que se producen con monótona riqueza. La frondosidad es impresionante: fechas, lugares, palabras, momentos fugaces, timbres felices, rostros de mujer.. todo ello vagando sin destino y poblándome mi libertad de pensar. Tengo casi 36 años y no dispongo de registros superiores que me puedan dar idea del valor, si le hay, de mis realizaciones. Las cosas se han sucedido sin definitiva sanción, y los mejores frutos, a veces, han venido anónimos. Bucarest me enmarca ahora...

No me había fijado.. Un taxi acaba de arrancar y, como salidos de él, y a unos cuantos pasos de mí, una chavala de magnífico aspecto, y un muchacho algo contrahecho, con cojera.

La calle se ha quedado ahora casi desierta. Yo estoy solo delante del hotel. En un raptó de lucidez y de apremio le pregunto a la chica en francés...

–¿Est-ce-que tu voudrais aller au lit avec moi..?

Pero no, no creo haberlo escrito bien. Quiero decir que ni aún en español lo podría escribir siquiera remotamente parecido al resorte de gracia improvisada y genuina que animó mi pregunta. La chica vestida con falda más bien mini, de cuadritos encarnados y blancos, deja lucir dos gallardas y enardecientes bielas, estupendas, rotundas. Toda ella tiene un aspecto sorprendentemente jovial, juvenil, saludable. Sí, sí, me recreo y vuelvo a recrear ahora y antes en la mente mía el estallido de plenitud confusa pero conforme que supone lograr un injerto de tales características a base de una proposición tan rústicamente formulada por parte mía, y una reacción tan esperanzadora... La chica ríe, gesticula, le dice algo a su compañero, y se acerca a mí... El diálogo se desarrolla en francés..

–Ah, qué divertido.. ¿Quieres que hagamos el amor juntos, ahora?

–Sí, claro. Perdona, mi francés es muy pobre. Soy español...

–Español....ooohh! ¿Cómo te llamas?

–Manuel, ...Manolo ¿Y tú?

–Yo, Ara. Pero mis amigos me llaman Mai...

–Pues, Mai... me gustas muchísimo. Cuando te ví bajar del taxi con tu amigo...

–No, es mi hermano...

–Ya, tu hermano... Me gustas mucho, Mai. Quiero irme ahora mismo a acostarme contigo...

Mai no dejaba de mascar chicle, sonriendo, festiva. Estoy confuso, en el umbral de una tremenda aventura espiritual. Y además me siento medroso. Esta eclosión tan positiva que ha resultado de un puro y brillante golpe de azar puede enseñarme su cara siniestra, en cuanto la disposición de las esferas se modifique un milímetro... Pero llega un taxi al que Mai había hecho señas, y entramos en él. Voy sin documentación. Sólo con bastante dinero en el bolsillo. Es tal la ilusionada inquietud que me empapa, que no siento aún la bestia del sexo desperezarse de su letargo. Me acomodo junto a Mai, y el taxi se decide por una dirección que Mai le señala. Observo en Mai una curiosa mezcla de modales femeninos, de honda persuasión, con otros ademanes de desenvoltura poco afinada, tal vez por el deterioro que en la forma de ser de una criatura normal acarrea una vida de temprano mercenarismo...

Mi francés se va soltando. Me atrevo a puntualizar algunos pirueteos con la lengua, que Mai acepta con algo así como mecánica comprensión. Desde luego, creo que he tenido algo de suerte. Mai me dice que nunca ha estado con ningún español, cosa no del todo increíble si tenemos en cuenta que nuestro aperturismo al Este acaba de inaugurarse. La miro con atención impregnada de deseo de romper lo que de neutralidad rutinaria pueda haber en nuestro encuentro. La tomo la mano e inicio un cuidadosísimo merodeo por los montículos de los nudillos, concentrado fervorosamente en la caricia. Hay que romper a toda costa la

neutralidad, atestiguar un punto más allá de la simple repetición. Hay que identificarse con el santo y seña de un gesto romántico, de una determinación de dar un elevado sentido a lo vulgar... Me concentro avaramente en la caricia: ora restriego levísimamente el filo de sus uñas, otra ensayo una presión individualizadora sobre los flancos carnosos de su mano. Rozo sus sienes con mis labios. No la beso, no. Podría indisponerse ante ese prelude típico de incontinencia.

Pero ya hemos llegado. Son las 12:30 am. El taxi se detiene en una calleja lóbrega, con poca luz. Y con mucha naturalidad el hombre me mira sin ninguna prisa. El contador me señala el precio de la carrera. Le sacudo una buena propina, y me encuentro apeado. Mai da un golpe en una ventana y se pone a gritar: ¡papá, papá..! Abre un viejo que parece venir de la cama, aunque su gesto no es enojado. Yo, con deseo de dar la impresión de la más intachable seriedad en materia tan delicada, me apresto a sacar dinero, y en un ademán rumboso y como de confraternidad le hago entender al viejo que coja lo que le parezca. Mai y el viejo hablan unas palabras, y un poco así, como por no desairar mi insistencia a que se cobre. Mai me sugiere la cantidad equivalente a 250 pts. Le doy 300 con gesto determinativo de que lo acepte, y de que le estoy agradecido.

El viejo se va, y Mai me conduce alegremente a un cuartucho. Es, en efecto, un cuartucho, con una cama grande, un par de sillas y una esterilla. El barrunto confuso de inhibiciones de comportamiento ante extraños, como han sido hasta ahora Mai y el viejo, y la sorda tempestad lúbrica que estaba bramando soterrada,

se van convirtiendo plena y biológicamente en el tema que me ha llevado hasta allí. Mai se levanta de pronto el vestido para sacárselo por encima. Yo me encuentro en un estado lastimoso, erecto, nublado por el deseo, y al mismo tiempo desvelado porque nuestro asunto tenga un comienzo hilvanado, noble...

La detengo, por tanto, en su maniobra de sacarse el vestido y me la atraigo. Brusco, beodo, la sujeto de pie, y mientras la sobo concienzuda y elocuentemente los flancos de la espalda, las costillas, bajando las manos ávidas y abarcadoras hasta los muslos, no desatiendo sus tetas, friccionando los dos pezones de todas las maneras posibles con los pulgares libres de mis manos que cubren codiciosamente ahora, trepadoras e incansables, su cuerpo... El vestido ha vuelto a su posición. Estoy en un frenesí de asedios. Dudo de que yo pueda algún día conocer el mejor momento para decidirme a empezar a desnudarme. Por eso, retraso, alargo con infinito dolor ese momento, sabedor de que en amor el preámbulo es todo; el umbral vale más que la entrada al supuesto paraíso... Y alargo el momento..., extendiendo mis caricias. No, no la beso: rozo con mis labios en trance, silbadores, sus orejas, sus labios. Horado, la escupo en los oídos. No puedo más... Quito mis manos de encima de su cuerpo y me doy prisa por desnudarme yo. No acierto. Nunca he acertado a lograr una pose digna cuando me desnudo delante de una mujer. Zumba una irónica dialéctica estética, alma de todo este transmundo erótico, que machaca sin piedad las pretensiones de estilo en estos lances. Zozobro al sacarme los pantalones, porque no quiero poner los pies en el suelo fuera de los zapatos. Me quito el pantalón pero tropieza el

calzoncillo con mi miembro, y con estúpida brusquedad soy yo mismo el ejecutor de un estirajón hacia abajo que me arranca un rictus de contrariedad. Estoy con zapatos y con camisa. Mai se ha deslizado las bragas. No la permito más. Me apresuro, crispado, a desabrocharla el sujetador. Dos magníficas tetas me flanquean, colmándome el motivo de mi vista. Retozo con ellas. Succiono amorosamente, glotonamente sus pezones, mientras hundo mi dedo corazón de la mano derecha en el coño, alternando, friccioneando, energético, activo, con caricias de toda la mano. Detecto el clítoris pero sondeo más en las profundidades, cauteloso, constante...

Su indiferencia de profesional se resquebraja. Tira el chicle y se une a la celebración de mi rito pre-coital con una más entusiasta colaboración. Me acerca el vientre y colocándose el pene entre los muslos, obligándome al perentorio trance de bascular hacia abajo... me frota mi vientre... Tengo los ojos cerrados, inyectados en entrega y destrucción, destrucción por doquier. Percibo su magnífico bosque de pelo, tibio, frondoso, que se enzarza con el mío... Pero hay que acabar con esto... Rabioso, la agarro de las nalgas y la aúpo más arriba de mí para que, estando ella de puntillas, se lo pueda meter y conseguir así el primer orgasmo. Jadeo, tiemblo en sacudidas tan cómicas como espeluznantes...

La sensatez de Mai arregla el desfase de la situación: pega un salto, se desglosa de mí..., abre la cama y desde allí me mira, tumbada, invitante, con las piernas flexionadas y abiertas. Mi semen está en marcha. Es cuestión de segundos. Me echo encima de ella, babeándola la boca, golpeando sus dientes con los dientes

míos y bajando y subiendo mis manos en una agonía de tacto imposible para afilarla los pezones... Mai, Mai... mon petit amour... Alterno los golpes bruscos, de ariete furioso, con el falo metido a fondo, incontenible, con la frotación por subida y bajada completa... No puedo, ya... yo ya no puedo más. Me abrazo a ella... y mientras la clavo las manos en la espalda en un deseo inútil de eternidad y de absoluto, y me hundo en su boca..., llega imparables nuestra primera nupcia...

–Mai, Mai, mon amour... ces't vrai, je t'aime beaucoup... ma petite fille.....

Me quedo echado al lado de Mai. Sin embargo, a los pocos minutos aprovecho que está la luz encendida y la pregunto que dónde está el retrete o el lavabo. Me indica que por el pasillo hacia adelante. Salto de la cama, desnudo, y me pongo los zapatos. Hace algo de frío y algo de humedad, y vacilo. Jirones de desconfianza, de temor físico me perturban a ráfagas. La mente concibe y pare mil ideas descabelladas en cuestión de segundos, y la mía es en estos momentos una máquina de fabricar quimeras. No descarto ni el robo, ni la puñalada, ni la paliza. Cuando menos, una algazara o cualquier cosa que supusiera cisco me sería profundamente desagradable... Pero la necesidad de decidirse es más imperiosa que todas las alternativas de reflexión. Y me voy desnudo, con zapatos y con un pañuelo en la mano pasillo adelante. El cobertizo que servía de retrete era más bien ramplón. Había un grifo. Me lavé como pude aunque cuidadosamente y me sequé con el pañuelo que llevaba al efecto... A mi vuelta, Mai seguía

acostada, con la luz encendida aún, fumando un cigarrillo. Me acomodé a su lado y me arropé bien. Era algo más de la una de la mañana. Cuando acabó el cigarrillo apagué la luz...

La conciencia mía era ahora un paisaje, serenado con la compañía de suaves accidentes, cosas que se podían contar, realidades que hasta tenían nombre. Cuando transcurre la rugidora borrasca de la libido queda el cerebro libre de las cadenas que lo atenazan. En el tumultuoso torbellino de cosas que se han ido decantando paulatinamente en mi alma, busco un sitio para Mai. ¿Mai? Sí, claro, está allí, a mi lado. Empieza a hablarme. Me dice que ya ha tenido un aborto provocado y que, como es bastante aficionada a la ginecología, quiere ser médico. No recuerdo haber dicho que Mai debe tener unos 20 años, veinte años todo lo más. Y yo, ¿puedo yo amar, siquiera fugazmente, a una chica así?

Estoy arropado hasta el cuello. Entre jocosa, meditada y ascética, la charla ha ido discurriendo. Algún motor de coche resuena lejos, fuera, y deja de percibirse al instante. Es la 1:45 am. Bucarest se me está pareciendo a una ciudad inventada, fantasmal. Hasta el momento me une a ella una asociación opaca, de sexo y de aventura en busca de novedad. El nexos sexual gana en ilusión egoísta lo que pierde en individualidad objetiva. Por mi parte Bucarest ha quedado incorporada a mi vida psíquica para siempre por este acrecentamiento del ego que he forzado con el abordaje a Mai. Es una forma de autoafirmación innegable. No reconocerlo equivale a procurarse un limbo en vida. Es tanto el fariseísmo a través del que uno tiene que abrirse paso a machetazos... Las más vibrantes elocuciones ascéticas suelen venir de hombres cuyo

cromosoma está perfectamente periclitado. Desconocer esto es una autocondenación. La explosión física, cuando llevada a término con pulcritud de fervor, tanto lleva consigo sangre y célula como alma. Dadme el alma inmersa en una celebración viril y honrada de sexo, que no la inmundicia de cien perjuras represiones. Inútil separar la dogmática mentalizante de la plenaria eclosión del sexo en un encuentro ni provocado ni repelido. Cuando el nexo de total intimismo llega por vía de biológica madurez, es de mentecato execrarlo. La carne glorifica la personalidad. El único lodo que puede ensuciar a la carne es el lodo del que la desprecia por no poder él esgrimirla limpiamente; el lodo del que pretende despreciarla porque no está en condiciones de celebrar con ella y en ella los enaltecedores ritos de la vida.

Mai está a mi lado, arrebujaada. He superado la enojosa inhibición que preludia el primer coito, y me encuentro perfectamente pertrechado para una segunda descarga de semen. Oh, sí, esta segunda vez la reflexión se remansa de diversas maneras. Cabe todo en una segunda vez, así como yo estoy; caben todas las injerencias ficticias como si de verdad participaran en la cópula que estoy anticipando. Con Mai al lado, segura y contenta de que yo sea su amante de esta noche, y con mi mente destrabada por la primera suelta de semen, mi serenidad trenza acicalados juegos de recreación erótica. Mai, a fin de cuentas, es una mercenaria; magnífica y cariñosa, pero mercenaria. Su carne, prodigiosamente dotada de todos los predicamentos para celebrar con éxito los ritos de la divina lujuria, Mai, digo, ... puede servirme para más. Su cuerpo, garantizado para recoger mi semen errabundo,

puede además servirme para apuntalar mi consentimiento intencional hacia otras mujeres. Y en el cuerpo de Mai voy recorriendo, celebrando de nuevo, raptos ya celebrados, a los que mi ansia agónica de perpetuidad y de absorción en lo absoluto les va rescatando hacia la vida...

Recorro con inenarrable morosidad la vulva de Mai, y vibro doblemente al reconocerme también recreando los mismos pasajes con Mélida y con Amalia, nombres devotos que, aun sin pronunciarlos, tengo que referirme a ellos aquí en la mente mía, apelando a toda la fortaleza de mi corazón... Ya estoy en erección perfecta, pletórica. Hago girar a Mai hasta recostarse sobre su lado derecho, y bajándome yo un poco hacia adentro de la cama la coloco el miembro entre los muslos, por la parte de arriba, a la entrada ya de la vulva. He comenzado a trabajarla el pelo a conciencia. Se lo abro, se lo alboroto mil veces, ahormándoselo con mi mano izquierda, mientras que con la derecha la recorro una y otra vez el confín de los pezones. Así, de lado, sus tetas prodigan gran parte del caudal de su exacta esplendidez. Ahormo, ahormo sin llegar al estrujamiento toda la teta; la alzo, la compruebo, la sujeto, y al dejarla trazar su normal comba de caída, la siento con las yemas de mis dedos que he puesto debajo de ella para que me los clausure tibiamente entre su envés y el pecho... Hay un tropel de nombres de mujer a quien estoy por dedicar el coito. ¿A quién, oh, sí, a quién va a ir dirigido, como ignorante receptora, esta agónica exaltación de mi semen rugidor? Tengo aún tiempo. Aunque estoy erecto magníficamente, la venida de semen cálido debe de tardar unos minutos más, pocos. Y apuro, avaro, la caricia en batida

emulsión con el dintorno mental de alguna mujer a quien estoy glorificando, con mi propia eternidad, en ausencia....

Inicio la última fase. Me ponga ingrávido encima de Mai, alternando la evitación de mi peso sobre ella, por apoyarme enteramente sobre mis codos, y la superposición más ambiciosa, y cubriéndola delicada, íntimamente, fricción a fricción, lámina a lámina, la superficie de sus muslos con los míos. Forzado pero con la convicción de ejecutar una maniobra del todo recomendable, bajo la cabeza y hozo con los labios en los pezones de Mai, recortando sus límites con lo duro de mis dientes, ayudándome activamente con la punta cónica de la lengua hasta provocar un surgimiento franco de los botones... Es el momento. Tanteándola con mis pies los empeines y los tobillos de los pies suyos, la invito a que se abra del todo. Palpo anhelante la vulva. Está rezumando y esto me agrada sobremanera. Se la empiezo a meter con controlada violencia, siguiendo el curso de mi dedo corazón que ha explorado el camino y ha comprobado la lubricación del trayecto. Ahora está penetrada. Mai hace un extraño de jubiloso apercibimiento. Me quedo quieto, sin funcionar, para que me sienta dentro, adentrado, anclado. Sólo a levísimos intervalos me permito presionar a tope, buscando el choque con las paredes vaginales. Mai va acusando el efecto de mi redoblada atención. La concentración no puede ser más absoluta. Ahora la tengo extendida de brazos y se los cubro con los míos, combinando el golpe de profundidad con la oscilación que permite el frote tantalizante de mi vientre con el suyo. Ahora ensayo la subida y la bajada desconcertante..., subo,....subo... como en un atolondrado desconcierto, como si fuera

a salirme, como si me desentendiera del negocio... Allí, en contacto mi bámano frenético con el filo externo del brocal de la vulva, doy lugar a que Mai no se aperciba de mi pirueteo. Se trata de una redoblación del efecto, más que nada, mental. De pronto, bajo e insisto furioso golpeando determinantemente hacia el hondón, contra las paredes del fondo, teniéndola toda metida, a tope... Oh, sí, Mai, amor mío... lo entiendes, lo percibes... Saco y hundo, insisto, presiono, froto..., me abstengo, dejo durante unos segundos que Mai pueda preguntarse cuál va a ser el inmediato giro de mi procedimiento. Sobre todo, la saco hasta parecer que se va a salir del todo... y en ese agotador artificio recorro con el glande los bordes de la vulva, para hundirla con vehemencia al fondo total, por el camino lubricado. O si no, alterno la presión en tenaza de sus piezas con las mías para que el falo quede deliberadamente prisionero. O ensayo un movimiento de delfín, de arriba hacia abajo, de derecha a izquierda. Mai está abandonando su entereza. Es el momento preciso... La eclosión viene rodando, gestada en el cerebro, columna vertebral abajo... Mai...no. Beso lo que mi boca me permite, la escupo.... Mai, no... aún... Mai... espera.... nunca... Mai...Mai. Hago un supremo esfuerzo. Jamás se ha dado una tan hermosa unimismación de carne y carne, de alma y alma... Trenzada entre mis piernas, mis brazos han pasado por debajo de los suyos, y la agarro férreamente los hombros, desde abajo, con la palma de mis manos... Ya no puede ser....

–Mai..., no....

–Manuel, mon cheri....

El estallido viene incontenible. Mai... La sostengo,

aguanto la embestida de muerte, ayudando al semen a verterse, ayudándome yo a prolongar esta eternidad de muerte, ayudándome yo... a no morir... a morir..., a recuperar mi muerte..., a desdoblarme...

Salgo de este coito segundo ungido en cesación. Estoy como anestesiado. El fondo de mi conciencia es un mar aplacado, sereno, donde se reflejan las miríadas de criaturas, las manifestaciones del mundo de una manera opaca, neutral, distante, indiferente... Esta vez no me voy a lavar. A Mai no parece importarle mucho. Debe de tener toda la vagina rezumando esperma mío. Las ideas que entran en el campo de control de mi apercibimiento vienen desnudas, reducidas a su esquema más originalmente escueto. Son las 2:00 am. Mai me pregunta ahora cosas. Yo hablo, hablo cada vez más suelto, más completamente suelto de interferencias referenciales. Diálogo puro. Con la biología en plena alianza con uno, las ideas son dóciles, se ajustan a la disciplina que se las quiera imponer. Por tanto nuestro diálogo es un diseño de pureza, de simplismo, despojado de toda oportunista orquestación... La cuento que hemos venido a Albena; que vivo cerca de Madrid, y que en mi vida profesional he explicado y todavía explico Literatura en Universidades, además de tener otro doctorado en Derecho. La hablo de mis viajes y de que me gustan las palabras de los idiomas extranjeros. Me doy cuenta tarde de que soy un perfecto imbécil por no haber apuntado *coño*, *picha*, *follar*..., y algunos otros términos en rumano que Mai me dijo y que dudo que el diccionario los traiga, excepto, si acaso, en su acepción eufemística más rebajada...

Mai enciende otro cigarrillo. Está contenta y parsimoniosa. De repente, con una sonrisa y un mohín, salta de la cama y me dice que me espere. Se pone los zapatos en chancla y se va a lavar. Respiro más tranquilo. A los pocos minutos vuelve y, como ha dejado dada la luz, no pierdo la ocasión de mirarla, en una inspección de asedio más enriquecedora. Está muy buena. Sus tetas han adquirido un comportamiento de plenitud convincente. Alrededor de los pezones un anillo ligeramente granuloso y de color cárdeno la ha brotado. El botón parece más firme, más enaltecido. Me incorporo de la cama y la tiendo mis manos, y al aproximarla, ella aún de pie junto a la cama, la beso el vientre y rozo decididamente con mis dos mejillas su tupida pelambrera. Llego a hundir las narices en señal de aquiescencia. Pero no paso de ahí. Miro el reloj. Son las dos y cuarto. Mai no parece tener prisa... por ahora...

—¿Nos esperamos un poco más?—, la pregunto.

—Sí, nos esperamos, si quieres. Y si quieres, dormimos aquí...

La digo que mi amigo me espera en el hotel. Sobre todo me disgusta la idea de quedarme en esa cama. Yo no suelo dormir en el sitio donde he estado fornicando. El sueño es algo que debe enmarcarse en un lugar desglosado del tálamo coital, por lo menos en la deontología del soltero. Por tanto, declino la propuesta de Mai y la doy a entender que lo más oportuno es esperar el rato que yo necesite para mi segunda recuperación, y redondear nuestro encuentro con una tercera cópula. Mai asiente y así comenzamos una fase más, de lánguida complacencia...

La única actividad consciente que me permito ahora es la de pensar, recrear pasajes ya hechos por mí mismo, ya hechos *yo mismo*; desde la perspectiva en la que me encuentro, incorporados a mi realidad doliente, pensante. Ya nada me queda por explorar con Mai respecto a ningún extremo que pudiera serme relevante. Dentro de unos minutos habré liquidado mi cupo tendencial y habré dado por finalizada mi sesión de despegue y autoafirmación en Bucarest. Se trata de llegar al final dignamente. Y a tales alturas no se puede uno andar con contemplaciones, y mucho menos con maniobras precipitadas de falsa dosificación. Se requiere la máxima quietud; que el ánimo discurra por los cauces más ingravidos. Es un buen momento para hacer balance sobre cualquier cosa. Se trata de hacer tiempo. Percibo una recuperación indiscutible en mis reservas de energía. Espero, no obstante, a que los indicios sean más rotundos. De poder celebrar un tercer coito a no poder celebrarlo estimo que me va parte de la vigencia de mi virilidad y no quiero estropear la jornada. Dejo transcurrir un ratito más. Intuyo con plena transparencia que para este tercer orgasmo voy a verme obligado a echar mano del recurso de la cópula transferida. Quizá la más halagadora sea Mélida... Ah, cuán amorosamente recorro punto por punto, latido a latido, mis días con ella en Santander. Aquella primera entrada en el amor, volcados el uno para el otro, glorificando alma y carne, límite y eternidad, en aquella primera siesta inolvidable en mi habitación del Hotel Bahía... Sí, tengo, necesito galvanizar mis recursos con Mélida, tal vez la criatura que más me haya hecho sentir los bordes de mi propia eternidad, en su razón de amor, en su inacabable reclamo a ser amada, en mi

continuo y gozoso verterme, vaciado, desleído, fluyente en el amor a ella. Tengo, necesito echar mano de tí, alejada mía, arrebatada a mí para el declinar de mis días. Sí, siempre ha sido su recuerdo un torbellino flamígero, de resurrección triunfante del amor abisal, supremo, último, absoluto. Pensar en ella... No debo..., no, no puedo... Pensar en ella es girar eternamente alrededor de un eje de abismo, de espantosa muerte... Bruscamente sacudo la cabeza a un lado para que no me aplane el caudal violentísimo de recuerdos que me trae el nombre, el volumen pensado de Mélida.....

Pero se está haciendo tarde y hay que liquidar la velada. Y liquidarla bien. Mi pensamiento hacia Mélida me ha ereccionado. Me palpo el tronco entero del pene y advierto sus venas hinchadas, apercibidas de la descarga que se avecina. Mai, a mi izquierda siempre, ha quedado anidada con la cabeza encima de mi hombro. Su pelo, su mejilla, su frente rozan discretamente la mejilla mía, algún rodal de mi barba que empieza a aflorar.....

–Par la poitrine... Par derriere..., – la digo.

Entiende. Voy a clavársela desde detrás. Voy a ensayarlo al menos. Creo que no he sacado todo el partido a sus tetas. Mai se vuelve un poco soñolienta, un poco sorprendida, pero siempre complaciente. Estoy tentado de decir que el coito desde detrás es más atractivo para el hombre. Cuando el ardor de los primeros encuentros se ha aplacado, un ensayo por detrás tiene un especial encanto. Mai se ha tumbado ya boca abajo. Con envidiable paciencia tanteo su vulva chorreante, expuesta. Hago seguir a mi miembro, como antes, la dirección que mi dedo corazón está haciendo expedita, y de pronto me encuentro dentro,

completamente dentro. Procuro combinar toda clase de motivos. Descanso mi boca, a veces la cabeza entera sobre la nuca de Mai. Levantando su pelo, dejo un campo propicio al beso y al hozar... Estoy dentro, perfectamente dentro. Hurgo con todas mis fuerzas, aprieto en unos momentos iniciales de tanteo. Pero con cuidado. El arco pubiano, a la menor contracción o retroceso, lo expulsa. Mai se apercibe y colabora magníficamente, empujando inteligentemente hacia atrás y hacia arriba. Tal vez lo más delicioso de esta postura sea el juego de pies, abriendo y cerrando con ellos las piernas de Mai, cosa que me proporciona una soltura y una fijación alternativa del pene. Además, el contacto de mi tripa con el envés, con la espalda de Mai, me supone una buena sensación....

Me vienen de súbito sombras de entristecimiento, de temor de que ni aun con esta exótica modalidad pueda llevar a feliz término mi propósito. Las sensaciones han perdido parte de su filo original y requieren de una motivación más enardeciente y socavadora para que recorran el camino que de ellas se espera. Es inevitable.... Tengo que transferir el coito a Mérida. La recreo. Ni una palabra se me ha borrado de todas las que me dijo, ni el gesto en que las ajustó... Me centro en ella, clavo mi bandera en el recinto de su realidad..., vertiéndomela, chorreándomela... Santander otra vez, aquella tarde en el Hotel Bahía. Sigo, debo avanzar más. Mai no me es suficiente. Esto es una piratería, es una trampa sucia, pero no hay más remedio... Sigo, vuelvo y revuelvo, recogiendo toda la materia pensante sobre Mérida, acrecentada, recrecida, enriquecida, multiplicada... y multiplicándome.....Mai..... Mai..... Cuando Mérida comenzó a besarme, a sorberme amorosamente el glande y

yo me desleía en un vértigo de inenarrable delirio.... Mai...., Mai.... ¿lo sientes? Toma, cachonda, puta, traga... ¿No es esto lo que querías...? Pues ya lo tienes.... La picha mía te servirá de referencia cuando se trate de haberte echado tres polvos en poco más de dos horas.... Trae, dame esas tetas, que te las voy a hacer hablar.... Me aferro a las tetas de Mai por debajo, y la aplasto materialmente, surcándola con todos los dedos... Toma, cachonda, que te estás tragando una polla como... Mélida comenzó a desnudarse en el Motel Aeropuerto. Su sostén con etiqueta de Francia acompaña a su combinación con un doblez de encaje en el borde. Amor mío, amor mío..., has estado temblando antes de subir conmigo a la habitación, porque además llegarías irremisiblemente tarde al colegio de tus monjitas. Pero has venido conmigo y me has esperado en el coche mientras yo parlamentaba con los imbéciles de la recepción. Y al cerrar la puerta del cuarto has zozobrado dulcísicamente por no decidirte a reconocer que sabías a lo que venías. Y tú me has visto vibrar de expectación y pasmo cuando has comenzado a despojarte de tu ropa. Primero, tus botas altas de cremallera. Luego, al sacarte el jersey por la cabeza se dejaron ver a través del sostén los botones despiertos de los pezones... No tuve que ayudarte. Mi alma gemía y se azoraba de gozo, de purísimo amor. Y retrasé el tomar parte en tu ocupación de desnudarte. Te fuiste al cuarto de baño y me apuñalaste de impaciencia... Pero saliste en sostén y bragas para que yo diera remate. Recuerdo que te desabroché el sostén de doble grapa y me apresuré a amasarte tiernísimamente los pechos, de arriba a abajo, zarandeándote los botones, ahora ya encrespados y radiantes. Luego te senté en el

borde de la cama y te coloqué el tronco del falo en la boca, con mis ojos cerrados, a punto de desvanecerme de jubilosa locura, de irremediable perdición venturosa, de ancha, inconmensurable dicha... Mientras tú succionabas, dócil, buscando con tus labios lo más sensible de mi bálano, y relamiendo con infinita ternura mi frenillo, yo te tenía la cabeza en mis manos ya, hundiéndote los dedos en tu pelo, repasando tu nuca... Oh, mi razón de seguir siendo... No podía más, lo supiste, no podía más... Te levanté en vilo y te acosté en la cama, mientras que turbada, confusamente te deslicé las bragas hasta sacártelas por los pies... Mai, Mai... so zorra, niña, cachonda...amor mío, Mélida, amor mío... Mai, Mai... attendre.....

Me advino a embates suaves la pleamar del éxtasis, en tanto que sentía un claro dolor en los huevos y un típico recalentamiento en la uretra. Seguí aprisionándola las tetas, clavándola los dedos en las tetas, acompañándome de estertores... uno... dos... tres... cuatro... cinco... seis... hasta quedarme inmóvil. Me estoy así descansando un minuto. Mai no se queja. Es una gran chica. Hago un esfuerzo y me incorporo. Bajo de la cama y doy a la luz. Lo primero que veo es la cara de Mai que hace guiños y que me sonrío. Se pone a hacerme visajes, en broma. Ella también da un salto y se viste. En un instante vuelve a ser la graciosa chavala de hace un par de horas y media en la puerta del Hotel Ambassador. Yo voy un momento al cuartucho a mojarme las manos y a lavarme un poco los genitales. Regreso, y ya Mai está sentada, como si tal cosa, mascando una nueva pastilla de chicle y con un cigarrillo

encendido. Me visto y me doy cuatro meneos al pelo con el peine. Ya estoy otra vez presentable. Miro a mi alrededor, y la verdad es que no sé qué pensar. La cama, las dos sillas y la esterilla vieja me van a parecer inexistentes dentro de un rato. Les dedico mi última mirada de comprensión. Meto mano al bolsillo y pregunto a Mai:

–Que-est-ce que tu veux avoir pour un petit cadeau?
Combien?

Nada, me dice que nada. Eso es, me dice que no la tengo que dar nada. Y lo que añade no lo recuerdo, creo que no lo llegué a entender. Al parecer se ha venido conmigo por puro capricho. He oído que estas cosas ocurren, pero desde aquí y desde ahora confieso que a mí todavía no me había ocurrido nunca con ninguna mercenaria. No es cuestión de insistir. Apago la luz y echamos a andar por el pasillo. Los zapatos de Mai taconeán y me ponen nervioso. Un resplandor como de neblina y opaco nos llega desde el ámbito que envuelve a Bucarest. Salimos a la calle. Son las tres menos cuarto. No se ven taxis y decidimos andar en dirección al Ambassador. Mai se desviará por una plazuela a unos quinientos metros antes del hotel. De cualquier forma no hay cuidado porque cuando ella se desvíe ya habremos enfilado la arteria principal. Hace fresco y vamos deprisa. La calle está desierta excepto por algún bulto que otro que camina por allá, o por allá, en dirección contraria a la nuestra, a paso ligero. Algunos coches, pocos, se cruzan también. Pero nada más. No se ve hasta ahora un solo taxi. Yo casi lo prefiero. La pequeña caminata me está vigorizando así, me está haciendo discurrir saludablemente la sangre. Lo que no sé es cómo Mai con minifalda y con una somera rebeca de verano no

se muere de frío...

De pronto... Mai se coge de mi brazo y me dice... !Policía, policía...! Me cago en la hostia...! Segundo susto de la noche... Y es verdad. Un coche que venía enfrente de nosotros, por distinta mano, ha girado en *u* y se ha parado junto al bordillo a nuestra altura... Vamos a ver qué cojones quieren estos tíos. Son dos, vestidos de uniforme. La dicen algo a Mai y ésta saca de su bolsillo un carnet, doblado como un trapo. Creo que es lo único que lleva. Los policías hablan entre ellos. Miran a Mai, colgada de mi brazo; y un poco a regañadientes la devuelven el carnet. Ahora me hablan a mí. Me piden la documentación, y tengo que maldecir mi torpeza de no haber cogido nada... Resulta que me lo he dejado todo en el hotel... todo menos un plano de Bucarest que me han dado en la agencia turística de la estación esa misma tarde. Pongo mi más solvente gesto para decirles que lo siento mucho, que no llevo nada encima, que me lo he dejado en el hotel; que soy turista español... y que me alojo en el Ambassador... Y aunque les cabrea un poco encontrarse a las tres de la madrugada con un indocumentado, que además se ha ido de folleteo, presiento (y acierto) que la cosa no pasa de ahí. Se consultan no sé qué y dando un portazo se largan. Vuelven a dar otro viraje en *u* y desaparecen a espaldas nuestras. Respiro más tranquilo. Desde luego que ha sido una mala leche el que no llevara documentación encima. Empero, queda patente que el trato al turista reviste cierta recomendación de inmunidad.

Hace fresco. Al paso que llevamos, ya estamos en la plazuela desde la que Mai tuerce para su casa o donde fuera. La

beso en las dos mejillas y me despido de ella. Tal vez nos veamos de nuevo... aventuro a decir...! Au revoir...! Me quedo quieto viéndola alejarse, hasta que el ruido de sus tacones se me hace imperceptible. La jornada ha terminado. Me pongo en marcha, rápido, y tardo muy pocos minutos más en llegar al hotel. Subo las escaleras, abro la puerta y cierro por dentro, dejando la llave puesta también por dentro. Monti ronca endiabladamente. Por fortuna el baño está anejo a la habitación donde yo he puesto mi cama. Cierro la puerta que comunica con Monti y abro el grifo del baño. El agua caliente me tonifica. Un buen lavado y enjuague de boca completan la sesión de higiene. Mis genitales, bien. Mi rostro, algo cansado. Tapono lo mejor que puedo las rendijas de luz de la ventana y me acuesto.

25 de septiembre

Pese al taponamiento que he hecho de todas las aberturas de la ventana, a las 9:00 am., estoy despierto. También hay ruido. De los tres enemigos mortales de mi sueño... ruido, luz y calor, los dos primeros se han tipificado bastante bien en Bucarest. No obstante, y con un optimismo digno de mejor causa, yo siempre agoto mi reserva de súplicas al parlamentar en la recepción de cualquier hotel en lo tocante a que me concedan la habitación que menos ruido tenga. El problema de la luz, después de combatir contra él durante tantos años y en tantos países, ha llegado a ser un enemigo al que me he acostumbrado a querer. La gente de ciertos lugares, sobre todo los del Norte de Europa, parece que duermen en

mitad de la calle. Esa impresión dan los ligerísimos visillos o, todo lo más, cortinas someras que se corren cuando uno se acuesta. Y ya está. A las pocas horas, la claridad incipiente del día horada la delgada película que en mi caso separa la vigilia del sueño. Nada he echado tanto de menos como una casa antigua española, de paredes gordas, techos altos y ventanas o balcones con maderas interiores para quedarse uno a oscuras cuando le dé la gana. Ese es el tipo de nevera natural que no necesita de carísimas sofisticaciones para luchar contra el calor en verano. Porque no hay que olvidar que lo caro y difícil es producir frío en verano. El calor en invierno cuesta diez veces menos que el frío en verano. Mi lucha contra la luz de las habitaciones en países extranjeros viene de antiguo. Desde 1953, fecha de mi primer viaje, a Inglaterra, no he dejado de pugnar contra la falta de intimidad y reclusión de las habitaciones por la noche. Las modalidades son francamente variadas. En los sitios donde he anclado establemente, como en East Lansing (Michigan), o en Kingston (Ontario) la cosa no pasó de pedir a mi casera o al servicio del hotel, respectivamente, que me instalaran una doble cortina, de grosor especial, para poderme quedar a oscuras cuando lo precisara. En los lugares donde me he encontrado estable, pero no en calidad de huésped de hotel sino de casa particular, como en Alemania mientras mis cursos del Goethe Institut, el asunto se llevaba más o menos a feliz término por medio de persuasivas parlamentaciones con la vieja de turno. Y en los hoteles de paso de tantos otros parajes me he tenido yo solo que cavilar la manipulación pertinente para tapar el hueco de la ventana. A veces he encontrado una entusiasta colaboración por parte del servicio del

hotel, como en Reykjavik, donde una moza a quien cayó muy bien mi idea de procurarme oscuridad por todos los medios, se encaramó por la ventana y me ayudó afanosamente a colocar dos mantas. Claro que las reacciones han sido para todos los gustos, las más de incomprensión y de extrañeza. Pero en todas he salido triunfante y recrecido por mi lucha contra el elemento antinatural para el temperamento mío. Y estas formas de lucha han tenido pocas variaciones: colchas dobladas, mantas, mi abrigo o mi gabardina colgándolos aprisionados entre la pared y el bastidor de las cortinas de la ventana; o sujetándolos con alfileres o con nudos. Imagino la cara que habrán puesto las camareras al ver un tinglado así por la mañana. Pero debo repetir que he quedado satisfecho siempre que he aportado mis recursos contra el obstáculo inclemente.

Con la habitación de Bucarest no fui tan afortunado porque no me encontraba con ganas posibles de potenciar todas mis habilidades a las altas horas de la madrugada en que llegué al hotel. Pude, eso sí, tapar los boquetes más escandalosos con la colcha de la cama. Con todo, el ruido y la luz me despertaron a las 9:00 am. Me tenté la verga con cierta prevención: estaba mansurrón, morcillón. Un equilibrio funcional me recorría todo el cuerpo. También mi mente descansaba. Pero el ruido que viene ya de la calle es cada vez más fuerte. Me parece que Monti está en pie. En efecto, abre la puerta y aparece con su florido pijama de Hong-Kong. Me levanto sin esperar a más y me pongo los pantalones. Le voy contando atropelladamente lo de la noche anterior, un poco en plan sádico, para enardecerle y estimularle. Trazamos el plan del día, y empezamos por repartirnos el cuarto de baño. Mientras él se

baña, yo me afeito con brocha, jabón y maquinilla. Mientras él se afeita con eléctrica y se acicala a base de perfume, yo me baño otra vez y luego me reviso cuidadosamente la boca: primero me la enjuago con perborato, y a continuación me fricciono de pasta las encías con el dedo. Tardo poco en vestirme. Son las 9:45 am. Bajamos al hall y desayunamos en el hotel, simplemente porque dejan de dar desayunos a las 10:00, y porque está incluido en el precio de la habitación.

Nuestro plan es dedicar el día a visitar Bucarest, ya que a la mañana siguiente nos largamos de nuevo a Varna. En el hotel tenemos buena información. A las 11:00 precisamente se recoge a los turistas que quieran enrolarse en el tour colectivo, en autobús, de visita a la ciudad. A mí los autobuses me suelen marear algo (a menos de coger un sitio delantero), y las masas me disgustan. Preguntamos en recepción con más interés y nos indican que hay servicios restringidos, hasta para un máximo de tres personas, de visita detallada a la ciudad. El Gobierno, es decir, la empresa nacional pone a disposición del cliente un guía especializado y un chófer. El precio por persona viene a ser dos veces y media más caro de lo que resultaría en el plan colectivo del autobús.

Tanto Monti como yo aceptamos la idea y acordamos inmediatamente esa modalidad de tour. Después de una llamada telefónica, el recepcionista nos informa que ya está todo arreglado; que esperemos un poco, y que a eso de las 11:15 vendrán por nosotros. Como nos quedan casi tres cuartos de hora, salimos a la calle a dar una vuelta, y yo, más que nada, a comprar un diccionario de rumano. A poco camino y en la misma acera damos

con una librería. Hay diccionarios, sí. Uno manejable, de español-rumano, me vale perfectamente. Y el precio de 60 pts., me parece razonable. ¿Para qué insistir? En estos países socialistas que llevo vistos el libro es un elemento de primera necesidad y está a precios asequibles, al nivel que se quiera y considerando todo lo considerable. La comida está como en España, nos vamos otra vez fijando. La noche anterior no nos convenció lógicamente la calidad de lo que tomamos como cena. Además, se trataba de un autoservicio en que, para colmo, había que comer de pie. Los platos, sin estar malos, carecían del toque ése de sabor que convierte a lo neutro en algo agradable. La mayoría de los artículos-utensilios de uso doméstico, etc., menos caros que en España. Y el aspecto de la gente, bastante normal: exactamente lo que ya se sabía de estos países aun antes de visitarlos: que no ha lugar para alardes, ni para lujos, ni para pintas raras. Los únicos hippies, si alguno se ve, son extranjeros... italianos, ingleses, alemanes. Españoles, no se ve ni uno. El tipo de coche de marcas occidentales que más abunda es el Fiat, o el Peugeot... Del bloque socialista, el Skoda checo. Y supongo que alguna marca rusa también habrá entre otros coches que se ven y cuyas características desconozco.

Es la hora convenida y nos volvemos al hotel. Merodeamos un poco por el amplio vestíbulo, sin mirar a nada y mirando a todo. De pronto, me apercibo de que en el centro de un claro, entre columnas, hay una mujer, de unos 35 años, ni guapa ni fea, más bien algo atractiva, con una gabardina apretada por la cintura. Conectamos la mirada, en ese segundo azaroso, invitante...

y sin querer me voy acercando, acercando a ella, dando inconscientemente a mi gesto un toque de curiosidad, de sonrisa, de cosa esperada....

-¿.....?

-Spanish tourists...?-, me dice en inglés.

-Yes, you are...?

-My name is Victoria and I'm your guide for the tour..

A continuación me presento. Llamo a Monti que se había quedado a la zaga, y le presento a su vez a Victoria. Los tres estamos muy complacidos por este, que se promete feliz, comienzo del programa. Victoria se me va descubriendo, segundo a segundo, como una mujer eminentemente agradable, de modales encantadores. Además de rumano, sólo habla inglés. Ya no recuerdo si es que yo hice hincapié al recepcionista del hotel en que nos proporcionara una guía cuya mejor suficiencia lingüística la tuviera en inglés.... El caso es que aquí está Victoria, y como Monti no habla más que español, soy yo el que lleva la batuta de la charla.

Victoria nos dice que están al llegar el coche y el chófer. Entretanto charlamos de esas cosas que sirven para tantear la disposición de las personas. Nos dice que ella es empleada del Gobierno para estos menesteres. También desempeña otras funciones como traductora, y creo que como tutora enseñando inglés. Cuando algún turista "especial" como nosotros cae en banasta la suelen avisar a ella. Ahora tengo ocasión de fijarme bien en sus facciones. No son, ni mucho menos, de chavala joven, pero por otro lado se resiste a desasirse de una como persistente fragancia que parece haber enmarcado sus mejores tiempos. Viste

con una modesta y sensata contención: zapatos con medio tacón; medias y gabardina algo usada ya. Se peina de modo standard: un tipo de melenita corta, algo crespa aquí y allá, de longitud discreta. En resumen, una mujer cuyo atractivo tenía necesariamente que proceder de resortes no radicados precisa ni exclusivamente en su físico.

Pero he aquí que Victoria hace un gesto en dirección a la puerta. Acaba de entrar el chófer. Confieso que es un muchacho circunspecto, bien parecido e impecablemente enfundado en un uniforme de color azul marino. Nos saluda con una cortés inclinación, y salimos. El coche en cuestión que los servicios turísticos "especiales" del Gobierno nos ha reservado es un brillante Mercedes 200-D, negro, y yo diría que casi a estrenar. Nos sentamos el chófer y yo delante, debido a que yo me suelo marear fácilmente. Le digo a Victoria que lo que más nos interesa es recorrer la ciudad desde el coche. Son casi las 12:00 del mediodía. Estos tours vienen a durar normalmente unas cuatro horas, con flexibilidad para contar o no el tiempo que uno dedique a comer. Según voy empezando a comprobar, esta excursión por la ciudad tiene todos los indicios de ser interesante, porque la armonía no puede ser mayor. Le vuelvo a recalcar a Victoria que lo que nos interesa (por lo menos a mí, y no es cuestión de discutir el asunto con Monti, porque para eso me ha dado de antemano por su parte plenos poderes de decisión), que lo que nos interesa, digo, es recorrer la mayor cantidad de calles y de sitios sin bajarnos del coche; y que sólo en casos imprescindibles nos apeariamos. En realidad, este estilo de excursión se acerca a mi noción de ideal más

que cualquier otra. Por un lado estoy harto de eso que la gente llama cultura sin saber qué puede ser; y más que nada cuando, sea cual fuere su noción de cultura, la confunden con la visita inaguantable a museos, iglesias y lugares nefastamente llamados de arte. No, no suelo tolerar nada de eso... Me carga, me abruma, me pone de malísimo humor. Acaso sea porque el criterio va inexorablemente evolucionando hacia una búsqueda ansiosa de esencialidades que mejor se conjuguen con la porción de dramática y misteriosa eternidad que a cada cual le toque redimir, redimirse. Tal vez porque ese tipo de excursiones son las tan prodigadas a los chavales, en dosis masivas, y termina uno por hartarse de artífices de cuadros, paredes, y toda esa sarta de historias...

Las razones, sin duda, pueden ser variadas, pero son invariablemente eficaces. Lo único que yo rescataría como de fervoroso interés en estas visitas tanto en España como en el extranjero, serían las bibliotecas. He ahí un apartado con el que yo suelo vibrar. Es desde luego muy distinto mirar un museo de cachivaches a mirar una colección de libros. Ni siquiera me pongo a intentar una explicación que no convencería a muchos; pero quede mi aserto al menos como confesión de principios. Recuerdo, entre otros casos menos acuciantes, la ilusión que me produjo en el año 1959 visitar algunas bibliotecas inglesas; y más tarde, durante mi viaje a Finlandia en la Navidad de aquel mismo año, el material inglés de la biblioteca de la Universidad de Helsinki, con referencia a mi Tesis doctoral. Y lo mismo en El Escorial, la primera y única vez que lo he visto, donde pasé por alto todas las monsergas históricas y me marché a la Biblioteca donde la sola contemplación

de tanto volumen me emocionaba con algo así como un síntoma de humana solidaridad, al engolfarme subrepticamente en las vidas de aquellos esforzados varones que, con la pluma y el corazón henchido de coraje, habían hecho más patria que de otras maneras más fanfárricamente reconocidas... Y en Portugal, en la biblioteca del marqués de...de.. (no estoy seguro del nombre) en Cascaes; y en la de la Universidad de Coimbra tuve ocasión de ver una notabilísima colección de libros portugueses y no portugueses... Y aquel depósito gigantesco del amigo librero de Derby, en Inglaterra... Y los miles y miles de volúmenes de las bibliotecas de las Universidades norteamericanas, libres al acceso de cualquier estudioso...

Pero museos, no... Catedrales por dentro, no... Por lo menos, no ir a buscarlas. En segundo lugar, hace ya bastantes años que vengo percibiendo como de único interés para mi talante el visitar las ciudades desde la calle, andando o en coche; pero en cualquier caso deteniéndome las menos veces si hago la visita en coche. El pulso de una ciudad se capta mirando a la gente, mirando a las cosas, y sobre todo fijándose uno en los precios de todo. Definitivamente ahí cifro yo la medición de los grados de objetividad que puede ofrecer una ciudad, un país, para que nos formemos honradamente opinión sobre ellos. Lo demás son músicas celestiales... Andar, andar por las calles mirándolo todo, mirando todos y cada uno de los artículos que exponen los escaparates, y las tiendas, y los puestos; y los precios de cada cosa. Nuestra sociedad es predominantemente económica. Por lo menos, uno de los principales mojones donde se apoya nuestra repulsa o

nuestra aceptación de un estilo de convivencia son los precios que rigen para el desenvolvimiento normal de las transacciones de cada día... Y en otro lugar, las putas. Por el trato que reciba uno de las hetairas y demás denominaciones del escalafón del mercenarismo, se puede sacar una buena idea de cómo marchan las cosas. Respecto a esto último yo había tenido la noche anterior mi iniciación, y no había más que hablar. Ahora me faltaba el otro tipo de pulso: rodar, rodar por las calles y ver cosas hasta saturarme de evidencia...

Esto, en síntesis iba yo ávidamente explicando a Victoria, la cual parecía estar muy de acuerdo conmigo. Monti, a su vez, decía lo que le iba pareciendo, y que yo puntualmente traducía a Victoria. Floro, el chófer, iba recibiendo de Victoria todas esas instrucciones que yo había ya sugerido. Perdóneseme si no me comporto al uso de lo que pudiéramos llamar un cronista standard, en el sentido de haber anotado el nombre de los edificios públicos que vimos y que Victoria nos parafraseaba puntual y competentemente. Lo que sí advertí en todo momento es que Bucarest es una ciudad hermosa, muy bien armonizada por sus edificios y por sus espacios verdes. Yo compararía su estilo, tal vez, con cualquier ciudad francesa equiparable en tamaño. Equilibrio ecológico entre anchas avenidas, proporcionadas alturas de las casas y densidad de tráfico. Es una ciudad muy agradable, podríamos decir. Repito que cualquier folleto-guía de kiosko le puede ilustrar al lector curioso sobre datos, cifras y nombres. Lo que dudo que haga el mejor libro de información turística es ofrecer una impresión viva y honrada de lo que uno ha sentido y visto.

Porque hay realidades que se sienten y se intentan transmitir así. Y hay realidades expresadas en conceptos de cantidad y de calidad que le dejan al lector ayuno de información...

Con Bucarest eso iba yo experimentando. Cuanto menor era mi interés por, digamos, ni siquiera aprender el nombre de tal o cual lugar, mayor era mi sensación de aquiescencia hacia ese lugar. Así recorrimos calles y calles. Es una aventura preciosa. Floro, con tacto exquisito, sólo se comunicaba con Victoria para recibir de ella las instrucciones imprescindibles: sobre dónde ir o sobre dónde no ir, como dije. Y yo estaba encantado. Dobla por allí, tira por allá, enfila por allí, mira hacia allá... Sólo hicimos dos paradas antes de comer, porque a eso de las 2:00 pm., planteamos el asunto de la comida. Con natural discreción Victoria nos dijo que ellos hacían cualquier cosa mientras nosotros comíamos. Enseguida colegimos que lo preceptivo oficialmente en casos así es que los clientes coman, y los funcionarios estatales como ellos hagan lo que quieran...

Se lo consulté a Monti, y sin cambiar más que unas pocas palabras sobre el tema concertamos invitarles a comer a los dos. Tanto Victoria como Floro parecieron vivamente halagados, y me quedé con las ganas de saber si en ocasiones parecidas la cosa se había planteado de igual manera. En todo caso, era evidente que la doctrina "oficial" parecía indicar la no interferencia entre clientes-turistas y personal a su servicio; pero que la flexibilidad de las circunstancias se aplicaba también cuando el temperamento de los protagonistas lo requería. Así que sólo era cuestión de elegir un sitio bueno para comer. Ni que decir tiene que tanto Monti como yo

estábamos en disposición de gastarnos *lo que fuera*, así textualmente. Por ello, insistimos a Victoria para que eligieran ella y Floro un sitio *bueno*, todo lo bueno que pudiera ser en Bucarest...

Después de alguna deliberación con Floro parecen decidirse definitivamente por cierto restaurante. Bien. Vamos a ese restaurante. Se trata de un local especializado en carnes, con aspecto de casa de campo, y bastante bonito. Entramos y nos sentamos en un compartimiento para cuatro. Elegimos cuidadosamente, y nada más dejar hecho el pedido, y pretextando irme a lavar las manos, me levanto y me voy derecho a los servicios porque me han entrado unas ganas de defecar imparables. Resulta que he tomado el día anterior un par de pastillitas contra el estreñimiento de las que me dio mi buen amigo el Dr. Zieske, de Passau, y el primer trallazo de efecto lo acabo de sentir. Los servicios no reúnen las condiciones que uno encontraría en casa. Recojo varios trozos de papel-toalla y los mojo. También mojo trozos más pequeños de papel higiénico, hasta formar un montoncito. Me quito completamente los pantalones y protagonizo y asisto a una de las más impresionantes deposiciones de mi vida. Pasados los iniciales tapones de excremento duro, se me disparan de los intestinos chorros y chorros de heces perfectamente líquidas. Se trata de la acumulación de estos días pasados, que ahora el laxante ha triturado. Tengo la impresión de ponerme enrojecido. Sin embargo, es uno de los más significados placeres. Apuro todas mis ganas, descargo todo lo que me es dable descargar. Uuuuuffffhh...., qué tranquilidad...! No me recreo demasiado porque me están esperando. Uso convenientemente el papel-toalla

húmedo, a falta de bidé, y me dejo el orificio del ano como una rosa de limpio. Un buen lavado de manos y un enderezamiento de la raya del pelo termina la operación.

Vuelvo a la mesa y todavía no han traído las cosas, así que seguimos hablando. Desde luego que el clima cordial se ha caldeado. La llegada del camarero y el despliegue por la mesa de las viandas y de la bebida refuerza con creces este supuesto de cordialidad. Victoria se quita la gabardina que hasta ese momento ha llevado siempre puesta. Sus formas de mujer parecen erguirse ahora con un toque de alegría. Quiere hasta resplandecer. Y lo más hermoso que se la ocurre decir es que ya tenía mucha hambre. Son las 3:00 pm. Las manos de Victoria son delicadas, pero se nota en ellas la marca que deja un trabajo que puede consistir en cualquier cosa menos deshojar pétalos de flor. Los senos, aunque discretamente moldeados, parecen haber sufrido el necesario doblegamiento que concurre en toda vicisitud. Ya he dicho que no es hermosa. Pero tiene encanto, y creo que atesora cierto potencial de intimidad virgen....

Victoria está sentada a mi derecha. Con la realidad del vino y de los platos la conversación se expedita y se hace más confidencial. A las preguntas de tipo general que hemos venido haciendo a Victoria suceden otras de tipo más candente. Un dejo de cortejante cortesía se hace por parte mía inevitable.. Victoria me va abriendo su corazón. Por lo pronto le digo a Monti que lo que hablamos no merece ser traducido. Así que me encuentro con Victoria en un perfecto mano a mano. Monti y Floro, sentados enfrente de nosotros como dos angelitos están ocupados con la

comida y no les invitamos a que metan baza. Victoria me cuenta que está divorciada y que tiene una hija de trece años. Por la mente mía restalla un relámpago de desazón y de amargo desasosiego. Mi interés por Victoria se bifurca, pega un quiebro y apunta hacia su hija. Tal vez con trece años haya experimentado ya el primer menstruación núbil, y en ese caso..., y en ese caso... Oh, sí ¿por qué no...? podría tolerar una desfloración en regla. El vino impulsa a mi pensamiento a prever azarosísimas realidades. La madre y la hija. Las deseo igualmente a las dos. Por decir algo en el terreno de las improbabilidades gratuitas, le digo a Victoria que se venga a España una temporada y que se traiga a su hija. Victoria poco podría cambiar en cuestión de un año, pero su hija... su hija bien podría recorrer en ese tiempo el camino que lleva de la presunta nubilidad recién estrenada a una superior solvencia de tipo fisiológico y humano. Nínfula en sazón... Se lo propongo en serio. No hay truco en ello...

La charla que Victoria y yo venimos manteniendo un poco privadamente se hace insostenible. Hemos terminado con los platos 'fuertes' y ahora queda el postre. Una nueva llamada al camarero, y nueva deliberación. Yo pido fruta. Los demás, no sé. Son las 3:45 pm. Nos traen la cuenta, y con toda naturalidad nos pareció un poco cara para la calidad. La comida es una de esas tantas que, celebradas en un día cualquiera y sin motivo especial, hubiera cumplido. Ahora bien, tratándose de algo esmerado como lo que nosotros habíamos previsto, la cosa dejó que desear. Nuestra responsabilidad, la de Monti y la mía, quiero decir, ha quedado a salvo, puesto que insistimos en que se nos llevara a un buen sitio

donde se pudiera comer lo mejor. Bien. La cosa ya no tiene arreglo. Tanto Victoria como Floro nos dan las gracias más efusivas por nuestra invitación y comprendemos que lo dicen de veras, y que nuestro trato ha sido el de dos quiijotes generosos.

Tenemos todavía una hora y cuarto de tiempo, hasta las cinco de la tarde, término previsto para nuestra excursión. Ahora, con más calma y más en el espíritu de lo que a nosotros nos gusta, Victoria le instruye a Floro sobre los dos o tres sitios a donde ir para rematar el programa. Le cuento a Monti sintéticamente lo que Victoria y yo hemos estado hablando durante la comida, para que tenga una idea y no me haga perder el tiempo en traducírselo de nuevo en caso de que ella y yo insistamos sobre los temas. Y la verdad es que insistimos. Mi participación ahora hacia Victoria es personal, acuciante. Volvemos a hablar del asunto de que ella y su hija vengán a España de vacaciones. Me dice que salir del país es algo difícil; que no es verdad que no se pueda, pero que se obliga prácticamente el regreso de los que han salido, tomando ciertas medidas sobre los bienes que se hayan dejado. Dicho de otro modo; el que quiera marcharse con la idea de no regresar, puede hacerlo cuando quiera..., pero para no regresar. Y ya se sabe que el Gobierno en tal caso pasa a disponer libremente de las pertenencias del ausente. El punto clave parece estar en la incapacidad de sacar nada de valor del país.

Este tema se fue centrando cada vez más hasta venir a parar en la discusión que tanto a Monti como a mí nos parecía esencial para comprender muchas cosas: el asunto del cambio de divisa en el mercado negro. En este punto entendí que Victoria

usaba de toda su discreción, pero en esencia nos vino a decir lo que en buena lógica nosotros ya habíamos conjeturado. En estos países socialistas el dinero nacional no tiene valor... fuera del país, valga la redundancia. Por mi parte ya lo había experimentado al pasar de Hungría a Yugoslavia, donde los yugoslavos se permitieron mirarme con aire de jactancioso cachondeo, como diciendo.... "Pero hombre, ¿dónde crees que puedes ir con esa porquería de dinero húngaro?" En aquella ocasión todo el dinero húngaro que llevaba encima lo transformé, a la mitad de su valor, en unos pocos litros de gas-oil yugoslavo, allí en la mismísima frontera...

Por lo tanto, estábamos avisados. Ni los mismos países socialistas parecen aceptar entre ellos sus respectivas monedas. Al mismo tiempo, y ya en vena de confesiones, nos decía Victoria que de los 20 millones aproximados de rumanos del país sólo dos millones pertenecen al partido comunista. Es decir, que esos dos millones son los que podrían considerarse privilegiados. Según mi flema, empezaba yo a entender lo que siempre había entendido: que en todas partes hay gente que manda, y gente que manda menos, se llame el régimen comunista, socialista o como se quiera. Y Rumanía caía dentro de esa inexorable ley de obvia humanidad. Ante estas premisas nos era fácil comprender que, ostentando un alto puesto dentro del escalafón gubernativo no es difícil conseguir dinero. Pero, ¿qué hacer con ese dinero? En Rumanía vale para bastante poco. Las cosas algo fuera de lo corriente hay que comprarlas en tiendas especiales y pagarlas en dinero extranjero-divisa. Por otra parte, es lógico suponer que si un tipo, quien fuere,

dentro del país desplegara signos externos que correspondieran a la posesión de una gran fortuna en dinero rumano, despertaría sospechas y sin duda que sería "tratado" convenientemente. Así que, dadas las premisas de una elite rectora; de un dinero nacional que, fuera del país, no vale para nada, y aun dentro del país a veces tampoco para ciertas cosas; de una cierta facilidad para proveerse de él a las clases dirigentes; y de una improbabilidad de que les resulte oportuno esgrimirlo en su territorio nacional..., llegamos naturalmente a la conclusión de que les interesa soltarlo aunque fuere a la mitad de su valor oficial (y no digamos en la URSS, donde el valor del dólar en el mercado negro es tres veces mayor que su paridad asignada oficialmente), con el fin de proporcionarse divisa extranjera fuerte: dólares, marcos alemanes, francos suizos, etc. Las redes de intermediarios deben trabajar para organizaciones amplias que, a su vez, lógicamente están controladas por gente del Gobierno con contactos fuera del territorio nacional. Que el producto en divisas, resultado de la venta de dinero rumano, sale de Rumanía, es indudable. ¿Cómo...? Ya no estoy tan seguro de puntualizarlo, pero eso ya sería un aspecto de pura consecuencia de toda la entramada anterior. Esta regla parece común a todos los países del bloque socialista...

Victoria nos cuenta que por el trabajo que está realizando con nosotros vendrá a cobrar unos \$ 5.00. No está mal. Según mis cálculos aproximados Victoria gana unas 15.000 pts., al mes. Y no olvidemos que casi todos los servicios públicos: enseñanza, medicina, etc. son absolutamente gratis. Y lo que se consume en las viviendas (agua, gas, luz, teléfono) también es barato. Es caro

intentar comer bien; o vestir con ropa de importación; o tener coche. Son baratos los libros, el teatro, etc.

Se va acercando la hora de acabar la excursión. Floro tiene la responsabilidad de regresarnos al hotel, y hacia allí se encamina. Victoria nos pide a Monti y a mí que la acompañemos a una tienda de artículos importados, porque quiere comprarse unas medias. Llegamos al hotel. Floro se despide de nosotros y le vemos partir con su coche Mercedes negro. Un gran muchacho. Victoria y nosotros dos vamos a pie a la tienda. Victoria piensa que yendo nosotros estará más segura de poder justificar los dólares con los que va comprar, y que en realidad obtuvo re-comprándose los a algún intermediario. La tienda es una especie de boutique abarrotada de mujeres. Tengo la seguridad de que el eterno femenino se nutre de supuestos parecidos a los de cualquier parte. Victoria nos enseña orgullosa que su gabardina y sus zapatos fueron una adquisición importada de Italia, y no sé qué historia sobre su sweater. Y yo me preguntaba... ¿tan malo es lo de Rumania como para resignarse a pasar por este trajín de agenciarse moneda extranjera, sólo con el fin de comprar un pingo de importación? Aquí, como en todo el mundo, la moda hace tontos de la gente normal. Bueno, el caso es que Victoria se compró sus dos pares de medias con el billete de cinco dólares U.S.A. que llevaba arrugado y apretujado en la mano.

Son las 5:00 pm. Monti se despide de Victoria porque está algo cansado y se va a tumbar la siesta. Victoria tiene una media hora más de tiempo y la propongo dar una vuelta por las calles del centro, cosa que acepta encantada. Solos ya, se cuelga de

mi brazo. ¿Sentía yo amor por esta mujer, o era la típica curiosidad compasiva y malsana que yo generosa e impertinente esgrimía desde mi atalaya de occidental superior y pudiente...? Pensé en invitarla a venirse a acostar conmigo. Pero la cosa no era tan viable, primero porque de verdad ella no tenía tiempo. Tampoco me la podía llevar al hotel, porque estaba Monti; ni tampoco a su casa... porque debía estar ya su hija! Y sobre todo porque algo imperceptible desde la región de las esferas parecía no querer prestar su definitivo apoyo para que Victoria y yo nos *encontrásemos* con plenitud. Hubiera sido temerario forzar el ritmo de las cosas, y opté por contentarme con una media hora más de charla cordial, rebosante de atisbos sentimentales, de complicidades íntimas. Cogidos del brazo recorrimos parte del magnífico boulevard Magheru Balcescu donde se hallaba el Ambassador, y hablamos de esas tristes y típicas cosas que nacen ya muertas de los labios: de algún encuentro futuro; de su visita a España... Bah! Incurables secuelas de un temperamento romántico; letra muerta, papel mojado... La única realidad es que Victoria estaba allí y que dentro de pocos minutos desaparecería, probablemente para siempre. Esa era la única realidad desde la que habría que partir para cualquier postura ulterior. Caminamos, y cada presión más pronunciada, más comunicativa de nuestros brazos me ponía más cerca de la muerte... Llegó el momento de la despedida final. En rápida síntesis le hablé de la hermosura y de la proporcionada armonía de habernos conocido. Hicimos intercambio de direcciones, con esa promesa abierta, válida, arrojada al futuro eterno, de volver a vernos, de escribirnos, de... Nos besamos con

apasionada tristeza. Adiós...

Regreso al hotel apresuradamente, como procurando poner la mayor cantidad de tierra posible entre mí y el punto donde he dicho adiós a Victoria. Subo a pie las escaleras. Monti está tumbado pero no duerme. Le digo que estoy reventado y que me pienso echar una siesta hasta las 9:00 pm., y que luego, si le parece bien, podemos bajar a cenar y a echar un vistazo. Vale. Me meto en la cama. Pero no duermo, no puedo dormir. Al día siguiente tenemos que regresar a Varna y de nuevo se me convoca el enjambre de previsiones respecto de lo que nos queda de nuestra estancia en Bulgaria. ¿Qué será de Elvira? ¿Y de Monse?

Hay un momento crítico en todos los viajes en que la voluntad, después de alcanzar su más alto pináculo, inicia, doblándose, la caída de la liquidación. Ese punto lo he sentido siempre como indicativo automático del momento de partir. Puede surgir a las pocas horas, o a los muchos días. Pero su señal es inequívoca, decisiva. Lo ví en todo su estremecedor dramatismo en Reykjavik cuando de regreso de mi heroico viaje de Norte a Sur, hendiendo en dos la isla, saltando ríos y bordeando glaciares, me encontré con el desolado y hermosísimo mensaje de María, mi amada mística durante siete años. En un raptó de agonía y gemebundo delirio escribí dos de los poemas más irremediabilmente verdaderos de mi existencia. Luego recuerdo que salí del hotel, beodo de pesar, de dicha, henchido de eternidad, erguido ante ese especialísimo toque de dolor que el destino, para divinizarme, me dedicaba entonces. Y me fui a las oficinas de las líneas aéreas nacionales, pidiendo que me sacaran de allí cuanto

antes, como fuera. Recuerdo que en aquel momento estaban todos los pasajes vendidos para los vuelos a Londres del día siguiente, y que yo, desesperado, ofrecía en un delirio de inconsecuente y pueril frustración... el doble, el triple del precio del billete. Y todo porque mi momento había llegado con deslumbrante claridad, con irrevocable evidencia.

O en Estocolmo, después de mi subida con Berita hasta el cabo Norte. Advino el instante crítico como un rayo que cae y termina con todo, ante la estupefacción de Berita y de su familia que habían previsto mi reposada estancia con ellos durante algunos días. Es, cómo decirlo..., un henchimiento del ser que no permite incorporar ni una porciúncula más de espíritu al volumen de vida de que se disponga en ese momento dado...

Y lo mismo en Finlandia, donde después de mi reencuentro con Tuula se vio mi corazón desbordado por una avalancha de abatimiento y soledad, y tuve que despegar hacia Suecia y Noruega para enjugar el déficit de plenitud y armonía que se me negaba. Momentos únicos, irrestañables en su peregrina violencia, en su dramática explosión...

Y también en Niamey, en el centro de Africa, después de haberme atravesado el desierto del Sahara por la ruta 'Tanezrouft', o de la sed y del terror, y encontrar que la línea ascendente del logro y de la peripecia perdía su perfil de ambiciosa parábola e iniciaba el doblez del vencimiento y de la rutina....

O en Italia, con Cristina, donde después de nuestro intenso recorrido por Hungría, Yugoslavia y Grecia, el viaje agotó sus recursos vivenciales. Conduje con coraje desde Lecce hasta

Antibes, ya en la Riviera francesa, y allí me despedí de Cristina con un casto y fraternal beso en la mejilla. Ella tomaba el tren para Clermont-Ferrand, y yo devoraba la *ese* de la dicha Riviera hasta llegar a Le Perthus, destrozado pero libre... Y lo mismo, lo mismo, siempre lo mismo en otras ocasiones: en América, en mitad del Pacífico... aun en la misma España... Siempre adviene ese definitivo momento de la partida.

Bucarest no era excepción. Aquí, la verdad es que no se había dado un caso de extrema intensidad, cuya crisis impulsara a la partida. Sin embargo, lo importante estaba hecho. El encuentro humano se había celebrado con intensa propiedad. Habían transcurrido 24 horas y Bucarest había quedado incorporado a mi acopio de vivencias... Eso y muchas más cosas estuvieron entreteniéndome mi vigilia, mientras por todos los medios intentaba relajar mis músculos, mi carne, ya que el constituyente de mi cerebro seguía trajinando como un incansable mecanismo paridor de ideas, de enteléquico flujo, de energía a borbotones.

La claridad fue haciéndose cada vez más débil desde la calle, señal inequívoca de lo avanzado de la hora. Eran las 8:15 pm. El ruido se filtraba como una ininterrumpida monserga. Hasta mí llegaban los motores de los coches. La penumbra de mi cuarto me traía otro tipo de penumbra evocadora. A veces se flota con mínima gravitación sobre las realidades cognoscibles. El techo alto me servía de tope. Los límites de los muebles se me iban desintegrando a la vista. Me levanté de golpe y miré si estaba Monti. No estaba. Habíamos quedado, si no, en el hall a eso de las nueve. Abrí el grifo del baño, y mientras se llenaba de agua caliente procedí con

minuciosidad a enjuagarme la boca, primero con perborato, luego a friccionarme las encías con pasta dentífrica, frotándome con el dedo. Estuve cerca de diez minutos en el baño de agua caliente. Me inspeccioné los genitales y encontré todo normal, perfectamente recuperado. A mis casi 36 años mi forma física seguía siendo envidiable, con la leve e inevitable tendencia a la obesidad, sobre todo después de pasar dilatadas temporadas de sedentarismo. El bajo vientre va acumulando los residuos de grasa y se va descolgando, hacia abajo. Sólo una disciplina severísima y un régimen de gimnasia abdominal puede detener, difícilmente mejorar, el proceso imparable. Mis piernas están bien proporcionadas. Mi tórax, también. Mi tiempo normal de recuperación entre cópula y cópula es de 25 minutos entre primera y segunda, y de una hora entre segunda y tercera; y a partir de ahí todo depende del grado de perceptibilidad afectiva que pueda desarrollarse entre mi compañera y yo....

Recuerdo una tarde de invierno, hace ya algunos años, en Kingston (Ontario, Canada). Estaba yo en mi despacho de la Universidad y recibo la inesperada y gratísima llamada de Davie desde una cabina de la calle Princess. Venía de Toronto sólo para estar conmigo. Y estuvimos. En tres horas de siesta se sostuvieron cuatro gloriosas batallas, a muerte, y de todas salí triunfante (Yo no podía amarte, Davie, porque entre tú y yo se erguía una nómina inacabable de incompatibilidades sociales y ecológicas. Pero amé tu puntualidad afectiva, tus fervorosas entregas, la plenitud rotunda de tu cuerpo y la docilidad de tus raptos cuando alcanzabas conmigo el término del recorrido). Aquella tarde con Davie

quedará en los archivadores de mi memoria por lo perfecto de su distribución, por el magnífico equilibrio de fuerza viril y de flujo cordial que se complementaron hacia el logro real de mis cuatro orgasmos cumplidos....

Pero eran ya cerca de las nueve. Me vestí con celeridad: camisa limpia, calzoncillos limpios, etc., y me bajé. Allí estaba Monti ojeando unos panfletos publicitarios, hundido en un somier. Como siempre, impecablemente vestido y perfumado. Le participé mis planes y le parecieron bien. Primero, cenaríamos algo, y después procuraríamos como despedida encontrar un par de chavalas allí a la puerta del hotel y hacernos una última sesión...

Nos fuimos a cenar, esta vez al comedor del hotel. Como la comida con Victoria y Floro había sido copiosa, yo liquidé pronto con una ensalada, un tipo de pescado que no sé cómo se llamaba, y un postre de golosina, amén de un vaso grande de leche. Acabada la cena me volví a enjuagar la boca y me decidí a superar la segunda y última noche en Bucarest dignamente. Salimos a la calle. Luego echamos un vistazo a la cafetería. Mai no estaba, de ninguna manera, y, como la noche anterior, grupitos de chavalas entraban y salían, bullían, desaparecían, volvían, etc....

Pero Monti se me empezó a aburrir. Sus 64 años le impedían dedicar mucho tiempo a esta ocupación del ojeo de la hembra. En realidad, en ese aspecto quizá yo fuera más radical que él. Lo que ocurría es que esos ratos del Hotel Ambassador tenían para mí otros valores y otros alicientes exóticos que suplían la aridez y la irrelevancia, desde mi personal talante, de la ocupación del ojeo. Lo que en España hubiera sido improcedente, aquí no lo

era. El mismo pulso del aire, cargado de potencial novedad, justificaba mi aceptación del cariz de las cosas. Procuraba hacer encajar todo lo que Victoria nos había contado, con lo que yo directamente pudiera descubrir. Y sobre todo, pensaba en ella. Su rastro humano, de animal herido, con enormes reservas de cariño para quien esgrimiera hacia ella la caricia, por una parte; y el inapreciable tesoro de información semiconfidencial que nos había facilitado, por otra, se superponían y alimentaban una buena y fecunda porción de mi pensamiento. Y por eso, yo estaba entretenido, a mi aire, vagando en cuerpo y espíritu por aquel trozo de acera, a la puerta del Hotel Ambassador de Bucarest.

Son ya las 11:00 pm. Monti dice que se sube, definitivamente. Se ha traído lectura de España y se va a poner a leer. Quedamos como siempre: en que dejará la puerta abierta, etc., etc. Me quedo solo y, debo confersarlo, más expedito. Con Monti la caza no es fácil. Sobran las razones. Ahora me vuelvo a mover con más desembarazo. Mi plan es bien simple y ya lo tengo hilvanado: encontrar a dos chavalas que se quieran subir a follar con nosotros dos a nuestro cuarto. Ese sería mi mejor regalo a mi patriarcal amigo. Con tal idea en la cabeza, la maniobra está clara. No hago intento de abordar a ninguna de las que salen o entran hasta no tener cierta intuitiva seguridad. Ya he visto a dos, muy jovencitas, que han dado varias pasadas hacia adentro y hacia fuera de la cafetería. Desde luego, son dos típicas putitas jóvenes. Me decido por abordarlas en cuanto las vea salir otra vez. Espero unos minutos, con la tranquilidad de quien ha optado por algo irrevocablemente. Ahora salen. Pero viene una tercera con ellas.

Me acerco. Lo de siempre: mi mejor gesto de inspiración de confianza, un gracioso balbuceo tímido... de no saber por qué lengua arrancarme, y un entrar en materia rápidamente. Sin duda, son putitas. Con la proverbial lucidez femenina la tercera chica, que además está algo peor, capta que la cosa va con las otras, y después de unas palabras de entendimiento con ellas, echa a correr por la calle....

Me quedo con las dos. Hablan un poquito de francés. Las digo que tengo un amigo y que los dos nos hospedamos en el Ambassador; que si están dispuestas a subir a nuestra habitación a tomar una copa y a acostarnos un rato, sin prisa. (Debo señalar aquí que el muy coqueto de Monti había comprado esa misma tarde una botella de crema de licor de algo, desde luego dulce, pero de sabor rico). Las digo cómo me llamo y ellas también me recitan su nombre: Rea y Lula. Son jovencitas pero muy profesionales. Lo primero que menciona Lula es la cuestión dinero. Las aseguro que no hay problema. Las dos son bastante monillas, sobre todo Rea, aunque están ligeramente flacas... Como suele ocurrir en casos así, inicio con una de ellas (aquí, Rea) una tenue corriente de entendimiento, porque la percibo como más cariñosa. Quedamos de acuerdo en el precio: unas 1.000 pts., para cada una. Las recalco que no nos gustan las prisas, y que es casi seguro que tanto Monti como yo queramos celebrar una vez con cada una. Al menos, eso entiendo yo como preceptivo....

La velada había avanzado mucho. Eran las 11:15 pm., y ni las chavalas ni yo estábamos en disposición de perder tiempo: ellas, por hacer su trabajito y cumplir; y nosotros, porque había que

descansar para estar frescos al día siguiente, y no era cuestión de andarse con excesivos melindres ahora. Así que, en un expresivo gesto de acuerdo final las echo los brazos por los hombros y pasamos al hall del hotel. Empezamos a subir las escaleras hacia el descansillo de los ascensores, y oigo hablar a alguien, así como desde detrás del mostrador de recepción. Por una automática sospecha, presiento que se trata de nosotros. En efecto, es el recepcionista que, con gesto prudente, eso sí, y hasta zalamero, me quiere hacer entender que.... bueno,... que le explique a dónde voy con esa compañía... Sin dejar de llevar por el hombro a mis chicas, bajo hasta recepción y le digo al tío que mis amigas y yo vamos a tomar una copa en nuestro cuarto. Al mismo tiempo las chavalas han sacado ya sus tarjetas de identidad, a instancias del tipo. Este mira los documentos, sonrío moviendo de arriba a abajo la cabeza, se los devuelve y se me queda mirando a mí. El brevísimo diálogo que siguió, en francés, entre nosotros me puso de manifiesto la chalanería tan a la española que también se puede encontrar uno en Rumania. Por supuesto, el sujeto sabe que me las llevo a acostar, y deja lo demás a mi discreción: le suelto el equivalente a unos quince duros en un billete rumano y el tío asiente a las chicas, y con ello me autoriza a subir. Me volvió a parecer claro que aquí se ha pasado la consigna de molestar al turista lo menos posible. Y en realidad, el recepcionista más que ponerme pegas a mí se las ponía a las chavalas, con la idéntica coacción hacia mí para que le soltara la propina. La anécdota me dio que pensar respecto a que muchos de estos rumanos, por debajo de su apariencia de súbditos con el cerebro lavado por las monsergas socialistas, camuflan una

verdadera personalidad de pícaros y gitanos. No en balde hablan una lengua pariente, aunque lejana, de la nuestra, y si toda lengua conlleva una cierta filosofía, la filosofía de los rumanos está cerca de la nuestra, pese a las irreconciliables y aparentes diferencias oficiales de régimen de vida....

Eso me dio tiempo, entonces, a pensar mientras subía el ascensor. Los pasos de nosotros tres tabletearon sobre la madera del pasillo y lo hicieron crujir. Estoy anticipándome glotonamente la sorpresa-regalo que le voy a hacer a Monti. Llegamos a la puerta de la habitación. El pecho se me encabrita mientras golpeo con los nudillos. No espero a oír nada. Abro, pasamos, cierro por dentro y me quedo en medio de las dos niñas y en frente de Monti que está en la cama, leyendo, dentro de su coquetísimo pijama azul, el segundo de los que se ha traído...

–Macho, prepárate a actuar. Mira lo que te traigo.

Le digo los nombres de las chavalas y le presento a ellas. El rostro de Monti se encandila. Le babea la boca de candorosa lubricidad. Claro que sólo un amigo de mis quilates le hace eso. Todavía no ha dicho ni pío. Soy yo el que le explica todo: que me quedaré primero con Rea, con la que me parece a mí más cariñosa; o sea, con la que intercambié en la calle aquellos atisbos de correspondencia.. Y que luego nos las permutamos. De acuerdo...

Le dejo a Monti, y yo me paso a mi cuarto con mi chica. Me doy cuenta de que no estoy tan en forma como la noche anterior. Además, el factor afectivo que ha brotado entre Rea y yo, lo he canalizado en la dirección de la lástima, y eso es un cualificado hándicap para el enardecimiento viril. Rea se está

desnudando, y yo la contemplo. Mientras se abre la cremallera de la falda yo la esparzo el pelo. Lo tiene bonito, pero lo lleva algo absurdamente peinado. Se lo abro, se lo alboroto. A ella no le importa... Tiene pechos menudos... Va a desabrocharse el sujetador pero se lo impido. La cojo las dos manos y se las llevo dulce pero imperiosamente a mis genitales. Parece muy complacida por el efecto que ha sido capaz de provocarme. Me he quitado en un momento la camisa y los zapatos. Le indico a Rea que me desnude ella de lo que me falta. Empieza a tantear mi correa con tacto trémulo. Por fin la desengancha y la suelta. Luego, la cremallera de la bragueta y los botones de la cintura. Cuando la abre y se me cae el pantalón hasta las corvas me acaricia el miembro por encima del calzoncillo, me tantea los testículos y recuesta su cabeza sobre mi bajo vientre... Así, de pie, la repaso los pechos con indescriptible suavidad, deteniéndome en los pezones y recorriendo varias veces un mismo redondel con mis dedos alrededor de los botones, ahora ya despertados, erguidos. Así, como jugando, la acaricio saltarinamente con la yema de mis dedos las vértebras, a manera de tibios montículos de hueso, casi ayunos de carne, bajando golosamente la mano hasta donde se inicia el canalillo...

Rea advierte el buen humor de mis maniobras, y de vez en cuando levanta la mirada esgrimiendo un conato de guiño, de bienintencionada complicidad... Pero ya está bien de preámbulos. Me deslizo los calzoncillos de golpe y se me queda expuesto ahora ya enteramente, rabiosamente erecto, un estupendo fallo. Rea se mete en la cama y hace un movimiento de pez al quitarse las bragas. No espero más. Me zambullo yo también en la cama y

sujetándome con los brazos y los pies, como superpuesto encima de ella pero sin rozarla, la golpeo los muslos y la pelambreira del Monte de Venus con el pene a medio descapular. La pongo frenética a la criatura. Tengo la ventaja de que puedo resistir porque estoy bien servido de la noche anterior. Y me aprovecho de mi ventaja, pero sin abusar....

De la habitación contigua oigo voces como de protesta. Debe de ser la chavala de Monti, Lula, que desde el primer momento no ha mostrado la misma disponibilidad y simpatía que Rea. Pero yo me aplico a lo mío. Hago como que se la voy a clavar, deteniéndome y apretándosela entre los muslos y a la misma entrada de los labios de la vulva... Y la hurgo, insistente, hasta hacerla abrir las piernas y ponerse en trance de quedarse con ella entrada. Pero resisto, rozándola los pezones con las yemas de los dedos gordos, mientras que a duras penas me sostengo con los codos y las manos en la cama. Rea empieza a disgustarse. No puede continuar este juego. Me estoy aprovechando de la labor que me facilitó Mai la noche anterior. Voy a contentar a Rea. Me quedo un instante quieto, suspendido como de lado sobre mi brazo izquierdo y mis dos piernas, mientras exploro con pulso decidido la vulva. Está chorreando, suavísima. Hago penetrar mi dedo corazón hasta adentro, casi a tope, al tiempo que acaricio los bordes del coño con mi anular y mi índice. Rea se estremece y susurra algo, haciendo un movimiento de impaciencia. No espero más. Dirijo la verga por debajo de mi dedo y se la cuelo, apretando sin contemplaciones. Rea se retuerce de gusto. Me clava las uñas en las nalgas y se pone a hacer movimientos muy sabidos, muy

profesionales. De cuando en cuando la apretujo con mis piernas hasta sentir la verga bien trabada, hundiéndola más hasta hacerme daño. Quiero correrme así, sin moverme mucho, pero requiero otro fenomenal esfuerzo de concentración, y desde luego, dedicar el coito a alguien que colme mi afán de sexo, de estética lubricidad. Rea no me lo puede dar, creo. Me da pena. Me da rabia que, de primeras, sea incapaz yo de dedicarle una cópula a una muchacha, sea cual sea mi circunstancia....

Pero Rea, como si hubiera intuido mi intención de oficiar con ella y transvasar mi actuación a otra, redobla las mañas y las sutilezas de su feminidad. Pasa sus piernas encima de las mías y me las atenaza, mientras se levanta encrespada, alzándose con furia para gozarse con una penetración y con un contacto totales de mi falo. Busca ahora ella el beso con avidez de entrega, con obstinada urgencia. El efecto se hace sentir. Me doy cuenta de que tengo una mujer allí; y una mujer que quiere ser la beneficiaria del orgasmo mío. Empiezo a sentirla más y más. Ahora es ella la que me sigue besando, la que recorre a veces rápida, a veces lánguidamente mi espalda, cosquilleándome la columna vertebral, y siempre empinándose hacia arriba, buscando el mayor efecto del frote de mi glándula con su pared vaginal... A fondo, a fondo... Me la estoy follando a fondo. Estoy dentro, no puedo estar más. Y Rea lo siente y la satisface. Ahora parece que se ríe... No, no debo... no tengo necesidad ya de dedicar sino a Rea mi orgasmo que comienza a discurrir, a propagarse, a hacerse sentido... Llega..., la muerdo..., qué puta eres... pero cómo me gustas, qué bien estamos follando, sí, sí..., qué puta que eres... Llega, llega... más dentro, siéntemela,

trágatela toda, más.... dentro, ... dentro..., dennnn... Ya..., no espera... Sí, sí, ya, ya,... ya.... ya. Sale mi leche, suave, en varios golpes, mientras la lleno la boca de baba y la hago daño, a sabiendas, porque sé que a Rea le gusta, sí, le gusta mucho... Escurro la leche aún más... Se ha terminado. Me tumbo al lado de ella.

Al momento vuelvo a oír voces, como de conversación entrecortada, en la habitación contigua. Salto de la cama y me pongo a escuchar por la hendidura de la puerta. No se oye nada. Llevamos media hora justa desde que las chavalas entraron. Vuelvo a mi cama y le hago entender a Rea que me gustaría cambiar, como había sido mi plan en un principio, y que debía ir a ver lo que ocurría en la otra habitación... Pero Rea se entristece, casi se indigna de pena. Se abraza a mí, maternal y pueril al mismo tiempo, posesiva, y me hace ver por todos los medios que no me debo ir. Es una demostración tan inesperada como espectacular. Físicamente cubriéndome ahora con su cuerpecillo, me gimotea y suplica que me quede con ella, que le gusto mucho y que tenemos que hacerlo de nuevo...

–Attendre, attendre... ¿où vas tu? Tu me plais beaucoup. Il faut fair l'amour encore....

¡Vaya, esto es gracioso! En el curso de nuestro primer encuentro he llegado a sentir por Rea la cantidad suficiente de interés como para dedicarle a ella y sólo a ella un orgasmo que pensaba dedicar a otra. Y por si fuera poco, Rea había terminado por encontrar en mí un macho capaz de inspirarla protección y cariño... y no me dejaba marchar...

– Il-y-a beaucoup de temps–, me decía una y otra vez...

Así que me tumbé a su lado y opté por esperar. De antemano sabía que un segundo coito sería muy difícil, enormemente difícil. Y ése es un tipo de realidad que se siente con agigantadora evidencia, con claridad dolorosa... Me quedé tumbado, como digo, inmóvil, al lado de Rea, con mi mano izquierda encima de su tripa, percibiendo el hoyito de su ombligo. Mientras tanto, me puse a pensar en mis cosas. De todas formas tengo la impresión de que Rea se está haciendo ilusiones de celebrar conmigo todavía de manera más completa que esta primera vez. Ha visto mi capacidad de ternura o de... compasión, o de simple complacencia, y lo quiere explotar. Por el contrario, a mí me ocurre que todo lo que canalizo por el lado sentimental lo pierdo por el erótico. Ponerse sentimental con tales mercenarias puede arrojar un doble resultado: que el pastiche de pseudo-afectividad acalore más la lujuria y espolee las ganas de fornicar; o que se apaguen esas mismas ganas por la interferencia de complejos mentales que no pueden ser atendidos ni mentalizados en la proporción adecuada. Cuando uno se pone a follar, hay que follar, sin memeces. Y cuando el momento exige ringorrangos y ternezas..., hay que ceñirse a ellos. Lo cual, tan fácil de formular, es heroicamente difícil de llevar a la práctica.

Rea era una curiosa mezcla de niña y cortesana. Más bien delgadilla, en su gesto se advertía sin embargo una determinación de principios, una reserva de claridad mental que la impulsaba a la consecución de lo que, según ella, cuadrara en el momento. Y por eso me retenía. Quería follarme ella a mí. Quería

que esta segunda vez fuera yo el follado. Y yo no podía, sencillamente. Las cosas habían mostrado su perfil en un inequívoco sentido. Yo no podía: lo intuía, lo presentía... lo veía... Y sin embargo, me quedé allí, deseando con toda mi alma que mis recursos genéticos y mentales me permitieran desplegar un esfuerzo para regalárselo a Rea, a ella sola; para que Rea me follara ella a mí, pues tal era la pretensión que parecía haberme comunicado en sus expresiones de disgusto y vehemencia cuando pensaba que yo estaba dispuesto a irme con su amiga... Y comencé a sufrir porque en casos tales el fracaso hunde más, desmoraliza más que ningún otro intento de proeza. Y Rea esperaba de mí lo más difícil: mi dedicación a ella en un coito en el que se pudiera cobrar personalmente por las veces que la tocara servir de simple productora de sensaciones... Quiero ganar tiempo. Me relajo a tope, esforzándome hasta casi sentir físicamente el desplome del abandono, la provocación de la total ingravidez. En la habitación contigua no se oye ahora nada. Voy a potenciar al máximo la colaboración entre lo biológico puro y lo puramente pensante. Lo que en el primer polvo he logrado evitar, aquí me es imprescindible. Tendré que echar mano de algo muy rabiosamente añorado en su bondad real, para transplantarlo y traerlo aquí junto a Rea, para que esa galvanización de mi deseo y de mi imperio sexual impulse el motor de mis testículos...

Vuelvo a la carga, enloquecido, anhelante. Dos son, dos son y han sido siempre, pienso acorralado y furioso, las únicas mujeres a quienes debo con propiedad referirme como amantes,

como varonas rotundas que me han complementado y que me han hecho buscar a zarpazos, gemebundamente, mi mejor yo. Sólo dos. Sólo dos las mujeres, entre una miríada de mercenarias, o de excrecencias enfermizas de mi romántica patología. Sólo dos las que me han tomado y a quienes he tomado plenamente. Y esto sucede en la vida de un hombre cuando la rueda de su fortuna se ha medio desgastado de girar estúpidamente, sin dirección, sin conciencia... Mélica y Amalia se han despegado de todas las demás porque han añorado mis versos en igual medida que mis estertores de muerte y de resurrección cuando, penetrado en ellas, ungido de ellas, las he dedicado el caudal certísimo de mi semen. Han añorado mis poemas y la flagrante realidad de mi sexo... Y en ellas se ha operado definitivamente la unimismación de lo uno con lo otro.. Con ellas, las palabras labio, verso, pene, amor... han quedado impregnadas en un absoluto y último sentido armonioso, sin bordes, sin límites, donde sólo una única realidad de un solo signo reinaba y enaltecía su esencia. Cuando el pacto resulta así, conforme a las cotas ideales, los accidentes, las anécdotas pierden sus particularidades y se transmutan en substancia pura... Del frondoso rosario lírico que mi existencia se ha encargado de desgranar..., sólo dos, sólo dos..., dos tan sólo, tan únicamente, con propiedad, con ejemplar fidelidad..., sólo dos mujeres pueden considerarse representativas, encontradas, perennes... Mélica y Amalia, las dos alejadas, diluidas, idas con el tráfago del destino... Eso, ah, sí, nunca creí que tuviera que hablar de eso... Eso es la otra historia que algún día contaré, me contaré yo a mí mismo en un libro inacabado, ilegible, sólo inteligible para mí, para mi flujo,

para mi vehemente pasión de absoluto, de ansias de eternidad. Lo demás ha sido morbosidad cancerosa, enfermedad sin corresponder, patológica manía. Unos sufren la acción de los virus. Otros sufrimos la acción menos homologable de esos brutales caprichos de las fuerzas desconocidas que nos impulsan bárbaramente a machacar el filo de nuestras energías en empresas erradas que no reportan soluciones, ni brillo, ni piedad, ni nada de nada a la única interrogante del mundo... Pero con Mélida y con Amalia el alma mía se sumió en una corriente de unicidad a la que reconocí como redentora y como enaltecedora. Y mi alma lo sabe, lo conoce, verificándose ella a sí misma ante el encuentro, en el ahondamiento de su más cabal identidad. Con Mélida y con Amalia mi alma elevó las cimas de su consciencia; mi alma descubrió alborozada nuevas y más ulteriores cotas de perpetuidad. Y ellas son, son, lo son..., son realmente, inevitablemente mis dos pozos de recreación, inagotables vetas de donde extraer materia incólume, flujo dichoso y resucitante, vida en jubiloso borbotón....

Rea está aquí a mi lado y comienza a insinuarme un indicio de apremio, ella, desde su ya bien granada aunque temprana putería. Me empieza a acariciar el capullo, manipulándome con bien calculada ternura la piel que lo recubre, accionándolo hacia arriba y hacia abajo. No la hago caso. No pienso en ella. Estoy ya ausente, definitivamente lejos de allí. Estoy nada menos que en Montreal donde conocí a Amalia. Y ahora la estoy gozando en El Pular, durante una excursión de tres días que hizo a España. Sí, la veo en todas partes ahora. Quiero centrar mi pensamiento, elegir un pasaje decisivo... En Kingston, cuando me acosté con ella por

primera vez, en mi hotel... No, aquella otra vez mejor... Su sostén colgaba de la barra Sujeta-cortinas de la ducha... No, mejor, mejor...

Rea se contorsiona de gusto. Ha conseguido ponérmela tiesa, con moderación. Me indica que me vaya ladeando, y así lo hago. Está muy activa. Tras unos intentos de lograr una manejabilidad de mi miembro, desiste y me insta a que me quede tumbado boca arriba, como estaba, porque... se me está poniendo ella encima. Me imaginé que ella quería ser parte más activa ahora. Ella me quiere follar. Se lo ha propuesto. (No, Manuel, no..., me decía Amalia aquella noche, la primera de conocernos, cuando me quedé en la casa de la señora lituana donde ella se hospedaba. Su enardeciente aspecto de criatura de cama, apasionada hasta lo salvaje... No, no aquí no..., me decía cuando, insomne, la esperé en la puerta de mi dormitorio, cuando ella pasaba hacia el baño. No..., aquí no... Y no fue, no. No pudo ser allí. Pero fue en Kingston... Oh, su carne de café, su resplandeciente morenía, su pulpa abrasante, sus tiernos y crecientes pezones... Dime algo, dime cosas mientras me lo haces, háblame..., era su frase preferida. Entraba en ella y prefería morir allí, deshecho en plenitud.... Después, al cabo de dos años, de nuevo en Montreal.....)

Pero Rea ya ha conseguido metérsela y funciona, funciona ella... (Allí en Montreal, en aquel motel, donde antes de quitarla la blusa me disparé, inerte, desleído en deseo, en... Amalia... ¿te gusta que te folle, verdad?..., solía yo decirla... Ven, no..., mira, chúpamela ahora... Y aquella criatura, aquella locura, fascinación mía... se aplicaba, se aplicaba...)... Rea..., por favor..., por favor... ma petite pute...! (Más, más, Amalia... ¿te gusta que te

folle...? Dime cosas, llámame cosas, háblame, dámelo todo, ¿entiendes..., sabes... ? dámelo todo, tú, tú, todo tú... Cachonda, puta, más que puta.... ¿me quieres..., di, me quieres....? Tuyo, tuyo..., no..., tómalo, tómalo...).

La cópula llegó a su término mientras Rea soltaba unos cuantos vagidos de dolor. La había yo sujetado las piernas con las mías, y en el paroxismo de mi anhelo de correrme la había aplastado materialmente las costillas. Me quedé quieto con ella encima. Me dolían terriblemente los genitales, terriblemente. Y en el fondo no sabía ni cómo me sentía, si disgustado o satisfecho. Me parecía haber jugado con fuego, y que la actividad de la cópula transferida desgastaba mucho más, no sé, muchísimo más que centrándose en la compañera co-celebrante.....

Me quité de encima a Rea y me levanté. Creo que estaba frustrado conmigo mismo; renegado de mi suerte, de no haber tenido allí en carne y palabras de pasión recia el cuerpo pensado de Amalia, objeto ahora de esta desesperanzada dedicación. Rea está ya de pie, sonriente y cómplice. Me voy al baño rápidamente y suelto el agua de la ducha. La reacción me limpia de miasmas las ondas de mi cerebro. Me visto. Ha concluido la velada. Abro la puerta de la habitación de Monti y le veo a él en el borde de la cama, saboreando una copa de licor. Me ve y se pone a reír y a hablarme con su voz cascajosa. Lula está sentada en una silla, al otro extremo de la habitación. Tiene una copa vacía junto a ella. Cuando nos ve se levanta. Tiene prisa, la cacho puta. Cambio con Monti las palabras imprescindibles. Le digo que me dé dinero. Saco

el mío de mi bolsillo, y las pago. Le añado a Monti que me espere levantado, que las voy a acompañar y que no tardo nada....

Salimos, y en un momento estamos en la calle. Bien. Me despido de ellas con un beso a cada una. Rea me coge la cabeza al besarme y prolonga así el contacto de los labios...

–Au revoir... Bonne chance!

Regreso. Subo deprisa, abro y cierro por dentro. Monti está radiante...

–¿Cuántos?–, le digo.

–Yo, dos –, me dice.

–Bueno, pues estamos iguales. Así te vas desvirgado de Rumanía.–

Desde luego, era su última lógica oportunidad, a menos que en el viaje de tren del día siguiente se tirase al revisor. Los dos estamos cansados y satisfechos. Yo, por Monti. Le he proporcionado un coño rumano y me parece que es lo mejor que he sabido hacer por él. Comentamos unas cuantas cosas más, intrascendentes, y decidimos irnos a dormir. Hay que estar arriba a las 9:30 am. El tren sale a las 11:00....

26 de septiembre

En pie a la hora prevista. Revisamos el cuarto de arriba abajo. Reparamos por primera vez en un acerico con hilo y agujas que hay colgado en un rincón del armario. Bajamos a desayunar y a pedir unos bocadillos para el viaje. La parada en Ruse ahora es

demasiado pronto, a eso de las 13:30 pm., y no queremos comer hasta más tarde. Recogemos todo, pedimos un taxi en recepción, nos despedimos y salimos a la calle. Bucarest nos enseña una vez más su perfil discreto y al mismo tiempo lleno de verdaderos interrogantes que requerirían... una..., dos,.. tres visitas más... Pero, ¿cuándo? Y Victoria... Tal vez piensa en mí, igual que yo en ella. El taxi llega y nos subimos.

– Míralo todo bien, Monti. Quizá sea ésta la última vez que veas Bucarest.

El taxi nos lleva derechos a la estación. Aún faltaban 45 minutos para la salida del tren. Pero hicimos bien en tomarlo con tiempo pues aunque teníamos el billete sacado queríamos mandar postales, muchas postales. Y así, nos fuimos al primer tenderete que vimos, a surtirnos de material: quince, veinte, veinticinco postales... trece para Monti, y doce para mí. También los sellos. En la repisa de unos ventanales, junto a un buzón, comenzamos a escribir. Se trataba de cumplir con ciertas reglas de cortesía, por una parte; y de ejecutar la pequeña travesura de darles envidia a algunos elementos pusilánimes....

–Mira, Manolo, le voy a escribir esta postal a la zorra de....

Así llenamos en media hora de arduo trabajo las 25 postales que quedaron echadas. Bueno. Al tren. También íbamos solos en el compartimiento. La novedad del viaje de ida se había trocado ahora en una aceptación alegre de haber hecho lo que habíamos hecho. Mi incumbencia, al menos, había saltado otra vez a Albena, nuestra residencia en esta parte del mundo. Y más allá,

concediendo algo de libertad a la previsión, no dejaba de anticiparme el trabajo que me esperaba en España; mi ajuste con el nuevo medio, el rumbo que acaso estuviera mi vida dispuesta a tomar...

Y así nos fue rodando, rodando el tren hasta llegar a Ruse. Y aquí nos ocurrió la única anécdota graciosa y sorprendente del viaje. Entrando en la estación y habiendo el tren aminorado la marcha llega un inspector-interventor búlgaro a nuestro compartimiento y nos pide los pasaportes. El tren ya había parado. Se los damos y después de mirarlos y remirarlos con cara bonachona pero enérgica, los retiene en la mano, y.....

–Seis dólares –, nos dice como puede, dibujando en un papel el seis y la \$ de los dólares. Le miro extrañado a Monti...

–Sprechen Sie Deutsch..., English..., French...? –, pregunto al inspector....

–Nein, nein...! Six, sechs... dolars, dólares –, insiste, apuntándonos, primero a uno, luego a otro....

–La madre que le parió a este tío... Pero, ¿por qué cojones tenemos que pagar ahora seis dólares cada uno? Warum..., Why..., Pour quoi...?

–Visa, visa–, nos dice un poco impaciente, pegando con el dedo índice a los pasaportes.

–Visa? Is gut.... Visa ist gut. In Varna haben sie uns gesagt... Visa ist gut... ganz gut....

El inspector se sonríe, como desistiendo de entenderse con nosotros. Opta por hacernos comprender que le sigamos. Y le seguimos. Bajamos del tren, los tres. El inspector, delante;

nosotros, detrás de él a dos pasos. Yo, barbotando denuestos. Pero si nos han dicho que no hacía falta visado de ninguna clase....! Serán cabrones...! Llegamos a una oficina. Nuestro inspector le dice unas palabras al funcionario que había allí, quien con buenos modales y en alemán me dice que a partir de la tercera entrada en Bulgaria es cuando hay que pagar visado.... Me cago en la leche.... Resulta que es verdad, que nosotros llevamos ya dos: la primera, desde España, y la segunda desde Turquía. Así que... ésta... tres...

–Ahhhhhhhh..! –, le digo al inspector, ante la explicación del funcionario.

–Ahhhhh....! –, me hace él, remedándome cómicamente.

Total, que le soltamos \$6.00 cada uno, nos devuelve los pasaportes con el recibo del pago, y nos volvemos a subir al tren, tranquilos por lo menos de haber descubierto el quid del asunto. A eso de las 6:00 pm. Llegamos a Varna. Estamos en casa, me digo. Pero no siento lo mismo que al venir de Estambul. De Estambul vine huyendo. De Rumanía vengo por mi paso. Porque es un país curioso y con un enorme potencial afectivo y comunicativo. Sin entrar en disquisiciones eruditas, es incuestionable que un país romance, en el centro de una comunidad de variantes eslavas, germánicas, etc., tiene que vivir con una cosmovisión esencialmente crítica. Si toda lengua implica una filosofía, la lengua rumana no puede, no es posible que implique la misma filosofía que ejemplifiquen sus países vecinos. En búlgaro 'gracias' se dice *vlagodaria*, y en rumano *multumesc*, con notable diferencia. Y para empezar, el cisma entre el alfabeto latino y el cirílico causa vértigo.

Como no tenemos prisa, echamos a andar hacia la parada de autobuses para Albena. Varna se nos sigue descubriendo como una ciudad a la que se le encuentran cosas con buen gusto, con amplitud de visión. Sobre todo, su limpieza y las superficies destinadas a espacios verdes llaman la atención. La gente no tira desperdicios al suelo. Se ven muchísimas menos personas vestidas de uniforme que en España, por ejemplo. Lo que me resulta más cargante es la prodigalidad de la fotografía de Dimitrov, el más conspicuo padre de la patria búlgaro. Pasear por Varna es una delicia. Hay algo en estas ciudades de regímenes socialistas que inspira una confianza sin límites. Justo lo contrario que en las megápolis de la manera occidental, y entre todas ellas New York. Pasear por Varna, como por Belgrado, o Budapest, o Bucarest... es algo que los paladares desdichados nuestros están empezando a ser incapaces de disfrutar. Pasear por Madrid a estas alturas dice más bien poco. Pasear por New York encierra un calculado peligro.....

Llegamos a la parada. Faltan diez minutos que gastamos Monti y yo en especular sobre cantidad de cosas. Pero tan corto como, sin embargo, ha sido el desmarque a Rumanía, sigo sintiendo a Albena como mi casa del momento. Es la ley inexorable que nunca ha dejado de atestiguar su vigencia conmigo. Se necesita escapar, cada vez con más frecuencia, del sitio que, no obstante, se sienta como más y más el cuartel general.... Aquí llega el autobús. Arriba..! Monti quiere ventanilla, esta vez del lado derecho, para ir mirando la costa. La avenida de entrada y salida por el Norte que tiene Varna es impresionante, por su majestuosa simplicidad: uno de los lados queda cubierto por un bonito y frondoso bosque, lleno

de bancos para sentarse. En la punta final del parque, ya dentro de la ciudad, se alza una hermosa efigie bronceada de Stalin. El otro lado de la avenida se llena de edificios tipo oficial. Hay uno gigantesco, de forma circular, dedicado a exposiciones, celebraciones, congresos, etc. Por cierto que en estos días se está celebrando un congreso mundial de arquitectura allí, y el edificio en cuestión aparece engalanado profusamente.

El autobús va dejando atrás el núcleo ciudadano, sin que en los 20 kilómetros de recorrido hasta Albena se rompa la línea de urbanizaciones y de sitios de recreo. Precisamente la parada de autobús "Panorama" que viene a estar a medio camino entre Varna y Albena, sirve de apeadero para la localidad turística Arenas Doradas. Dentro del programa restrictivo a que se nos ha sometido por los organizadores del viaje, parece como si se nos hubiera escamoteado la información sobre cualquier cosa que no fuera Albena, para poder de esta forma manejar al grupo como un perfecto montón de borregos dóciles.... Pero un pionero de nuestra excursión a quien un buen día se le ocurrió bajarse en Panorama y echar un vistazo por la zona, llevó las noticias a Albena; noticias que, por cierto, soliviantaron a una buena parte de nosotros. Y es que, según averiguaciones más concienzudas resulta que Albena venía a ser un poco de birria comparada con Arenas Doradas en cuanto a hoteles, sitios de entretenimiento, bailes, cafeterías. Albena nos la habían ponderado con los primeros folletos publicitarios con que lanzaron su propaganda los de Cerva, como lo más avanzado en materia turística de Bulgaria.....

Nosotros, víctimas de la ignorancia reinante en España

sobre materias turísticas de Bulgaria, no tuvimos empacho en dar por válida la información que nos aseguraba algo que... nosotros creíamos saber: que Bulgaria era un país socialista, pobre, hurón, dejado de la mano de Dios; y que Albena, tal y como nos la pintaban sobre el papel cuché de los folletos, era la estación de verano más maravillosa de todo el país y de todo el Mar Negro. El pionero que exploró Arenas Doradas y pegó el chivatazo a la gente del grupo, causó una revolución de mala leche y de despecho. Era indudable que la política de la organización de este viaje había consistido sistemáticamente en sustraernos a toda sugerencia o novedad que cayera fuera de sus planes de manejo y de previsión. Y resulta que estos grandísimos cabrones no nos habían ni siquiera mencionado Arenas Doradas. Cuando se corrieron las voces, fue en aumento el número de excursionistas de nuestro grupo que se largaron un rato a ver aquello. Cada uno contaba una cosa. Pero todos estaban de acuerdo en reconocer que el sitio era superior en todo a Albena. Había hasta casino, plato fuerte para los jugadores de azar.

Albena –seguimos aprendiendo– se había construido hacía unos cuantos años para descongestionar el turismo de más abajo. Albena fue concebida y realizada conforme a unos módulos arquitectónicos vanguardistas, pero adolecía de cierta ejecución chapucera en los detalles y en los remates. A veces, y de pronto, parecía como si empezara a ver desplomarse alguno de aquellos edificios al cerciorarme de la existencia de grietas culebreantes que recorrían una pared entera, en cualquier dirección. El esfuerzo, con todo, había sido admirable, al aprovechar aquella ladera para

construir los ramales de escalones-terraza que comunicaban los edificios de la playa con los de la cima. Albena (repito, que tal me pareció algunas veces) comenzaba a resquebrajarse; a hundirse en sus mal calculados cimientos de semovientes arenas....

Estas reflexiones me iba haciendo al dejar atrás Arenas Doradas. Todavía me resonaban las enfáticas aseveraciones de los que decían... "yo, de venir otra vez a Bulgaria, vendría a Arenas Doradas"..., y chorrees por el estilo... Pero estamos llegando a Albena. Me fijo en que el mar es definitivamente mansurrón aquí. Desde la terracita de mi 'bungalow' se ve el agua tranquila, rompiéndose sólo en una línea de golpes suaves de espuma al alcanzar la playa. Hemos llegado. Son las 9:00 pm. Ya está anocheciendo. Los edificios no se distinguen. Tardamos 15 minutos en llegar al hotel. No vemos a nadie conocido. Quedamos en encontrarnos en el hall otros 15 minutos más tarde. Me lavo. Vuelvo a colocar las cosas de mi equipaje en su sitio, y regreso al hall antes de tiempo porque quiero mirar, mirar sin esperanzas a la recepcionista. Ya había reparado en ella otras veces. Es en extremo atractiva. Mira de forma distante, escéptica; sonrío como si mi mundo y el de ella no pudieran llegar a comunicarse por medio de un vado de voluntad y de anhelo viril.... Sí, es enormemente sugeridora. Morena, de pelo negrísimo, faldicorta, se mueve con presteza y gracia por detrás del mostrador. Habla un poquito de francés, y es una pura delicia no entenderse con ella. Por decir algo, la pido que me deje un tablero de ajedrez y sus piezas correspondientes. Y me lo da, después de varios merodeos con las palabras.....

Me lo da, y yo me pongo delante del tablero esperando a Monti y ensayando unas movidas de rutina, de la apertura. Llega Monti y se me sienta al lado. Tenemos la pretensión de irnos a cenar cualquier cosa. Pero ocurre lo inesperado. Y es que entran en el hall del hotel un grupo de tipos y automáticamente se me acercan, como indagando acerca de mis verdaderas intenciones sobre el estar ante un tablero. Decididamente alguno de ellos quiere jugar una partida. Bien. Ya tengo encima lo que con tanto ahínco he querido evitar a toda costa durante varios años: volver a jugar al ajedrez... Ajedrez, pesadilla, desazón, desquiciamiento. La partida que perdí en Salamanca y la de Oporto echaron el cerrojo a mis actividades. Pero hasta entonces.... España, Inglaterra, U.S.A., Canada..., y semanas de insomnio... Torneo de Michigan, noveno puesto; torneo de Ypsilanti, noveno puesto; torneo de Kingston, cuarto puesto, quinto puesto... primer puesto...! Campeón del torneo anual y oficial de Kingston, Ontario, 1969. Mi nombre en la prensa, en la radio, en la televisión. Mi nombre grabado en una placa y clavado.... para siempre en el mueble-trofeo de campeones.... Y semanas de insomnio.... Peón cuatro caballo dama..., aquella hubiera sido la jugada.... El reloj, el reloj..., aún tienes tiempo, deja que se apresure tu adversario... tú aún tienes tiempo... tiempo. El reloj... dos alfiles y peón contra torre y pieza.. La pesadilla había durado demasiado. Había hecho una temerosa promesa, la de no volver a jugar más al ajedrez. Y ahora en Albena.... No, claro que no puede ser lo mismo. Aquí el ajedrez es el deporte favorito. Se dice y se ha escrito que la mitad absoluta de la población de Bulgaria sabe jugar al ajedrez.... Bobotsov, gran

maestro internacional, sí, ya recuerdo ahora nombres y datos....

–Oye, Monti, parece que uno de estos quiere echar una partida.

No me puedo negar...

El grupo se dirige a mí. Me presento. Ellos son todos soviéticos, siberianos de Novo Sibirsk, que están de vacaciones. Les digo que vamos a cenar al restaurante de al lado, y que si quieren, dentro de media hora estaré allí puntualmente. Aceptan encantados. Salimos y tomamos un plato de carne, del día. Seguimos sin ver a nadie conocido. Ha refrescado ya tanto que la terraza no funciona. La gente cena dentro. Siento punzadas de tristeza y me irrito conmigo mismo porque no puedo justificarlas. Empieza todo a oler a acabamiento, a cese.... Nos levantamos y echamos de nuevo a andar hacia el hotel. Los soviéticos se ponen de pie muy ceremoniosamente cuando me dirijo hacia la mesita donde está el tablero. Cuando me siento, se sientan. Sorteamos y me toca jugar con negras. Mi adversario debe ser, lógicamente, buen jugador. Además, lleva camarilla. Es lo típico: labor de grupo, labor de gregarismo. Pero en el ajedrez conmueve que un puñado de tíos pétreos, recios, se sumerjan en lo que sólo los iniciados conocen que es una obsesionante condenación....

Peón cuatro rey... Si pudiera repetir aquella magnífica partida contra Hill que me valió el noveno puesto en el torneo de Ypsilanti... No, no... la vez aquella de Ottawa, no. No..., no. No es posible volver a obsesionarse otra vez. Tuve que haber dado un jaque intermedio y ganar unos segundos de tiempo.

También nuevo yo peón cuatro rey. Es verdad. Mi

maestro Ganzo me lo ha dicho siempre: hay una zona crítica en la experiencia de todo ajedrecista, la de encontrar un talante sopesado para la apertura. Y yo no conseguí encontrarlo.

Caballo tres alfil rey.....

Peón cuatro dama... Entre los violentos contrajuegos y mi repugnancia a la minuciosidad de los finales, he machacado mis más prometedores atisbos de buen ajedrecista.

Caballo por peón rey. Con esta variante, en la que me embarco por pura manía automasquista, perdí el campeonato de Queen's University. Imbécil, cretino.....

Peón por peón. No hay otra variante. Ya no hay otra variante.

Alfil cuatro alfil..... De nuevo, la posición se ha vuelto azarosa, violenta, antiteórica....

A la hora y media de juego, he quedado con peón de menos, el consabido peón del contragambito que no he recuperado. Tampoco tengo esperanzas posibles de ganar. El siberiano se impacienta, dejando escapar entre dientes comentarios que sólo él y sus amigos entienden y mascullan. Una pequeña inexactitud de mi contrincante me permite consolidar mi posición, y se llega a un statu quo inamovible. Tablas....

–Monti, son tablas....

El siberiano de Novo Sibirsk y sus amigos se levantan defraudados. Durante el curso de la partida parecen haber considerado mejores líneas que no llegaron a prosperar. Lo siento. Tablas son tablas. El soviético me emplaza para mañana, para pasado mañana..., para cuanto antes.... Y por mi cerebro en carne

viva desfila la abrumadora procesión de crisis exacerbantes, de autocastigo. No más, no. No puedo más. Abandoné cuando conseguí el título de campeón de Kingston en 1969; y abandoné definitivamente en lo que respecta a torneos y a partidas homologadas, o sea, con reloj y con anotación. Y mi amigo (¿amigo?) me emplaza para mañana... Parece que nuestra partida ha sacudido el letargo de los moradores del hotel. Bien. Mañana..., mañana. Ya veremos. No le prometo nada. Nos damos la mano y desaparecen los siberianos en grupo, como habían venido. Monti, que tiene unas elementabilísimas nociones de la ciencia del ajedrez se permite....

–En aquella jugada, cuando quitaste el caballo que defendía tu alfil.....

–No me jodas, Monti.... Lo quité para dar salida a la dama. Si no, la pierdo...

Entrego el tablero en el mostrador. Durante la partida ha habido cambio de recepcionista. Mi amiga, la amiga de quien nunca sabré el nombre, se ha ido. Pero mañana la veré. Le digo a Monti que me voy a acostar. Nos vamos a nuestros bungalows. Son las 12:00 de la noche de un día largo, frondoso de sensaciones.

27 de septiembre

Me levanto con algo de frío. Es como un aviso de mal agüero; algo que confusamente me entristece y me hace pensar en las cosas que se acaban; en que hay que dar cerrojazo a lo que estamos haciendo. Miro por el ventanal y, en efecto, el color del

mar y del más lejano horizonte están plomizos. Aunque es evidente, me resisto a creer que estamos casi en octubre y que no cabe esperar otra cosa. No tengo más alternativa que sufrir ese tropel tristón de correspondencias que se agolpan en mi alma cuando miro al través de una ventana el ámbito grisáceo. Como ahora. Como siempre. En casos así hay que luchar a brazo partido contra el tedio, oponerse ferozmente al desánimo.... Con valor de suicida me meto debajo de la ducha sin siquiera esperar a que se medio temple el agua: grito, me golpeo, pienso en cualquier cosa con tal de no darle importancia a que me estoy helando de frío. Salgo del bungalow y me voy a la cafetería a desayunar. Allí tampoco hay nadie conocido. Aprovecho el rato para intentar no pensar en nada. Pero es inútil. Como en una maraña, mezclo movimientos de ajedrez con retazos de otras cosas. Efectivamente, debí avanzar el peón de caballo dama en vez de comenzar centralizando el rey, centralizando el rey, centralizando... Se me cae un chorretón de café por la barbilla abajo que me hace salir del ensimismamiento maléfico, enojado por mi falta de maña... Terminó el desayuno, y antes de ir a buscar a Monti, me paso por mi cabina a recoger un pañuelo limpio. Hay una chica distinta de las dos que he visto hasta ahora, limpiando. Voy a hacer la última prueba, pienso....

—¿Qué tal?—, la digo en búlgaro.

La mujer se queda sin contestar, de pura sorpresa. Luego se soríe, como con complicidad de saber mi secreto de diletante cargado de inquietud por las palabras. Pero yo estoy deletreando trabajosamente dos palabras del diccionario para demostrarme a mí

mismo, supongo, mi entereza de ánimo....

–Hoy... frío –, deletreo, al tiempo que le acerco a la chica el libro, señalando con mi dedo índice a las dos palabras, una en cada página. El efecto es el esperado...

–Ah, sí...!–, parece como decir, –Hoy.... frío...–, pronunciando de corrido y asintiendo a mi expresión de mirar por la ventana y acompañarme de un gesto de encogimiento, de tembladura. Está visto, en este bendito país todo el mundo sabe leer. Es algo con lo que hay que contar a la hora de pensar objetivamente en Bulgaria. Admirable pero cierto.

Ya que tengo en la mano el diccionario, me lo llevo. Doy unos golpes en la puerta de Monti. Está levantado y me abre en seguida. Salimos otra vez y me lo acompaño a que desayune mientras que yo me entretengo deletreando palabras. Son las 11:00 am. En esto, aparece Antoñita arropada en una flamante rebeca. Tiene frío y hace gestos memos, de marcado amaneramiento. Se alegra de vernos y nos llena de preguntas. La contamos, bueno... lo que podemos, para no escandalizar su doncellez pudibunda. Nos pone al tanto de lo que ha ocurrido en Albena durante los tres días de nuestra ausencia: que definitivamente el viaje de regreso ha quedado fijado para el día uno de octubre, y que dos días antes, estando nosotros en Rumania, un grupo de unos sesenta de la expedición se habían marchado, después de no saber hasta el último momento si los de Cerva tenían o no tenían avión.

Las cosas, pues, se van aclarando a trancas y barrancas y a fuerza de fuerza. Permanecemos, así, solamente unos cien del grupo original, los últimos de la expedición. Antoñita sigue

relatando cosas, atropelladamente, ante nuestra impaciencia por conocer las novedades habidas. Nos dice que a las 12:30 pm. va a encontrarse con el grupo de Ignacio y sus amigos quienes, según parece, han logrado a través de Renata y de Vilma que nuestras sugerencias y nuestras quejas hayan llegado a las autoridades de Sofía, y se rumorea que mañana mismo viene una representación de jefes de turismo a Albena a enterarse personalmente de todo el tinglado. El tema me interesa profundamente y me prometo estar en el Dorostor a las 12:30 pm., en punto. Monse y ella –nos sigue diciendo Antoñita– han estado recorriendo Arenas Doradas, metro a metro, y han quedado encantadas de lo bien organizado que está y de la indiscutible altura turística que tiene. Nos seguimos contando cosas diligentemente. Monti ha terminado el desayuno y dice que va a ver si se compra una gabardina; que hace ya frío y que aprovecha porque la que tiene en España está muy vieja.

En el hall de nuestro hotel no hay nadie ahora. Dejamos las llaves en el mostrador y nos vamos a las tiendas del centro de Albena. Monti y Antoñita entran en el supermercado de ropa y yo les prometo reunirme más tarde con ellos porque me he encaprichado de una banasta de uvas de una tienda de allí y voy a comprar un kilo para picar durante la tarde. Hay cola, para empezar, lo cual me contraría bastante. Miro y remiro con el fin de captar la mejor mecánica de la compra. Detrás del mostrador, una chica y un hombre despachan muy seriecitos y muy diligentes. Estoy por desistir de las uvas. Pero me llamo cobarde y estúpido. ¿No estoy allí para algo? Pues venga, hombre!..., a comprar uvas. Me fijo con más detalle en la gente que forman las dos colas: son

casi todo mujeres que hablan alemán y otra cosa que me parece checo. Algunas llevan ya en la mano el objeto de la adquisición. Evidentemente, hay que aguantar la cola en uno de los dos ramales, el del hombre o el de la chica; acercarse al mostrador cuando le llegue a uno el turno, presentar la cosa que se ha cogido, esperar a que se lo pesen (si ha lugar), se lo devuelvan, se lo facturen, y pagar. Noto con cierta tristeza y con sospechas de veracidad que las uvas de la banasta del escaparate están de reclamo, pero no para venta. Sobre el mostrador, a ambos lados de la caja, hay unas banastas de donde los dependientes cogen y sirven, cogen y sirven.... Me van a hundir mi capricho. Intuyo con perfecta claridad que así es el asunto. Lo que la gente lleva en la mano son artículos en los que no hay lugar para la elección: botellas, botes, etc. Las uvas, como la fruta en general, el queso y así, hay que recibirlas necesariamente desde detrás del mostrador. Con todo, me aventuro a ejecutar una maniobra que, como me temía, levanta de toda la clientela de la tienda una acusadísima expresión de pasmo. Y ello es nada menos que agarro dos hermosísimos racimos de uvas (los mejores, soberbios, de gala, inigualables) de la banasta de exposición, y sosteniéndolos gallardamente con las manos por el pedúnculo-rabito, uno con cada una, me pongo flemáticamente en la cola y me dispongo a resistir el avance hasta el mostrador.

Digo que una transgresión de la que hubiera dependido la vida o la muerte de una entera comunidad, no levantaría, no creo que pudiera levantar un pasmo y un estupor parecido al que levantó mi, supongo que luciferina, ocurrencia. Pero ya era tarde para retroceder, ya no podía retroceder. Enhiesto, distante, ajeno a aquel

fogonazo de sorpresa a cargo de la caterva de gordas matronas alemanas y checas, continué en mi puesto, sosteniendo heroicamente el mortificante asaetamiento de sonrisas y dicharacheros que se cruzaban las unas con las otras a costa mía. Tentado estuve de abandonar la prueba. Aquella pobre gente estaba recibiendo de un bárbaro español el ejemplo más corrosivo de escándalo y de desacato a las normas, que tal vez tuvieran ocasión de comprobar en el resto de sus días. Pero, ¿es posible que la simplicidad sin doblez de estos temperamentos pudieran encontrar en aquel inocentísimo rapto de espontaneidad mía un tan cualificado motivo para el sobresalto y el sofoco?

Pues, sí. Era posible, era seguro. Por fin me voy acercando al mostrador. La atención de los demás clientes se ha adensado, se ha espesado respecto a mi caso. Algunas mujeres que ya han realizado su compra hasta se esperan para ver el desenlace.... Estrella mía,.... dame fuerzas.... Allá voy.... Ya me toca. Me quedo impertérrito, serio, mordiéndome el labio inferior por dentro hasta hacerme daño, para que mi actitud no pueda hacer pensar (sería el colmo!) que estoy de cachondeo. Y ocurre lo inevitable. La moza dependiente se me encara a regañadientes, ruborizada, creo que violentándose profundamente por tener que atajar ella tan inconcebible desmán.... Se me encara, el rubor le llega hasta las orejas, es lumbre lo que le brilla en los ojillos... Se me encara.... y apunta ora a la banasta del escaparate...., ora a la de encima del mostrador, y me dice cosas, cosas en búlgaro. Estrella mía..., dame aún más fuerzas, estoy perdido, no me dejes hacer el

ridículo.... Me muerdo hasta hacerme ya realmente daño, con tal de no perder la compostura, resisto el chaparrón como puedo, pongo mi más solvente ademán de decir.... bueno..., eso, que no se pongan así; que yo no he ofendido a nadie, que yo...

En un último acto de violencia y de forcejeo consigo misma –las reglas son las reglas... la dependienta me reclama los dos racimos de uvas y los vuelve a colocar en la banasta de muestra. A punto yo de explotar en un estertor de blasfemias y de disparates veo por el rabillo del ojo que la generalidad de la clientela asiente satisfecha con la maniobra reparadora de la disciplina y de la ley... !no faltaba más! La dependienta, engallada ahora con la muda pero entusiasta aprobación que ha recibido del pueblo, se vuelve a colocar detrás del mostrador y me señala taxativamente la banasta de uvas de allí encima. La verdad es que no estaban mal. Pero el asunto había que dejarlo rematado en su debida sazón. Y, genio y figura, con gesto displicente, mohín de boca y movimiento espaciado de cabeza de un lado para otro, y vuelta, de un lado para otro..., vine a decir sin palabras algo así como: "Te metes las uvas por el coño, so hija puta", y que, oh maravilla de las maravillas del lenguaje hecho de silencios, ella debió de comprender a la perfección. Me dí la vuelta y muy digno entre los dos ramales que formaban las colas de gente y que se me quedaron mirando (así, digo yo, como teniendo la seguridad de que no volverían a ver un espécimen semejante de anticristo como yo), me salí a la calle sin uvas, pero con el pabellón muy alto.

Me voy al hall del Dorostor. Allí están ya Antoñita y Monti. Este me enseña una estupenda zamarra, con forro de piel de

cabritilla desmontable y reversible, y con bolsillos intercomunicantes, por tres mil pesetas. Me parece una buena compra y le felicito por el acierto. Tiene hasta capucha. El hombre está tan ufano y yo me alegro. Les cuento a mi vez el suceso de las uvas y se regocijan recreando mi batalla muda con la caterva de amas de casa. Es tan imperdonable la falta de flema y de imaginación de estos ciudadanos socialistas y cuadrículados...! Pero ya llega Monse, que se une al borbotón general nuestro de cosas que estamos contando. Desde el principio percibo su premura hacia mí. Es a mí hacia quien ella dirige sus palabras, ya no me cabe duda. Se trate de lo que se trate, el hielo está roto y a partir de ahora ya no es posible la neutralidad, ya no hay lugar para el desentendimiento. El aire queda abrasado levemente de intención cuando me habla, y sólo su corazón y mi conciencia parecen estar sintonizados en medio de la chusma más o menos respetable que nos circunda.....

El hall del Dorostor se adensa con gente de todos los pelajes. Definitivamente, nos hemos quedado los más fuertes, los decididos a apurar los supuestos más absolutos de aventura que nuestra sorprendente excursión a Bulgaria pueda encerrar. Se oyen cosas a cual más pintorescas. En realidad, lo que quiere la mayoría de la gente es marcharse a casa y tener tiempo para pensarlo. Llevamos 19 días de lances sorprendivos y tengo la impresión de que cada cual, con arreglo a su talante, se ha quedado bastante hartado de viaje. Y la caterva de irresponsables que siempre sirven de relleno en cualquier colectivo, contribuyen mejor que nada al encono de la situación, con sus típicas majaderías de no dar importancia a las

cosas que la tienen, y contrariarse por cosas del mejor signo.

Pero ya están aquí Ignacio y su panda. No sé explicarlo, pero la presencia de este hombre me trae satisfacción y templanza al espíritu. Es un verdadero patricio de la expresión y de los modales. Y entre tanto vulgacho de mediocridades como componemos la expedición, tener el privilegio de contactar con un hombre así resulta un verdadero regalo. Su presencia, efectivamente, ilustra. Su compostura es simplemente ejemplar. Su verbo, caluroso y preciso. Ignacio es el mejor cauterio para mi alma en estos trances de búsqueda de clarificación, de necesidad de síntesis y de toma de decisiones. Con él, los amigos de marras completan el grupo de la alianza. Se suceden entre nosotros los puntos de información. Acordamos por unanimidad reunir y acoplar los informes, pasándolos a limpio, para disponer así de un documento original con vistas al cambio de impresiones con los jefes de turismo búlgaros que deben venir mañana. La entrevista se ha fijado, en principio, para las 11:00 am., y nosotros nos prometemos concentrar a las 10:30 aquí mismo, donde casi siempre, en el hall del Dorostor. Según parece, Yuri va a servirnos de intérprete, ya que el idioma subsidiario más manejable de los tales prójimos es el francés. Así que quedamos en eso: organizar y pasar a limpio la formulación de nuestras quejas y vernos mañana por la mañana en el mismo sitio a las 10:30 am., para prestarnos a la entrevista tan deseada.

Pero las cosas siguen su curso imparable. Ya no hay lugar para la sorpresa ni para los berrinches sino sólo para conjurar de la mejor manera las perrerías que estos fulanos nos quieran

hacer. Y he aquí que nos topamos con un hombre de nuestro grupo a quien (como con tanta frecuencia nos había venido ocurriendo a partir de la segunda mitad de la vacación) habíamos conocido de pura chiripa a raíz del robo de los sellos, y de las primeras y más espectaculares irregularidades de que fuimos víctimas. Claro que es él..., hasta casi se me había olvidado!: de unos 45 años, algo de calvicie, viajando solo, creo que abogado también y alguna que otra pormenorización que ahora se me vuelve a patentizar.... Claro, hombre, que es él.... También me reconoce y empieza a hilvanar detalles. Cuando acaba por distinguirme por completo ya no tiene por qué contenerse. Me habla de aquella carta o informe que escribió en el libro de reclamaciones del Hotel Dorostor.....

–¿Se acuerda Vd?

–Claro que me acuerdo –le digo–... Como que la leí antes de mi viaje a Rumanía.....

–Bueno, pues.... ¿sabe Vd. lo que han hecho con ella....?..... Pues arrancarla por las buenas del libro de reclamaciones.... Venga, mire y se convencerá....

Desde luego que la expresión de este hombre, que siempre me había parecido muy templada y bonachona, se había encrespado con un toque de indignación. Su carta, a la que ahora se refería, claro que la recordaba. Era un informe eminentemente mesurado en el que se refería a faenas de las que todos habíamos sido víctimas y que en realidad merecían el tratamiento de un escrito condenatorio....

–Aquí, ¿ve Vd.? –me dice descompuesto.

–Me cago en sus muertos, pues es verdad. Estos tíos

cabrones son de mucho cuidado.

La cosa no tenía pérdida. Ahora, además, recordaba a la perfección hasta los más anecdóticos detalles de la carta, y más que nunca se me puso de manifiesto la mala fe de estos responsables de nuestro turismo, al desproveernos tan arbitrariamente de un derecho de exponer nuestros puntos de vista, sobre todo aprovechándonos de su invitación a nosotros, varias veces repetida, de servirnos de ése y de cualquier otro "libro de turista" para dejar plasmadas cualesquiera opiniones. Por supuesto que la culpa parecía ser nuestra al no percatarnos de que la invitación debía de tratar sólo de los comentarios encomiásticos que nos pudiera sugerir el viaje.

—Mire, mire....—

Es verdad. Faltaban limpiamente las dos hojas en que nuestro enfadado amigo había vertido sus opiniones de buena fe. Y como la cosa no admitía ya más paños calientes, en rápida decisión y sin encomendarme a nadie, opté por ejecutar la única maniobra que se me antojó tan útil como ejemplar... Cogí el libro, y ante la expresión interrogante de mi amigo y de otro corrillo de gente que se fueron concienciando del asunto en cuestión, tiré de rotulador encarnado y escribí con trazos gordos, apretando bien, en las páginas restantes en blanco y sobre todo por dentro de las pastas: A VER SI ARRANCÁIS ESTO TAMBIÉN, SO CABRONES. Mucho más tranquilo después de este desahogo, me reúno con Monti, Antoñita y Monse.

Comemos nosotros cuatro en el sitio de rigor, esta vez sin cosas dignas de reseñar. El cabeza-buque del simpático camarero nos regala sus mejores zalamerías, en el secreto ya de

algunos de nuestros gustos. Nosotros le soltamos la espléndida propina reglamentaria y en paz.

Antoñita y Monti tenían pensado ir a Varna de compras, y yo (que, ahora que recuerdo, había quedado en llevarle a Ramón algunas estampas y folletos de arte búlgaro) me decido a acompañarles. Monse se va a tomar el sol (que ha salido, dice) a la terraza voladiza de su habitación-apartamento. La decimos "hasta luego", y hacemos un poco de tiempo. En el autobús somos los primeros en subirnos y nos acomodamos hacia el final. En esto, que, y de los últimos viajeros, sube una chica, más que guapa, agradable, y más que agradable, propicia, diría yo, para hablar con ella de cualquier cosa. Recorre parte del pasillo del autobús en el mismo momento en que el chófer arranca algo bruscamente, provocando que la chica se encuentre de golpe sentada junto a mí. Con ese gesto amplio de aquiescencia y comprensión que no quiere decir nada, la dedico una sonrisa, mirándola de pasada, aunque lo bastante, para fijarme en que es más, mucho más atractiva de lo que pude percibir en un principio. Viene un poco jadeante, de las prisas. Vuelvo a dedicarla una mirada sonriente de... ilimitada comprensión, y esta vez ella la acepta, la recibe y me la devuelve doblemente enriquecida. El jersey de punto que lleva se hincha y se repliega a la altura de los senos. Sigue jadeando, algo menos ya. No hay mucho tiempo, y en una bocanada de flujo súbito, me decido..

–Ahhh..., Ahhhh..., müde–, la digo, haciéndome yo también el jadeante y poniendo una cara probablemente estúpida.

–Hummmm..ummmm–, asiente sonriéndome.

–Sprechen Sie Deutsch?–, aventuro encandilado.

–Nhhhh..., nein... uhhhh..., ein bischen...– concede, al fin, halagada. El hielo se ha roto. A Monti y a Antoñita los tengo a mi derecha charlando y sin, hasta el momento, hacerme mucho caso. El autobús sigue su marcha por la carretera de la costa. Estamos a un tercio de camino.

–¿Búlgara?–, digo, por preguntar algo.

–Sí...¿Y tú?

–Español.... Me llamo Manuel... ¿Y tú?

–Tania

El alemán de Tania es más pobre que el mío pero así, en comunicación directa, sirve, me va sirviendo para el fin elemental de las cosas preceptivas que permite la situación.

–¿Vives en Varna?

–No, sólo trabajo allí. Vivo cerca de Albena. Eres turista, ¿verdad?

–Sí, mis amigos –señalando a Monti y a Antoñita– y yo venimos... juntos, ¿sabes?, en el mismo grupo. Estamos en Albena. Muy bonito..., sehr schön...

Llegamos a Varna. A duras penas me hago entender por Tania mis deseos de volver a verla. En rápida síntesis me he ido dando maña a expresarme en las nociones básicas. Y así caminamos los cuatro juntos hasta una plaza en que Tania debe separarse. Remato como puedo mi precario intento de futuro abordaje. Me apunta su nombre en un papel y también un número de teléfono. Y me dice (así lo entendí al menos, con mil trabajos) que la puedo llamar a tal hora del día siguiente, y que me dirá si

podemos encontrarnos y en dónde. Muy bien, pues adiós. Tania se va y yo me quedo endulzándome el espíritu con el glotón futurible de intimar con una búlgara. A ver si hay suerte, me digo. En previsión, me he hecho escribir por Tania en el papel la fórmula exacta, en tres variantes nada menos, de suplicar poder hablar con alguien por teléfono. Me voy tomando mentalmente la lección de la frase y tratando por todos los medios que suene decentemente inteligible: "¿Molea Tania dasé obadí?", reza la primera y más completa variante a la que me atengo ya decididamente. "¿Molea Tania dasé obadí?", y me la voy repitiendo, repitiendo, engolosinando con las perspectivas que se me pueden abrir al conjuro de tan mágica frase.....

Con Monti y con Antoñita paseo el resto de la tarde. En un kiosko ojeo un libro y lo encuentro del posible agrado de Ramón. Está en búlgaro y editado en un precioso papel couché, con muchísimas láminas, y bastante gordo. Todo él por 250 pts. En España, calculo, costaría el doble, por lo menos. Monti y Antoñita miran no sé qué chucherías. Cansados de andar sin rumbo, nos volvemos a Albena. Esa noche casi no tengo ganas de cenar. Me tomo el consabido vaso de leche y me acuesto.

28 de septiembre

A las 8:00 am., ya no me deja parar la claridad. Sin embargo aguanto un poco más en la cama. Las voces de los

madrugadores playeros se hacen oír. Venga, me levanto. Aprovecho esa hora para lavarme y afeitarme con el agua templada de que disponemos. Ya puestos, me lavo el pelo. Quedo nuevo, a estrenar. Salgo y merodeo por el hall. De la noche anterior ha quedado un tablero de ajedrez en una mesa. Me pongo a recrear jugadas posibles y jugadas ya sabidas. Son las 9:30 am. Aparece Monti. Dice que mientras que esperamos a Antoñita y tal vez a Monse, que juguemos una partida. Coloco las piezas de mala gana porque soy agudamente vulnerable al hecho de perder el tiempo empujando madera, como reza el slang ajedrecístico respecto a partidas sin interés. Y efectivamente, Monti conoce poco más que las normas para mover cada una de las piezas. Monse y Antoñita que aparecen juntas impiden el desperdicio del tiempo. Desayunamos y nos dirigimos al Dorostor, donde habíamos quedado en reunirnos con los demás a las 10:30 am. Iba yo bien provisto del escrito, pasado a limpio, donde se pormenorizaban los detalles lesivos a los componentes de nuestro grupo....

Cuando llegamos al Dorostor ya estaban allí Ignacio y compañía. Nos intercambiamos rápidas impresiones. Asimismo hacemos un cuadernillo de todas las hojas y lo metemos en un sobre. Se presenta Yuri y nos dice que elijamos a cuatro de nosotros, y que los jefes de turismo búlgaros nos esperan a las once en punto en una suite de otro edificio de por allí. Decidimos por mayoría absoluta que los representantes del grupo español vamos a ser Ignacio, con dominio total del francés; su amigo Luis, con dominio total del alemán; su otro amigo Antonio; y yo, con el inglés como segunda lengua. Nos adelanta Yuri que él va a servir

de intérprete en francés, único idioma que maneja con soltura. De modo que le va a tocar a Ignacio el peso de la parlamentación. Me alegro de veras de que sea él precisamente el portavoz. Nadie, absolutamente nadie mejor que él.

Nos despedimos con guasa, aunque serios, del grupo de compañeros y más o menos quedamos en que les informaremos del resultado de la entrevista a todos aquellos que se encuentren en el mismo hall del Dorostor cuando acabemos. Nos desean, entre bromistas y exaltados, una buena gestión..., y echamos a andar detrás de Yuri. Una enorme reproducción fotográfica de la cabeza de Dimitrov, líder y patriarca del triunfo de la revolución búlgara de corte socialista, pende de una de las fachadas centrales del hotel, visible forzosamente para todo el que entre o salga. Y al pasar en la pequeña caravana que formábamos los cinco, no se le ocurre a Antonio más que afectar una reverencia grotesca, diciendo en voz alta y señalando a la foto: !El Demeeeee...!... Temí por la suerte de nuestra gestión, y aun de nuestra misma estancia los días que nos faltaban, ante ocurrencia tan incontinente como poco propicia. Por fortuna nadie pareció darse por enterado, y la fila india de los cinco (pues así íbamos por la vereda de losas, entre los macizos de verde) continuamos la marcha. Son casi las once. En mi mente, al menos, se plasma la solemne pretensión de quedar bien ante los búlgaros. Seguimos a Yuri hasta un hotel de la parte extrema de la playa, en dirección a Varna, y que a mí se me había pasado desapercibido. Nos sigue guiando Yuri a través del hall, y luego departamentos interiores, escaleras arriba, más pasillos, hasta llegar a una pequeña antesala. Allí nos dice que nos esperemos. Se mete en otra sala, y al

momento nos llama y le volvemos a seguir a un despacho-recibimiento. Allí, y de pie, casi formados, nos esperaban nuestros oponentes dialécticos: eran tres. El más maduro, cuadrado y con abultamiento de bolchevique nos hizo la primera reverencia doble, y con sonrisa escrutadora. Al tiempo, nos presentó a cada uno de sus dos colegas, algo más jóvenes, quienes se limitaron a sonreír, así como con estreñimiento. Cada uno de nosotros cuatro decimos nuestro nombre al presentarnos, y a una señal del jefe seguimos su ejemplo y nos sentamos: Yuri, junto al extremo de los dos grupos saca su cara de niño inocente y comienza a verternos al francés las primeras indicaciones del jefe búlgaro: que expusiéramos todo lo que teníamos que decir, y que Yuri lo iría convenientemente traduciendo....

Comenzó Ignacio en mesurado y elegantísimo tono a hablar. Lo primero que expuso fue la gratisima impresión que nos había causado la ciudad turística de Albena, su atrevida versión arquitectónica, y la génesis innovadora que encerraba su ejemplo. Yuri traducía al búlgaro. Para mí el espectáculo era fascinante por partida doble: calibrar la expresión de Ignacio, y adivinar gratuitamente la adecuación de lo que Yuri iba vertiendo al búlgaro. El gesto del jefe, ligeramente expresivo, se acoplaba al contenido de lo que Yuri iba soltando. Los otros dos búlgaros, impenetrables, sin siquiera pestañear, completamente herméticos. Ignacio sigue, magnífico de forma, justo y esmerado en lo sustancial. Lo último que puntualiza es que en el cuadernillo de hojas que hemos confeccionado entre todos, se relatan con detalle, aunque sin ánimo exhaustivo, las vicisitudes objeto de nuestro

malestar. Gran jefe búlgaro le manda a Yuri traducirnos su deseo de quedarse con el informe para verificarlo en el oportuno departamento de traducciones de la oficina de turismo de Sofía, etc., etc. Se lo entrega Ignacio, y cuando parecía que todo había acabado, gran jefe nos hace un imperioso ademán de que nos quedemos sentados. Se levanta presto, sale y al momento viene cargado de copas y de una botella de no sé qué infernal brebaje. Nos insiste que debemos brindar, y no hay manera de decir que no. Mojo los labios en una chispa de licor desconocido y me uno al fanfarrónico y escamante brindis que tan campechanamente nos han preparado. Cruzamos efusivos apretones de manos y cargantes y violentas aseveraciones de cabeza, aún más violentadas por las sonrisas de rigor que obligadamente debían acompañar a tales ademanes, y todavía más, palabras de despedida y de reconocimiento soltadas en los idiomas convencionales de Occidente y vaciadas de sentido, y al buen tuntún, en semejante trance.....

Puuuuuhhhffff....! Respiré a pleno pulmón al salir de aquel garito. Y en definitiva, ¿qué?, me preguntaba yo. Pues nada, era mi respuesta. Que estos tíos nos han prometido lógicamente el oro y el moro, el encauzamiento y la resolución de nuestros problemas, y que cada uno en estos momentos estará pensando de qué manera más conveniente se limpia el forro de los cojones con el informe que tan diligentemente hemos confeccionado. En total, la reunión había durado una hora y cuarto y no había tenido desperdicio: remachamos todas y cada una de las putadas que se nos habían perpetrado, irregularidades, desajustes, fallos de

organización, todo, ...todo. Y en definitiva... ¿qué?, seguía yo preguntando.

Nada más salir otra vez a la calle, conducidos por Yuri, y de regreso al Hotel Dorostor, lo primero que hice fue darle mis parabienes a Ignacio por su estupenda actuación, fuera de toda duda. Ignacio es un tío excepcional, me repetía, y yo mismo me felicitaba de haberle conocido. Pensaba yo (y pienso) que los reparos que solemos poner antes de otorgar la calificación de medianamente buenos a ciertos elementos, quedan de sobra compensados con el entusiasta e incondicional reconocimiento que hacemos de las excelencias de otras personas. Mi caso con Ignacio se hallaba en esa categoría... Pero ya estábamos llegando al Dorostor, y haciendo yo por marginar la conversación con los búlgaros hasta que no tuviera que dar pelos y señales de ella a los amigos, me concentro avaramente en el que, tan por las buenas, se me prometía un plan de ligue cojonudo para por la tarde con Tania. ¿Qué diría al verla, y cuál sería su primer gesto... y a dónde me llevaría... me la podría....? Bueno, menos fantasía, que ya están aquí todos estos preguntándome por la gestión...

Se lo cuento, y la verdad es que no les conmueven mis detalles sobre la exposición de Ignacio, ni sobre las materias tratadas. Así que remato el asunto con una idea general sobre el tono de la conversación y con el dato curioso del brindis del final. Damos una vuelta para hacer tiempo y nos vamos a comer. Luego, cada uno a su habitación. Pero antes, aprovecho un claro en el vestíbulo para llamar por teléfono. Le pido a la receptora guapa y

morena que me marque el número en cuestión, y me dispongo a mi primera aventura telefónica.....

–Hulló, hulló, haló.... ¿Molea Tania dasé obadí?

–Bla, bla, bla,.... bla, bla, bla...

–Vlagodariá...da, da.... Tania, Tania... haló... Bist du Tania?...

Me doy por vencido ante la desmedida dificultad de siquiera esbozar por escrito el esquema de conversación en alemán con que nos peloteamos Tania (bueno, supongo que era Tania) y yo por teléfono. Desalentador, desalentador. En estos niveles de elementalidad de dominio de una lengua, no ver la cara del interlocutor supone quedarse uno casi totalmente desprovisto de recursos. Y mi caso no fue excepción, sino temido y esperado paradigma. ¿Que qué dijimos y en qué quedamos? Pues creo que algo así como que a eso de las 9:00 pm. nos encontraríamos en el aparcamiento del, le voy a llamar, Palacio de Exposiciones y Congresos de Varna, donde precisamente se estaba celebrando por aquellos días un simposio mundial de arquitectura. Bueno, pues a las nueve en punto, ¿eh? A las nueve en punto, sí, esta noche, en el aparcamiento, sí, fuera, a las nueve, eso. Allí estaré. Adiós. Cuelgo el teléfono y descanso. Puhhhffff...! La hostia, qué concentración y qué esfuerzo. Y todo para la problemática primera piedra de un improbableísimo encuentro.....

Me tumbo la siesta hasta la hora de coger el autobús de las seis. Quiero pasear solo en Varna; pasear y ver escaparates, comprobar precios, sacar conclusiones.... Me retuerzo en la cama, con el pantalón de deporte puesto. Pienso en el mar, en la terrible

monotonía de las personas; en Tania... Pienso en mi regreso a España y en mi inmediata incorporación a la Universidad de Granada... De vez en cuando llegan voces de fuera, de gente que pasa la vereda de entre el mar y el hotel. Me levanto, me lavo, me cambio de camisa, cojo dinero y documentación y me voy andando hasta la terminal de autobús. Son casi las 6:00 pm. Saco el billete y me subo. Arrancamos, y a los pocos minutos de viaje me doy cuenta de dos cosas: una, que no hemos tirado por la carretera de la costa, que ha venido siendo el camino normal de todos los demás viajes, sino por otra carretera más interior, con muchas más curvas aunque, si cabe, más pintoresca; otra, que el chófer de este viaje, o es un fenómeno del volante, o es un loco rematado, o las dos cosas. A mí me empieza a parecer que las dos cosas. La velocidad a que está conduciendo es escalofriante. Vamos muy pocas personas en el autobús y el tío lo maneja exactamente igual que un turismo, con una soltura sencillamente difícil de creer..... Curva va, curva viene, exacta medida del frenazo, del acelerón, pidiendo paso....., y pasando! en las pocas y exiguas rectas que proporciona la carretera. Yo voy disparado de miedo. Para colmo empieza a llover. Un coche negro, modelo americano algo antiguo y grande, va delante de nosotros a una más que respetable velocidad. Nuestro autobús quiere pasarle... es una locura... una... pppuuuuuhhhffff!....., a poco nos damos un cebollazo. Me voy diciendo que es mejor que me lo crea, porque así me ahorraré algo de trauma. El coche negro no puede despegarse de nosotros, ni un metro, ni dos metros. Es un milagro no habernos estrellado o no haber aplastado al coche negro....., es un milagro....

Llegamos a las afueras de Varna. El piso de adoquines está mojado, bastante mojado. Relucen las caras de los bloques de granito, lavadas por la lluvia. Yo voy medio incorporado, como conduciendo también, con el cuello salido de los hombros, haciéndome la inocente ilusión de que así colaboro en la seguridad de lo poco que queda de trayecto. Nos acercamos al primer semáforo... verde para nosotros. El tráfico de la mano contraria a la nuestra es holgado. El coche negro da la intermitencia de la izquierda, inicia su colocación en el centro del cruce de calzadas, con un ligerísimo indicio de giro al mismo tiempo. Nosotros parecemos habernos dado cuenta de sus intenciones..., y el tráfico contrario, de pronto, se hace más seguido..., el coche negro corrige la maniobra, detiene la intermitencia y se queda parado, habiendo enderezado un poco hacia la derecha.... ! Demasiada pirueta a nivel de concierto de ángeles o de seres sobrenaturales, pero fuera de la competencia humana. Nuestro chófer no se puede aprovechar de ese medio metro que la primera supuesta intención de doblar a la izquierda del coche negro le había proporcionado..., frena, frenamos..... freeeeeeeeenaamosssss..... pati..... namos..... zohhhhhhhhoooooooooommmmmmm!!... el golpe es inevitable contra el borde trasero derecho del coche negro.... Me cago en la hostia!, me parece que está intentando decir el chófer. Orilla el autobús junto al bordillo..., se baja, mira los desperfectos y se pone a golpearse inconsolablemente la frente.... Pero, hombre, hombre....! Si eso se veía venir..... Bajamos los pasajeros, y yo me permito (en esa lengua desconocida que resulta de mezclar palabras obvias en unos cuantos idiomas) apuntar para descargo del

conductor que el coche negro había indicado su intención de virar a la izquierda, y que unos segundos después se arrepintió, volviéndonos a quitar el medio metro de espacio que nos había concedido.... El chófer del autobús se quiere apoyar en mi testimonio, pero al comprobar que soy extranjero parece desistir de la ayuda que pueda prestarle y se limita a las posibilidades que le brinde su sola inspiración. Los pasajeros del coche negro, ahora me fijo, son ingleses, y el coche negro tiene toda la pinta de ser un coche de alquiler. Se bajan sin inmutarse, cambian unas palabras de procedimiento, y deciden esperar a un taxi, sin más. Tan inefables y tan envidiables como siempre.

Eché a andar sin rumbo y con el mapa-guía en la mano. Tenía dos horas para merodear y para ver escaparates, y más que nada para disfrutar de la quietud de las calles de una ciudad como Varna. Consumo las dos horas paseando y sentándome en los bancos que se ofrecen por las avenidas arboladas. Me dirijo hacia el punto de la cita, a lo largo del estupendo boulevard al que flanquea un espacioso parque a la izquierda, según se viene de Albena. Una enorme estatua de Stalin, en bronce, se alza en una esquina, en la más próxima a la ciudad. Voy andando despacio. Faltan diez minutos y no acierto a elegir una línea de pensamiento con la que rellenarlos. Las imágenes se me disparan en caos incontrolable y no hay manera de poner orden. A veces, y como resultado del sordo barrunto de previsiones que gratuitamente mi cabeza iba supurando, me percataba de hallarme en un rabioso estado erecto, tan sólo patentizado por la presión y consiguiente roce que me proporcionaba mi miembro contra el slip.....

Sigo andando. A mi derecha ahora siempre el parque. Mañana es mi cumpleaños, se me ocurre. ¿Molea Tania dasé obadí? ¿Tuk lje Tania? Suenan eufónicamente ambas frases supuestamente standards para decir si se puede hablar por teléfono con quien sea. Son las nueve menos cinco, y he llegado al sitio. El aparcamiento concentra tal vez la mayor cantidad de coches que yo haya visto juntos en Bulgaria. El edificio, circular, está adornado con innumerables mástiles, cada uno con la bandera de un país. Ya dije que se trataba de un congreso mundial de arquitectura. Son las nueve en punto. Miro con intensidad los espacios por donde se me antoja que pueda venir Tania, cubriendo desde donde yo me hallo hasta donde la oscuridad me disuade en mis esfuerzos de escudriñar. Se me pone el corazón a tiempo de galope, mientras paseo e inspecciono frenéticamente toda la extensión de alrededor mío, hasta que no me alcanza la vista, hasta que me duelen los ojos de querer descubrir algo en la nada. Las nueve y cinco. Algún autobús que otro cruza la gran avenida. Todavía puede venir Tania desde allí, o desde allí, o acaso desde aquel otro punto..., porque veo que un autobús en dirección a la ciudad ha hecho una parada... Se bajan dos... una... persona, un hombre... Nada más. Miro el precioso edificio circular, cercado de cristales. Hasta me parece que llegan a la calle clamores, ruidos, como aplausos, no sé. Las nueve y diez. Me recuesto en el pretil de una escalinata. Me vienen a la cabeza poemas que me detengo en decírmelos a mí mismo. Aquél de..., y aquél..., y aquel otro de... En definitiva, palabras en español, en búlgaro... palabras. Si no fuera por el endiablado alfabeto cirílico... ¿qué tal estaría aprender ruso, pasándome un

año aquí, o en la URSS? Veremos, veremos. Las nueve y cuarto. Una resignada claridad me empieza a invadir pacíficamente la conciencia. Tania no...— me da repugnancia ser el primero en deletrear mi falta de fe—... no viene. La incompatibilidad de ciertas leyes convivenciales se está perfilando inexorablemente. Eran demasiados resortes a encajar en el engranaje absoluto del juego de lo inescrutable... Las previsiones más optimistas sobre la viabilidad de los milagros se combaten encarnizadamente con los supuestos contrarios... Es imposible..., me repito, muy a mi pesar... Las nueve y veinte. Son tantos los obstáculos que las instituciones han levantado entre Tania y yo que intentar soslayarlos, para beneficio de un gambito romántico como es el que estoy en trance de jugar, le tiene necesariamente que convertir a uno en reo de desacato a las normas de la mayoría... Y sin embargo, todavía puede venir, me martirizo repitiéndome y no dejando de mirar con rabioso cansancio toda la extensión que me rodea, con esperanza agónica de poder anclar mi vista..., de poder adherirla... Las nueve y veinticinco... Cinco minutos más espero... Qué dolorosa es la retirada, qué mortificante es el repliegue de los efectivos de la voluntad..., y de la pasión... Bien. No guardo rencor a Tania. ¿Para qué? No puedo ni siquiera pretender hacerme una idea de lo que haya podido ocurrir. Si casi no nos hemos entendido por teléfono. Me concedo la pequeña expansión frívola de sospechar que a Tania la ha castigado severamente su sociedad por haber pretendido citarse con un occidental tan sospechoso como yo; además, de España... No puede ser. Las nueve y media. Tengo que decidirme a enfrentarme con la realidad. Pero, ¿es esto la realidad?... La

realidad, ver en el ser..., y no, ver en lo que se quisiera que fuera...
La realidad....

Empiezo a sentir fresco. Paso a una cafetería destartalada de allí al lado a tomar un bocadillo y un vaso de leche. Salgo y echo a andar atraído mecánicamente por las luchas del pabellón. Entro. No hay nadie por los pasillos. Subo, tanteo una escalera y otra, me encuentro en el mismo sitio... Los pasillos circulares están atestados de carteles, litografías, reproducciones, maquetas con motivos arquitectónicos... Sigo sin ver a nadie. Otros stands están acordonados por la típica maroma de terciopelo. Doy la vuelta en un completo círculo. Maquetas de muchos países... He vuelto al punto de partida. Hay un mostrador con folletos encima pero no hay nadie al cuidado... Está abierto el acceso a la parte de dentro... Miro: efectivamente, son folletos, papeles... Cojo un manojo de ellos (para mis amigos arquitectos, me digo),... bajo por una escalera de caracol... me voy aproximando a la zona de donde proviene el clamor... me acerco... abro una puerta que da a un pasillo... luego unas cortinas..., las separo..., y me encuentro a la entrada de un gigantesco teatro, en la solapa de un inmenso graderío. Debajo de mí, el patio de butacas; y en frente, el escenario. Me acomodo donde quiero porque, aunque hay montones de gentes, también hay muchos sitios vacíos. No es cuestión de preguntar y, por lo que empiezo a ver sobre el escenario, infiero que se debe tratar de la clausura del Congreso Mundial de Arquitectura.... No sé en qué fase del espectáculo he llegado, pero gratis, así, como es mi caso, no me voy a poner a reclamar. Se trata de una exhibición de ballets folklóricos de

Bulgaria, y a ratos supongo que de todas las comunidades socialistas. La exhibición es notabilísima, impresionante. Docenas y docenas de bailarines, chicos y chicas, en trajes regionales se suceden en la ejecución sobre el escenario de toda suerte de combinaciones rítmicas, alentados por un generoso caudal de música provista al efecto....

A mí este tipo de espectáculo no es algo que me emocione, y aun así, percibo que estoy presenciando algo de una altísima magnitud... La música de las flautinas marea y enardece.. Las filas de bailarines van y vienen, discurren, forman figuras y figuras, desaparecen... Algo descomunal... y, como digo, gratis!, sin nadie que me haya pedido ni entrada; sin un cargante "¿Dónde va Vd?"... Allí me estuve hasta las 11:00 pm., y la cosa no tenía indicios (perceptibles al menos para mí) de acabar. Sin embargo, y en vista de que yo quería coger el autobús de las 11:30, opté por marcharme. Me sentí más tranquilo, más justificado, si bien por algo que no había provocado yo mismo, sino que había sido un regalo del más anónimo de los azares.

Cojo el autobús y me planto en Albena. Mientras consumo los minutos del viaje, reparo en que casi se me ha terminado el dinero búlgaro. Los últimos días, entre comilonas, idas y vueltas, han sido sensiblemente más gastosos que el resto de la vacación. Y como mañana, me digo, es mi cumpleaños y quiero invitar a mis cinco amigos a comer, no hay más remedio que cambiar un billete de veinte dólares canadienses. Así que me dirijo al sitio de rigor y en dos minutos queda la operación verificada. Ni una palabra de más. Ni un gesto. Llegué y dije al chico de la otra

vez:

– Geld wechsel: Swanzig..., etc.

Se metió dentro y regresó con el dinero, cuidadosamente doblado en el puño. Lo conté por encima, vi que estaba bien, me lo guardé y me fui.

Son las 12:15 de la noche. El pequeño paseo que me separa del Hotel Aurora se me hace especialmente sugestivo ahora, en solitario, con el mar a la derecha, noche estrellada, no recuerdo si con luna o no. Digo que a mi derecha, el mar, muy mansurrón. Extraño –pienso– el no haberme bañado ni una sola vez. Desde luego, el mar me convence como noción telúrica, como palabra indispensable en el concierto de las realidades comunicativas, o como término poético para hacer que el acento encuentre una apoyatura holgada en ciertos versos: "El mar, el mar y no pensar en nada", pero nada más. Llego al hotel y no hay nadie en recepción. Nadie absolutamente. Cojo la llave, me voy a mi cabina y me acuesto. No he querido pensar que desde hace casi una hora es mi cumpleaños, porque hoy

29 de septiembre

hoy sí que es mi cumpleaños. Lo primero que pienso cuando me despierto es que es mi cumpleaños. 36 años, me digo. Quiero, de todos modos, acicalarme el espíritu delante de mí mismo y regalarme también a mí mismo la primera sorpresa y el más espontáneo ensimismamiento que la realidad a flor de piel de

mi cumpleaños pueda generar. Intento que las emanaciones de mi intelecto adopten un solemne acoplamiento. Me intento escuchar, como si ya las estuviera diciendo, las cosas que tan sólo cruzan mi mente como grupos de nubes en procesión. Me repito los primeros versos del poema de Dylan "It was my thirtieth year to heaven...", sólo que en mi caso son 36, y no 30. Qué importa, si a fin de cuentas todo es igual a todo: me pongo en pie, me miro. Luego a través del ventanal de mi cuarto, hacia el mar, tranquilísimo como siempre. Esta avanzada fecha del 29 de septiembre, que me ha encontrado en Bulgaria, me catapulta hacia adelante, me hace sentirme fuera de los controles espaciales y temporales. Octubre está a un paso, y sin querer me pongo melancólico, siempre de los mismos recuerdos injustificados. Octubre me proyecta a otros quehaceres, otros cometidos en los que mi alma ha de encontrarse enmarcada de incógnita manera. Esta punta de lanza del mes de septiembre, acabándose, pone a mi espíritu bajo una manifestación confusa de asedios, que no puedo razonar. Me miro, y miro a continuación el mar al través de los cristales. Ya está todo soleado, desatado en plenísima claridad. Es mi cumpleaños y debo estar a la altura de tan inevitable circunstancia. Me afeito con especial morosidad. Me lavo y me jabono bien todo el cuerpo. Ya estoy listo. Salgo de mi cabina y me voy a la cafetería a desayunar. Me palpo como ingrátido, discurriendo por encima de las cosas sin anclar en ellas. No veo a ninguno de mis amigos y de momento lo prefiero, con el fin de sistematizar mi intimidad.... Me voy a mi cuarto otra vez y me pongo a escribir. Digo cosas sobre mí; escribo frases más o menos conexas, más o menos conscientes sobre

Mélida, sobre Amalia.. Hilvano oscuramente que si alguna vez mi actividad de escribir precisara de algún cauce más ancho que el del puro esparcimiento personal, me firmaría...., me firmaría... pues... Castillo por lo de Mélida Castillo; e Iglesias por lo de Amalia... Así, sería Castillo Iglesias, inspirado vademécum....

Pero sigo escribiendo..., escribo por escribir, por escucharme yo solo las palabras que escribo y que voy silabeando. Es mi cumpleaños, pienso, y tengo que hacer acopio de conciencia y fecundidad para destacarme a mí mismo de entre la trama más o menos vulgar de las cosas diarias. Miro el mar, oigo el ruido opaco de las voces extranjeras que no entiendo, mientras van camino de la playa, riendo, hablando. "El mar, el mar y no pensar en nada"... machadiano martillea mi reclamo referencial y monótono. Pero sigo escribiendo, vertiéndome con el fin de recobrar dos horas de un día nostálgico y sorprendente.....

A eso de las 12:00 llegan a limpiar y aprovecho para salirme definitivamente. Me voy al hall y me siento, sin hacer nada, absolutamente nada. Para eso es mi cumpleaños. En los sofás contiguos hay periódicos y revistas. Por las fotografías se puede deducir la actualidad internacional. Tampoco está la recepcionista que me inspira, sino otra más finita y más paliducha que anda con un lápiz en la mano y leyendo un libro. Miro todos los anuncios que las diversas expediciones de grupos nacionales han ido poniendo para información. Vuelvo a reflexionar sobre la contrariedad de no saber las cosas y de no tener a nadie que nos las diga a tiempo. Sobre todo, los grupos de alemanes y checos parecen

andar perfectamente organizados; en los carteles de aquí y de allá leo con detalle los horarios de los más variados viajes. De haberlo sabido, casi puedo asegurar que no hubiera habido pegas en enrolarme con ellos... a Egipto, Moscú, Líbano, otras partes de la URSS, etc. Como siempre, me ha tocado el grupo de los más pudientes y que al mismo tiempo obtenemos la menor compensación por nuestro dinero. Más cuenta me hubiera traído (me digo repitiendo) haberme venido con la caterva de alemanes orientales y checos, esos mismos a quienes antes me habían entrado tentaciones de poner de malditos y desheredados, en vista de su total ausencia de ostentación, que se traducía, claro, en una irreprochable eficiencia. Y siempre, siempre, a menos, a mucho menos precio que el que pagábamos el grupo de jilipollas rumbosos.

En esto llegan Monti y don Arturo. Me saludan, me felicitan, charlamos. Don Arturo es un curioso impenitente: una vez es una palabra de ruso la que suelta el hombre con mayor o menor fortuna; otra, un comentario que aventura sobre tal o cual realidad novedosa... Lo que nos dice hoy es que se ha enterado con seguridad de que hay ópera en Varna, dentro de un ciclo de celebración de algo que a nadie nos importa..., lo que sea. El caso es que hay ópera y don Arturo tiene mucha ilusión por ir, y en que le acompañemos. A mí la ópera me ha dado siempre cien patadas, y no quiero extenderme en razones. Simplemente que me disgusta que alguien ejecute la payasada de conversar cantando, mejor dicho, a gritos. Creo que en la ópera se ha logrado el súmmum de la arbitrariedad: estropear una buena conversación y al mismo tiempo

no crear música, excepto en las contadas ocasiones en que así ocurre.

De modo que don Arturo quiere ir de ópera. Pues por mi parte, de acuerdo. Hay que buscar a Antoñita, Monse y Cata, y decirles el plan. ¿Dónde estarán metidas? Desde luego entre Monse y yo discurre el maléfico geniecillo de una mutua..., de una mutua... Bueno, yo me la quiero follar, pero quiero que ella sea consciente de que así lo quiere; de que no puede querer nada mejor dentro del esquema de previsiones que se ofrecen allí en Bulgaria y entonces, a estas alturas, apurando un final melancólico de septiembre de 1972, el día de mi cumpleaños para más señas... Monse. Ya.

–Oye, Monti, ¿por qué no vas a buscar a Antoñita, a ver si está en su cuarto? Mientras, don Arturo y yo nos quedamos aquí viendo esta gramática rusa que ha comprado...

Monti accede y no tarda en volver.

–Que dice Antoñita que ha visto a Monse y a Cata esta mañana, y que han quedado las tres en el hall del Dorostor; que vayamos nosotros para allá si queremos, que ella no tarda nada....

Estoy decididamente melancólico. A nuestra izquierda, el mar me sigue recobrando citas extrañas, literarias y reales, deseos confusos... Bahhh... Todavía no me he bañado en el mar ni una sola vez, y eso lo dice todo. Un vaho de humedad típica descarta mi ensimismamiento. Andamos, descendemos la morosa pendiente que hay desde el hotel Aurora en dirección al Dorostor, hacia el otro extremo de la ciudad... Me vuelvo, así, inconscientemente, y sin querer veo venir a Antoñita. Nos esperamos y continuamos los

cuatro juntos. Se ha puesto unos tacones altos que notabilizan aún más sus afiladísimas canillas, descarnadas, relucientes, vetustas. Le ha dicho Monti que es mi cumpleaños y ella me felicita riéndose cada dos palabras de las que dice. Llegamos los cuatro al Dorostor. Cata y Monse están junto al mostrador, mirando postales y chucherías. Nos saludamos y nos apresuramos a contarnos las cosas, en desorden. Lo primero, que es mi cumpleaños y que tengo un especialísimo interés en invitarles a los cinco a la comida de hoy. Acceden. Luego, lo de la ópera. Hay para todos los gustos, pero eso lo vamos discutiendo camino del restaurante. Este, pensamos, es nuestro penúltimo día entero en Bulgaria, y no sería lógico decir no a una propuesta tan graciosa y tan aséptica como la de asistir a una sesión de ópera en Varna. ¿Que qué ponen? Dice don Arturo que le parece que "El Barbero de Sevilla". Sea así. Sigue diciendo don Arturo que a él se lo ha dicho la pareja esa rara del moreno y la rubia..., sí, esa rubia, hombre, que va con su madre.. Ah, ya; dicen que ella es profesora de Universidad, y cultísima. Por lo visto se enteraron de lo de la ópera por no sé qué conducto y propagaron la noticia. Don Arturo se enteró directamente por ellos, y así nos lo ha contado. Decididamente, iremos a la ópera.

Pero ahora se trata de comer bien y de celebrar mi cumpleaños. Ocupamos la mesa más grande, de entre las redondas, y la ocupamos del todo. A mi derecha tengo a Monse, a don Arturo, y a Cata, por este orden. A mi izquierda, a Monti y a Antoñita. Con la tranquilidad que da el saber que está todo hecho, y después de unos primeros sorbos de vino blanco y de vino tinto, las posiciones

se van sincerando. Inútil intentar recordar cómo me encontré rozando la mano de Monse con mi mano derecha, mientras la asediaba con el pie, empujando el suyo, bien por la parte de la puntera, bien por el tacón. Monse lo permite y poco a poco se va uniendo a mi juego. Ahora es ella la que me aprieta y me remata la caricia. Se me pone gorda, pero, en vista de la cercanía de los demás no me atrevo a llevarle la mano al sitio, para que compruebe ella misma y... La brecha está abierta. Ya no queda más remedio que seguir, que dejarse llevar. Los otros ni parecen enterarse de nada.

Hacemos una sobremesa especialmente animada. Cada cual juega sus bazas. Antoñita se dispara en insensateces. Don Arturo se esfuerza en que veamos la dignidad que ha intentado imprimir en su oscura vida de anónimo empleado de Banca. Monti gargajea sus aventuras de las que siempre sale triunfador, con uno o dos virgos al capítulo del haber. Cata puntualiza sensata y económicamente cualquier desfase que se produzca en el mundo sensible que nos rodea. Yo hablo, derramo mi voluntad de amor dialéctico, y en la devota batalla que establezco entre yo y las palabras voy sacando nuevas perspectivas a mi mundo, proponiendo módulos nuevos para mis amigos.... ¿Qué digo? Ni yo mismo lo sé. ¿Y qué más da? Creo que me extendí sobre el universo del pensar y del querer, y de la cosmovisión. También, quizás hablé de viajes, de literatura, de la siempre penúltima aventura del espíritu...

Entretanto, Monse callaba, dando suelta a una sonrisa que se iba moldeando, matiz a matiz. Monse callaba, y yo

continuaba sintonizando mi palabra conforme al dispositivo invisible de nuestros apretones de mano... Yo, 36 años, dije, uno más que los "del medio del camino de la vida". Monse nos había dicho en otra ocasión que 33. Don Arturo, 62. Monti, 64. Antoñita, 47. Cata, ni la menor idea, aunque yo no creo que cumpliera (por cumplidos, a ver..!) los cuarenta. Mi corazón está rebosante, y sugiero que se me permita irme a tumbar la siesta y, en todo caso, a recoger unas cosas a mi cuarto. La ópera empieza a las ocho, así que tomando el autobús de las siete da tiempo. Entonces..., hasta las siete a todos, y que cada cual haga lo que quiera.

Me voy andando despacio, pero en vez de hacerlo por la cuesta del terraplén recorro todo el tramo de orilla del mar. Plaffff..., plaffff..., plaaafff, hacen las olitas. Piso con obstinada exactitud unos centímetros sólo fuera del margen del agua y de la arena rezumante. Paso por recepción, recojo la llave, llego a mi cuarto y me tumbo. Esto se está acabando, me digo. Me quedo en traje de baño, boca arriba. Inmóvil, prefiero no pensar en nada y ahorrarme el trabajo de resolver el acertijo que se me pueda plantear. No pensar en nada. No obstante, me debo sacudir el pertinaz posarse de alguna noción. No quiero pensar en nada. A las seis me vuelvo a duchar. El agua está fría y al contacto con la tripa me arranca retorcimientos de desagrado. Hago un poco de tiempo ojeando palabras en el diccionario de rumano y también en el de búlgaro. Quedamos en que "¿Cómo está Vd?" en búlgaro se dice "¿Kaxte?". Vaya, es facilito. Se me ocurre que una posible abreviatura del laborioso 'vlagodaría', a la española, podría ser 'bla, bla, bla...' Bueno. Termino de vestirme y me voy hacia el autobús.

Al atravesar el hall veo a parte del grupo de siberianos ajedrecistas que charlan. Por la mirada cuadrículadamente sostenida y obsequiosa que me dedican presumo que alguno, tal vez el mismo de la partida anterior, quiere enfrentarse a mí. Les sostengo la mirada y la sonrisa, mientras salgo... y ya estoy fuera, lejos del simpático pero cargante sectarismo bolchevique.... ¿qué más?..

Subimos los seis al autobús y llegamos a Varna, sin nada digno de mención. Don Arturo nos guía, plano a la vista. Ah, pues claro! Si resulta que hemos pasado más de una vez por este teatro. Lo que ocurre es que no tiene pinta de teatro, y además está como camuflado. Pero camuflado o no, ahí está, y es efectivamente la ópera "El Barbero de Sevilla" lo que toca hoy. Elegimos primera fila de balconcillo central, a 38 pts. la entrada. Sin comentarios. Monse se sienta a mi lado y ella fue la que justificó mis dos horas de estar allí. Recomendando ir a la ópera con tal de que uno tenga otra cosa con la que ocuparse. Mientras los artistas búlgaros, haciendo lo que les daba la real gana con su cuerpo, nos contaban las peripecias del héroe, yo inicié un merodeo consciente por las cotas de las extremidades de Monse. Todo muy bellamente orquestado, de pronto bajé la mano derecha hasta su rodilla izquierda y allí me encontré friccionando con la yema de dos o tres dedos su piel fresca y suave. Soportando esa primera entrada en el nuevo predio retuve la mano enseñoreándose de aquella latitud, bajando, subiendo.... !Lalilalira...!..., !lalilaliraaaaaa!, se esmeraban los artistas. Mis amigos, todos a la derecha de Monse, estaban a lo suyo; de vez en cuando miraban hacia mí, sobre todo el bueno de don Arturo y la tontopáusica de Antoñita. Pero la penumbra

impedía oportunamente la precisión respecto a la marcha de mis caricias sobre la piel de Monse.

Comenzó el primer calvario de las erecciones y no tuve más remedio que fingir buscar un más completo acomodo en mi butaca, con el fin de soltar a Monse, meterme la mano por arriba del pantalón empujando el vientre hacia adentro para, levantando el elástico del calzoncillo, poder llegar hasta la verga, cambiar su curso y dirigirla hacia arriba. Así conjuré por lo menos la desagradabilísima sensación del roce forzado contra la tela del slip. Volví a tomarle la mano a Monse, esta vez deteniéndome en la caricia de la conformación de la parte de abajo de la muñeca, precisando sus venillas y subiendo más hacia arriba, hasta casi el codo, discrecionalmente. Entretanto, su muslo había entrado en contacto con la pierna mía. Sentí las cada vez más insatisfechas embestidas de la erección sin ninguna esperanza de encontrar la solución definitiva para mi alivio inmediato... Horrible. Horrible y exasperante, pero cierto, para mí y para tantos otros mortales en todos los momentos de cada día y en todos los puntos hacia donde pueda proyectarse la rosa de los vientos. Como el condenado a cavarse su propia fosa, sin poder impedirlo, así me parecía estar a mí. Y también creo que a mí solo me correspondía la desazón, porque Monse no daba ninguna señal de especial acaloramiento. Se prestaba al tanteo de cercanía, pero la zona que pudiera llamarse comprometida de su espíritu estaba muy lejos de su piel, por lo menos de la piel de la que yo podía disponer entonces....

Sin embargo, el mayor halago que le cupo a mi ego bajo ese trance fue el de comprobar sin lugar a dudas que entre Monse y

yo se había levantado definitivamente el andamio de una vibración compartida. Y si por un lado me encorajinaba la poca o ninguna flexibilidad que me comportaba la situación, por otro lado, al menos, mi ilusión podía contar con un pábulo idóneo para hilvanar complacencias....

Terminó la ópera. Al levantarme me percaté de que mi cola se había arrugado, no sin antes haber escurrido unas gotas de esperma que, además, claramente percibí en la humedad reciente de un rodal del calzoncillo. Me daba a todos los demonios por no poder evitar en casos tales el típico recalentamiento testicular, como si se tratara de un colegial que hace sus primeras armas. Ya a la salida, le empecé a dedicar a Monti mi versión de la ópera...

–Larailalá..., oye, Monti... lo, lo..., lo... ¿cómo te parece que volvamos a Albena... li, la, li, la, ri, ro... Ahora...? Así más o menos es la ópera, hombre: todas las jilipolladas que se te puedan ocurrir en una conversación normal, dilas cantando... y ya verás lo que resulta... Ya sabes lo que alguien opinó: hablar en voz alta unas veces, con ruido o con música alternativamente...–

Varna está apacible. ¿Cuántas veces habré dicho que la garantía personal que se respira en los países socialistas es incomparable? En alguna otra ocasión había paseado ya por las calles de Varna, solo, por la noche. Los caminantes callejeros, además de no abundar, siempre me dieron la sensación de las más completa inofensividad, como si la última opción de toda su perspectiva fuera la de molestar a otra persona.....

Antoñita y Cata van entre don Arturo y Monti, y yo me quedo rezagado con Monse mientras nos dirigimos todos a tomar el

autobús. Son las 10:30 en punto, y a la media hora prevista estamos en casa. Monti propone tomar en su cuarto una copa de no sé qué licores que ha comprado. Aceptamos todos menos Antoñita y Cata que dicen estar algo cansadas y quieren irse a dormir. Antoñita me dice que la acompañe un segundo a su habitación porque me va a regalar una cosa que me ha comprado por la mañana, antes de reunirse con nosotros. La acompaño, en tanto que los otros marchan delante. Subimos las escaleras que conducen al pasillo exterior desde donde se alcanzan las cabinas de ese sector del hotel. Hay bastante luna. Subimos peldaño a peldaño. Vuelvo a considerar racionalmente el tipo de loca fantasía que parece haberse alojado en Antoñita. Pienso amargamente en el desquiciado destino de la raza hispánica actual, por lo menos de la que ocupa la península ibérica; destino tan venido a menos como para que lo mejor que se pueda decir de nosotros es que "no ponemos mala intención" cuando originamos con nuestra falta de realidad tanto cataclismo como originamos. Y me he dicho yo tantas veces: ¿Qué sería de esta parte del mundo que habitamos si *además* imprimiéramos mala intención a las tonterías que hacemos?... Miraba a Antoñita de reojo y pensaba en todo eso: vieja, arrugada... y diciendo memeces inconmensurables. ¿No era triste tener que transigir por ascetismo, por munificencia de espíritu o por lo que fuera, con una criatura así, y todo porque me constaba "que no lo hacía con mala intención"? Qué ganas he desarrollado desde toda mi vida de encontrarme con gente con mala intención pero que hiciera bien las cosas....! Se acabó mi elucubración. Hemos llegado. Abre la puerta, se adelanta, enciende la segunda luz, coge no sé qué

y me lo alarga...

–Toma, para tí; te lo he comprado esta mañana. El que te he visto que llevas es muy feo y está muy viejo.

Se trata de un monedero, rústico pero funcional y, por supuesto, representando un gran avance sobre el que yo tenía...

–Antoñita, yo... Qué buena idea, cómo te lo agradezco...

Pensaba en Monse y en las ganas que tenía de reunirme con ella, y así, me fui hacia la puerta.

–¿Me quieres dar un beso, Manolo?

La dí un beso en la mejilla, la repetí mis gracias y salí pitando. En pocos segundos llegué al bungalow de Monti. Tenía ya una copa de vino dulce preparada, y al entrar yo iniciaron un brindis...

–Por tus 36 años, y que cumplamos todos muchos más–, dijo Monti.

Me bebí la copa y me senté en la cama, junto a Monse, apoyando la espalda en la pared. Hablamos de cosas sin originalidad y sin trascendencia. Los últimos minutos del día de mi cumpleaños se estaban consumiendo, lo cual dio ocasión para otro brindis. Y un poco por el cansancio, un poco por la laxitud, me voy sintiendo cada vez más despojado de inhibiciones. Para eso es mi cumpleaños. Así que cojo la mano de Monse con firmeza y se la retengo sin más, dejándola apoyar sobre la cama. Mi maniobra cae de lleno en la categoría de hechos consumados. Ni ella retira la mano ni nadie se atreve a perturbar el orden de cosas que acaba de establecerse. El trance va cobrando altos vuelos de calor y de urgencia pero se mantiene con un perfecto control dentro de las

coordinadas contingentes que la ocasión permite.

Pasan ya algunos minutos de las doce de la noche y con ello el carisma pretendido del día de mi cumpleaños se diluye en otros módulos. Don Arturo inicia uno de esos gestos mitad resolución, mitad comentario que viene a querer decir que la velada había terminado para él, y aprovechando yo el brevísimo espacio que permitió esa confrontación de los gestos de don Arturo y Monti, apreté más la mano de Monse y la dije sin más preparación:

–Ahora, cuando se vayan éstos y me vaya yo también, espérame en tu cuarto, que voy.

Monse no dijo nada. Asintió con la permisión de la sola inercia de las cosas. Nos levantamos todos. Monti nos acompañó hasta el punto desde donde cada uno nos marchábamos a nuestras respectivas habitaciones....

–Buenas noches, eh.

–Buenas noches, hasta mañana....

Entré apresuradamente, me desnudé, me froté enérgicamente con una toalla húmeda la zona de los sobacos, el pecho, el bajo vientre; me lavé la cara..., hecho lo cual y habiéndome arrellenado convenientemente la camisa, mientras dejaba que el perborato me enjuagase la boca, me dispuse a salir. Tiré el enjuague de perborato y escuché a ver si se oía algún ruido. Nada. Abrí la puerta, y una vez fuera, cerré con la llave metida para evitar el pequeño portazo. Todavía pegado a la puerta de la calle escudriñé como pude y hasta donde me daba la penetración de mi vista. Nada. No había nadie. Tan sólo lo que me pareció el canto de un grillo. Subí el tramo de escaleras de enfrente de mi apartamento,

seguí la senda, doblé a la derecha a la altura del hall del hotel, y recorrí el pasillo mitad hierba, mitad piedra, del patio interior de aquella sección de apartamentos, hasta que me encontré en el sitio. En la puerta ponía 114. No había duda, la última de esa hilera, la del rincón. Esa era la habitación de Monse...

Sabía que la puerta estaba abierta, pero llamé despacientemente. Enseguida acudió Monse...

–Hola, otra vez yo–, dije por decir algo.

Entré con desembarazo a la habitación desde el pasillito que comunicaba con la calle. A un conato de señal de Monse me senté en la cama. Ella ocupó el sofá largo de enfrente. Reparé en que, desde el momento de separarnos hasta entonces, le había dado tiempo a ponerse unas cómodas zapatillas caseras y a quitarse los pendientes, detalles ambos que la daban un toque más suelto de domesticidad. Asimismo, me pareció percibir que se había estirado el pelo, alisándoselo, dejándolo más suelto, más cordial. Junto a la pared, a un lado, había una maleta grande y un bolso de mano pegado a ella. El ruido de la cisterna del cuartito de baño indicaba que Monse lo había acabado de usar de alguna manera. Llevaba el mismo vestido puesto, eso sí, y... ahora me doy cuenta..., se había quitado también un collar de esos deportivos, de bolas de colorines. Me fijé en los senos, que no abultaban mucho efectivamente, y que parecían confundirse con la extensión del pecho cuando a una inclinación hacia adelante el vestido formaba un pliegue allanador.

–Se acabó mi cumpleaños, y dentro de un par de días se habrá acabado todo.. Bueno, menos, porque hoy es ya mañana. O sea, que el día uno nos marchamos....

–Pues yo no me arrepiento de haber venido...

–¿Y quién se arrepiente? Lo único que digo es que ya está bien por ahora de Bulgaria... Además, tú has tenido la gran suerte de haber podido ir a Beirut...

–La mejor excursión de todas...

La verdad es que era absurdo, manicomial, pecaminoso el seguir hablando así, pero no era fácil abrir brecha con la palabra justa, con el gesto justo, y pasar al tema, al gran tema que me había conducido allí, después de tantas previsiones aproximativas. La tensión iba escalonando cotas, y un sordo torbellino de interferencias orquestaba mi pensamiento. Seguí, entre azaroso y aturdido...

–¿Crees que debemos seguir hablando de todo esto...?

–No, claro que no...

Monse se levantó, se vino derecha a mí y se sentó, ofrecida, al lado mío, en la cama. Como en otras ocasiones, la eclosión vino causada por la mutua colaboración, operando en perfecto acorde. Me volví perezosamente, trabajosamente hacia ella, posando mi mano en su nuca, penetrando mis dedos por entre su pelo, y resbalándolos como inconscientemente hasta las primeras estribaciones del cuello y el óvalo de la mejilla. Atrayéndomela y acercando yo mi cabeza puse mi boca en contacto con la superficie de piel donde se rompe la mejilla y se inicia el mentón. Seguí girándome, imponiéndome, hasta que la débil sustentación de verticalidad de Monse se venció y quedó con todo el torso extendido en la cama, si bien con las piernas colgando. Lo siguiente se fue produciendo con el semiautomatismo de la rutina. Suspiré

hondo, como mascando el peso y los ingredientes de tántas y tan atribuladas reflexiones como suelen acompañar el vuelo del pensamiento de un hombre como yo en situación así. Me levanté, apagué la luz, recogí las piernas de Monse y alzándolas las deposité en la cama. Ahora toda ella yacía allí, en una densa penumbra. Vacilé dolorosamente respecto a si quitarme de súbito los pantalones y probar fortuna, la fortuna que aquella maniobra me pudiera deparar con Monse. No lo hice. No sé por qué, pero no lo hice. Me quité los zapatos, dejándolos caer con ruido para que mi manipulación fuese indicativa de una predisposición de despojo, de soltura. Tanteé las rodillas de Monse, continué el curso de las piernas hacia abajo y la quité las zapatillas...

–Ven, échate aquí conmigo, Manolo. No hagas ya nada más.

Obedecí. Me separaba de su carne (supuse) mi ropa, o sea, una camisa, el pantalón y el calzoncillo; y su ropa, o sea: el vestido y la ropa interior que en ese momento llevaba, y que no creo que fuera nada más que el sujetador y la braga. Me tumbé a su derecha y empecé a comerla espesamente los labios con un beso ancho, meditado, buceador, enormemente intelectual. Aflojaron algo sus defensas y me pasó ella activamente la mano por la espalda, permitiéndome una ligera divagación. Yo seguí besando, besando intencionalmente, imprimiendo a cada módulo la más total y persuasiva dedicación.... Algo, sin embargo, comenzó a ceder; a dejar escapar la intraducible emoción que se parapeta detrás del besar a una mujer: Monse exhalaba un levísimo vaho de olor orgánico allá, allá lejos, muy por detrás del impacto sensitivo que

se clava en las primeras rondas del espíritu de quien, como yo, encuentra en el beso una celebración metatelúrica de máximas vibraciones subyacentes. A Monse le olía un poco, muy poco, el aliento. Poquísimo,... pero suficiente....

Pasado el primer asalto a su boca con el beso en hondón ensalivante, tomé aliento y, más reposado, tanteé los senos. Como me temía, llevaba un sujetador de tipo blindado, rígido, que mal dejaba traducir la morfoternura de los esquemas soterrados. Ahora ya no la besaba sino que la picoteaba los labios, levantando tanto su labio superior como su inferior y horadando también con el filo cónico de mi lengua todo el recorrido de sus encías. Pulsaba los senos con la mano derecha mientras que con la izquierda merodeaba por su pelo, con un gemebundo cuidado de que mis caricias no parecieran un frívolo divertimento de comparsa, sino orquestación conjuntada y autosurgida.

–No puedo más–, dije.

Me levanté y me empecé a deshebillar la correa...

–No, eso no, Manuel. Si lo haces, no me quedo contigo. Por favor, no, no te quites nada...

Por mi mente cruzó en un relámpago de segundo toda la categorización de la mujer calentapollas y toda la historia de torpezas a que ese tipo de criatura da origen. Pasó eso por mi mente y muchas otras cosas más, confundidas en un desorden despechado, oliendo todo a fraude, a cabreo y a ganas de pegarla de hostias a Monse y a la mismísima madre que la parió. Pero me callé, me mordí fuerte los labios y decidí jugar diplomáticamente, con opción

a una victoria ulterior.

–Bueno, nada. Déjame que me quite la camisa por lo menos, que tengo calor y que no la quiero dejar hecha un higo...

Me quité la camisa y me volví a echar, esta vez encima de ella. La típica maniobra suicida del condenado: apurar su tormento. Bajé desesperado la mano y froté con fuerza en el hondón de los muslos hasta percibir la abultada fisura del sexo. Monse, alarmada, me la retiró enérgicamente....

–(Bien, pensé, está visto. Esta jilipollas no quiere más que un calentamiento de cadete, y así hacerse una idea de cuál es la resistencia de mi arcilla al fuego...)

Progresivamente fui rebajando la rotundidad de mis besos, cuidando de no dejar filtrar la idea de que me iba descorazonando, sino que simplemente era ya tarde y había que considerar la retirada. Así tumbado encima de ella, superpuesta mi superficie encima de la suya, continué alternando mi picoteo con otras caricias convencionales. La evidencia de que Monse no estaba preparada ese noche a ninguna permisividad definitiva se tradujo sindromáticamente en un declinar de mi enardecimiento. El pene se replegó normalmente, dejando de tributo el goteo consabido de flujo que se me hacía perceptible cuando en algún cambio de postura se ponía en contacto lo húmedo con la parte de piel del bajo vientre. Miré el reloj, así como distraído. Era la una y media. Luego, meditadamente, dejé caer la cabeza sobre la almohada, al lado de la suya, acompañándome de bostezos sostenidos....

–Estás rendido, Manuel. Será mejor que te vayas a acostar...

–Sí, tal vez sea una buena idea...

Me levanté, me puse la camisa, me arrellené bien el pantalón y me palpé los genitales, levantándolos, despegándolos y separándolos.

–Bueno, Monse, entonces nos vemos mañana.

–Adiós, no hagas ruido ahora. Felicidades otra vez, y gracias por la invitación.

Abrí sigilosamente la puerta y salí. Había luna. Eché a andar procurando no asustarme de los sapos que a menudo saltaban por las losas medio cubiertas de hierba. Llegué a mi apartamento, abrí sin ruido, entré y cerré por dentro. Me di un chapuzón de agua fría y me metí en la cama. No recuerdo si tardé en dormirme o no...

30 de septiembre

Llevo ya un rato despierto, con dolor de ojos. Las charlas de los mañanadores que pasan por allí es siempre lo que rompe la clausura de mi retiro. Las 9:30 am. Me levanto, tapo un hueco del ventanal por el que entra un cuchillo de luz, echo una meada de orín humeante y me vuelvo a meter en la cama, tratando de encontrar una postura idónea boca abajo. Esta es mi penúltima noche aquí, me digo, como si quisiera descubrir algo distinto y excepcional. También éste es el último día en Albena. ¿Qué será mejor –pienso–, dejarme llevar por el ritmo más suave de entre todos los que se presenten; o intentar forzar este ritmo? Bah, qué majaderías me estoy preguntando. Busco otra postura, pero todo es inútil. Después de varias vueltas opto por levantarme. Aprovecho el

agua templada del grifo para afeitarme. Silbo con cuidado para no descomponer la superficie de la cara cuando me paso la cuchilla. Ya está. Ahora una buena ducha. Me visto y me voy a desayunar. La cafetería está desierta. Me alegro porque no tengo especial interés en ver a nadie. Me he decidido por preferir el ritmo normal de las cosas en este último día de estancia en Albena. La mantequilla, la mermelada y hasta el café me saben mejor que de costumbre. Vuelvo un momento a mi cuarto a lavarme la boca. Luego entrego la llave en recepción y me voy a la calle. Me voy recorriendo toda la parte alta de Albena. Decido acercarme al hotel donde debíamos habernos hospedado según las primitivas instrucciones recibidas en España, y cuya dirección había yo dejado en casa por si alguien quería escribir...

El hotel es de nueva hechura también, pero está justamente casi lo más alejado del Aurora, en el extremo de Albena más hacia el sur, por la parte de arriba, y bajando un poco hacia el mar al final del recorrido. El hotel se llama Vlassic. La única pega, como digo, es que está algo distante de la línea de playa y del centro del complejo urbanístico, pero por lo demás tiene un aspecto estupendo, muy apto para el retiro. Entro, miro por todas partes y por fin descubro un apartado en el hall grande, que parece ser la recepción. Sale una chavala alta y maciza, sonriente. La pregunta de rigor se impone...

—¿Hablas inglés, alemán, francés...?

—Alemán, un poco —, me dice.

Nada. Me enseña todas las cartas que están allí depositadas, pero no hay nada para mí. Lo siento. Siento de veras

no haberme encontrado con una carta en el "aquí y ahora" de una conformación tan probablemente irreplicable como lo es el hall de este magnífico y silencioso hotel de Albena. La doy las gracias, y me marcho. Bajo un poco hacia la línea de playa, en dirección al hotel Dorostor donde seguro que estarán mis amigos. El sol sigue todavía algo pegajoso, y el cielo está de azul blancuzco. Hay cuatro o cinco bañistas metidos en el agua. Sigo bajando por la vereda hasta que los edificios me impiden ver el mar. Me aproximo a la parada de autobuses. Un montón de gente parece haber llegado a Albena en los últimos descargados, o tal vez se preparen a coger algún enlace. El caso es que el camino que sigo está invadido tanto de filas de viajeros que parecen venir a Albena, como de otros que parecen salir. Son caras de campesinos la mayoría, que ni me miran.... Pero de pronto..., claro!... es "el Comisario" que se aproxima a mí en dirección contraria. Viene cargado con dos paquetes rústicos, uno en cada mano, como cajas de lo que sea, atadas con cuerdas. Al llegar a la misma altura nos detenemos y..., por gestos él y con palabras en no sé qué idioma yo, nos comunicamos mutuamente. Le digo que mañana nos marchamos.... brrrrr.... volando..., le hago la señal de las alas con los brazos..., a casa, sí, a España..., sí, mañana..., eso, mañana por la mañana. El hombre hace gestos a cual más ceremoniosos, asintiendo, así como con cara de contrariedad. Entiende, entiende que nos vamos, que hay que irse, a trabajar. Le alargo la mano, y el hombre me da la suya, soltando las dos cajas en el suelo.... Good-bye... Auf-Wiedersehn...! Nos rebasamos definitivamente y nos vamos separando. El "comisario", pobre diablo, ¿quién demonios sabe lo

que estará haciendo dentro del engranaje de la sociedad búlgara? Y al inocente de Monti le llegó a parecer un personaje importante, phhhh...! Bueno, ya estoy en el Dorostor. No veo a nadie, así, conocido de cerca. Me siento en un sofá del rincón más alejado de la puerta, y me pongo a observar...

En esto aparecen Renata y Vilma que dan la sensación de salir de las dependencias de dentro del hotel. Me ven casi al mismo tiempo que yo las veo a ellas, hablan unos segundos, y mientras que Vilma se acerca al mostrador del vestíbulo, Renata se viene hacia mí. Espero un instante para hacer acopio de evidencia de que, en efecto, se dirige a mí. Inicia una sonrisa. Es sin duda a mí a quien busca. No la permito que se acerque más..., me levanto y colaboro en el recorrido de su trayecto....

—¿Kaxte, Renata?—, la digo muy orgulloso de saber como se dice ¿qué tal? en búlgaro.

Renata ensancha de manera especial su pequeña boca, ante el halago de que la he hecho depositaria.

—Oh, qué bien, ya sabe Vd. hablar búlgaro; y qué bien pronunciado...!

Ahora soy yo el que aprecio el piropo y me sonrío. Renata lleva unos zapatos abiertos sencillos, rústicos; una falda lisa y una camisa de cuadros, remangada por encima de los codos. Desde luego, no es guapa. Pero tampoco es fea, y ahora me parece que voy a tener una buena oportunidad de rescatar de ella todas las facetas que abundan su lado positivo. La invito rápidamente a sentarnos y...

—Sr. Guzmán, creo que es Vd. profesor de Literatura...

–Bueno, no sé, sí. Entre otras cosas soy Doctor en Filosofía y Letras por la Universidad de Madrid; he trabajado en diversas Universidades norteamericanas..., y se puede decir que una de mis actividades profesionales de siempre ha sido la literatura...

–Me gustaría preguntarle...

–Mira, Renata, perdona, pero no me gusta que me llames de Vd., me suena mal, ¿sabes?, como a demasiado distanciamiento...

Renata produce una nueva sonrisa, de asentimiento femenino.

–Entonces me gustaría preguntarte algo sobre literatura española contemporánea.....

Era la una de la tarde exactamente. Hasta las dos y media estuvimos (más bien quiero decir que estuve) hablando de literatura. Confeccioné allí mismo y de memoria una frondosísima lista de libros pertenecientes a los tres géneros literarios definidos, y otros muchos detalles sobre todo lo imaginable. Renata me parecía cada vez más atractiva, debido quizás al resplandecimiento que le prestaba el amor intelectual hacia temas tan propicios al alma mía. Sus senos se me antojaban ahora más rotundos y más invitantes que nunca, y entre nosotros dos creció milagrosamente la planta de la simpatía, abriéndose paso valientemente entre tanta maleza como se había filtrado en nuestra malhadada excursión. Renata y yo nos intercambiamos nuestras direcciones detalladamente, y yo la prometo en firme, como regalo, hacerla un envío de libros, entre ellos algunos de mis propios escritos...

Eran las 2:30 pm. Yo me tenía que ir ya, y así se lo dije.

También ella debía encontrarse con Vilma y con Yuri no sé donde, y la euforia de nuestra charla la había hecho entretenerse más de la cuenta.

–Manuel, muchísimas gracias. Has sido muy amable.

–Nada, hombre... Nada, Renata. Me ha encantado hablar contigo.

Hasta mañana. Por cierto, ¿a qué hora salimos?

–No estoy segura todavía, pero esta tarde pondremos un anuncio con la hora, en vuestros hoteles... Ciao!

–Adiós.

Me dirigí al restaurante de junto al hotel Aurora, en donde cenamos la primera noche, la de nuestra llegada. Eché un vistazo a los platos de los demás, y algo que parecía el menú del día, a base de carne y ensalada, me pareció aceptable y lo pedí. Con un vaso de leche y pudding de postre resolví la comida. No tenía ganas de ver a nadie, más bien quería quedarme solo, tal vez escribiendo algo; así que me marché a mi cuarto. El hall del hotel también estaba vacío sin recepcionistas. Decididamente prefería estar solo, ajustando las estructuras de mi pensamiento respecto a la pasada noche y al campo de posibilidades que se extendía delante de mí a partir de entonces. Pensé por un momento irme a la playa y darme un baño, por eso de que era el último día. Pero definitivamente desistí. Lo pegajoso del mar me ha hecho desistir muchas veces de bañarme en él. Así que opté por quedarme en mi cuarto. Me quité la ropa, me puse el pantalón de deporte y me tumbé...

No me duró mucho mi retiro espiritual. Llaman a la

puerta, abro, y es Monti que viene de comer con Cata y que han visto en el hall la hora de salida que han debido de acabar de anunciar, supongo. A las seis de la mañana hay que estar desayunando en el Dorostor, y a las siete pasará el autocar por todos los hoteles para recoger el equipaje. Ya ni me violento en cagarme en los muertos de estos cacho cabrones por el madrugón que nos pegan, porque trato de tener en cuenta que va a ser el último y que lo mejor es olvidarlo. Le digo a Monti que estoy cansado y que quiero quedarme tumbado; que luego le veré por ahí. Le parece bien porque, además, va a escribir unas postales que le faltan. Así que quedamos en vernos luego.

Dejo transcurrir casi tres largas horas tumbado, devanando mil temas en la cabeza, y sin resolver ninguno pero al menos ilusionándome con un posible vislumbre de solución. ¿Dónde estará Mai ahora? ¿Y Mélida... Y Amalia?... ¿Y....? Bah, soy un cabestro por enredarme en tales quimeras. Son las 6:45 pm., increíble. Me levanto, me visto y salgo. Al llegar al hall me doy cuenta de que están los siberianos, y por la forma de mirarme entiendo que quieren partida. Mientras estoy dejando la llave encima del mostrador, mi adversario del otro día se levanta, viene a mí y me dice entre impetuoso y anhelante:

–Game, game.... a chess game?

Le miro, miro a sus tres o cuatro acompañantes, y, débil para negarme a presentar batalla, acepto.

–O.K., just one game. Tomorrow we leave.

Le hago el movimiento de las alas y el hombre parece entender. Cogemos un tablero y nos sentamos. A nuestro alrededor,

todos los amigos siberianos. Nadie rechista. Sorteamos y me tocan negras, de nuevo. Se hace un pequeño murmullo. Colocamos las piezas...

1. Peón cuatro dama... ¿Qué contesto..., qué..? Automáticamente, peón cuatro dama.

2. Peón cuatro alfil dama. Lo de siempre, el atasco de no saber qué línea seguir: la agresiva y azarosa, o la defensiva más sólida. No debería jugar contragambitos sin un conocimiento exhaustivo de las aperturas. La partida de Oporto acabó en desastre porque después de tener una mejor posición... no sabía, no es posible que pudiera saber acertar con la línea mejor, de tantas dificultades como planeé... No debería... Peón cuatro rey. Se ha consumado. Mi destino se volverá a tipificar con este violentísimo contrajuego. Claro que en Salamanca perdí la partida después de haber superado la apertura, y hasta el medio juego. Sutilezas combinatorias, además, contra uno de los jugadores más brillantes....

3. Peón toma peón rey. Claro, la justa. De otra forma, no se hubiera planteado la apertura... Bueno, ... pues... Peón cinco dama. Todavía está el juego sin definirse. Todo esto son movimientos de libro, inapelables, de puro trámite.

4. Caballo tres alfil rey. Ya, la variante clásica, y al tiempo la más sólida. Debe conocer las líneas teóricas. Y yo..., la jugada de Boboljubow, peón cuatro alfil dama.. parece sólida pero deja el flanco en el aire. Claro que después de caballo tres alfil dama todo adquiere una gran solidez... Necesito precisar el orden de las jugadas..., porque una sola transposición disloca el espíritu

de la apertura... Pues, ¿y la partida que perdí contra Mr. Allen, en Canadá? Estuve a punto de no clasificarme... ¿Y por qué estoy pensando tan sólo en las partidas que he perdido, eh? Yo debo ser imbécil... Venga,... caballo tres alfil dama, entrando en el planteo del que derivan las líneas más variadas... A ver si este tío me da chances para jugar la variante Van Oetingen, con ataque... O si no, las especulaciones con la movida alfil tres rey, haga lo que haga el blanco... Absurdo el ponerme ahora a pensar en que podía haberme traído las anotaciones de Ganzo sacadas del libro de Panov sobre aperturas....

5. Peón tres torre dama, y contesto sin pensarlo... alfil tres rey, porque esta jugada se indica para cualquier medida que quiera tomar el blanco,... que haga el blanco....

Los mirones van acomodándose más concienzudamente cada vez, y a mí me han entrado de pronto violentísimas ganas de orinar, y como una exhalación me levanto, orino y vuelvo rápidamente. El siberiano aún no ha movido. Creo que va a optar por preparar el enroque... No...

6. Caballo dama dos dama. Y yo..., caballo rey dos rey, para luego desarrollar la dama, y después...

Son ya las ocho. La claridad cede, y acompasadamente mi alma va saboreando regustos olvidados que enconadamente se dan cita en el trance de la partida de ajedrez... Recorriendo los cuadros recorro simultáneamente mil caleidoscopios de sensaciones agridulces agolpadas furiosamente al conjuro de un tablero de ajedrez. No olvido, no, no puedo, ni debo, ni quiero olvidar que me proclamé rabiosamente, brillantemente campeón de Kingston con

todo merecimiento, al ganar mi última partida, después de aquellas agónicas sesiones de análisis alucinantes... No, nadie quería que yo ganara, excepto yo mismo. Y mi voluntad de ganar trituró toda oposición aquella vez. Y la partida de envidiosos que eran no quisieron dedicarme la foto grande en el periódico para mí solo, sino que la tuve que compartir con el segundo y el tercero clasificados. Desde entonces no volví a jugar más, sapientísima decisión de abandonar algo, la actividad que sea, después de haber conseguido en ella la meta de momento propuesta... Aquello me patentizó lo mezquinos que eran aquella gente; gentuza que perdían toda su flema y toda su supuesta bonachonería cuando algo les alcanzaba directamente en el indicador de su insuficiencia y de su hipocresía. Mi partida contra Gianetti fue sostenidamente concienzuda, definitiva para la prevalencia de su autonomía vital o de la mía. Y se impuso la mía, aplastantemente la mía. Se impuso, porque le machaqué todos los resortes que produjo su habilidad y su esfuerzo. Se fió demasiado. No tenía, supongo, un repertorio de doctrina ajedrecística como para cerciorarse más seriamente de que aquella jugada era mala; era simplemente mala. Movié la dama a cuatro torre y se levantó de la silla, con gesto de.. " a ver si te haces cargo de esto, porque ya vas bien servido..." Y al momento me di cuenta de que era mala, porque al capturar su caballo con mi alfil, o bien podía yo cubrirme con mi alfil, a la siguiente, en caso de jaque suyo a la descubierta; o bien tenía él necesariamente que gastar un tiempo en ajustar su maniobra, lo que me daba a mí un tiempo también para ocupar la casilla salvadora y fortalecerme. Inmediatamente después de levantarse, así como arrastrando con la

mirada, mientras se alejaba, la bondad incontestable de su movida, recuerdo que moví yo pulsando suavemente el cacharrito del reloj. Unos pocos segundos y una expresión de desencanto acibaradamente incrédulo le bastaron para comprender que probablemente aquello le iba a costar la partida. Y se la costó. Irremisiblemente. Y yo tenía la imposición de mi superioridad operada milímetro a milímetro en cada célula mía, triunfante, imparabile en sus razones, ejecutiva y sancionadora....

Son ya las 8:30 pm. Hemos salido de la apertura y la tensión se hilvana en cada golpe y contragolpe. Lo mismo que en Salamanca. Lo mismo que en Ann Arbor..., igual que en Lansing. Confusamente me aborda el recuerdo quebrado de partidas en las que jugué el contragambito Albin. Es un gran contragambito, desde luego. Pero para conocer la teoría a fondo. Meterse en él por las buenas es suicida. Hay un punto, tal vez una sola jugada en la que pivota el rumbo que tome la partida. Y acertar con esa jugada es indicativo de maestro. Y yo no soy maestro. Soy un buen aficionado, clase A en el ranking mundial....

Son las 9:15 pm. Quiero a toda costa hacer compensar el peón entregado por una presión decisiva en el flanco del rey. Pero desdichadamente un típico desliz me ha puesto en una cadena de cambios de piezas y me estoy quedando sin recursos, me estoy quedando.. Me doy cuenta de que detrás de mí están Monti, Antoñita y Monse. Han estado callados un ratito viéndome pensar y sin decir nada... Chsssstttt.. me dicen que no hable, y que a lo mío. Mi adversario va adquiriendo una expresión tan sólo inteligible para mí, como de petulante previsión optimista...

26. Peón por peón. Era muy azaroso pensarlo y ha optado por la liquidación. Hago un último esfuerzo tratando de potenciar mis recursos... Alfil cuatro alfil, con la intención de compaginar una red de jaque continuo como mejor opción para él a la pérdida de calidad y peón....

Monti y las chicas me dicen que se van, y que si me da tiempo, que me esperan hasta las 10:00 pm. en el hall del Dorostor para ir a cenar luego... La verdad es que no les escucho... no veo el tablero,... Siberia, o sea, los siberianos acorralándome, y yo en el vértigo de la penitencia por haber accedido a jugar. ¿No me hice una dolorosísima promesa de no jugar más al ajedrez? ¿Pero es que puede uno concebir una promesa de esta naturaleza....?

No, claro que no.....

Son las 9:30 pm. En tortuosísima procesión desfila un reguero de luctuosos recuerdos una vez más, siempre una vez más, siempre una inacabable penúltima vez... Y vuelta a las noches de insomnio, y vuelta a los cruentos desasosiegos volviendo y revolviendo la misma jugada, con la estéril y tantalizante ilusión de sacar de quicio a las cosas y pretender que sea lo que no puede ser...

Las diez menos cuarto.... Ya no apunto... Esto se pierde..., se pierde. Es cuestión de tiempo, sólo eso. Medito (mientras mi adversario reflexiona su movimiento) la pose más digna para rendirme, para desistir de seguir luchando... Pero aún no me atrevo. Hay algo que me electriza, que me mania, dejándome aturdido... Me levanto y me voy a orinar de nuevo. Así me despejo

y quizá con la pequeña excursión de ir y volver y la chapuzada de agua en la cara que me propino adquiriera la dosis preparatoria para ensayar dignamente la retirada... Me voy acercando al salón-hall, de regreso de los lavabos, y voy sintetizando en los segundos que dura mi recorrido el impacto pintoresco y mental que me producen los siberianos, pendientes de la partida, gregariamente, patrióticamente, solidariamente.... Llego, me siento... Ya... torre siete torre... claro, la torre en séptima, restringiendo la salida de mi rey, que debe dar un rodeo por detrás de los peones... Creo que me voy a decidir... Pienso en alguna mujer a quien he dedicado, por entenderlo ella, las batallas perdidas... Todavía apuro un gesto de displicente elegancia... Muevo, muevo delicada, acompasadamente una pieza con resignada melancolía..., y sin soltarla, la trunco sobre el tablero, me levanto y por inercia de la fórmula que durante tanto años he esgrimido y me han esgrimido, digo, al tiempo que tiendo la mano al soviético:

–All right, I resign...!

Como una exclamación contenida se levantan todos los soviéticos mascullando sonrientes aseveraciones... Gesticulo. Ya sé que no me entienden..., ya sé que me duele en lo más vivo, pero sé también que perder al ajedrez es la prueba más terrible de humildad que uno puede administrarse a sí mismo.... Gesticulo, les digo... bueno, adiós, hasta nunca, amigos míos que me habéis proporcionado una maravillosa sesión de amargura como hacía varios años que no experimentaba....

Salgo a la calle. Me arde la cara, me tiembla el cuerpo,

por partes, y tengo algo de frío..., lo típico en estos casos, pero no me paro a pensarlo... No..., lo voy pensando por el camino... Aquel caballo..., aquel peón en quinta... bah..!, aquella polla en vinagre... No juegues más, so payaso, y no tendrás que especular. Ya he llegado al Dorostor... Son algo más de las diez, pero veo a mis amigos..., llego a ellos...

–!;

–He perdido la partida.

Monti se limita a reírse. Las chicas se callan. Decidimos quedarnos a cenar en el mismo Dorostor. Por ser la última noche, ¿para qué cambiar? Bueno, pues nos quedamos allí. Ceno poco, no tengo ganas. El ajedrez anestesia, quita las ganas de comer, las ganas de joder, las ganas de todo. Aunque lo más cierto es que no es posible que la amargura mantenga su virulencia. Y cede. Cede hasta el punto de permitirme hablar con mis amigos cada vez más normalmente. Monse me guarda un primoroso distanciamiento lleno de complicidades íntimas. Y ella sabe que yo lo sé. Y a mí me gusta que a ella le guste.

Pero la velada no da mucho de sí. Es una buena ocasión para intercambiar direcciones, futuribles, optimistas deseos de volvernos a encontrar... Yo estoy pensando ahora en Elvira. Me digo que mañana tendré que verla por fuerza....

–Y otra vez estos cabrones nos van a baldar con un madrugón de órdago...

No digo más. La presencia de las chicas me contiene. Bueno, son las once y pico y mañana hay que estar listo a las seis. Yo me voy a ir a acostar. Asienten todos, cada cual con su

colección de inconfesables secretos hurgándole.... Nada, está todo liquidado. La vacación en Bulgaria ha concluido. A Monti le pesan más que de costumbre los ciento cincuenta y tantos peldaños que conducen a la cima del terraplén. Sube jadeando y se saca el pañuelo del bolsillo de la pechera. Me mira. No tiene que decir nada. Le entiendo. Andamos lo que queda de camino. Las chicas se van a su sector, cada una, y nosotros al nuestro. Se han encargado de que los guías nos llamen a tiempo. Me meto en mi cuarto, me lavo y me acuesto. Menos de seis horas, así que hay que aprovecharlas....

1 de octubre

Definitivamente nos vamos. El trance del último madrugón se hace más tolerable precisamente por eso, porque es el último. De cualquier forma estoy hasta los cojones de excursión, y cuantas más veces lo diga, más original y más novedoso me suena... Venga, que nos marchamos. El desayuno y la recogida de equipajes adquiere una simple categoría de trámite. Nos empaquetamos en dos autobuses. Elvira y Juani me chistan desde uno de ellos, ya repleto hasta los topes. Las saludo a gritos mientras me dirijo hacia el otro autobús, con Monti. Nos acomodamos, y después de la consabida espera a que llegue la orden de arrancar, arrancamos... Adiós, Albena. Adiós, Arenas Doradas, boulevares de Varna, etc. Llegamos al aeropuerto, nos bajamos, descargamos los equipajes (advierto una vez más que yo lo llevo todo en la mano: una funda de cuero con ropa dentro, y una cartera) y nos

ponemos en una especie de fila formada a base de grupitos. El mismo follón, sólo que en pequeño, del aeropuerto de Barcelona: cada cual arrastrando sus chismes hasta la báscula del pesaje. Los que primero van entregando los bultos, así van procediendo por un pasillo que les conduce a las pistas. Inconscientemente, supongo, Antoñita, Monse y yo nos hemos quedado los últimos, quiero decir absolutamente al final de la cola. En mi caso, es lo normal. Me suelo quedar siempre al final de las aglomeraciones, por sistema. De manera que me complace encontrarme al final del grupo porque eso se adapta a mi estilo y además no he tenido que hacer nada; lo único, tal vez, no impedir que nadie entregara su equipaje delante de mí. Y por otra parte, ya he dicho que todas mis cosas las llevo conmigo holgadamente. De ahí que me agradara dejar pasar a la marabunta....

Monti esta vez se ha unido a Elvira y a Juani y ya parece que han pesado sus equipajes, porque han desaparecido de este primer hall. A don Arturo y a Cata no les he visto. A otros muchos, de entre los que han resistido hasta hoy para marcharse, sólo les he podido decir 'hola' o 'hasta luego' en ese típico tono circunstancial del que sabe que no tendrá ocasión de verse, prácticamente, más en el futuro: así con Ignacio; con sus amigos; con la pareja de catalanes, él algo calvo y ella, simpática; con un matrimonio viejo, él socarrón y cachondo, y ella llevándole a él muy bien el aire, etc., etc..... Respecto a Antoñita y Monse creo que cada una tiene sus cualificadas e intransferibles razones para quedarse conmigo, y por eso se han quedado.

La fila se va reduciendo, reduciendo. El cuello del

embudo que es el pasillo y que sigue al pesaje de los bultos se va tragando el hilo humano poco a poco. Vilma y Renata que han venido con nosotros al aeropuerto, no hacen más que dar pasadas, de dentro afuera, de fuera adentro, contando y volviendo a contar... Se aproximan hasta el final de la hilera, justo hasta casi donde estamos nosotros, y se vuelven hacia adentro, contando y recontando. No sé a qué viene todo este minuciosísimo recuento. Monse y Antoñita están muy simpáticas, cada una en su estilo. No ignoramos nadie que estos momentos de finiquitación son propicios al buen entendimiento y a la visión más halagüeña de las cosas.... La cola se va terminando. Sólo hay cuatro o cinco personas delante de nosotros. Y a todo esto Vilma y Renata siguen yendo y viniendo, contando y, a lo que parece, calculando no sé que... hostias... No sé a qué viene todo esto, pero tiene el aspecto de algo, o muy absurdo, o de gran importancia.... Bueno, sea lo que sea, hemos llegado a la báscula. Dejo mis cosas sobre el mostrador un momento, cojo las dos maletas grandes de Antoñita y Monse y las coloco sobre la báscula. El funcionario no se da por enterado. Tiene la vista fija en el pasillo por donde han ido desapareciendo nuestros compañeros, y parece esperar instrucciones.... ¿Instrucciones? Sí, eso parece. A ver, sí, llega corriendo Renata, intercambia unas palabras con el empleado, y a continuación nos dice:

–Lo siento mucho. No podéis marcharos. El avión ya está completo.. y no hay sitio para nadie más...

Silencio. Estupor. Bueno, no estoy seguro de si a aquello se le pueda llamar silencio o estupor...

–¿Que no nos podemos marchar...., que el avión está

completo y que no hay sitio?

Ninguno de nosotros tres estábamos, así, tan inesperadamente, preparados para entender aquello... Salí corriendo por el pasillo, en dirección a donde se habían marchado los demás..., los alcancé, al tiempo que encontraba la explicación... El avión que estaba allí preparado para llevarse al grupo era distinto al que nos había traído..., éste era un cuatrimotor de hélices bastante más pequeño... y tan que bastante más pequeño, puesto que con cien pasajeros escasos se había llenado, en vez de la cabida de ciento sesenta y tantos del Tupolev del viaje de ida.... Tomo contacto con Monti, Elvira y Juani y les cuento apresuradamente la hijoputada que nos han jugado; y digo nos, no por mí precisamente sino por todo el grupo en general, y tal vez en particular por Antoñita y por Monse puesto que aún desconozco el alcance que esta guarrada va a tener en sus sicologías y en sus sistemas nerviosos....

Monti queda encargado de telefonar a mi casa y contarles..., lo que quiera. Se esparce rápidamente la noticia de que nos quedamos en tierra; de que tres de nosotros nos quedamos en tierra..., pero es tarde, demasiado, totalmente tarde para actuar.... Los primeros de la fila están subiendo al avión... y cada cual tiene bastante con ocupar su sitio y salir de aquella pesadilla.... Monti me conoce bien y sabe que a mí, precisamente a mí, no me importa; lo cual no quita para que la putada siga siendo de calibre inconmensurable... Le doy a Monti las últimas recomendaciones: que... tal y cual; que no te olvides de.... que en cuanto que..... que le digas....., que no se preocupen..., que tal vez esta misma tarde o

mañana nos saquen de aquí... Adiós, Elvira. Adiós a todos..., adiós..., adiooooo! Los ví adelgazarse uno a uno, a su subida por la escalera del avión.

Regreso como un meteoro al lado de mis compañeras. Se habían quedado atontadas, aplanadas. Su mente no parecía tener cabida para alojar tanto y tan espectacular desquiciamiento. Allí, junto a los equipajes, me estaban esperando; bueno, no estaban esperando a nadie, simplemente estaban y bastante era. Bien. Había que hacerse a la situación y cuanto antes mejor... A partir de entonces, Renata y Vilma supongo que comenzaron a potenciar cumplidamente las consignas recibidas de las altas esferas, porque nunca en mi vida he oído soltar desafueros con más descaro y con más sangre fría que por aquellas dos criaturas. Se nos aseguró (entre otras cortinas de humo levantadas) que esa misma tarde, al regreso del avión que había llevado a nuestros compañeros, volviéramos al aeropuerto para recoger, probablemente del capitán, los billetes para que un vuelo regular nos sacara de allí; que no nos preocupáramos; que de momento volvíamos a Albena a instalarnos donde fuera; que....

Es duro, muy duro aún para el más templado de los espíritus conducir la pluma a través de tan dolorosísimo relato. Porque confusamente, con un dejo de helor allá en el transfondo, pude comprobar que estábamos aislados; que las amarras de la nave que nos debía sacar de aquella isla se habían roto; que se había marchado todo el mundo sin nosotros; y que nosotros (cierto, sí, cierto; dolorosamente cierto) nos habíamos quedado allí, varados, estúpida e indefensamente separados de cualquier medio normal de

ayuda, de restitución a nuestras programadas previsiones... Opté por ahorrarme toda la mierda que mi mala leche pudo generar porque ya desde entonces tuve presente que para andar con aquella gentuza había que estar en posesión de un buen remanente de tan indelicada sustancia....

Nuestros amigos, por el aire, en un cuatrimotor antiguo, sobrecargado a tope y conformando su destino al típico perfil azaroso de tales vuelos 'charter', sinónimos de falta de garantía. En esas condiciones, no me pesó, no, quedarme en tierra. El fatalismo no debe confundirse con una innata repugnancia por parte de mi talante a buscar adrede el despropósito. Y aquel vuelo de mis amigos lo era. Y si me hubieran metido en aquel avión, lo hubiera dicho desde el primer momento: que era una invitación al suicidio, y que los vuelos 'charter' son, por definición, vuelos de tercera...

Vuelvo otra vez a Albena, en una soledad precariamente apuntalada por la compañía de Antoñita, Monse, Vilma y Renata, y por lo tanto doblemente afirmadora del valor irreductible y último de lo que cada uno sea; de eso que queda cuando todo lo demás se ha diluido. Ahora nos llevan al Dorostor, y nos proporcionan nuevos vales para la comida. Monse y Antoñita ocupan una habitación, y yo otra. Me percaté de que la casi única diferencia entre el Dorostor y el Aurora es que el primero dispone de cuartos de baño más completos. Los lavabos son, de todas formas, de esa piedra como de fregadero. Me es desquiciante deshacer el, por otra parte, sucinto equipaje que llevo. Pero no hay más remedio, y me aplico a la faena. Además, noto que todo mi pensamiento se esfuerza en conciliar la realidad imparables de que voy a tener que

vivir ... uno, dos..., o los días que sean en inevitable cercanía con mis dos compañeras de fatigas; y si en el caso de Monse tamaña perspectiva despliega ante la mente mía atisbos sugeridores y positivos, en lo que respecta a la tontopáusica de Antoñita.... no quiero ni ponerme a pensar..., no quiero ni ponerme a pensar, porque francamente me entran vahídos de frustración....

Coloco los chismes en sus nuevos sitios y me voy al hall. La luz, las cosas han cobrado una complicidad perentoria que advierto adentrada en la mismísima carne de mi alma. Percibo que voy a dejar de hablar con palabras, porque no puedo más que sentir la vigencia del mundo ya puesto ahí, en su estadio final de inevitabilidades. Son las doce del mediodía. Veo caras nuevas, y además, que hablan español, en el hall del hotel. Muy poca sustancia adhesiva se requiere para encontrarse uno hablando con alguien que hable español, en una situación semejante. Y así me encuentro yo de pronto: charlando y contando la última peripecia acaecida a nuestro grupo, y en particular a nosotros tres. Por lo que pude captar, la noticia ya había llegado hasta allí, de forma que lo único que yo debía hacer era recortar los detalles y precisar los trances que más inverosímiles parecieran. Mis más directos interlocutores eran un tipo sólido, ya entrado en años, con pinta de gañán cultivado (con dinero, desde luego) y con una curiosa personalidad que despejaba a su favor la incógnita de no saber nada de él, ni poco ni mucho, por una como seguridad patricia que enmarcaba todas sus aseveraciones; y una chica joven, de unos 25 años, que, aunque bastorra y algo bigotuda, contrastaba inevitablemente con los por lo menos 50 de nuestro hombre. Ella se

llama Adela y él Anselmo, y nada más comenzar a hablar con ellos se me hizo palpable que la especialísima relación que los tenía allí y que parecía sancionar su vida normal en España, era el único tema de observación que podría descargarme de tribulaciones el pensamiento. Tengo la impresión de que le gusto a Adela. Es el tipo de mujer que soba y ejecuta gestos, topadas, cachetazos y retorcimientos, y más toques y más empujones cuando habla. Es peligrosa, si bien no se puede negar que es simpática.... Grandaza, chillona...

Las cosas de la conversación, así como sin querer, se van disparando como para clarificarme a mí el tipo de posibilidades de intrusión que permite el binomio en consorcio de Adela-Anselmo. Éste habla de su parejita, mitad en tono de padre, mitad en tono de amigo mayor de la familia de ella, mitad en tono de franco "querido" de la moza. Cualquiera de las modalidades me trae sin cuidado. Por su parte me cuentan que pertenecen a la última tanda de excursionistas españoles a Bulgaria en ese verano de 1972; que se enrolaron en el viaje a Estambul; que a Adelita se le perdió el pasaporte, y que la pega más aguda que surgió para la confección de otro pasaporte nuevo fue la de hacerse unas fotos, porque (según el muy bien aderezado relato de Anselmo) parecía que algunos turcos desaprensivos habían querido especular con el detalle de las fotos en cuestión... para haberse beneficiado a Adelita! Pero claro que allí estaba Anselmo, de guardián, de padre, de hombre, de follador él también... qué cojones..., para no tener necesidad del concurso de ningún hereje de aquellos....

Reconozco que me entretuvieron, y casi puedo asegurar

sin petulancia que, tan bien, tan bien le caí a Adelita que, de haber coincidido nuestros días de estancia en Albena, seguro que la hubiera tenido como compañera de más de una siesta. Pero a estas alturas es disparatado, suicida, iniciar ningún flirteo.... Es disparatado todo, todo absolutamente, excepto hacer saltar por los aires a toda esta partida de chambones impunes.... Ya no hay tiempo de nada, excepto de tratar de salir de allí como sea, y pensarlo con tranquilidad en casa....

Hemos quedado en ir con Renata y Vilma al aeropuerto después de comer y a la hora en que sospechamos que va a estar de regreso el avión. Se le han calculado ocho horas para hacer el viaje de ida y vuelta, de forma que a eso de las 5:00 pm., o las 5:30... debe estar en Varna. Bajan Antoñita y Monse y se unen al grupo de Adela, Anselmo y yo. Pero se ve que no quedan ganas de nada. Las cosas han alcanzado ya el techo de permisividad hace mucho tiempo, y si se habla de ellas no es ciertamente para arreglarlas sino para tratar de zafarse uno de la aguda contrariedad. Estamos en manos de estos prójimos, y todo lo demás es cuestión sin importancia. Mientras Anselmo cambia impresiones con mis compañeras, Adelita monopoliza durante un rato mi conversación. Son, sin lugar a dudas, una extraña pareja. Y ahora se me hace cada vez más patente que me la hubiera tirado de muy buena gana a esta loca de Adelita. Pasando un poco por alto el vello que la asoma por la mejilla y el labio superior, tiene una arquitectura utilizable...

Ya he dicho, me parece, que se nos había proporcionado nuevos bonos de comida. Ahora sí que el Dorostor tiene que ser nuestro punto de reunión obligatorio y nuestro punto de estancia, y

de espera, y de cabreo. Me pongo a pensar en quién habría sido el ocupante de la habitación que me ha tocado ahora. El que fuera, se ha ido, y su imaginada personalidad no hace sino enconar la vigencia de nuestra varadura que ya empapa todas las manifestaciones. La rotura de las amarras, por una parte, y nuestro encallamiento, por otra, permean todos mis resortes referenciales, me condicionan; aún más, me determinan. Y por si fuera poco, estoy cansado. El madrugón de turno me ha vuelto a desarmonizar mis fuerzas... Así que abogo por irnos a comer ya, aunque no es más que la una menos cuarto, porque yo me voy a tumbar la siesta hasta las cuatro y media, en que hemos quedado con Renata para volver al aeropuerto. Comemos sin más trámites y yo me echo la siesta. Aun sin dormir, asimilo plenamente el descanso. Me acoplo perfectamente a la dejadez que me propone mi estado físico. Y dejo pasar las dos horas y media...

En el hall están ya Antoñita y Monse. Las dos se han cambiado de algo de ropa: la una, de falda; la otra, de camisa. Debajo del jersey de Monse, abierto, y a través de la blusa blanca que lleva perfilo más claramente ahora la hechura de su sujetador. Es, en efecto, del tipo rígido y grueso. El seno queda perfectamente clausurado e inmóvil, restringiéndole la sugestiva oscilación a que se abandona cuando el sujetador es más flexible.

Nos vamos al aeropuerto con Renata y Vilma y con Adrián, el chófer del viaje a Estambul, y en la misma furgoneta. Son las 4:45 pm. Se nos vuelve a decir cosas que en una situación normal hubieran parecido inútiles pero tolerables. Ahora suenan a irresponsable slogan: como que el capitán lo más seguro es que

nos traiga los billetes para nuestro pasaje; como que los de Cerva han estado seguramente en el aeropuerto de Barcelona, y han arreglado con el capitán cualquier extremo concerniente a nuestros intereses y a nuestra situación; como que los búlgaros no saben nada de nada, ni son responsables de nada de nada; como que, en fin... que aquí en Bulgaria se mantiene una estrecha comunicación con los caciquillos de Cerva en España, etc., cuando la única verdad que agigantadoramente se ha impuesto como irreversible es que son todos una partida de hijos de puta sin paliativos...

Sin embargo me alegra equivocarme en el extremo de la tardanza del avión: supuesto que es un cuatrimotor de hélices y no muy de última hora, calculaba yo que por lo menos hasta las siete no llegaría de regreso a Varna, concediendo, así, cuatro horas y media para cada uno de los tramos de vuelo, sin escalas; y otra hora más de escala y abastecimiento en Barcelona. Por lo que fuera, el tiempo total empleado fue de ocho horas y media... El avión, en efecto, parece que ha llegado. Les digo a las chicas que me esperen, que voy a hablar con el capitán. Renata y Vilma desaparecen después de indicarme que el capitán es de tales y cuales características, y que además es el único con uniforme, en el sentido técnico de la palabra. Son las 5:30 pm. en punto. Desde luego, Renata y Vilma han estado hablando con ellos de antemano, me refiero con el capitán y los pilotos, desde el mismo momento de bajar del avión en la pista....

Ahora le veo venir, acompañado de dos subalternos, también con uniforme, pero sin distintivos de rango. Parece un hombre agradable, más bien bajo, de unos 45 años, de gesto blando

y asequible. Le abordo, me presento, le digo que si habla inglés, me dice que un poco, paso a explicarle en agitada síntesis quienes somos y lo que nos ha pasado; a que tenga la evidencia de que se trata del caso de esta mañana, de los tres pasajeros que se han quedado en tierra, etc., etc.,y.... Lo previsto. El hombre no puede ser más comprensivo. Desde su responsabilidad técnica y sola incumbencia de llevar a los pasajeros a su destino, y devolver a su punto de partida el avión y todos los tripulantes, me dice que lo único que le habría correspondido a él era dictaminar si hubiera habido sitio o no para nosotros tres; y que su opinión era que nos habrían podido acoplar en unas banquetas en los espacios de junto a la cabina de la tripulación y también de la cola. O sea, que desde su punto de vista técnico él se hubiera normalmente comprometido a sobrecargar aún más el avión con nuestras tres plazas "sin sitio"....

Era muy tentador, ante tales explicaciones, haber dado expansión al despecho y a la rabia contra aquellos a quienes en último caso les correspondió dictaminar sobre el sí o sobre el no. Pero no quise que la especialidad del momento nublara la visión crítica del problema...

–No, gracias–, le dije–. Comprendo su buena intención, pero prefiero haberme quedado en tierra; y mis amigas creo que también.– Me siguió diciendo lo que yo me había ya figurado: que no tenía la menor idea ni el más mínimo cometido respecto a ninguna otra cosa; que no había recibido ningún otro encargo de ningún tipo; que no había visto a nadie en Barcelona; que no había llegado a salir del avión, y que su sola misión la había cumplido felizmente.....

Le creí. Le creí del todo. En un inglés elementalísimo me dijo todo aquello de una manera tal, y con una eficacia de ademanes sencillos e incontrovertibles, que supe que decía la verdad. Además, era lo lógico; no podía ser otra cosa. Así que le dí las gracias, le aseguré que no tenía más importancia, me despedí de él y regresé al lado de mis compañeras. No les hizo gracia, desde luego, y arreciaron sus naturales comentarios en detrimento de la reputación de Renata y Vilma... Por cierto, ¿dónde estaban? Esperamos un rato, sentados en una de las bancas deslustradas. Algunas de las mujeres de la limpieza estaban por allí dando pasadas, transportando indolentemente los útiles de su trabajo y mirando a ninguna parte, a veces ni aun a nosotros. Tal vez por la expresión de desahuciado exiliamiento que debe dejar traslucir el gesto nuestro, ya ni las mujeres de la limpieza del aeropuerto nos miran. Todo aquello se va quedando vacío. La sobriedad es la característica: mostradores de madera, sin más; paredes con pintura vieja, aunque bien aplicada; bancos rústicos; suelos de baldosín sin refinamientos. No se ve tráfico de viajeros, ni de entrar ni de salir. Allí no hay nada de nada excepto nosotros tres, a merced de lo que pueda ocurrir, o de lo que quieran que ocurra. Tengo la impresión de que tanto las chicas como yo estamos más que convencidos de que no hay nada, absolutamente nada que decir. Sólo nos queda esperar a que nos saquen de allí.... Y para eso debemos, por lo pronto, cooperar con Renata y Vilma que....

Acaban de entrar en el hall, de no sé donde, con cara híbrida, como incapaces de soportar tanta patraña como las circunstancias las están obligando a ensartar....

-!!j

-Nos volvemos a Albena. Pero antes pasaremos por el centro de Varna, pues vamos a telefonar.

¿Para qué hablar? Todas las explicaciones sobran. La cosa no tiene vuelta de hoja. Gastar energías en dialéctica sería pueril a estas alturas. Así que nos dejamos llevar. Las razones del capitán del avión nos han abastecido de toda la evidencia, y más, que hubiéramos deseado. Otra vez a la furgoneta, con Adrián al volante. Nos vamos al centro de la ciudad porque Renata y Vilma tienen que hacer unas llamadas telefónicas, según parece, respecto a algo que nos incumbe a nosotros. Adrián se marcha solo y ya no le volvemos a ver más. Adiós, hombre. Se portó muy bien en el viaje a Estambul. Y ahora recuerdo que al regreso me pidió, a mí precisamente, que me hiciera cargo de unas baratijas que había comprado en el Gran Bazar, sólo para pasar la frontera. Y así lo hice con mucho gusto. Luego, al final del viaje, sugerí una colecta de buena voluntad como propina. El hombre recordaba asimismo estos extremos de mi generosidad, y consecuentemente estaba agradecido. Adiós, Adrián; adiós, hombre.....

Esperamos dentro de la telefónica a que Renata y Vilma hagan sus llamadas. Nos han dicho que quieren hablar con Sofía para saber a qué atenerse con nuestro caso. Bueno. Ni lo negamos ni nos lo creemos. Esperamos simplemente. Por cierto que la telefónica está de bote en bote. Es pequeña y anticuada, con las cabinas rústicas, de madera renegrida y churretosa, como era de esperar. De bote en bote. Renata viene y nos informa que tengamos paciencia...(!): que están intentando llamar a Sofía a informarse de

nuestro asunto, y que todavía no han podido comunicar. Se la nota cara de preocupada. Por mucho que acate uno órdenes de arriba o de donde sea, la rociada de quejas y de consideraciones que están teniendo que encajar estas criaturas es suficiente para poner a prueba su temple y su preparación. Y Vilma y Renata están haciendo agua. Se las nota preocupadas, cansadas y dolidas. Y empezar a sentir pena por ellas es casi como empezar a olvidar que estos hijos de puta responsables de la organización del viaje se merecen que se les bañe en mierda un mes entero, a diario....

Renata y Vilma llegan ya. Que han hablado con Sofía, efectivamente, y que mañana debemos coger el primer avión (hijos de la grandísima puta..., otro, el.... penúltimo madrugón!), el de las seis y media de la mañana exactamente, y que en Sofía se harán cargo de nosotros. Que aunque mañana nos lo puntualizarán, de todas formas nos dan ahora los nombres de las personas a quienes debemos llamar en cuanto lleguemos al aeropuerto....

–A ver, apuntar vosotras también, niñas.... Sr. Gatev, Sra. Yonkova..., Sr. Burdu... Bueno, pues ya lo sabemos. Ahora, si queremos, regresamos con ellas a Albena..., en el autobús.

Sí, creo que vamos a regresar, a ver...! Antoñita y Monse piensan como yo. Una cena pronto y a la cama. En una parada oficial que hay de camino al autobús, Renata hace una gestión con un taxista. Nos dice que nos recogerá en Albena a las 5:30 am. del día siguiente, para estar en el aeropuerto a buena hora; y que ella misma, Renata, nos acompañará. Vilma se queda en Varna, así que nos despedimos de ella, definitivamente. Y de este día no quiero recordar más....

2 de octubre

Estamos levantados, qué salvajada!, a las cinco de la mañana. Completamente de noche. Otra vez con el equipaje preparado, que en mi caso no llegué prácticamente a deshacer, por haber dejado en la parte de arriba de mi cartera las cosas del afeitado y de higiene. En el comedor se habían quedado listos la noche anterior unos servicios de desayuno: nescafé para preparar con agua caliente, y unos trozos de pan. Dispuestos. A esperar al taxista, pues son ya casi las cinco y media. Sacamos los bultos al hall, junto a la misma puerta de salida. Hace frío y está absolutamente oscuro. Las chicas están calladas. Por un prurito enfermizo de armonía conciliadora, me esfuerzo en puntualizar a Renata que nuestro estado de ánimo es bien justificado; que no es nada contra ella, ni contra nadie, pero que es contra todos; que hay que desplegar una rabiosa fantasía para superar la colección de atropellos y de marranadas con que los responsables de este viaje se han cebado con nosotros; que la sumisión a las órdenes de las altas jerarquías tiene un límite, a la hora de pretender una exención de responsabilidades; que si ella, Renata, presumía que sus funciones de guía con las partidas venideras de españoles iban a tener esta misma andadura tan ingrata, lo mejor sería pedir el traslado o lo que fuera (ya son más de cinco minutos de la hora); que ahora que ya ha pasado todo, es evidente que no nos impulsa ningún revanchismo ni ninguna crueldad mental hacia nadie; que si el turismo de Bulgaria quiere procurarse un mercado de españoles debe inmediatamente desasociarse de los mangantes de Cerva,

porque de la manera en que están haciendo las cosas el descrédito lo tienen garantizado (ya pasan diez minutos de la hora. Antoñita y Monse consultan los relojes, pero no dicen nada)....

Renata está confusa, tirante, y a su vez consulta el reloj. Seguimos hablando, más que hablando, echando balones fuera, tensos todos porque todos asimismo estamos asistiendo a algo muy duro de creer como lo es la minuciosa confabulación de tantos resortes en perjuicio nuestro. En estas circunstancias, el no estallar en pedazos es algo que está por encima o por debajo pero de cualquier forma fuera de los límites humanos (pasan ya veinte minutos... y estos tíos cuando quieren son puntuales... me cago en sus muertos, una y cuarenta mil veces). Es imposible evitarlo. Antoñita y Monse se disparan, cada cual a su manera, mitad atontadas, mitad gripadas por la indignación en que todos, todos, estamos empapados. Es sencillamente demasiado. Y para sorpresa mía (sorpresa donde se funde la incredulidad, la vergüenza, la pena, el despecho y la repugnancia ante muchas de las cosas que entendemos como privativas de los hombres), digo que para sorpresa mía, Renata se echa a llorar. ¿Llegaría su fingimiento al punto de llorar? ¿Tendría cabida el llanto en su programa de cinismo y observancia de los lemas impuestos por sus jefes?...

Mi alma, blanda por naturaleza, lo creyó; creyó que Renata lloraba de verdad, y que verdad era también lo que nos intentaba contar jipando: que había quedado con el taxista la tarde anterior, y lo que es más, que le había pagado; que las instrucciones eran claras y que no comprendía qué estaba ocurriendo; que era muy difícil quitarnos de la cabeza que toda Bulgaria se había

confabulado para estrellarse con nosotros... Me cago en la puta hostia... aquel coche... aquel coche... venga, que viene aquí. Nos enchufa con los focos, todavía sin entrar en los paseos de frente al vestíbulo. Renata sale y le hace señas con las manos. Ahora se acerca. Es el taxista, el cacho cabrón.... Media hora de retraso. También huelgan las explicaciones por nuestra parte. Sólo Renata cambia con él unas palabras. Por los gestos del tío me parece entender que se ha tratado de fuerza mayor... vaya Vd. a saber! Nos empaquetamos a toda prisa dentro del coche y salimos arreando. Son las seis en punto. Como no hay nadie por la carretera, en 20 minutos estamos en el aeropuerto. Renata saca allí mismo los billetes con dinero que llevaba preparado al efecto, y nos los da. También nos vuelve a repetir los nombres de las personas a quienes debemos llamar en Sofía, y el número de teléfono. Facturan el equipaje de las chicas y echamos a andar por el pasillo hacia la puerta que da a la pista. Antes de traspasar la puerta, nos detenemos un momento... Renata quiere sonreír; nos extiende las manos; parece más pálida y más escurrida que de costumbre; sus pómulos han adquirido una leve prominencia... Avanzo hacia ella y rozo sus dos mejillas con un beso a medio despuntar. Las chicas sólo la dicen adiós....

Salimos y vemos el avión, el único que hay allí enfrente de nosotros, y nos subimos a él. Somos los últimos. Nada más subir, quitan la escalerilla. Es un bimotor pequeñito y está atestado. Estos búlgaros son unos madrugadores de cojones. Nada más acomodarnos se pone en marcha. La duración prevista del vuelo a Sofía es de una hora y tres cuartos. Sigue siendo de noche. Los

cinturones, apretados. Monse y yo hemos caído juntos en un compartimiento de dos asientos, y Antoñita en el asiento de junto al pasillo de la otra parte, a la misma altura. Los motores están haciendo trepidar todo el avión. Echamos a correr, más, más aún.... Tppppp.... ya hemos levantado el morro, e inmediatamente la cola. Estamos en el aire. Tengo la mano izquierda de Monse cogida y apretada, pero no la miro a ella. Respiro. La trepidación sigue siendo fortísima. El avión es de unas 40 plazas. Las hélices parece que se mueven hacia atrás, y otras veces que se quedan quietas, inmóviles.....

El avión cumple y prosigue, terco, su ruta. Pasa un rato. Empieza a amanecer. Como a golpes se va abriendo el ámbito, dejando pasar brechas de fuego, en explosión. Le digo a Monse que eche las cortinas de la ventanilla. Nos aproximamos a Sofía, de acuerdo con el horario estipulado. Sale el tren de aterrizaje, descendemos, enfilamos la tira de asfalto después de unos suaves bandazos de estabilización..... Tttttpppppphhhh..... aterrizamos. El avión es de los que se quedan un poco en cuesta cuando están quietos. Bueno, pues ya nos encontramos en Sofía, cosa perfectamente fuera de programa. He venido adormilado todo el camino y hay que espabilarse. Bajamos, seguimos al grupo que ha tomado la delantera y nos hallamos rápidamente en la sección de recogida de equipajes. Muy en la línea de sobriedad que caracteriza al país, el aeropuerto no puede destacar por nada especial (Luego nos enteraríamos que también los alemanes habían llevado a cabo la puesta a punto de las instalaciones, que desde la Segunda Guerra mundial seguían prácticamente siendo las utilizadas). Equipajes

recogidos. Ahora, a comunicarse con aquella gente. Se me presenta en toda su disparatada transcendencia la realidad de tener que depender de lo que nos quieran hacer, así como suena; de lo que nos quieran hacer...

Como no es cuestión de hablar desde un teléfono público, me acerco al mostrador de las líneas Balkan (bueno, aquí todo es Balkan), les explico nuestra situación y acceden a dejarnos telefonar desde su aparato....

–Hullo, hullo... Mrs. Yonkova, or Mr. Gatev..., or Mr. Burdu... Do you speak English?... French? Just one moment... Monse, que me dicen que hablan francés, coge tú el aparato.

Monse coge el teléfono. Espera con él pegado a la oreja unos segundos, que aprovecho para recontarla apresuradamente las cosas que quiero que diga... Oye...que, bueno, que estamos aquí... y que venimos de Albena, y que nos han dicho que..., que no nos movamos del aeropuerto... Sí, eso, que....

–Halo, haló– (Monse empieza a hablar)– Madame Yonkova...? Se la entiende todo a Monse perfectamente. Por sus gestos y por lo que dice parece que no hay mucho que discutir....

–...que nos esperemos aquí, que vendrán a recogernos, no?... Bon, merci–

Y cuelga. Efectivamente, que se ha puesto la Yonkova esa, quien sea, y que nos ha dicho que nos esperemos aquí en el vestíbulo del aeropuerto, que ahora viene un guía por nosotros...

Así que, a esperar; a esperar siempre. Colocamos los bultos donde menos estorban, todos juntos y sin perderlos de vista, y nos separamos un poco hasta una cantina donde dan café y bollos.

Luego nos sentamos junto a los equipajes. Nos han dicho que una hora, que una hora tardaría en venir quien fuera. Y la única recompensa que le queda a uno en casos así es jugar a los acertijos. ¿Quién será; qué cara tendrá quien venga? Podría ser aquel tipo... No, no creo. Tiene pinta de cualquier cosa menos de enviado...

Lo que en circunstancias propicias no deja de ser atractivo, esto es, sentarse en un aeropuerto a ver pasar gente, y ver caras, gestos, reverberaciones distintas de ese idéntico espejo que es la vida, ahora sólo ofrece.... ahora sólo ofrece... Parece como si el aire se hiciera cómplice de algo que no acaba de formularse... Junto al kioskillo de prensa, un poco más allá del mostrador desde donde hemos hablado por teléfono acaba de pararse una joven, con gabardina y bastante guapa, por lo menos atractiva... Sí, puede ser, y va a ser, quien sea, que viene a buscarnos. Me hago el visible... me hago entender que somos nosotros los que estamos esperando... Eso es, se acerca con ademán decidido y.....

–Are you from Balkan Tourist?–, inicio....

–Oui. Et vous, de Albena, ne-c'est-pas? Je m'appelle Valentina.–

Valentina está inmensa, mundial, automáticamente inmensa, buenísima. Pero ya no ha lugar para deportes, y desgraciadamente se debe notar que nuestra única y esencial incumbencia es salir de Bulgaria. A mí me avergüenza reconocer que mi espíritu no pueda disponer de más recursos para atender los distintos e irreconciliables frentes que se le presentan.... Salir de Bulgaria, como sea, porque las fechas no admiten manejos....

Valentina digo que está muy buena: cara saludable y, al

tiempo, de íntimos perfiles; gesto desenvuelto... Sólo habla francés, así que pasamos a Monse los tecnicismos de las explicaciones. Parece que no la caemos mal, aunque Valentina poco puede hacer excepto poner cara de comprensiva sonrisa a nuestra descarga de reivindicaciones... Ahora voy recordando que bonito-a se dice 'jubabí' en búlgaro, y sin más preámbulos, y ante la contemplación de chicas que van y vienen en lo que dura nuestro trayecto hacia un taxi, enhebro la siguiente rima:

Les femmes de la Bulgarie
sont tres 'jubabí'!

con la celebración presunta de Valentina y la mirada irónica de Antoñita y Monse.

Nos llevan al Hotel Balkan, en el mismo centro de Sofía, y nos alojan a los tres en una gigantesca suite-apartamento (que, según nos enteramos luego, había servido de sede en otros tiempos a no sé qué embajada), formado por una enorme habitación-recibimiento, de techo alto; otra habitación, la que me han destinado a mí, con un tresillo amplio, mesa, sillas a discreción; el dormitorio propiamente dicho con una sola cama cuadrada, enorme, y que es el destinado a mis compañeras; y el cuarto de baño, convencional, aunque completo y con buena pinta.

–Joder, qué habitaciones más cojonudas, pero en otras circunstancias–, me atrevo a expresar.

Desplegamos de nuevo nuestras cosas más necesarias, y aprovechando que las chicas tienen mucha más impedimenta, me doy un baño de agua caliente. Son las 11:30 am. Valentina ha quedado en recogernos a las doce con la esperanza de traernos

noticias frescas, pues nos ha dicho que se pondría en contacto una vez más con sus jefes de la Oficina Central de Turismo, a ver qué pasa.

Les dejo el cuarto de baño a las chicas, y echo un vistazo. Lo único malo de la suite-apartamento es que da a la calle, exactamente a la plaza de Lenín, y hay ruido. Mi cuarto es estupendo, aunque preferiría una cama normal en vez del chesterfield éste por grande que sea.... La loca de Antoñita sale del baño con un montón de ropa interior que acaba de lavar apresuradamente, y la va dejando por todos los radiadores y repisas. Porque se me había olvidado decir que ésa era y seguiría siendo una de sus grandes manías, la de dejar todo el mayor espacio posible cubierto de bragas con calados y encajes y floripondios, y sostenes y trapos de uso interior en un verdadero despliegue de mal gusto, sobre todo si de verdad pensaba que la cosa era indicativo de higiene y de urbanidad. Monse y yo nos hacemos gestos de estar en el secreto, pero nada más. La posición de Monse es claramente delicada: no puede romper con Antoñita por razones elementales; pero al mismo tiempo no puede evitar hacer equipo conmigo respecto a todo lo que signifique estar en la vida con normalidad y evitar conscientemente los visionarios desafueros propios de las mentes enfermas. Así que Monse y yo nos hacemos gestos de entendimiento. Es lo menos que nos podemos hacer.

Valentina llega a las doce en punto. Nos dice, de momento, que en el Hotel Balkan podemos estar con toda comodidad, y que tenemos autorización para firmar simplemente las facturas de nuestras comidas en el restaurante de abajo. La

asietamos a preguntas, pero la verdad es que la chica no nos puede contestar a nada concreto, y mucho menos convencer. Lo único que cabe es esperar. Insistimos en la responsabilidad de la organización turística búlgara al haberse asociado con los de Cerva, y que tanto unos como otros, solidariamente, se deben ocupar del caso. Valentina nos escucha, nos lleva la corriente, pero no puede hacer nada. Tiene órdenes simplemente de que nos acomodemos lo mejor que podamos y de que la espera se nos haga lo más suave.... Se nos hace ver que estamos como paquetes, y que sólo nos sacarán de allí cuando tengan todas las plazas vacías del primer vuelo disponible, y donde nos puedan usar como justificación... Hijos de la grandísima puta....!

Pero Valentina también tiene la lección bien aprendida, y ante nuestras presiones, y supongo que por llevarnos la corriente, nos acompaña a un par de agencias Balkan Tourist, todas estatales, donde nos confirman que no hay nada disponible en donde nos puedan acomodar rumbo a España. No hay nada disponible, no hay plazas, así de claro y de elemental. Se nos hace sopesar la posibilidad de que tal vez pagándonos de nuestro bolsillo los pasajes, podríamos conseguir billete....Ah, ya veo.... Tal vez si nos pagamos por segunda vez los pasajes podremos salir de aquí. La cosa está clara; y más claro aún, que un dinero así es de todo punto irrecuperable.....

Y sin embargo no hay más remedio que probar. Si el dinero tiene algún valor, ahora hay que probar como sea. Puesto que (ocioso es decirlo) al final de las vacaciones carecíamos los tres de efectivo, ofrezco negociar mis talones contra un banco

canadiense. Tengo la impresión de que eso aquí en Sofía no puede verificarse, sobre todo con prisas de última hora. En cualquier país de lo que se entiende por Occidente sí sería factible, pero aquí me parece que no. De cualquier manera me arriesgo a que un banco búlgaro me acepte el talón por valor de los tres billetes a Barcelona o a Madrid; y a que, tanto mis amigas (que me devolverían su parte cuando pudieran, en casa) como yo perdiéramos esa cantidad, unas 16.000 pts., cada uno, entre pitos y flautas.

Es casi la una. Valentina consulta su reloj resueltamente y nos encaminamos al Banco Nacional a pie y a toda prisa. Llegamos. Subimos las primeras escalinatas, flanqueamos unos tremendos pórticos de columnas y allí nos detiene enérgico un gendarme. Que ya ha cerrado el Banco; que acaba de cerrar a la una y que no hay nada que hacer... !Me cago en su puta madre sesenta millones de veces....! Valentina insiste, enseña mi talonario, nos señala a nosotros... Muy grave debe haber pintado el panorama, porque el gendarme la dice así, con la mano, que....venga!.... que pase..., que por él.... pero que si la sacan a rastras. Valentina sigue subiendo escaleras y desaparece. El guardián y nosotros tres nos quedamos allí, a mitad de la escalinata. Yo no puedo más, y me siento. Ya me he hecho a la idea de que estoy viviendo una pesadilla y que es inútil atajar, oponerse al curso de las cosas. Una pesadilla de la peor especie, en los momentos más insospechados, con una falta absoluta de motivación o provocación por parte mía. Las chicas están calladas mirando a las paredes. El gendarme, indiferente, con cara de aburrido. Yo, abatido, temiendo que mis células quiebren del todo y entonces sí que sería el fin completo.

Mientras me queden fuerzas –me digo–, mientras me queden las manos y la boca, y la frente y las piernas...! Y me toco pulcramente todo lo que voy susurrando, para afianzarme, para acompañarme. Mientras me sienta vivo no es viril desesperanzarse, me digo. Y así, aparto de mi frente la maraña de obstáculos que me asfixia y me sigo diciendo que hay que resistir y resistir... Y Valentina que viene por allá arriba.. Hala, en marcha otra vez....

–!¡

Nos dice que..., nada; que en nuestras circunstancias ningún banco búlgaro negocia con un banco canadiense... que..., bueno, que no puede ser. Me devuelve mi talonario y a empezar todo otra vez de nuevo. La verdad es que no sé cómo reaccionar. Por una parte me acabo de ahorrar casi cincuenta mil pesetas, pero por otra es evidente que hemos quemado la última nave de nuestra flota personal para salir de allí. Valentina, aún en tan poco espacio de tiempo que llevamos juntos, se está dando cuenta de que se nos ha hecho una putada de grandísimo calibre, y a veces la es imposible insensibilizarse ante la cadena de infortunios que nos sigue lloviendo. Nos promete que se pondrá al habla con nosotros tan pronto como tenga noticias; que nos vayamos al hotel a comer y a descansar y que no nos preocupemos, que no nos preocupemos de nada, que todo se arreglará, y que ella nos acompañará y nos ayudará en todas las gestiones que necesitemos. Comprobamos que el teléfono que nos dieron en Albena es el correcto y es el que corresponde a Valentina también. O sea, que Valentina depende directamente de los jefes de turismo de quienes nosotros dependemos directamente. Bueno. Valentina nos deja en el hotel y

se despide de nosotros hasta el día siguiente, hasta que se nos pueda conseguir un pasaje de vuelo.

Son casi las dos y tenemos hambre. Pero antes de comer se me ocurre que tal vez pudiéramos dar un toque nosotros personalmente a los de la oficina central de turismo, y... explicarles, decirles... Monse se presta a hacer la llamada. Nos metemos los tres en la cabina, dejando la puerta medio abierta. Le recalco a Monse que machaque exclusivamente el mismo punto: que la Balkan se ha asociado con los de España, y que si estos últimos son unos hijos de puta y nos han dejado tirados, los de la Balkan, a menos de ser unos hijos de puta igualmente redomados, deben hacer algo, tienen que, deben.....

–Haló, haló.... ¿Madame Yonkova? Oui, oui....

–Bla, bla, bla....– (Que les digas que es inconcebible que se irresponsabilicen de algo que sus socios han originado–, intervenía yo).

–Bla, bla, bla...– (Que no pueden dejarnos desprotegidos a menos que nieguen tener algo que ver con sus socios de Cerva–, seguía yo)

–Bla, bla, bla....– (Diles lo mismo, diles lo mismo – apuntaba yo furioso, una y otra vez... Me cago en su puta madre..)

Monse cuelga. No hace falta que nos dé explicaciones. Por las cosas que ha estado diciendo en un francés cada vez más impecable y más vehemente, he podido reconstruir la especie de infundios que se decían al otro extremo del hilo. Efectivamente, han estado diciendo que conocen nuestra situación y que están haciendo todo lo posible....

– Me cago en sus muertos, cacho hijo putas. Venga, vamos a comer antes de que nos pase algo de tanta mala leche como estamos criando, por lo menos yo...

La comida es lo único reconfortante. Nos bebemos una botella de vino tinto entre los tres y nos subimos los tres al mismo tiempo. La loca pseudo-ninfomaniaca de Antoñita tiene todos los radiadores, repisas y salientes del piso llenos de porquerías cuya contemplación lo único que me produce es un amorcillamiento erótico. Como no puedo desmarcarme de ella y quedarme con Monse, me echo la siesta. Ya me han colocado la ropa de cama. Las chicas creo que también se acuestan. Dejo transcurrir casi cuatro horas largas. Son las 7:00 pm. Me parece que a todos nos pasa igual, que no nos atrevemos a marcharnos por ahí, por miedo a que esta gente nos llame, y al no estar puedan justificar nuestra pérdida de derechos... Me levanto y me voy al cuarto de baño. Antoñita ha retirado sus pingos. Menos mal. Me lavo y a continuación llamo en el cuarto de las chicas. Las dos me dicen que pase, al mismo tiempo. Las digo que no quiero nada: charlar un poco y saber lo que opinan sobre el particular. Me fijo en que la cama no es de una pieza, sino de dos; dos colchones o particiones, aunque con una misma cabecera. Monse ocupa la parte de acá, de junto a la puerta. Me siento en el borde de su cama, y su cuerpo alargado recorre por debajo de la ropa toda la longitud del colchón. Es pintoresco, hasta ridículo verlas allí a las dos. Monse, por compañerismo, haciéndose la discreta con mérito y paciencia de santa. Antoñita, sin querer darse cuenta de que su sola presencia ya es la más insufrible de las provocaciones. Charlo un rato con ellas

mientras tanteo jugueteando por encima de la colcha el cuerpo de Monse. Es algo tan inocente, que ni me recato. Se lo dedico a Antoñita para que de una vez por todas se entere de que es con Monse con quien quiero estar, y no con ella; para que se entere de que mi capacidad de comprensión y de cortesía tienen como límite natural el que no se me confunda con el mal gusto o con la memez. De pronto, y aprovechando Antoñita su observación atenta de una pasada acariciadora que le hago a Monse, se permite la siguiente impertinencia:

– Como le dejes a Manolo que siga así, te llevas un niño a España–

¿Pero qué sabrás tú de niños, so mema; si a lo mejor te crees que los niños se hacen por leer las *Rimas* de Bécquer....!?

Son las ocho menos cuarto. Las chicas se van a levantar, y yo me voy al salón grande, a escribir. Se van a dar una vuelta por el hotel y hemos quedado en vernos a las 10:00 pm. en el hall, para cenar algo. Me paso escribiendo el resto de la velada. Escribo con furia, en atosigantes raptos. Hago un borrador de diez páginas con las cosas más notorias del viaje. Anoto en ráfagas violentas tal o cual detalle en papel aparte, porque las cosas que quiero rescatar se me atropellan y agolpan. Y además me he percatado definitivamente de que la experiencia de una sentada intensiva de escribir es una de las realidades más apasionantes y viriles. Es un empeñado esfuerzo que bien merece el intentarlo. Algunos de mis mejores escritos, si cándidamente se me permite hablar así, han nacido bajo los auspicios de la inspiración y el trabajo violentos; se han confeccionado, al menos en sus líneas maestras, en una sola

sentada. Claro que ello hay que entenderlo como el punto final de una grávida incubación. Recuerdo vivamente que así escribí mi ensayo sobre Góngora, encerrado seis horas en el cuarto piso subterráneo de la biblioteca de Queen's, sepultado en libros; y lo mismo con mi "Investigación y creación"; y con mi estudio sobre Don Juan; y sobre la picaresca; y sobre Lope y Juan Ramón; y casi todas mis demás ponencias y comunicaciones; y mis investigaciones y estudios, y ensayos, y papeles y poemas.... La mayoría han nacido así, por el típico proceso de madurez expansiva y propagadora que necesariamente había de desembocar en el papel, en el vertimiento prolongado y doloroso de unas cuantas horas....

Así, así me puse a escribir en el inmenso salón del Hotel Balkan, hasta consumir las dos horas fijadas. De vez en cuando me paro a observar las manifestaciones del mundo exterior y percibo el chirrido ruidoso de los tranvías que sesguean esta plaza de Sofía. Ya hace rato que ha oscurecido. El neón brilla donde puede, aunque no muy profusamente. Estamos en un país socialista. Recojo los papeles, los ordeno. Estoy satisfecho, impregnado de una vaga justificación que me alcanza hasta ese momento; así como en paz con la vida. Me voy abajo. Las chicas me esperan y pasamos a cenar. Me dicen que han salido a dar una vuelta por la plaza; que han visto unas tiendas muy bonitas de ropas regionales, etc., etc. Después de cenar nos sentamos en el hall en unos sofás grandotes y destartalados, pero cómodos.

– También ha sido mala pata el no haber podido negociar mis cheques.

– Porque son personales–, dice Antoñita.

–!Qué personales ni pollas... Porque esta gente no tiene relaciones habituales, o por lo menos tan intensas como a las que estamos nosotros acostumbrados, con otros países del Oeste....

– Y porque tendrían que haber sido cheques de viajero...

– Que no, joder, que no. Con estos cheques, y en circunstancias parecidas, he pagado todo lo que me ha dado la gana, y desde España, además.....

– Bueno, lo que tú quieras, pero esos cheques aquí no son corrientes–, terquea Antoñita.

– Me cago en la leche puta... Parece mentira que habiendo trabajado toda tu vida en un Banco no tengas ni idea.... Pasa que esta gente de aquí tendrían que confirmar que los cheques tienen fondos, y todo eso les llevaría cierto tiempo y ciertos gastos de transacción, y que no se quieren molestar....

Antoñita, en efecto, ha conseguido ponerme de mala hostia con sus jilipollices. La verdad, yo no entiendo de operaciones bancarias ni discuto de ellas. No descarto que Antoñita, técnicamente, tuviera su parte de razón. Aseguro, simplemente, que en un país del bloque de Occidente el asunto se habría resuelto y habrían aceptado los cheques contra un Banco canadiense. Eso es todo.

Son las once de la noche. Monse no ha dicho una palabra. Y yo estoy furioso porque no surge ninguna ocasión de quedarme a solas con ella...., no veo manera, nada. Aunque no tengo sueño estoy cansado, así que me subo a acostar. Las chicas se quedan un rato. Ya saben que dejo la puerta sin cerrar del todo, con

la llave puesta por dentro. Recalco que mientras que la llave no esté en la casilla de recepción, es que estamos dentro alguno de nosotros.

3 de octubre

No he dormido bien. Como me suponía, el ruido de los tranvías desde las primeras horas de la mañana me ha hecho polvo y no he podido pegar ojo después de las cuatro o cinco horas de sueño primeras. Oigo ruidos. Deben de ser las chicas. Y lo son, por lo menos una de ellas que me ha adelantado en el uso del cuarto de baño.....

– Hulló, hulló–, grito desde la cama.

– Buenos días, Manolo–, me contesta Monse.

Así que es Antoñita la que está en el cuarto de baño. Me medio visto rápidamente y me voy a su habitación.

– Hola, Monse.

Dejo entornada la puerta, me acerco y me siento en el borde de la cama de Monse; me inclino y la doy un beso en la boca. De improviso aspiro su aliento enrarecido, con olor de interioridad y poco falta para que no cometa una brusquedad torpe. Me controlo, retiro la cabeza y me quedo incorporado, como al principio. Levanto la ropa de la cama por el lado de fuera e introduzco la mano izquierda. Palpo la hondonada de entre las piernas y el vientre: Monse ha dormido con bragas. Sin pensarlo mucho, subo la mano con decisión y repaso los pechos. Monse me mira y se mueve, pero no dice nada. Me voy encrespando. La mano

quiere abarcar todo el campo al tiempo, y no puede ser, no puede ser...., sobre todo ahora que suena la puerta del cuarto de baño....

– Antoñita, soy yo que estoy en vuestro cuarto. Si quieres, me voy....

Pero Antoñita no contesta. Abre la puerta y se presenta. Supongo que ha querido que no me perdiera el espantoso atuendo de cama que lleva: blusita capeada y sostén debajo; y luego una braga-pololo-pantalón. Son las nueve. Las digo que yo me puedo quedar tumbado y que si quieren me suban un poco de café con leche, cuando vuelvan ellas de desayunar. Como Monse se va a levantar, quedamos en eso: así aprovecharé yo el cuarto de baño a mis anchas. Conque me voy a la cama otra vez. Cuando al rato las oigo salir me levanto definitivamente, me afeito, me baño con agua caliente y me cambio de camisa. Luego, sigo escribiendo. Al cuarto de hora o así, llegan las dos y me traen café con leche. No tengo ni pizca de hambre pero el café me sienta estupendo. Como Valentina nos dijo que si había alguna novedad, que nos avisaría urgentemente antes de las 10:00 am., y no ha llamado, las sugiero a las chicas que se vayan a dar una vuelta por la calle, cerca del hotel, que yo me voy a quedar escribiendo, y que a eso de las dos, que nos podemos ver en el hall.....

Les parece bien, y me quedo solo. Plenaria y reconfortantemente solo, con unas ganas inmensas de escribir y de ponerme a pensar e intentar conocer mis sentimientos y mis introspecciones. Entre escribir, pensar y recorrerme nuestro alojamiento de arriba a bajo varias veces, se me van las tres horas y pico. También ha pasado una señora de la limpieza a hacernos las

habitaciones. Todo ha quedado en orden, y yo me bajo. Es un poco antes de las dos, pero las chicas ya me están esperando, y aunque ninguno tenemos hambre, pasamos al comedor. Reunirnos a comer constituye quizás el más significativo solaz de todo el día. Pedimos el mismo vino tinto de la vez anterior, que nos ha sabido muy bueno, y de primer plato una sopa de legumbres. Comemos, charlamos de cosas intrascendentes, picoteamos algo de pan. Estamos esperando el segundo plato y... un camarero se acerca..., eso, se acerca a nosotros, nos mira, se retira bruscamente y desaparece por la salida del comedor... En este momento llega Valentina, ondeando unos papeles en la mano.... Estupor. Confusión. Perplejidad. Plenitud. Me limpio la boca con la servilleta...

–Venga, que os marcháis–, nos dice dirigiendo nuestra atención a lo que enarbola en la mano izquierda, y que colegimos que deben ser billetes de avión o algo parecido– Recoged las cosas rápidamente....

Me cago en la hostia! Ni en las películas ocurren estas cosas. Pegamos un respingo retirándonos de la mesa, dejamos la comida empantanada ante la extrañeza de camareros y comensales, y salimos los tres echando leches escaleras arriba, a nuestro cuarto. En la situación en que nos encontramos huelga decir que yo al menos tengo desplegado sólo lo más imprescindible de mis útiles. No sé las chicas. Sea como fuere, y pesando sobre nosotros la sorpresa de que nos avisen cuando les dé la gana (y así ha sido el caso) estamos en disposición de afrontar esta eventualidad. Monse y Antoñita rezongan, mientras echan de cualquier modo las cosas y

los pingos en las maletas. No han pasado ni cuatro minutos. Yo ya estoy listo. Soy el que viaja más ligero de equipaje.

– Venga, chicas. Darne alguna maleta y aprisa!..., que estos cabrones....

No hay tiempo de hilvanar ninguna frase, ni aun del tipo de las que tan bien ajustan al momento. Atragantados, con el poco de comida que nos ha dado tiempo a tomar bailándome a nivel de la garganta, bajamos en volandas, arrastrando, tirando de cualquier manera del equipaje. Ya estamos abajo con Valentina. Suelto la llave sobre el mostrador de recepción con un gesto incalificable que no dice nada porque pretende decir todo.... Estamos en la calle....

– Taxi...!!–, llama Valentina.

No, está ocupado... No comprendo las prisas de última hora, y por qué no nos han avisado...

– Taxi...!

Tampoco..., va también ocupado. No comprendo, digo, por qué no nos han avisado dos horas antes. No comprendo nada, ni falta que hace, con tal de que nos saquen de aquí...

– Taxi, taxi....!–, sigue llamando Valentina.

Nada, ni a tiros. Están todos ocupados. Es extraño que tengamos que intentar coger un taxi cuando están todos ocupados....

– Taxi, taxi, taxxxiiiiii....!!– colaboro yo también ahora....

– Taxi, taxi –,

Me cago en su

– Taxi.....!!

Ocupados o vacíos no paran. Hacen señas de no sé qué,

tal vez de que es la hora de comer y no están de servicio, yo qué pollas sé, si todo esto le parecería inverosímil a alguien que, como yo, no lo hubiera vivido; perfectamente inverosímil, patológicamente inverosímil....

Arrastrados por la inercia de nuestros ademanes y gesticulaciones con los brazos, hemos ido avanzando unos cuantos metros por la acera...

– Taxi..., taxiiiiii–

Me cago en su padre, ¿por qué cojones no paran? Valentina mira el reloj cada vez más apremiantemente... Esto es increíble. ¿Será una comedia de estos grandísimos farsantes? Oh, no, no puede ser; bueno, quiero decir que sí que puede ser que nos dejen en tierra, después de avisarnos como lo han hecho, y por el burdo e incalificable pretexto de no encontrar un solo taxi en esta hija puta de Sofía, para llevarnos al aeropuerto....

– Taxi, taxiiiiiii...iiiiiii.....!!

Desolador. Apabullante. Sencillamente irreal. Está visto. Perdemos el avión. La coartada no la supera ni un mago que la hubiera ensayado función tras función....

– Taxi..., taxi...

A ver, aquel de allí, que parece que quiere parar.....

– Taxi....!

Cabrán.... Ha parado... Valentina le urge que se acerque. Tiene que maniobrar porque se ha quedado en mala colocación... Lo que faltaba... Venga, joder.... Hijos de puta.... Recula, recula..., dobla y ya lo tenemos aquí. No preguntamos nada. Valentina se encarga de decir lo poco que hay que decir. Nosotros tres nos

embutimos detrás y el taxi arranca. No sé lo que tardamos. Supongo que cien mil veces más de lo que nuestra intención nos hubiera propuesto como duración idónea. Allí apiñado con mis bultos, al lado de Monse, a merced de cosas tan vergonzosamente contingentes como las maniobras que se nos estaban provocando y de las que sin embargo parecía depender el buen fin de nuestra peripecia, me di cuenta una vez más que no era justo tomar nada en serio, porque de esa manera se degradaba uno mismo y se deterioraba uno su propia vida. Lo único que había que salvaguardar era el mecanismo y el funcionamiento de todo lo que quedaba enclaustrado debajo de la piel; tener buen cuidado de ello como único patrimonio, y en definitiva como lo que, faltando todo lo demás, le podría a uno sacar adelante. Si la racha de peripecias a que se nos estaba sometiendo no terminaba con nuestra euritmia psico-somática era porque el corazón funcionaba bien, y eso había que conservarlo. Por lo menos todo ello me estaba sirviendo para comprobar que yo no era cardíaco, lo cual, de alguna manera, merecía mi propio agasajo interno.....

Valentina sigue mirando el reloj..., ahora que ya estamos llegando.... El último viraje y enfilando hacia el acceso de viajeros... Nos apeamos a todo correr. Valentina despide al taxi y nos conduce pasillo adelante.... Nadie dice nada.... La anestesia y la tensión, al mismo tiempo, son altísimas, disparatadas... Nunca, nunca se sabe hasta dónde se puede llegar, y por eso es pueril, frívolo, el hacer cálculos, el suponer, el asumir... Valentina dialoga agitadamente con el funcionario que interviene y que recoge los equipajes.... No acierto a pensar... Es todo mecánico... Los

equipajes que ya se han puesto en la cinta transportadora... Todo parece un sueño... Yo no quiero mirar a nadie..., yo no quiero pensar... Me parece que el aire se confabula... Las cosas me empiezan a oler a algo raro... Prefiero seguir creyendo que estoy sonámbulo.... Los equipajes han empezado a discurrir por la cinta transportadora... Yo, las chicas hemos comenzado a andar hacia..., hacia adelante.... Algo me....

Y de pronto.... blaataaapppppppp!!....., el bofetón, uno de los más fuertes de mi vida, y no precisamente en la cara, sino en todo aquello con lo que mi ser limita.... Casi, casi es de preferir así.... De la otra manera el enrarecimiento se hacía irrespirable. La peor realidad es mejor que la mejor irreal fantasía.....Blilllllaaaaapppppppp.....!!, el bofetón.... Contacto con la superficie helada de la verdad de las cosas....

Ah, bueno, sencillamente, que entre un mozo y otro funcionario de uniforme descargan el equipaje de la cinta, lo devuelven a la báscula de pesaje, y por el gesto antológico (en la categoría... ¿de qué, de qué?) de Valentina comprendemos que no hay viaje... que no hay viaje..., que no hay viaje.....

Repito que para cardiacos, no; ni para pusilánimes....., ni para personas.... yo qué sé! Cincuenta y tantos grados al sol se resisten con dificultad, pero se resisten; y lo mismo treinta y cinco bajo cero. Pero hacerle a uno sentir la brusquedad de esas cotas extremas en la carne del alma, y en cuestión de unos pocos segundos..., creo que no está mal. Repito: para cardiacos, no. Para pusilánimes, tampoco.

– Pero...., ¿por qué?–, aventura a barbotar Monse, con la mirada crispada y los ojos cercanísimos al llanto– ¿por qué...?–, sigue repitiendo por pura inercia, por pura e inconsolable inercia.

Yo soy el que no digo palabra. Mi espíritu ha vencido una vez más disparándose más allá de todas las previsiones de incredibilidad, y tomando así la delantera a cualquier acontecimiento, por prodigioso que sea o que parezca. Yo no abro la boca. Lo tengo todo dicho. Lo tengo todo sabido. Anestesia total. Total armonía. Antoñita se junta a Monse. Los tres seguimos de nuevo a Valentina. Salimos. A la primera señal se acerca un taxi. Ahora todos los taxis están libres. ¿Para qué extrañarse? Cosas más peregrinas ha atestiguado el destino. Así que, ¿para qué extrañarse?, me repito mentalmente. El taxi nos vuelve a pasear por Sofía camino del hotel. Monse va llorando. Comprendo. Su capacidad de imaginación ha cedido ante la impúdica avalancha de realidades. Comprendo, comprendo a la perfección. Sería mucho pedir y además sería absurdo, inútil e injusto. Vamos los tres absortos, sin calificación que nos cuadre. Todo sería impropio. Ninguna semblanza terminológica convendría a nuestro estado de ánimo.... Hacia nosotros, por la acera y en nuestra misma mano distingo al que hiciera de Robinson en Albena, esta vez vestido de paisano. Me vuelvo a Monse....

– Sí, ya me he dado cuenta yo también. El muy fanteche–, me dice.

Son las 4:00 pm. Hemos llegado al hotel de nuevo. Bajamos del taxi, entramos, recogemos una vez más la llave y nos subimos. No ha hecho falta decir una palabra a Valentina. También

debe comprender todo. Sigue todo como antes, así que sobran las explicaciones. Nos vamos a nuestros cuartos. Las chicas al suyo. Dejo mis pequeños bultos encima de uno de los sofás, cierro lo mejor que puedo las aberturas de la habitación y me tumbo, a ver si me identifico con la nada durante un rato largo; a ver si me descargo del trabajo de tener que pensar y decidir; a ver si se me permite clausurarme en un pequeño paréntesis de cesación y mutis... Porque estoy reventado, desorbitado....

Recuerdo que cuando volví al control de la realidad, a desear yo mismo el centro de mi realidad, estaba empezando a oscurecer. Me levanté. Las chicas no estaban. Me había quedado solo. Comprobé que habían dejado la llave puesta por dentro. Me fui al salón grande y me puse a escribir, y además me entretuve en trazar unas líneas de actuación. Vamos a ver: mañana intentaríamos llamar por teléfono a nuestras casas, y también, ¿hay en Sofía representación diplomática española? Es que no tengo ni idea, lo que se dice ni idea. Ya lo veremos. Desde luego que hay que hacer algo, como sea... Lo único, es que no tengo claro lo que hay que hacer ni cómo... Nada más, que hay que hacer algo. Escribo, escribo. No quiero confiar nada a la memoria. El trabajar me gratifica, menos mal. La personalidad tiene recursos insospechados, absolutamente sorprendentes. Lllaman a la puerta. Abro...

– Hombre, Monse. ¿Y Antoñita?–

– Está abajo. ¿Te acuerdas de aquel guía búlgaro, aquel chico que te dije que había conocido en la excursión a Beirut...? Estaba aquí casualmente... La he dejado hablando con él....

– Ah, ya. ¿Qué tal estáis?

– Imagínate. Y tú, ¿qué haces?

– Escribiendo. Ahora, bueno, luego os contaré lo que se me ha ocurrido... Has dejado la puerta sin cerrar con llave, ¿no? Ven un poco conmigo, anda....

Monse no se opone. Me mira con aire inquisidor, pero se deja llevar hasta mi cuarto. Ya estoy erecto, turbado, lleno de sacudidas. Lo primero que hago es atraérmela. Estamos los dos de pie, en el centro de la habitación, entre el sofá que me sirve de cama, la mesa y las sillas. La busco el cuello y mientras se lo recorro con los labios la tanteo la espalda hasta detectar el comienzo de la cremallera. Lleva puesto su vestido marrón de una pieza. La bajo la cremallera, desabrocho el ajuste de arriba y el vestido queda abierto por detrás. El sujetador es de los de cierre con doble gancho en forma de raqueta. Se lo suelto al tiempo que arrecio la devoción de mis besos, ahora ya por todos los sitios, alternados. La invito a que escurra los hombros para dejar caer el vestido y deslizarla al mismo tiempo las dos tirantas del sujetador. Así lo hace. La saco del todo el sujetador y lo deajo por ahí encima. Ya tengo todo su torso al descubierto. La amaso los senos con devotísimo cuidado. Son más bien pequeños, pero se sostienen tiesecitos. Yo me encuentro fatal. Me desabrocho la camisa y me la saco de los pantalones. Lo más endeble en estos casos es llevar las manipulaciones a otros frentes porque a veces suponen una interrupción de la continuidad de las caricias y de la temperatura general que el trance genera... Me arriesgo. Suspiro hondo, así como meditándolo, y me bajo hasta que alcanzo con las manos el borde inferior del vestido. Se lo voy subiendo, subiendo, al tiempo

que acaricio todo lo que puedo de sus muslos. Esta criatura tiene una piel finísima, de lo más suave que he palpado; es una piel exquisita. Además, se ha debido de acabar de depilar, porque está más suave que su misma cara. Al llegar a las bragas y seguir empujando hacia arriba el vestido me percaté de que son bragas mini, sucintas, porque desde el borde de arriba hasta el ombligo hay todavía un trozo, y porque además asoma algo de vello... Seguimos de pie. Yo con dificultades, pero no me atrevo a provocar un riesgo eventual de espantada si Monse no aprueba el cambio a la horizontalidad.

– Anda, levanta los brazos–

La saco el vestido y ya la tengo sólo en bragas. Ahora sí empiezo a besarla los pezones, subiendo y bajando la cabeza, hozando como puedo desde sus muslos hasta la frente... No puedo más. Veo que me voy a correr. No sé si ella está caliente o no..., pero yo ya no puedo más.... Me desabrocho rápidamente los pantalones y me los dejo caer deslizándome asimismo los calzoncillos. Mi semen está a punto de dispararse... La bajo las bragas.... Me estoy corriendo ya...Se la coloco en mitad de la pelambrea y aprieto hasta hundírsela entre los muslos....

– Monse, Monse... yo..., ven.–

Me estoy corriendo irremisiblemente. Lo mismo que en muchas otras ocasiones y con diversas chicas, meterla así es un mito..., es tontería. Creo que yo jamás podré copular con nadie, así, como con Monse, a la primera, ni a la segunda. El tributo de semen que siempre he tenido que pagar ha sido considerable. Me quedo abrazado a Monse, como estoy, aún de pie, teniéndola cogida de los

dos homóplatos... Al cabo de unos momentos siento, simultáneamente con la flojedad y repliegue de mi miembro, una sensación desagradable de humedad que se va enfriando. Presiento lo peor; o sea, la típica mascada por todas partes. No me equivoco. Me agacho para comprobar en una primera inspección dónde ha ido a caer mi semen y, aparte de tocarme todos los muslos pringosos, también noto que ha alcanzado las bragas de Monse y parte de mis pantalones.... Por no hacer las cosas bien.... Suena la puerta de la calle. Lo que faltaba. Debe de ser Antoñita. Se hace un silencio, allí mismo, detrás de nuestra puerta...

–Monse, ¿estás ahí?–, dice la muy cretina.

– Sí, está aquí; ahora va–, rujo yo sin poder disimular mi mala leche.

Oímos que Antoñita abre otra puerta, quizá la del cuarto de baño o la de su habitación. Monse se sube las bragas y busca su sujetador.

– No, no des la luz aún–, me detiene.

Bueno. Me subo el calzoncillo, y me dejo el pantalón superpuesto. La oscuridad se ha ido haciendo cada vez más visible. Decididamente las bragas de Monse son blancas, caladas. Ya se ha puesto el sujetador y se está colocando el vestido. Doy la luz. Hace un guiño violento y se echa en mis brazos con los ojos cerrados. El vestido se le ha quedado detenido en las caderas, y puedo ver que, efectivamente, las bragas son primorosas, muy ajustadas, muy tipo 'kini'. Por mi parte, me miro los pantalones: tienen una enorme pringada en la delantera, por arriba. Monse se atusa el pelo con un cepillo...

–Anda, vete a hacer compañía a esa jilipollas y ahora charlamos–

Monse se va y yo aprovecho para pasar al cuarto de baño. Me limpio con una toalla mojada los churrettes que me han caído por las piernas, y doy una mano de agua con jabón a los pantalones. Me chapuzo la cara. Luego me voy otra vez a mi cuarto y me cambio de calzoncillos y de pantalones. Respiro más tranquilo. Cojo un bloc de papel y mi bolígrafo y me voy a ver a las chicas. Son las 9:30 de la noche....

4 de octubre

A las 8:30 am. estamos los tres desayunando. De acuerdo con el plan fijado la noche anterior, pedimos que se nos permita hablar por teléfono con nuestras casas. Se nos concede, y en cuestión de una hora hemos liquidado las tres conferencias. Por lo menos ya saben que estamos bien, en Sofía, y el panorama con el que nos encontramos, etc., etc. Que no se preocupen pero que tampoco se hagan cálculos de cuándo podremos llegar porque las cosas que ocurren con esta gente son..., bueno, buena gana de insistir, altamente pintorescas. A continuación les digo a las chicas que me esperen abajo, que yo voy a enterarme por teléfono desde mi cuarto de si hay o no hay representación diplomática española....

Me subo y empiezo a funcionar. Paso por alto los detalles, no quiero aburrir. Paso por alto que la centralita del hotel finge no entender una palabra de lo que les estoy pidiendo en cuatro por lo menos de los así llamados idiomas cultos: inglés, francés, alemán y español. Desde luego, en búlgaro, muy a mi

pesar, no puedo decir casi nada. Paso por alto el que por dos veces me enchufan con la embajada soviética en Sofía....

–Ici..., l'Embassade de la Ruse....

–No, no, merci. Excusez moi. Je me suis trompé.

Excuse me....

Verzeihen Sie... Pardon....

Paso por alto todos esos detalles. Por fin me conectan con lo que creo que busco. Una preciosidad de voz de mujer se oye al otro extremo del hilo...

–Buenos días. Misión diplomática española....

No la dejo terminar, y en incontinente vehemencia la suelto el comienzo del rollo...

–Buenos días... Soy un turista español..., doctor universitario.. me llamo Manuel Guzmán... Estoy con dos compañeras de la misma excursión... el asunto es muy urgente...

Como me temía, la claridad expositiva del comienzo de mi perorata se va enmarañando. Continúo, por decir algo, sobre todo por tomar aliento y dirección....

– ¿Es Vd. española?

– No, soy búlgara. Dice Vd. que se llama...

– Manuel Guzmán, doctor Manuel Guzmán...

– Un momento, que le pongo con el Señor Embajador..

Hace el teléfono los ruidos de clip y clop correspondientes, y espero hecho un nudo de expectación. La voz de la chavala ésta, sea quien sea, me ha catapultado, me ha conmovido la imaginación,... me ha... me ha...

– Haló, buenos días, aquí el Embajador de España.

Dígame.–

Es una voz resueltamente agradable, viril y templada al mismo tiempo. Me apresuro a explicarme patética, energética, lúcidamente...

–Buenos días, Sr. Embajador. Me llamo....–

Bueno, se lo digo todo, todo, y creo además que en un caso extremo como éste se lo digo muy bien.

El Sr. Embajador me dice que nos esperemos en el Hotel, que él manda inmediatamente al canciller don Mario Sobrino. Le saludo muy de veras y me despido de él con agradecimiento. Bajo a toda velocidad a informar a las chicas. Las contagio de mi optimismo y de las perspectivas positivas de mi gestión. Y esperamos.

A eso de la media hora, como se había calculado, veo que entra al hall un hombre de unos 40 años, bien parecido, de paso firme y ademán propio de quien conoce la percalina... Veo que se apoya en el mostrador de recepción, seguro que para preguntar por nosotros. No le da tiempo. Le abordo...

– ¿Don Mario Sobrino?

– Sí. Don Manuel Guzmán, ¿no es eso?

Le presento a Monse y a Antoñita. Al poco rato nos tuteamos. La impresión no puede ser más jubilosamente buena. Mario es un tipo excepcionalmente idóneo. Reconocer cosas así es algo que no tiene precio y que a mí por lo menos me propaga y multiplica las ganas de seguir viviendo. A partir de nuestro encuentro con Mario tengo que decir que mi relato sólo puede alimentarse de una serie de realidades a cuál más halagüeña, y que

procuraré resumir desde este mismísimo punto hasta el final riguroso del libro....

Nos dice que *no* somos las primeras víctimas de Cerva; que durante todo el verano ha tenido que lidiar con....

– Entonces, ¿ha habido líos de esta clase ya?

– Claro, hombre...

Mario es enardecedor. Son ya las 11:30 am., y hay que poner manos a la obra. Me dice que le acompañe a ver al Sr. Gatev, de la Oficina Central de Turismo búlgara, y encargado directamente del turismo con España. Es una fiesta estar con Mario. Su perfecto conocimiento de los pasos a dar se traduce en otros tantos impecables éxitos en las gestiones emprendidas.

El Sr. Gatev es un chico joven, que no creo que pase de los 30 años. Mario hace de nuestro asunto una cuestión diplomática de urgencia, tan vehementemente razonada, cuanto más certera: que somos tres profesionales, los tres, que es verdad; que en mi caso pierdo irremisiblemente la inauguración del curso en la Universidad en que trabajo, que es verdad; que el periodo de vacaciones de nosotros tres ya ha traspasado la fecha tope, que sigue siendo verdad; y que los responsables de todas las irregularidades son los de Cerva, de quienes los de la Balkan Tourist son socios, que también es verdad; que nos han engañado villanamente con la supuesta salida de ayer, que es verdad....

Son muchas y muy abultadas las verdades. Mario, en un francés burilado, de diplomático avezadísimo (que me hace recordar el que días atrás esgrimiera nuestro compañero de excursión, Ignacio), precisa con contundencia todas las premisas

con tanto o mayor rigor como lo pudiera haber hecho yo; siendo yo parte interesada, y él sólo espectador. Bien. La exposición de nuestra postura y de nuestros problemas no ha podido quedar más rotundamente expuesta. Mr. Gatev no puede por menos de prometer que al día siguiente, por la tarde, y bajo su solemne palabra de honor y responsabilidad, saldremos de allí en avión, hacia España. !Qué alivio y qué privilegio contar con personas así como Mario; y otras, otras que andan por ahí sueltas, apuntalando con su excepcionalidad los imparables axiomas de las reglas mezquinas! Para que luego digan los picha-frías de turno chorradas sobre el derrotismo y los derrotistas. Para los tales, derrotista es todo aquel que está de acuerdo con la realidad, y que lo mismo que denigra a la masa de medianías mostrencas, celebra con centuplicado vigor y entusiasmo la existencia de criaturas sobresalientes.

Mr. Gatev nos dice que le gustaría tomar café con nosotros, a eso de las 3:30 pm., en uno de los salones del Hotel Balkan. Estupendo! Y que hará todo lo posible porque Valentina nos lleve antes los billetes de avión. Todavía más estupendo!! Mario y yo agradecemos al Sr. Gatev sus prometidas diligencias, y con el fin de transmitir lo antes y lo más completamente posible el resultado de las gestiones, Mario nos despide de Mr. Gatev hasta las tres y media. Nos reunimos con las chicas que quedan encantadas del giro que están pegando las cosas. Mario nos dice que le gustaría comer con nosotros pero que no puede; que tiene que volver a la Embajada y que luego nos verá, a la hora del café o un poco antes, y que además nos va a presentar a una amiga suya.

Sorpresa....

Bueno. Por fin parece que la cosa marcha, después de tanta inescrupulosa peripecia. Cada día de estos que se viven así se agarra más a la conciencia que un año de placidez rutinaria. Alguna vez, en el momento menos pensado, percibo que estos asedios a mi alma sufrida la van cargando de íntimas esencialidades. Y eso, y no otra cosa es la personalidad. El tiempo ahora parece que se nos dispara hacia adelante. Subimos a la habitación a acicalarnos un poco, como la más elemental expresión de cortesía. Listos. Hacemos un poco de tiempo, y a comer. Huelga decir que este régimen de inactividad es propicio al engorde. Nos bebemos la... penúltima botella de vino. A las 3:00 pm., estamos en el recibidor del hotel. Todavía no pedimos nada. A los pocos minutos llega Mario acompañado de una chica de dignísimo porte, de mirada mansa y honda. Es Gabi, pianista del salón-comedor principal del hotel. Claro, nosotros hemos estado haciendo las comidas en otro sitio menos de gala. La charla se generaliza, y por pura conformación mimética Mario se encuentra engarzado en chismes con Antoñita y Monse, y yo me sumerjo en la muy sugestiva y discretísima conversación de Gabi.....

El tema de la música nos une, nos catapulta a la divagación, a hablar de varias cosas a la vez. La historia de Gabi es de las más aleccionadoras que uno pudiera haber encontrado: de prosapia aristocrática, al advenir la revolución y triunfo del socialismo ella y su familia prefirieron quedarse en tierra y adaptarse a las nuevas estructuras. Su gran mansión servía ahora de no sé qué oficina pública. Su padre había muerto. Su madre y ella

vivían en un pequeño pisito, sin despechos ni masoquismos, sino del brazo de la realidad.

Gabi me lo contaba todo en inglés que, así como el francés, hablaba correctamente. Llego a la convicción de que es una mujer de altura; una mujer a quien se le pueden soportar horas y horas de convivencia, de charla.... Contando con la obvia aquiescencia de los otros, hacemos planes para ir a cenar por la noche a la hora en que ella toca el piano. Me encanta la idea. Se lo decimos a Mario, y acepta. A fin de cuentas él es el amigo de Gabi y por cuya mediación hemos venido a conocerla....

No, no da más tiempo a explicarnos, porque viene el Sr. Gatev. Nos levantamos todos ceremoniosamente, cosa que el hombre intenta remediar con un perentorio gesto disuasorio, pero que visiblemente le conmueve. Dice que sólo puede estar con nosotros media hora, porque a las 4:00 pm., tiene que volver a la oficina. Pide café para todos y una copa para quien quiera. No cabe duda que las cosas han cambiado, y mucho, en favor nuestro. De todas formas, Mario, con fina oportunidad menciona, reclama los billetes, naturalmente... Los billetes. ¿Los billetes? Si resulta que Mr. Gatev pensaba que estaban ya en nuestro poder... ¿Que aún no nos los han traído? Un momento. Se va a telefonar....

Confieso que estoy percibiendo módulos de sensaciones raras a lo largo y a lo ancho de todos los centímetros de piel.... Es mejor no pensarlo..., sería mucha desfachatez... si después de todo... Bueno, y mucha, ¿por qué?.... El Sr. Gatev regresa... Que ahora mismo llega Valentina con los tres billetes.... Esto es demasiado. ¿Qué es lo que no podrías aguantar ya, corazón mío?

También llegan los cafés y las copas. La charla se generaliza. Mr. Gatev sólo habla francés, además de su lengua, claro. Monse hace los honores, pero resulta que Mr Gatev me elige a mí como portavoz del grupo que formamos, y el pirueteo de razones, consideraciones y justificaciones que venga a cuento en nuestro caso, lo ve más oportuno canalizarlo a través de mí...! Esos seis meses de estudio en Francia que tantas veces me he prometido..., qué estupendamente me vendrían ahora.... Apuro mi memoria y mi más devota buena fe en rescatar los cuatro giros y las pocas palabras de mi repertorio. Con todo, el resultado me satisface.... Como puedo, le hablo de todo: de nuestra situación; de lo maravillosamente positivas que son... las cosas positivas de Bulgaria. Hago una plena justificación de nuestro estado de ánimo y rubrico mi trabajosísima disertación con la voluntad de volver de nuevo a Bulgaria para disfrutar de las características que en esta ocasión se nos han escapado necesariamente....

Como remate de fiesta aparece Valentina, flamante, partícipe del espíritu que nos enardece a todos..., con los billetes en la mano; billetes para el día siguiente, esta vez sin prisas... Debemos salir a la 1:00 pm., vía Roma, con escala y cambio de líneas allí, hasta Barcelona. No se puede pedir más. Desde allí a Madrid, ya veremos; no sería sino impertinente hacer ahora preguntas....

Valentina se despide hasta el día siguiente en que nos vendrá a recoger a las 11:30 am. Sin prisas. Todo bien organizado. Mario, en soberbia y espectacular ocurrencia, se levanta muy solemne y le dice a Mr. Gatev que el Sr. Embajador está pendiente

del buen fin de nuestras gestiones y que le va a telefonar ahora mismo. Son las 4:00 pm., ya. El Sr. Gatev nos dice adiós definitivamente. Paga los cafés y las copas, y para sorpresa mía, al menos, veo que deja una buena propina. Vaya, también aquí hay quien practica la convención humillante de la propina. Creo que en el caso del Sr. Gatev se debió más que nada a una demostración aperturista, de comprensión hacia nosotros, occidentales corruptos. Así que... au-revoir... definitivamente por ahora a Mr. Gatev.

Nosotros cinco continuamos un rato más la charla, hasta eso de las cinco. A esa hora Mario y Gabi se marchan y nosotros nos subimos, después de quedar con Mario para las 8:30 pm., en nuestro alojamiento, porque además nos quiere presentar.... esta vez..., a un colega suyo de la Embajada. Yo me tumbo un rato la siesta, sólo para conseguir una mayor intimidad conmigo mismo. Luego, sigo escribiendo para llenar el tiempo. A las 8.30 llegan Mario y Pepe, el amigo de la Embajada. Pasamos los cinco al salón grande y la charla discurre por los mil caminos de la inspiración y del pintoresquismo. Nos recreamos suponiendo que somos protagonistas de peripecias de espionaje, y Mario ilustra nuestro estupendo estado de ánimo volviéndose de vez en cuando, súbitamente, hacia cualquiera de los rincones y apostrofando enérgicamente....

–Pues si hay micrófonos escondidos, mejor, porque no me importa nada... ¿Lo sabéis?... Nada..–

Yo me partía de risa ante tan sabrosa ocurrencia, y Pepe hacía de moderador en nuestra algazara. No he dicho aún que Pepe Picafón es un tipo humanísimo, una generación mayor que Mario,

pero absolutamente encantador en sus modales y en sus puntos de vista.

Consumimos en un soplo la hora y media que habíamos previsto para antes de la cena. Así que ahora nos bajamos todos, y esta vez al comedor principal. Ocupamos una mesa redonda de cerca del piano. Gabi está tocando ya y al acabar la pieza se viene a saludarnos y a tomar su cerveza con nosotros. Está francamente bella y, sobre todo, persuasiva; con un vestido largo, negro, sencillo dentro de su elocuencia, y un escote en uve desde el que se inicia la comba abundante de los senos en mansa discordia. Gabi está radiante, en su serenísima naturalidad. Llega otra vez su turno de intervenir y yo suplico que toque "Spanish Eyes". Gabi así lo hace, supongo que poniendo especial celo en halagarme.... Como siempre, quedo transportado, adscrito al mundo referencial y evocador, hacia atrás y hacia el futuro, que me convoca esta melodía. Luego interpreta "Guantanamera", y yo inocentemente comienzo asimismo a cantar las palabras, los versos de José Martí... Curioso...., en la mesa de al lado están sentados unos miembros de la delegación cubana en Sofía...

– Cuidado con lo que hablas, Manolo, que éstos son de Fidel Castro– me recuerda cautamente Mario.

La política de la mierda está visto que se mete en todos lados.. Tomo nota de la advertencia y procuro hacer en voz baja mis comentarios. Gabi se une a nosotros en cada descanso preceptivo que su trabajo la permite. No. No se puede pedir más. También como siempre mi alma percibe con claridad cegadora que va llegando el momento de partir, y que esta cena es un heraldo

inequívoco de tal axioma. He comenzado a amar a Gabi de una extraña, particularísima manera, dentro del panorama típico de imposibilidades para situaciones tales. Me será difícil ya zafarme de su gesto maduro por tantas vivencias de contrariedad como el relato de su vida comporta; de su armonía resignada y fecunda; de su lírica autolimitación....

La velada se prolonga hasta las márgenes de las cotas permisibles del comedor y del hotel. Gabi, en honor a nosotros interpreta melodías con una frecuencia doble a la normal de sus actuaciones, y si para algunos de los comensales ese hecho tal vez no modificaba nada, mi espíritu bien lo entendía y a tal efecto desplegaba sus más emotivas galas de comprensión. Es el momento irremediable de algunas despedidas: de Gabi, supongo que para siempre; de Pepe, hasta que nos veamos en España, ¿quién sabe?; de Mario, hasta el día siguiente, porque nos promete estar en el aeropuerto para dar fe de que nos hemos ido. Adiós, adiós a todos, a cada cual en la manera que le corresponda.....

5 de octubre

Este es el día de la partida. Además de desayunar bien, encargamos unos bocadillos para cualquier eventualidad. Me despido por teléfono del Sr. Embajador y le expreso mis más inspiradas gracias en nombre de nosotros tres. Hago hincapié, además, en que ha sido la luminosa y eficazísima personalidad de Mario la que ha superado todos los obstáculos. El Sr. Embajador parece tomar buena nota de todo ello. A las 11:30 am. llega

Valentina. Nosotros estamos ya en el hall, con el equipaje dispuesto. Salimos y cogemos el primer taxi que pasa. Llegamos normalmente al aeropuerto. Los procedimientos de rutina se suceden con toda simplicidad. No hay pegas de ningún tipo. Valentina ha vigilado todos los pasos y esta vez la cosa va sobre seguro. Nos dice que se tiene que marchar y que nos desea suerte y un feliz viaje de regreso a casa. No acierto a precisar lo que siento por Valentina, pero creo que es una excepcional ciudadana para los standards búlgaros. Y francamente guapa. Hoy lleva también la gabardina con que nos recibió la primera vez. No sé, no me mueve ni la frivolidad ni el exhibicionismo, sino una curiosidad introspectiva hacia mí mismo cuando me acerco a ella y la doy un beso colmado de lírica piedad; piedad hacia mí mismo igualmente, en su mejilla derecha. ¿Por qué no? Me hubiera quedado con ella, de no haberse encontrado mi espíritu en un trance irreversible... Adiós, Valentina, adiós... probablemente hasta nunca...

Faltan 45 minutos y Mario aparece desde detrás de una columna. Él solo, el héroe de nuestra rehabilitación es quien debe poner punto final a nuestra estancia. Así lo entendemos... Hablamos de puerilidades hasta que nos reclaman para embarcar. Nuestra próxima escala, Roma....

– Que en Fiumicino..., tal y cual cosa–, nos advierte providencialmente Mario.

Las chicas le besan con emoción. Yo le tomo las manos con honda virilidad, con gratitud limpia.

Porque sí, porque pese a todo, *amor* se seguirá diciendo *obitcham* en búlgaro.

Aquí firmado



Nacido en Alcalá de Henares en 1936, Tomás Ramos Orea es una de esas personas poco comunes que conjugan una amplia formación humanística con la inquietud existencial, traducida en una condición de viajero impenitente que le ha llevado a visitar más de setenta países, observando con crítica lucidez los tonos reales de cada rincón del mundo descubierto. Doctor en Derecho y Filosofía y Letras, universitario, estudioso de la literatura, es autor de una serie de libros que bajo el título *Mujeres, lugares, fechas...*, recogen sus experiencias como visitante, siempre fascinado por los perfiles de lo real, del mundo que le ha tocado vivir. Con este primer volumen, *Amor se dice obitcham en búlgaro*, inicia la publicación de esta serie que, a buen seguro, ha de ser tan cautivadora para el lector como, en su día, fue para él vivirla y escribirla. Reproducimos la fotografía de Tomás Ramos en la época que se corresponde con los hechos narrados.

ISBN: 931544